



Escuela Activa

Agustín Nieto Caballero



Escuela activa

Agustín Nieto Caballero

Selección de textos

Comité Editorial

Claudia Nieto de Restrepo

Representante de la familia Nieto

Víctor Alberto Gómez Cusnir

Rector

Juan Sebastián Hoyos Montes

Vicerrector

Alberto Ferro Casas

Procurador

Camilo De-Irisarri Silva

Coordinador Celebración Primer Centenario

Federico Díaz-Granados

Director de la Agenda Cultural

Helena García Echeverría

Centro de Documentación



Escuela activa

Agustín Nieto Caballero

Gimnasio Moderno

ISBN 978-958-57854-7-2

© *Todos los derechos reservados*

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de los editores

Diseño: Sanmartín Obregón & Cía

Bogotá D.C., Marzo de 2014

Índice de contenido

Contenido	3
Prólogo	7
Sobre mi padre	9
Introducción	13
I – Primaria	15
Primaria	17
Introducción	17
Educación del espíritu	19
La escuela activa	25
La alegría en la escuela	29
Pasado y presente en educación	33
Los centros de interés	41
Centros de interés ocasionales	46
Educar, no solo instruir	51

II – Secundaria	53
Secundaria	55
Introducción	55
La educación: máxima aspiración humana 1960	57
África y los dos tipos de viajeros	58
La educación, tesoro de la colectividad	59
La llave de nuestros problemas	60
La reforma agraria	60
Democracia y espíritu de libertad	61
Las masas irrumpen en la segunda enseñanza	62
El caso de nuestra América	63
Educación práctica	65
La enseñanza secundaria	73
Las disciplinas fundamentales	83
El castellano	84
Las matemáticas	85
Las ciencias naturales	86
La historia	86
La geografía	88
Los idiomas extranjeros	88
Formación social, moral y cívica	89
Los métodos	91
La disciplina	95
Las excursiones	111
III – Los maestros	119
Importancia del maestro	121
Introducción	121
El problema máximo	123
Problemas y deberes del maestro	127
El maestro y su tarea	127
El maestro y su preparación	129

El maestro y la escuela	132
La reforma de la educación	135
El espíritu de la escuela nueva	138
Inteligencia dirigida y libertad	143
Mensaje a los maestros	147
IV – El Gimnasio Moderno	151
El Gimnasio Moderno	153
Introducción	153
En la colocación de la primera piedra de los edificios del Gimnasio Moderno	155
12 de octubre de 1918	155
Palabras de don Agustín Nieto Caballero en el cincuentenario del Gimnasio	161
Introducción del libro Una escuela	179
Nuestros ideales	195
Una utopía que se hizo realidad	207
Su último discurso	207
V – Dos grandes impulsores de la Escuela Activa	211
Ovidio Decroly, (1871-1932)	213
María Montessori, (1870-1952)	219

Prólogo

Esta selección de textos constituye no sólo el esfuerzo que doña Gloria Nieto de Arias y Claudia Nieto de Restrepo tuvieron en su momento por llevar el pensamiento de Don Agustín a los maestros y educadores de nuestro país, sino por mostrarnos una singular travesía por la apuesta de una educación más dinámica y a la medida de los estudiantes en momentos difíciles en que la educación tradicional difuminaba su tenue luz sobre los espíritus enérgicos de los niños y niñas de Colombia.

Es admirable constatar la vigencia de las ideas de la Escuela Activa cien años después cuando nos preguntamos por los desafíos de la escuela en el siglo XXI y su papel en la construcción de sociedades más justas y equitativas para todos. El Gimnasio Moderno como obra permanente y testimonio de estos principios ha continuado en su telón de puros esta obra magnífica cuyos actores, los gimnasianos, han representado con entusiasmo y trabajo incondicional por décadas.

Siempre entendió el Gran Rector que es en los salones donde comienzan a ponerse a prueba los métodos y tesis pedagógicas, no como fórmulas estériles y apartadas de la cotidianidad de los estudiantes. Nadie como él interpretó que los alumnos liberan su espíritu cuando el maestro les ofrece una amistad sincera, pues en unos y otros despertará el hábito de estudio y la reflexión sobre la base de la disciplina de confianza, la dinámica de los centros de interés y la acción transformadora.

Qué lejos están las pretensiones de formar ciudadanos acríticos y pasivos ante las ocurrencias de quienes dirigen los destinos de una nación. La Escuela Activa es el derrotero que ha acompañado al gimnasiano desde un principio y que extiende su significado desde el vientre de verdes y naranjas que es su escuela. Es el amor por su patria y la tarea concreta de construir un mejor futuro. Servir a los demás

desde el liderazgo comprensivo con la grandeza interna que forja a los buenos maestros y la osadía de quienes irrumpen en la aventura de enseñar desde las aulas. Así, este volumen, se constituirá para muchos maestros y lectores en un breviario de ruta y en el santo y seña de un oficio fundamental en la formación de nuevos y mejores ciudadanos para el milenio que vivimos.

Víctor Alberto Gómez Cusnir

Rector del Gimnasio Moderno

Sobre mi padre

Mi padre —Agustín Nieto Caballero— fue un hombre iluminado. Iluminado por la luz de la verdad, por el amor a la existencia, por el sueño de la justicia, por las normas de una rectitud inquebrantable, por el permanente ejercicio de una bondad sin fronteras.

A los veinticinco años tuvo la idea extraordinaria de fundar una escuela que pudiera ser sede del optimismo, de la alegría de aprender, de la curiosidad intelectual, del mutuo respeto; un ámbito en donde la libertad y la responsabilidad fueran el sagrado pan de cada día.

Una escuela cuyos cimientos —trazados en 1914— aún soportan su estructura.

Recordando ahora una de esas frases cargadas de humor, que siempre acompañaron su vida: “Los pedagogos escribimos cosas que los maestros no leen nunca”, he pensado que estas palabras, que el rector del Gimnasio Moderno me ha pedido que yo escriba, deben ser muy breves.

Como quiera que ni siquiera la muerte pudo separarnos —a mi padre y a mí— *siento* que él está de acuerdo en la forma que me he permitido dar a esta nota, convirtiéndola en lo que podría ser el decálogo de sus enseñanzas; para estructurarlo he buscado en sus libros las normas que aparecen en forma reiterada, como el *leitmotiv* de su ideología.

Me sorprende la claridad de su pensamiento y la permanente modernidad del mismo; la forma como proclamó —a comienzos del siglo— teorías que —en las pos-trimerías del mismo— se consideraban de avanzada.

Desde luego sé que es una pretensión ingenua la de recoger en las diez líneas que siguen la filosofía de una vida entera, pero quizá esto sirva para que se enfoque con mayor interés la lectura de las páginas que vienen.

Gloria Nieto de Arias

El legado del maestro

- *No solo instruir, sino educar.*
- *Con la dignidad de la propia vida, dar la lección de un ejemplo digno de ser imitado.*
- *Mejor que mostrar la verdad, señalar el camino que conduce a ella.*
- *Dar más importancia a la capacidad desarrollada que al conocimiento adquirido.*
- *Recordar que cada alumno es un ser único: afianzar su carácter, respetando su propia personalidad.*
- *Enseñar a aprender.*
- *Recordar el estudiante que fuimos, para conducirnos como el maestro que debemos ser.*
- *Desarrollar la fe que cada cual pueda tener en sí mismo.*
- *Pedir solamente lo que sea posible exigir.*
- *Guiar hacia el manejo responsable de la libertad.*

Introducción

Los escritos de don Agustín Nieto Caballero son numerosos y llenos de ricas enseñanzas para toda persona relacionada con la educación de juventudes, sean padres de familia, profesores, directores de grupos juveniles, etcétera.

Por eso, esta labor de hacer una selección de sus escritos es bastante difícil. El ideal sería poner al alcance de los maestros, todas las enseñanzas que a lo largo de su vida dejó don Agustín, basadas no solo en teorías, sino también en la práctica vivida por él y por otros grandes maestros, amigos personales suyos como Montessori y Decroly. Esta selección complementa el seminario Pedagogía Activa en la Educación Básica, realizado en el Gimnasio Moderno a finales de 1987, y se tomó como el principal criterio de selección que fueran artículos que vinieran a completar las ideas expuestas allí, de mayor interés para los maestros, ya que han de ser ellos sus principales lectores. Se dejaron por el momento, un poco de lado los que van dirigidos más directamente a padres de familia y a la misma juventud.

Esta recopilación se dividió en cinco capítulos: Primaria, Secundaria, Importancia del maestro, Gimnasio Moderno e Impulsadores de la escuela activa según el contenido de los artículos seleccionados. Esto no implica que el aporte de cada artículo sea exclusivo para el capítulo donde se ubicó. La selección no lleva un orden cronológico, pues se consideró que el valor del contenido de los artículos es independiente del momento en que fueron escritos. Como se observará, todos ellos tienen, a pesar de sus fechas, total actualidad. Se tuvo en cuenta, además, para la selección, el aporte de los escritos sobre nueva educación, teoría a la cual don Agustín dedicó su vida, logrando ponerla en práctica, en Colombia, a través del Gimnasio Moderno.

Al comenzar cada capítulo se encuentra una pequeña explicación de sus partes y un texto de don Agustín sobre el tema.

Claudia Nieto de Restrepo

I – Primaria

“El nuevo sistema sacude la inteligencia, despierta, la lleva a la acción, pone en movimiento todas sus facultades; no pretende hacer niños sabios, sino niños capaces, comprensivos. El niño podrá olvidar lo que ha aprendido —lo olvidará menos que cuando solo lo memorizó sin comprenderlo—, pero en él quedará la disciplina mental, la capacidad desarrollada, la facultad de encontrar lo que olvidó”.

Agustín Nieto Caballero

Primaria

Introducción

Para esta parte se seleccionaron los siguientes artículos que aunque traen un mensaje que no es exclusivo para la primaria, sí es de gran importancia tomar conciencia de este desde los primeros cursos, para que la escuela nueva sea un éxito.

1. Educación del espíritu

Escrito en 1915 y tomado del libro *Rumbos de la cultura*, en el cual se resalta la importancia de dar a los alumnos disciplina mental, guiarlos hacia la investigación y el análisis para así enseñarles a pensar.

2. La escuela activa

Escrito en 1959 y publicado en el libro *Los maestros*, una magnífica descripción e historia de la escuela activa.

3. La alegría en la escuela

Capítulo publicado en *Los maestros*, escrito en 1961, muestra cómo la escuela activa debe ser alegre y tener una actitud positiva frente a la vida.

4. Pasado y presente en la educación

Escrito en 1940, forma parte del libro *Rumbos de la cultura*. En este artículo hay una comparación muy clara entre escuela nueva y escuela vieja.

También una descripción del papel del maestro en estos dos sistemas de educación, y datos sobre Historia de la Educación.

5. Los centros de interés

Tomado de *Una escuela* del capítulo “El espíritu de la enseñanza”, en la sección correspondiente a primaria, es una clara explicación sobre centros de interés y la forma de llevarlos a la práctica.

6. Educar no solo instruir

Este artículo es de gran importancia ya que este principio fue la guía en la vida de don Agustín, considerando siempre que la responsabilidad del educador es *formar* y no simplemente *informar*. Fue escrito en 1942 y hace parte del libro *Los maestros*.



Agustín Nieto Caballero - 1936

Educación del espíritu

Entre las diversas facetas nuevas que presentan los modernos sistemas de enseñanza¹, es una de las más interesantes la que se refiere a la disciplina mental. Consiste esta disciplina en educar el espíritu orientándolo hacia la investigación y hacia el análisis. Tiene capital trascendencia, porque educar el espíritu es enseñar a pensar; es enseñar a descomponer lo que nos viene de fuera para asimilarlo por partes; es desenvolver capacidades; es sacudir y encauzar aficiones; es despertar energías; es, en síntesis, iluminar la inteligencia, haciéndola consciente y libre.

Son raros entre nosotros los ejemplares de estos espíritus educados, que investigan, que estudian, que asimilan y crean. No existen en lo general hábitos de estudio ni de meditación. La pereza mental paraliza las fuerzas cerebrales y hace estériles los conocimientos adquiridos. En vez de pensar, se repite: en vez de construir, se copia. Por esto los hombres se estacionan tan a menudo o cambian de norte al soplar de un nuevo viento. Rara vez surge en ellos una iniciativa, rara vez son movidos por un anhelo creador. Las ideas no fortalecen los cerebros, no se traducen en sustancia propia: apenas se miran en ellos, y desaparecen luego, sin dejar un rastro, sin dejar un recuerdo. O si acaso algunas logran grabarse en la memoria, quedan allí, como bloques incrustados a manera de mosaico. Aquellos hombres seguirán siendo esclavos, creyéndose libres. No pensaron de por sí; encargaron a otros la misión de hacerlo. Se dejaron alucinar por el esplendor de una frase o por el de una personalidad, doblaron la cabeza, y siguieron mansamente tras de una sombra, sin conocer su oculta realidad ni saber hacia dónde los llevaba.

1 Escrito en 1915.

Este estado de cosas, esta falta de hombres que estudien y que piensen, llama a una urgente reforma. Y hemos de realizarla, o habremos de someternos a no ver sino de lejos la cultura.

La reforma de la que hablamos ha de comenzar forzosamente por la escuela de primeras letras. Allí la materia prima es dúctil. Allí es donde la curiosidad —alma de los aprendizajes espontáneos—, viva y virgen todavía, toma su primer aliento, y gustando de él, se orienta hacia las cosas útiles y bellas, para decidir de una vocación o de un sano entusiasmo.

Han comprendido esto grandes cerebros contemporáneos, y se han puesto a la obra de estudiar al niño científicamente para conocerlo mejor, para mejor poder desarrollar su inteligencia.

Los niños fueron objeto de preocupaciones educativas desde tiempos antiguos. Existe un hermoso libro, traducido del griego y atribuido a Plutarco, cuyo único fin es servir de guía a los mentores de la infancia. Pero estudios de esta índole no fueron, no podían ser, basados sobre nada científico. Los antiguos no conocían la actividad psíquica del niño; ignoraban las leyes de la memoria y de la atención; la naturaleza de la fatiga mental; apenas si estaban enterados de que las facultades se desenvuelven y se vigorizan por medio de la gimnasia del espíritu.

Estos estudios solo vinieron a comenzarse a mediados del siglo XIX. Al decir esto, pasamos por alto las pocas investigaciones hechas a fines del siglo XVIII, que fueron escasamente conocidas, y tomamos como punto de partida el libro de Preyer, *Die Seele des Kindes*, escrito en 1881 y citado por todos los autores como la piedra fundamental de esta nueva ciencia. Este libro, *El alma del niño* (Preyer hizo sus observaciones sobre su propio hijo, anotando día tras día su evolución mental y física), abre en realidad un nuevo mundo a los psicólogos. Por todos los países empieza entonces la fiebre de investigación. Es preciso hacer notar que antes de escrita esta obra, Darwin había publicado en 1877, como apéndice a su *Expresión de las emociones*, el diario que había hecho de su hijo, en el mismo estilo de Preyer, y que Bernardo Pérez, en 1878, ya había dado igualmente a la luz pública su obra magistral *Los tres primeros años del niño*. Tampoco debemos olvidar que en este mismo año el psicólogo Wundt, compatriota de Preyer, fundaba en Leipzig el Laboratorio de psicología experimental, que vendría a prestar desde sus comienzos un concurso tan precioso a estos estudios

infantiles. Con todo, el libro de Preyer obtiene el éxito de los trabajos absolutamente originales y conquista la atención de los más célebres educadores.

El despertar de este entusiasmo científico en un campo hasta entonces abandonado a solas elucubraciones sentimentales, se hace en poco tiempo universal. Son grandes cerebros los que le dan impulso. En Francia, Ribot y Durkheim van a la cabeza del movimiento. Algunos se especializan. Binet, el sabio, el lamentado maestro, cuya muerte, acaecida en 1911, llenó de pesar a la Europa estudiosa, se dedica con toda su ciencia al estudio de los niños: funda un laboratorio de investigaciones psíquicas, da conferencias, escribe en periódicos y revistas, publica su libro profundo *Les idées modernes sur les enfants*.

Stanley Hall, el célebre educador americano, inicia en los Estados Unidos la nueva labor. Funda la National Association for the Study of Children, en donde se hace toda clase de encuestas y de estudios sobre el desarrollo mental de los niños; se pone al frente del Pedagogical Seminary, que es quizá la publicación pedagógica más importante de cuantas se editan en Norteamérica: crea el Children Institute en la Universidad de Clark. Notables compatriotas suyos participan de este mismo entusiasmo: Baldwin, Dewey, Moore, los mismos Münsterberg y el lamentado William James, que por un momento criticaron el exceso de detalles en las investigaciones de Hall, hacen importantísimos estudios educacionistas, basados en la nueva psicología experimental.

Claparède y Bovet en Suiza, quienes fundan luego en Ginebra el Instituto de Ciencias de la Educación; Sluys y Decroly, en Bélgica; Credaro, de Sanctis, Ferrari, la señora Montessori, en Italia; Sully, en Inglaterra; Karls Gross, en Alemania; Giner de los Ríos, Cossío, las cabezas dirigentes de la nueva generación española; Mercante en la Argentina. ¡Cuántos otros y en cuántas otras naciones se dedican tenazmente a estos nuevos estudios que van a dar por tierra con el andamiaje formidable consolidado por la rutina! El movimiento pasa a Suecia, la patria de Ellen Key, a Austria, a Rusia y a China y al Japón.

Por todas partes aparecen periódicos y revistas dedicados exclusivamente al estudio de los niños. Florece toda una literatura que trata de ellos o que es para ellos. Las naciones se reúnen en congresos. Allí van los grandes educadores, los psicólogos, los simples maestros de escuela, los puramente aficionados a las cuestiones de enseñan-

za. No hay trabas para penetrar en aquellos recintos donde se han reunido todas las inteligencias que sintieron impulsadas por un mismo sentimiento.

Numerosas han sido estas reuniones internacionales: Congreso de Psicología Pedagógica, San Petersburgo, 1904; Congreso de Higiene Escolar, Núremberg, 1904; Londres, 1907; Congreso de Educación Social, Boston, 1905; Congreso de Educación Familiar, Lieja, 1905; Milán, 1906; Congreso de Educación Moral, Londres, 1908; La Haya, 1912; congresos de psicología.

De las labores de estas asambleas queda en claro —ya lo había enunciado Rousseau— que no podremos comprender jamás al niño mientras no lo estudiemos, ni juzgarlo, ni dirigirlo, mientras no lo comprendamos, y que en tanto no reformemos la escuela primaria, que es donde despierta la vida mental, no habremos hecho obra de verdadera trascendencia. A las puertas de los colegios superiores seguirán llegando los espíritus viciados por la enseñanza anterior. La disciplina intelectual no se improvisa: es obra de años que importa comenzar temprano, si se la quiere cimentar sólidamente. La enseñanza intuitiva, implantada hoy en algunas escuelas nuevas de Europa y los Estados Unidos, da la importancia debida a este problema capital. No hacemos general el concepto a todas las escuelas, porque la práctica de la nueva tendencia apenas es realizada en muy contados casos. Y este no es motivo para desalentarnos: aún podemos hacer lo que hacen los mejores y dejar camino atrás a los que ha paralizado la ignorancia o la pereza. Entendido, pues, que en la misma Europa, en donde imaginamos que todo ha de ser perfecto, esta reforma está apenas iniciada; estudiemos los problemas que plantea, y sin detenernos a atacar los puntos vulnerables, consideremos todo lo que fácilmente podríamos adaptar.

Basta una ligera consideración para comprender lo que entraña:

La enseñanza nueva presenta las cosas antes que las imágenes, antes que las palabras mismas, y las imágenes y las palabras antes que el libro. Esto significa que inconscientemente penetra la lógica en el niño; que él busca, que discurre, que encuentra por sí solo. Emilio Durkheim, el maestro de la claridad cartesiana, llega hasta proponer que de vez en cuando se le dé al alumno alguna idea confusa o complicada para que la analice y desentrañe los elementos que la componen. Viene a ser este el método socrático en acción, predicado ya con conocimiento de causa.

Esta escuela modelo de hoy es la escuela del movimiento, la escuela de la vida. Se hacen a un lado los caducos libros de texto —los cuadernos de apuntes llevados por

los niños los reemplazan con grandísima ventaja—; el manual modernizado solo será un guía; se abandonan las palabras dogmáticas y frías; el maestro habla en lenguaje sencillo, y cada niño usa su lenguaje natural; en vez de aprender definiciones y listas abrumadoras se va tras de las cosas mismas. Se marcha el maestro al campo con su caravana de discípulos: allí enseña, más bien parece que con ellos estudia geografía, siguiendo el curso del riachuelo, o historia natural en presencia de los insectos y de las plantas. Con ellos va a una fábrica y allí los niños se dan cuenta del trabajo —lección de estudios sociales— y advierten el progreso de las industrias —lección de física o de química aplicada—. Sale con ellos de paseo por la ciudad, y ante un edificio nacional, ante la estatua de un héroe, les da una sentida y eficaz lección de historia patria.

En cada una de las diferentes materias de instrucción elemental está encarnado este derrotero de la enseñanza, y en cada una de ellas desarrolla armónicamente un programa acorde en todos sus detalles con la idea primordial: instruir educando. Esta es la fórmula. Se pasará siempre de lo concreto a lo abstracto, de lo conocido a lo desconocido. Nunca se dará el nombre de una cosa sin dar con él el entendimiento de la cosa.

La antítesis es completa entre este sistema y el antiguo.

El nuevo sistema sacude la inteligencia, la despierta, la lleva a la acción, pone en movimiento todas sus facultades; no pretende hacer niños sabios, sino niños capaces, comprensivos. El niño podrá olvidar lo que ha aprendido —lo olvidará menos que cuando solo lo memorizó sin comprenderlo—, pero en él quedará la disciplina mental, la capacidad desarrollada, la facultad de encontrar lo que olvidó. Con tal procedimiento el estudiante va alegremente a la escuela: lleva la alegría de saciar la curiosidad, innata en él, que luego se traduce en hábitos de estudio, en amor a los libros. Así en toda enseñanza hay algo germinativo, y queda el terreno preparado para una feliz gestación. Cada conocimiento echó fuertes raíces, y uno y otro se asociaron, se soldaron, y dieron unidad al pensamiento.

El sistema antiguo toma el cerebro del niño como materia pasiva. Su único fin es el estereotipar nociones: poco importa que no se comprendan, a cambio de que aseguren el lucimiento de un examen. Enseñanza exclusivamente memorista, es una enseñanza de espuma, brillante, deslumbradora a veces, efímera siempre. Con ella queda muerta toda iniciativa, atrofiado el discernimiento, cerrado a la mente el camino de

la investigación. Esto cuando la resultante lograda no ha sido el odio por el estudio o la superficialidad de criterio, que es de tan difícil curación. Es un método que, lejos de proporcionar la alegría, entristece, deprime, agota al niño y hace de él un espíritu servil. De esta manera llega a la escuela superior fatigado, enturbiada la comprensión, dócil a aceptar como verdad irrefutable la palabra del maestro o el dictamen del texto. Con el otro método, al alumno lo acompaña la inteligencia abierta, el ánimo exigente preparado para estudiar, para escudriñar y comparar. Así se acaban los siervos y aparecen los investigadores.

Marzo de 1915

La escuela activa

En uno de sus bellos y densos libros —*L'Ecole Active*—, el eminente profesor suizo, Adolfo Ferrière, nos presenta el amplio panorama de la nueva educación. Llega ahora Ferrière en plena actividad espiritual, a la cumbre gloriosa de sus ochenta años, y con este motivo hemos vuelto a hojear las obras suyas que leímos desde la juventud, pero que todavía conservan la vitalidad de las cosas que tienen valor permanente.

Sigamos al viejo maestro en su pensamiento, siempre juvenil. Este nombre de escuela activa es relativamente nuevo. Ferrière nos dice que tal denominación era por completo desconocida hasta 1918. Parece que fue su ilustre coterráneo, Pierre Bovet, quien la ideó y la convirtió en bandera.

La escuela activa quiere estar dentro del marco de la vida; es escuela que busca constantemente oportunidades de trabajo para los alumnos, y la paulatina adquisición de hábitos, no solo de nociones. Requiere ante todo el trabajo consciente, porque trabajo y reflexión han de ir siempre juntos. Cuando el pensamiento se asocia a la acción, esta se hace humana e inteligente. Entonces sí puede decirse que la forma más alta de la acción es la lucubración del pensamiento.

Es de todos sabido que el niño crece al compás de un determinado ritmo, y que no entra en verdadera posesión personal sino de aquellas cosas que ha asimilado por medio de un proceso que pudiéramos comparar al de la digestión. La escuela tradicional realizaba con las criaturas humanas una obra parecida a la que haría el agrónomo que en vez de poner abono a la tierra para que las plantas lo asimilen, lo convirtiera en barniz para aplicarlo a la corteza del árbol que desea alimentar.

Gustavo Le Bon decía que la educación consiste en hacer pasar lo consciente a lo inconsciente, y esta fórmula es exacta en cuanto se refiere a las maneras y usos de la llamada urbanidad. El niño hace un esfuerzo de plena voluntad y pone en un principio

toda su atención para hacerse a los modales de la gente bien educada, pero su educación social no se habrá completado mientras no llegue a hacer inconscientemente uso de tales prácticas. Lo consciente habrá pasado así a lo inconsciente. Lo mismo ocurrirá cuando se está en el proceso de adquirir determinada técnica: una vez obtenida se convierte en movimiento reflejo independiente de la inteligencia.

Hay otra manera, sin embargo, de considerar la educación, y es precisamente el hacer pasar lo subconsciente a lo consciente o, lo que es lo mismo, el desentrañar del fondo de la personalidad las fuerzas vivas que existan en ella para utilizarlas a conciencia hasta el margen de su capacidad. Así se despierta en el niño la certidumbre de sus posibilidades, y su necesidad de acción no se convierte en mera agitación.

Más que una reforma esta nueva escuela implica una transformación. En realidad, no se desea modificar lo que venía haciéndose, sino hacer algo diametralmente distinto, crear una cosa nueva, una realidad diferente a la que movía la escuela de antaño.

La escuela activa tiene lejanos y cercanos precursores. En la lejanía está en primer término la escuela socrática que buscaba el desarrollo del pensamiento y la formación del criterio. Ferrière nos habla también de las paradojas de Rebeláis, de los finos análisis de Montaigne, de las intuiciones geniales de los hombres del Renacimiento. El mismo Lutero, no obstante su espíritu impulsivo, hablaba ya del absurdo de aquella enseñanza desvinculada de la realidad, hecha a golpes de látigo y de gritos estridentes. Pedía comprensión del niño, y el cambio del ceño adusto del maestro por la sonrisa del educador.

Sintetizando el aporte de los más connotados precursores de esta nueva escuela, nos dice Ferrière: "Para Rebeláis es suficiente que Gargantúa considere las cosas: Rousseau pide que Emilio aprenda los oficios que observa; en Pestalozzi este ejercicio pasa de la teoría literaria a la práctica real". Tal es la escala que nos lleva a la escuela activa actual que pide alegría y libertad de acción para el niño. La naturaleza quiere que los niños sean niños antes que ser hombres. Si intentamos cambiar ese orden produciremos frutos precoces que no tendrán ni madurez ni sabor.

Cada edad tiene sus resortes que la hacen mover. El niño posee maneras de ver, de pensar y de sentir que le son propias, y exigirle juicio a los diez años es tanto como pedirle que a esta edad tenga ya la altura de su padre.

Rousseau, el combatido autor, en su Emilio, hecho de fuego y humo, al decir de Mme. de Staël, insistió en la necesidad de fundamentar toda enseñanza sobre el inte-

rés y la acción. El contacto con la realidad del campo fue su constante de piedra de toque. “El niño que no hace más que leer, decía, no piensa, solo aprende palabras”. Despertar la curiosidad por los fenómenos de la naturaleza, avivar constantemente tal curiosidad, era uno de sus propósitos primordiales. Que el pequeño no sepa nada, porque se lo han dicho, sino porque él lo ha comprendido. “Si alguna vez, agregaba, llegáis a sustituir en su espíritu la razón por la autoridad, ya no razonará más: ya solo será el juguete de la opinión de los otros”. Y esto cabe en todas las esferas de lo terreno.

No se trata de enseñar simplemente las ciencias al alumno. Lo más importante — recalca el filósofo—, es darle el gusto por ellas, mover su interés por cada materia, señalarle, todavía mejor que la verdad, el camino que busca la verdad. Al alumno hay que despertarle el ingenio y la inventiva, y esto no se logra a cabalidad sino cuando es él mismo el que brega por encontrar las soluciones y no ve reducido este esfuerzo a la capacidad o ingenio de su profesor. El niño y el adolescente deben sentirse más en un taller que en el aula de una escuela. Una hora de trabajo inteligente enseñará más cosas de las que no se olvidan, que un día de explicaciones.

El quehacer manual —ya lo había enunciado Locke— es de capital importancia en la educación. En tal género de labor el niño ejercita sus manos y su intelecto, y siente el placer de la actividad consciente. El pensador inglés recomendaba toda clase de prácticas de esta índole: el jardín, los trabajos en madera, la cerrajería, el torno, la preparación de barnices, los repujados, el grabado, la gama toda de los diversos trabajos que pueden realizar las manos. El cuidado minucioso que cualquiera de estas obras requiere; los hábitos de orden, de pulcritud, de economía en el material; la habilidad en el manejo de diversas herramientas; la ejecución de cualquiera obra que, aunque concebida por la inteligencia, ha de ser realizada manualmente, desarrolla en el niño virtudes esenciales para la formación de una rica personalidad.

“Trabajar de una u otra manera, escribía el ginebrino, ‘es un deber para todo hombre’; y agregaba rudamente: ‘rico o pobre, poderoso o débil, todo individuo ocioso es un bribón’”.

Otra de sus preocupaciones es el cultivo de la agudeza crítica. La mayor parte de nuestros errores, decía, nos viene, menos de nosotros mismos que de los demás. El espíritu hay que estar ejercitándolo de continuo si queremos que él se haga vigoroso,

tal como para conseguir la fuerza de los músculos tenemos que entrenarlos de continuo.

La cantidad de conocimientos es secundaria. Emilio sabe poco, pero lo que sabe, lo sabe con exactitud. Son bienes que le pertenecen. Tiene un espíritu universal, no porque conozca todas las cosas del universo sino por la facultad que ha adquirido de buscar y conseguir nuevos conocimientos. Tiene así una mente abierta, inteligente, atenta. Montaigne había dicho doscientos años antes, que vale más que ser instruido, tener el espíritu listo, ansioso, sediento de instrucción.

Esta fue en la teoría la escuela activa de siglos pasados, y es en la práctica la escuela activa de nuestros días.

7 de julio de 1959

La alegría en la escuela

La nueva educación quiere que la alegría reine en la escuela. No falta quien piense que para conseguir más seguramente los bienes del cielo no hay nada como ver convertida la tierra en un infierno y resignarnos a vivir esa vida infernal para mejor ganar la gloria eterna. Otro punto de vista es el de tratar de comenzar a vivir bienaventuradamente desde la tierra, y contagiar de nuestra bondad y alegría a toda la gente con quienes nos pongamos en contacto. De esta manera el comienzo de la gloria sería también cosa terrenal, y sin pretender transformar en paraíso nuestro valle, no le llamaríamos más con palabra exclusiva “valle de lágrimas”.

Sea cualquiera el lote de vida que nos haya tocado, no es la cuota de nuestro dolor lo que hemos de querer inculcar a nuestros semejantes, sino la porción de júbilo que la suerte nos diera. Alguien ha dicho que lo heroico en la existencia humana está en ver la vida como es, y amarla, y este amor a la vida, y no la amargura que hayamos podido recibir en ella, es lo que debemos dar a quienes queremos con generosidad, como debe querer todo maestro.

Dentro de una escuela de gente sana y de conciencia recta no parece imposible crear un pequeño mundo en el que la belleza, la bondad y el bien nos hagan sentir la dicha, nunca el horror, de vivir. Este concepto no se opone al más puro sentimiento religioso, siempre que ese sentimiento esté movido menos por el temor de Dios que por el amor a Él.

Es cuestión de temperamentos. El pesimista vive aferrado ante un Ser Supremo iracundo que nos espía a todo instante para castigarnos y humillarnos. El optimista confía en la bondad divina, y a su justicia entrega la obra que realiza. El uno es triste, con tristeza enfermiza, y se siente perseguido; al otro, la idea de un Dios bueno y misericordioso le llena de luz y ánimo la mente.

Sea o no egoísta por naturaleza el hombre, la educación debe tender a dar a los humanos una visión amable de la vida. Solo así la claridad espiritual será perfecta, y esa lumbre no puede estar ausente de ningún intento que aspire a levantar la dignidad de la persona humana. Lograr tal propósito es problema que tenemos que plantearnos delante de toda inteligencia que despierta.

La existencia contemporánea va tomando el aspecto cinematográfico que le da el afán con que vivimos. Esa inconsistencia, ese sucederse de imágenes de la película, que satisface el capricho de unos minutos, pero que nada estable deja en la mente ni en el corazón, presenta un proceso muy semejante al de la ininterrumpida sucesión de emociones a que nos sujeta el vértigo de la vida actual. Frente a tan efímero movimiento, el nuevo educador anhela, sin fruncir el ceño, hacer una obra de profundidad. La entereza del carácter, el ejercicio de la voluntad y la creación del fervor ciudadano, del que tan necesitados estamos, exigen a la vez que una pausa de reflexión un espíritu animoso, y si a nuestros alumnos les enseñamos a vencer resistencias y obtener resultados, será el goce de la tarea cumplida lo que acompañará sus estudios, y no el tedio de realizarlos.

Es de esta manera como la mente se ejercita, se fortifica y progresa. Lo esencial es que en esta actividad espiritual no falte el interés, el más poderoso resorte de todo el aprendizaje. En su compañía, la tortura de aprender se convierte en deleite.

Dícese que existe una filosofía del dolor, y que hay momentos en que el dolor purifica, engrandece la vida, y nos conduce a la fe, como lo dice Dostoiewsky. Se basa el gran escritor especialmente en la observación de su pueblo. “Los rusos, nos dice, sienten la sed del sufrimiento”. Queda por saber si entre las inspiraciones que nos vienen de Moscú debiéramos consignar este aporte. Podría pensarse que el dolor, como norma, agota, envejece, deprime, aniquila, mata toda ilusión, ensombrece el espíritu. De todas maneras, para nuestra niñez y nuestra juventud quisiéramos, ciertamente, un programa que no sea de abatimiento.

Kempis va más lejos que Dostoievski. Para él el hombre es *vil gusano*, y debe recordarlo constantemente. Tan tremendo complejo de inferioridad aplasta la dignidad humana y nos acerca al animal. Vemos así cómo el hombre no está hecho a semejanza de Dios sino del gusanillo despreciable que se arrastra por la tierra. Las admoniciones del santo varón no pueden ser más desoladoras: “Aborrece tu propia vida terrenal.

Ten un bajo aprecio de ti mismo. Desea que no te estime nadie. No confíes en ti mismo. No tengas voluntad propia. Todo en la criatura humana es vileza, tierra y ceniza”. Y un consejo prudente por lo ocurrido en el Paraíso: “No tengas familiaridad con ninguna mujer”. Se comprende que aceptadas estas sentencias nadie puede volver a sonreír. Solo queda campo para la desesperación y las lágrimas.

El mundo se nos presenta —la observación es centenaria y centenarista— a través de cristales diferentes. El cristal transparente que nos deja contemplar las bellezas de la naturaleza, la armonía de la creación, la bondad y el bien. Y el cristal ennegrecido que nos presenta un mundo de fealdades y descomposición, un mundo en el que siempre triunfa lo repulsivo y degradante. Aun a riesgo de equivocarnos, no vacilamos en nuestra escogencia. No podemos dar a la nueva generación perspectivas tormentosas. Dijimos ya que tampoco podemos transmitirle los zumos de nuestros propios dolores y desilusiones. Ante la gente que va a hacer nuestro relevo hemos de tener propósitos de vida y no de muerte. Es la alegría y el ánimo creador lo que debemos dejar en sus almas. La alegría exalta, magnifica, impulsa a la acción. La alegría es el amor a la vida, es la salud del cuerpo y del espíritu. El dolor es la proximidad a la extinción. Y el maestro, consciente de su tarea de guía, ha de pensar en que su camino es un camino de vida que reclama ánimo, entusiasmo, fervor, virtudes que no caben dentro de una visión de pánico.

A nuestros discípulos hemos recordado alguna vez lo que en su gran sabiduría expresaba el rey Salomón: “Un corazón alegre sirve de medicina; un espíritu triste seca los huesos”.

De esto derivamos que la escuela debe ser propicia al contento, y su ambiente de hogar, y no de cárcel. Que el alumno la quiera, es el primer requerimiento para que sea benéfica la influencia que recibe en ella. Y no habrá efecto para lo que inspira temor. No son pocos los que guardan de su vida escolar un recuerdo de amargura y hondo pesar. Fue para ellos un alivio, una liberación, abandonar las aulas.

Aquí valdría denunciar que todavía, en la hora que vivimos, a tantos años de la esclavitud, y cuando las leyes lo prohíben, encontramos maestros que, para ostentar su autoridad, usan del castigo corporal. No comprenden la educación sin el dolor que humilla.

Un maestro de la vieja escuela evocaba, con la ternura con que se evoca una oración, aquella sentencia bíblica del Libro de los Proverbios que reza: “Si amas a tu hijo, no le escatimes los golpes”. Y él quería como a sus propios descendientes a sus alumnos, y les manifestaba su amor administrándoles palizas cotidianas.

La verdad es que en la docencia no faltan quienes empleen una pedagogía de contrastes. Se mueven estos *magistris* entre los estímulos que se caracterizan por la entrega de la estampita religiosa o del bombón, y el castigo, generalmente la bofetada, que se administra con el mismo fervor.

“Es por su bien”, se le dice al abofeteado. Por el bien del maestro podría hacerse con él algo semejante. Si así se hiciera, el victimario sabría, sin necesidad de decírselo con palabras, qué puede sentir el niño a quien se golpea y humilla. Se cuenta que María Margarita de los Ángeles, directora del Convento de Oirschot, que cuando en un raptó de mal humor —y aun los santos los tienen— dio una palmada en el rostro a una de las monjitas de su aprisco, corrió a besar los pies de las demás, y les exigió que la abofetearan para sentirse humillada ella también. No cabe duda de que si a todos los maestros se pidiera seguir este cristianísimo ejemplo, no habría quizás uno solo que golpeará dos veces.

28 de julio de 1961



Los gimnasianos aprenden el amor y el cuidado por la naturaleza, gracias a las enseñanzas de don Agustín Nieto durante el proceso de siembra.

Pasado y presente en educación

El título que se le ha dado a esta disertación pudiera servir para un extenso volumen. No es, empero, nuestro propósito demorar largamente la atención del lector. Quisiéramos únicamente poner en evidencia varios puntos de contacto, y de contraste a la vez, entre los que hemos dado en llamar la escuela vieja y la escuela nueva, y derivar de esta contraposición algunas conclusiones, anticipando desde ahora que entre las novedades de la escuela de hoy reconocemos la fisonomía de algunas que tienen vejez milenaria. En nada estorbará esto, sin embargo, el desarrollo de la comparación que deseamos hacer, pues se trata de enfrentar, no dos épocas distanciadas por el tiempo, sino dos espíritus diversos, dos maneras opuestas de entender la educación.

Históricamente pertenece a los tiempos primitivos esta gran novedad de la educación en medio de la naturaleza y en activo contacto con la realidad ambiente. El hombre de la horda y de la tribu ejercita su cuerpo para darle fuerza y flexibilidad, y adiestra defensivamente su espíritu de iniciativa. Observa y experimenta a su manera, afina sus sentidos al roce de los acontecimientos, hasta hacer de ellos centinelas expertos y en atenta vigilia. Ve, oye, olfatea, aprende a vencer los obstáculos que le presenta la naturaleza hostil. Llega a conocer y a dominar su medio. Su escuela es ya la escuela de la vida, por la vida y para la vida. Enseñar y aprender haciendo, no son para él teorías controvertibles, sino axiomas derivados de la experiencia cotidiana.

El pedagogo no aparece todavía allí. Si apareciera, podemos estar seguros de que sería devorado por sus discípulos, pues tal es la respuesta que reciben los que en vez de hacer las cosas, se dedican a decir cómo deben hacerse. Pero si no hay pedagogos, hay pedagogía activa, vitalista. ¿Qué otra cosa sino esto es la ceremonia de la iniciación observada por historiadores y viajeros en tribus de varios continentes?

Se trata de saber si el adolescente que tiene ya la contextura de un hombre merece llamársele así, o si en vista de su debilidad, no vale la pena de que continúe viviendo.

Se le abandona en la selva en completa desnudez por el espacio de una o dos lunas. Solo y desamparado debe luchar contra las intemperies; ha de preparar sus armas, vencer por la fuerza o la astucia a las bestias feroces, buscar su vestido y alimento, hallar una guarida que le dé seguridad. Si muere en esta prueba de habilitación, queda demostrado que era inepto para la vida y nadie tiene el derecho de llorarlo. Si vive, regresa a la tribu con los trofeos de sus luchas, y allí se le somete a los exámenes finales de valor y de dominio sobre sí mismo. Será mordido por hormigas ponzoñosas, fustigado violentamente, torturado en alguna forma. No debe en ninguna de estas pruebas hacer un solo gesto, dar un solo grito. Pasado este examen, que pudiéramos llamar de revisión general, vencedor en tan dura lid, se le festejará como a hombre, y ya podrá saber los secretos de sus mayores y formar parte de la comunidad, bajo el juramento de sumisión al brujo de la tribu.

Podríamos asegurar así, que la fórmula “educar es preparar para la vida” cuadra admirablemente dentro de esta pedagogía primitiva. La fuente de la escuela nueva de hoy, en cuanto puede referirse al dominio del medio y al concepto de adiestramiento para el servicio del individuo en beneficio de la comunidad, brota, pues, en la tribu primitiva, y, en medio de su violencia, puede servir de inspiración para las más avanzadas teorías educativas del momento presente.

Tiene asimismo su fuente conocida la llamada escuela vieja. Nos viene del lejano oriente, principalmente de China. El hombre descubre un día la manera de conservar, por medio de caracteres escritos, sus tradiciones y conocimientos. Aparecen entonces las escuelas en donde, por milenios, las nuevas generaciones irán a aprender y a recitar de memoria el contenido de esos símbolos. Los primeros libros se convierten fatalmente en libros sagrados cuyo texto ha de repetirse, sin el más ligero cambio, en la recitación que de ellos se haga. En adelante será obligatorio para cuantos aspiren a sobresalir, no ya probar sus fuerzas y su astucia como lo hicieron los primitivos, sino poner a prueba únicamente la memoria. Los símbolos escritos llenarán ahora el cerebro humano, poblado antes por imágenes de la vida en plena libertad.

Aquella escuela China, cuya vejez llega a más de cuatro mil años, nos ha sido descrita en términos casi idénticos por peregrinos de siglos muy distantes, lo que prueba

que a través de los tiempos conservó sus características esenciales. Es la escuela del aprendizaje en coro, con aquella melancólica cadencia que conocemos con el nombre de “el sonsonete de la escuela pública”, y que no sabemos por qué penetró un día en todas las escuelas infantiles de las cinco partes del mundo.

La pedagogía de los chinos se hizo universal. El discípulo, haya entendido o no el párrafo que debe retener, entrega el libro al maestro, se vuelve de espaldas y comienza a recitarlo con el mismo ritmo con que lo ha leído. El maestro, con una vara en la diestra, apunta sobre la cabeza del paciente las equivocaciones que comete, inmortalizando así la fórmula castiza: “la letra con sangre entra y la labor con dolor”.

Vendrán luego los exámenes, otra invención de la China remota. Ya sabemos la fidelidad que ellos exigen. Tan estricta es la orden de no pasar adelante sin haber memorizado, frase por frase, cada libro de estudio, que es frecuente ver sometidos a una misma prueba a adolescentes y sexagenarios, ocurriendo, como es de suponerse, el caso de encontrarse en una misma clase, frente a unos mismos textos, hijos, padres y abuelos.

Tres generaciones que se juntan en una misma tortura, y que, sin reproche, siguen aceptando con igual mansedumbre el absurdo a que se les somete, como al conjuro de una maldición irrevocable, son el símbolo perfecto de esa vieja escuela que levantó sus toldas en todos los rincones del planeta. Educación formalista y mezquina que aprisionaría la inteligencia de las nuevas generaciones siglo tras siglo.

Un día, sin embargo, la humanidad toma conciencia de sí misma en las calles de Atenas, y rompe los moldes que esclavizaban y humillaban al hombre. Es el momento en que se inicia en la escuela la milagrosa realidad platoniana de dar al cuerpo y al alma de cada ser toda la belleza de que sean susceptibles.

Atenas enseña al mundo a sentir y a pensar; trae a la educación los conceptos de serenidad y de armonía; establece el binomio humano —cuerpo y espíritu—, y así dignifica al hombre integralmente. Con justeza y con justicia ha podido decirse que “el genio helénico, el más equilibrado del mundo, lo iluminó todo, lo intentó todo, lo indicó todo, y personifica la edad viril del género humano, de tal manera que aún después de haberse apagado, enervado por el Asia y dominado por Roma, dejó tras de sí semejante huella de luz, que con solo entreverlo la Europa feudal, embrutecida por mil años de esclavitud política y mental, despertó maravillada, y una nueva primavera comenzó para el espíritu humano”.

No es preciso ir más lejos en este rápido análisis. Con las tres fuentes ya mencionadas, —primitivos, orientales y atenienses—, tenemos suficientes elementos de juicio para ver lo que ha sido el pasado en educación.

A través del tiempo esos elementos, en lucha abierta los unos con los otros, compenetrándose y confundiendo por épocas, han llegado dispersos, pero casi intactos, hasta nuestros días. Desde luego cada momento histórico ha dejado las huellas de su ideal. Los griegos —mejor los atenienses— quisieron formar al hombre de espíritu cultivado, y de cuerpo fuerte y bello; los romanos se preocuparon sobre todo del soldado y del magistrado; el ideal de la Edad Media fue netamente religioso o militar; el del Renacimiento lo caracterizó su pasión artística. En los tiempos modernos cada pueblo nos parece que encarna un tipo distinto de educación: clásico y deportivo en Inglaterra; erudito y refinado en Francia; de especialización científica en Alemania; profesional o netamente mercantil en algunos países de América.

Mas no hay nada categórico en esto, tanto más cuanto que los acontecimientos hacen a menudo virar de rumbo una tendencia que parecía definitiva. Un ideal humanitario tórnase de pronto en ideal de campanario: el vecino ha crecido o amenaza; solo se acepta entonces la educación de base militar; la educación de ataque o de defensa.

También han sido distintos los ideales concebidos por los grandes pedagogos. Erasmo se enamoró de las bellas letras; Montaigne quiere ante todo educar la razón; Rebeláis, en medio de sus carcajadas, pide una cultura enciclopédica; Rousseau aspira a una educación libre que imite la naturaleza; Kant se preocupa primordialmente de la perfección moral, Mill de la intelectual; Guyau persigue un fin sociológico: un ideal de “vida individualmente intensa y socialmente extensa y fecunda” lo que implica un esmerado cultivo no solo de la inteligencia sino del corazón.

Pero unos han sido los ideales y otra la realidad. Una ha sido la teoría y otra la práctica, no obstante la necesidad imprescindible de hacerlas inseparables. La teoría inspira, señala caminos, da vida; la práctica ensaya, rectifica, enriquece lo que indica la teoría. La teoría sin la práctica va haciéndose cada vez más abstracta, llega a ser nebulosa; la práctica sin la teoría renovadora se convierte en acción maquinal, en rutina que paraliza y detiene todo progreso.

Meditando sobre esos asuntos es casi seguro que encontremos como raíz de todos los errores, en materias educativas, la separación que ha existido casi siempre

entre pedagogos y maestros. Los pedagogos escriben lo que los maestros nunca leen. Los maestros hacen lo que los pedagogos no llegan a conocer. De todas maneras, la ciencia contemporánea ha traído nuevas luces a la mente del hombre, las generaciones que llegan encuentran educadores que a la intuición vocacional agregan el estudio y se hacen por lo tanto más razonables y más hábiles en el desempeño de su tarea. Empero, lo irracional perdura, y al lado del maestro de espíritu renovado y comprensivo, convive el que solo retuvo de la lección del pasado lo arbitrario y rutinario.

Escuela vieja y escuela nueva viven, pues, lado a lado en el presente. Por eso decíamos al principio que hemos de enfrentar no propiamente dos épocas sino dos espíritus diversos, dos formas diametralmente opuestas de sentir y de pensar.

La escuela nueva es ante todo un ambiente; ambiente de libertad dentro del orden; de consciente, de íntima colaboración, y de alegría en el trabajo.

La disciplina en esta escuela no es una imposición exterior: se deriva con toda naturalidad del interés puesto en el trabajo que se está ejecutando.

El maestro no pierde aquí su jerarquía de jefe de la comunidad, pero no hace alarde de ella. La autoridad es para él simplemente la conciencia de una mayor responsabilidad. Sabe que el privilegio del mando exige deberes antes que derechos, y normas de pulcritud, de justicia y de verdad. Es parco en prédicas, pero elocuente en laboriosidad. La ciencia no le ha hecho fruncir el ceño sino que ha iluminado su vocación. Este maestro no lanza sentencias dogmáticas ni vocifera sus órdenes; nada estridente hay en él. Sabe que donde se grita no hay verdadera ciencia ni razón, y entiende que a la par de su tarea de instruir, le incumbe la de educar. Se diferencia, pues, tanto como una afirmación de una negación, del maestro de la llamada escuela vieja, gruñón, categórico, tan ignorante como imbuido de espíritu de suficiencia, y por lo general tan fuera de su tiempo en indumentaria como en ideas.

Contraponiendo conceptos entre lo que ideológicamente llamaríamos el presente y el pasado en educación, pudiéramos decir: el pasado es el maestro que infunde temor; el presente es el maestro que inspira respetuoso afecto. El pasado es el maestro que dogmatiza; el presente el maestro que insinúa. El pasado es el maestro que impone su modo de pensar; el presente es el maestro que crea individualidades conscientes. El pasado es el maestro que hace repetir interminables lecciones de memoria; el presente es el maestro que estudia con sus alumnos sobre la realidad y se preocupa

por hacerlos comprender, por interesarlos, por mantener viva su atención. El pasado es el maestro que se contenta con instruir; el presente es el maestro que educa, que no pierde de mira la formación integral del individuo: desarrollo físico, sentimientos, carácter, voluntad, espíritu.

De la misma manera que comparamos al maestro de los dos tipos de escuela, podríamos comparar sus métodos. Un método pasivo y un método activo. Un método que crea disciplinas espirituales y hábitos de estudio animoso y consciente, y otro método que mata toda iniciativa, fomenta el tedio, o el desamor por el estudio, y sobrecarga de inútiles conocimientos la mente.

La pedagogía de la escuela activa no exige un material patentado, ni sujeción exclusivista a normas dictadas por algún maestro. Casi pudiéramos decir que solo pide buen sentido; lógica en los procedimientos y espíritu abierto a la investigación y al estudio.

Si la idea preconizada utiliza la realidad del medio ambiente y es suficientemente rica en sugerencias para que pueda valorarse con el aporte de nuevas iniciativas, tenderá a hacerse universal. Un ejemplo protuberante, conocido por todos los educadores de América, lo presenta la llamada pedagogía de las ideas asociadas o centros de interés. ¿Por qué en el breve espacio de veinticinco años ha recorrido esa idea los cinco continentes? ¿Por qué tan rápidamente tomó carta de ciudadanía en América con la misma naturalidad con que lo hiciera en Bélgica, en España, en Italia, en Francia, en Rusia, o en la India?

La explicación no es difícil de dar. El centro de interés parte de la realidad ambiente, luego puede desarrollarse de semejante manera en los más disímiles lugares. Da, por otra parte, campo a la iniciativa individual, y es lógico y atractivo, y fija los conocimientos manteniendo siempre alerta el interés. Poco importa que le llamemos método de proyectos o de unidades de trabajo. Complejos rusos, o plan de actividades. El espíritu es el mismo.

No tendremos que recordar aquí los procesos de observación, asociación y realización conocidos ya sobradamente; recordaremos solo que el alumno centra su atención, no en un objeto, como se hiciera con las ya caducas lecciones de cosas, sino en un tema de vastas proporciones que se desenvuelve en torno de algo que en apariencia le es familiar, pero que en realidad no ha estudiado. Febril es su interés cuando va

de descubrimiento en descubrimiento enriqueciendo sus nociones, pasando del estudio de la escuela y del hogar, al del pueblo o ciudad en donde vive, al de la provincia o estado, al de la nación y el mundo.

La clave está en que la mente humana se complace en moverse siempre en torno de centros de interés. Trabaje o juegue el niño o el hombre, su atención estará centrada por un propósito determinado, en torno del cual girará siempre su espíritu. Escribir un artículo, hacer una experiencia de laboratorio, o un negocio, construir una casa, planear un ferrocarril, ¿no merece todo esto el mismo calificativo de centro de interés? Nuestra vida toda, cuando llega a tener algún significado no ha sido otra cosa que un centro de interés que nos ha movido a realizar una obra.

Lo importante es no hacer del nuevo método una nueva rutina. Si el maestro no le da vida y renovada variedad, convierte la obra de arte que es toda educación, en una caricatura.

La vieja escuela solo da letras, solo da libros. La nueva da ocupaciones primordialmente, pero da libros también. Solo que estos libros son gratos a la vista y al espíritu, y complementan lo que la vida cotidiana enseña porque son expresión de vida y no negación de ella.

Puestos de acuerdo en el espíritu de esta nueva orientación, ¿no sería posible que estudiáramos en los distintos países la manera de dar un paso más adelante buscando el paralelismo de nuestros programas de estudio y de nuestras orientaciones educativas?

El contenido de las enseñanzas de la escuela primaria no tiene por qué variar de una nación a otra, como no sea el de la geografía e historia patria, que es natural merezcan en el respectivo país especial atención. Ciencias naturales, matemáticas, idioma materno, podrían tener programas similares. Y las adquisiciones de valor primordialmente educativo ya logradas por la escuela nueva —el dibujo, el trabajo manual, el canto, las actividades de índole social—, podrían asimismo contar con programas semejantes.

No poco ganaríamos para el avance de nuestros sistemas, sumando de esta manera nuestros esfuerzos y experiencias. Ganaríamos también en mutuo acercamiento y comprensión el dar base similar de carácter internacional a todos los elementos de nuestra cultura. Valdría la pena estudiar con detenimiento este problema.

Septiembre de 1940

Los centros de interés

Al salir de la escuela el muchacho no encuentra los textos escolares que se piden sean aprendidos de memoria: encuentra la vida. Hemos de darle, pues, primordialmente elementos vitales tomados del medio que lo envuelve, que es donde pueden ser estudiados provechosamente. Solo así lograremos que escuela y vida sean una misma realidad.

El doctor Decroly, en vez del habitual plan de materias escolares que, según su observación, nada dicen al espíritu del niño y solo logran dispersar su atención, sugiere la concentración de toda la enseñanza en un programa vasto y flexible que él ha llamado de ideas asociadas, y que se desarrolla por medio de centros de interés.

Ya hemos explicado a espacio en el libro *Los Maestros* el proceso de este método. Contentémonos ahora con hacer una breve recapitulación.

Lo importante es indagar cuáles son las necesidades primordiales del niño para, de acuerdo con ellas, elaborar el plan que debe seguirse. Tomó el Dr. Decroly cuatro grandes temas —alimentación, lucha contra la intemperie, defensa de los peligros, y trabajo solidario—, y con ellos se trazó el programa conocido por todos, con sus tres grandes pasos de desarrollo: *la observación, la asociación y la expresión*.

La observación comprende todo aquello que se refiere al medio en donde vive el niño habitualmente, y que cae bajo el dominio inmediato de sus sentidos; fisiografía de la región; animales, vegetales, minerales, fenómenos de la naturaleza; la casa, la escuela y la sociedad, el comercio, las industrias, las costumbres. Observar, se ha explicado ya, es más que percibir: es establecer relaciones, comparar, situar la percepción dentro de la inteligencia. No observamos, ni asimilamos, sino lo que nos interesa, es decir, lo que atrae y ordena nuestra atención. De ahí la importancia que tiene el ajustar todo programa teórico a los intereses del niño en sus distintas edades.

La asociación, que se presenta en secuencia tan rápida con la observación, que parece hacerse simultánea con ella, comprende el estudio de todo lo que el niño no puede ver porque pertenece a otras regiones —asociación en el espacio o sea la geografía; o a otras épocas— asociación en el tiempo o sea la Historia. Se comprenderá que para los niños de una región es observación, para los de otra es asociación. Cada medio sugiere su propio programa.

El niño que ha observado, y que en su mente ha hecho asociaciones de diverso género, gustará de expresar la esencia de su conocimiento. Esta expresión o realización, ya sea gráfica o escrita, o manifestada en una obra manual, o simplemente hablada, es el coronamiento del proceso, y como tal constituye el mayor encanto del niño porque es entonces, y solo entonces, cuando él se siente creador.

Como se adivina, la idea decroliana se adapta a todas las zonas, a todos los climas, a toda la gente. El centro de interés jamás carece de vida. Es preciso ver a los muchachos trabajando en una de estas actividades, movidos por una inacabable alegría, para darse cuenta de qué tan hondamente penetra en su ánimo el programa que los guía.

Con los centros de interés se evita el que el niño se pierda en el laberinto de conocimientos que está ansioso de adquirir. Las nuevas observaciones se apoyan en las ya hechas, y así la repetición de determinados conceptos, que es necesaria cuando se quiere marcar una huella profunda en el espíritu, va afirmando cada vez el raciocinio. La atención se mantiene animosa, porque si da vueltas en torno de un asunto es para descubrir nuevos aspectos de él, es para conocerlo mejor. De esta manera se hace evidente que el centro de interés será tanto más eficaz en cuanto mayores sean los puntos accesibles a la observación directa y más en armonía esté con los alicientes momentáneos del niño.

Para el desarrollo de esta orientación de la escuela decroliana, de la escuela activa en general, creemos que difícilmente pueda encontrarse un medio más propicio que el de un país como el nuestro, en donde la diversidad de climas permite observar los más variados aspectos de la naturaleza, y en donde el contraste entre los sistemas rutinarios y los nuevos es constante en todos los aspectos de las actividades humanas.

Veamos algunos ejemplos:

Con nuestro grupo de veinte chiquillos hemos ido a un trigal. Estamos estudiando la alimentación, y hemos comenzado por observar los cultivos que encontramos cerca

de nosotros en la altiplanicie a 2600 metros sobre el nivel del mar. Queremos informarnos primero de los procedimientos tradicionales, y antes de pensar en las grandes maquinarias que siembran, siegan y trillan, hemos ido a la estancia de un modesto labrador. Allí tenemos delante de nosotros al hombre que rotura la tierra con el primitivo arado de púa. Le seguimos en toda su faena, y vamos luego, a través de los diversos sembrados, tal como si siguiéramos las etapas de la civilización, hasta la hacienda en donde encontramos la máquina que realiza la labor de centenares de obreros.

Como carecemos de estaciones y, debido a ello, podemos visitar en días sucesivos el campo donde se siembra y aquél en que la cosecha se recoge, seguiremos de igual modo, como otros solo pudieran hacerlo en una cinta cinematográfica, todo el proceso de la naturaleza. Conoceremos los abonos, los sistemas de riego, las defensas de cultivos. De boca de los campesinos oiremos las cosas que les dicta su arraigo a la tierra, cosas muy a menudo sabias, originales y profundas. Vendremos a la ciudad para visitar los molinos, miraremos cómo se verifican los transportes, y qué trámites tiene el mercado de las harinas. La visita a una panadería servirá de remate a nuestro estudio.

En el curso de sus correrías los muchachos han apuntado ciertos datos, han tomado instantáneas fotográficas, han hecho croquis, han recogido espigas, granos, harina, y con todo ello harán las reseñas particulares y el cuadro colectivo que les llenará horas enteras de intenso laborar. Quizás en un momento dado ellos mismos querrán lanzarse en la bella aventura de fabricar un pan. No será este ciertamente el pan tierno que ellos han comido en la mañana, pero será su obra, y la satisfacción de haberla realizado —la alegría de ver coronado su esfuerzo— será tan grande que podrá engañar al paladar... Harán todavía más: sembrarán en bocales de cristal semillas de trigo, y asistirán cada día al proceso maravilloso de la planta que hunde sus raíces en busca de los jugos nutricios de la tierra, y lanza su tallo hacia afuera, hacia la luz y hacia el aire libre, para ofrecer al hombre el fruto necesario a su subsistencia.

No se hablará sino del trigo en todos estos días. De pronto, con motivo de un pretexto cualquiera, de unas fotografías pongamos por caso, que el profesor desliza en la clase, se ha comenzado a tratar de la Argentina, la gran productora de trigo. La Argentina será entonces la preocupación del momento. Comparación de productos, estadísticas, progreso de la nación: un grano de trigo ha hecho florecer todo esto en la mente de

los treinta chiquillos que unos días antes nada sabían de la república hermana. Un momento llegará más tarde en la segunda enseñanza, cuando al hacer el estudio *serio* de la geografía y de la historia de Argentina, todos esos muchachos sentirán que una emoción se pone en pie para recibir los nuevos conocimientos; son los recuerdos de la niñez que salen al encuentro de la nueva formación que llega. Y así ocurrirá con las demás naciones, y con las diversas ramas del saber.

Otro día hemos bajado, en unas cortas horas de animosa marcha, 1500 metros desde la altiplanicie —ya no tenemos 15 °C de temperatura sino 20— y estamos en el corazón de un cafetal. Allí permaneceremos el tiempo necesario para conseguir una visión de conjunto. Necesitamos estudiar los semilleros, las condiciones del terreno para el trasplante, la poda, la lucha contra los insectos y parásitos dañinos, las faenas de la cosecha, los sistemas de que se vale el pequeño productor, y las máquinas que descerezan, lavan, secan, escogen y pilan grano.

Todo fue motivo de estudio en esta apasionante historia de un grano de café, vivida por los muchachos. Contemplaron con sus propios ojos la planta del cafeto en toda su evolución, hasta ver aparecer el pequeño fruto de un verde intenso que todavía hay que respetar en la mata en espera de que se transforme en la cereza de coloración encendida que las cogedoras arrancan velozmente, pero una a una para no estropear la planta. Y pronto la frutilla carnosa se ha convertido en el grano grisáceo ya seco que cae en cascada entre los sacos que van a hacer el viaje sobre el lomo de las bestias hacia la carretera. Y han visto luego los volquetes y los trenes de carga, y el barco del río. Y con la imaginación contemplaron los grandes trasatlánticos, y la gran ciudad congestionada adonde llega el valioso producto nacional que nos permitirá traer los vehículos, la maquinaria pesada, los finos instrumentos que no estamos aún en capacidad de producir. Se ha verificado un proceso de asociación de ideas con los Estados Unidos. Y se presentará también, aunque de distinta índole, con el Brasil y con los pueblos que surgieron en África.

De regreso a la escuela se tratará, como tema de clase, de las cosas relacionadas con el café, al igual de lo que se hizo con el trigo. El café será la idea-eje de toda la actividad escolar. Redacciones, cálculos, dibujos, pequeñas investigaciones del más diverso carácter, irradiarán de este mismo punto, y todas las preocupaciones confluirán en él.

Los cuadros colectivos sintetizarán toda esa labor. Divido el trabajo por grupos, responsable cada cual de hacer un determinado aporte, el conjunto presentará una tan variada y rica información que a sus mismos autores sorprenderá gratamente.

Más lejos, a terrenos más bajos, iremos otra vez. El estudio que ahora va a centrar nuestra atención es el de la caña de azúcar. Descenderemos de la altiplanicie, 2000 metros en esta ocasión. Ya la temperatura será más alta —23, 25, 28 °C— y el aspecto todo de la naturaleza será completamente distinto: mayor intensidad en los colores de las plantas, más corpulencia en los árboles, más grande variedad en las aves. Estamos en el ingenio. La bulliciosa caravana recorre la plantación de la caña, y aquí, como lo hiciera en el cafetal, asiste al proceso de la naturaleza y al de la obra del hombre. Ve con los propios ojos hacer las siembras con pequeños troncos, cortar la caña, y llevarla a las máquinas.

Ya en el camino hemos visto dos trapiches primitivos, movido el uno por la mano de un hombre, y el otro por tracción animal. Ahora veremos grandes masas de hierro que exprimen el jugo de la caña hasta dejarla convertida en el bagazo seco que servirá de combustible para mover las turbinas y dinamos que darán luz a los edificios. Y tal como si siguiéramos el cauce de una corriente milagrosa, veremos cómo los caldos espesos y negros en un principio, van purificándose, refinándose, evaporándose, hasta convertirse en polvo terso y brillante que cae en cascadas a los propios sacos que harán un largo viaje. El viaje de la *asociación* de ideas surge, como natural consecuencia, de la observación que estamos realizando.

Todo se encadena normalmente dentro del procedimiento que seguimos. Lo visto en las plantaciones nos lleva, sin transición, a otro gran centro de interés: los transportes. ¡Qué de observaciones haremos! ¡Cuántas excursiones de estudio nos aguardan!

Cerca de nosotros, con solo llegar a los caminos suburbanos, podemos ver desfilar, no en imágenes sino en términos de realidad, toda la historia de los transportes terrestres: el campesino que lleva sobre sus hombros las torres de canastas, las jaulas de pollos, los cestos de huevos; y el buey, la mula, el caballo, el asno que cruzan las trochas o bajan de las montañas con el carbón, la leña, las frutas, las hortalizas, las flores; y el carro de yunta que acarrea por las veredas la arena y la piedra para las construcciones; y los camiones que transportan los materiales y enseres que vienen de lejos. Desde allí mismo veremos surcar la altiplanicie por el ferrocarril que

ha ido recogiendo en todas las estaciones los productos de las distintas zonas, de los más variados climas, y que nos trae también la mercancía extranjera. Por asociación estudiaremos el trineo, el camello, el elefante y la llama.

Iremos, en correría de estudio, hasta el río Magdalena. Allí será la historia viva de los transportes fluviales el motivo de nuestra atención: observaremos la canoa, la balsa, la piragua, las embarcaciones de vapor, y recordaremos el hidroavión.

Nadie hablará, en esta oportunidad, de sociología, ni de estudios económicos a los muchachos, pero claramente advertiremos que lo que ahora mueve su interés es el esfuerzo cumplido por el hombre, a través del tiempo, en la conquista de lo que entendemos por civilización. Ellos mismos nos lo harán sentir pidiéndonos pormenores sobre los inventos, sobre la biografía de los sabios y de los grandes viajeros. Y se los daremos en la medida requerida por el apetito de conocimiento que se vaya despertando en ellos.

Centros de interés ocasionales

El interés suscitado en el niño por una determinada realidad, y la oportunidad de ponerse en contacto con esa realidad han de aprovecharse sin dilación. Si estalla un encendido en la vecindad el maestro aguardará a llegar en su programa a las “defensas de la sociedad” para hacerle conocer a sus alumnos las máquinas extintoras, el servicio de la Cruz Roja, el valor de los bomberos, la significación de las compañías de seguros. El acontecimiento sensacional se convierte —lo mismo dentro que fuera de la escuela— en el centro de interés vital. Las composiciones, los cálculos, las lecturas, solo serán en este momento realmente provechosas si se hacen en términos de aquello que llena la imaginación.

Nos recordaba algún día uno de nuestros exalumnos el impacto que causó en el colegio la llegada de Lindbergh a Bogotá. Lindbergh, en esa hora, atraviesa en su avión el océano, y la gente no habla de otra cosa, y los diarios traen en primera página con grandes títulos la nueva sensacional. El centro de interés es entonces el heroico aviador, aun cuando en ninguna parte figure el programa. Con el héroe se estudian las cartas geográficas —se va de un continente a otro para seguirlo en su hazaña—, y se comenta la historia de la navegación aérea. Sin el héroe nada puede hacerse en el curso de esos días. Es entonces cuando se realiza una visita a nuestro campo de aviación.

Solo de aeroplanos se habla; el espíritu está ya admirablemente preparado para hacer su estudio, que será coronado por los grupos más entusiastas con la construcción de aviones en papel, en cartón, en madera y estaño. Y se atisba con esmeradísimo cuidado el vuelo de las distintas aves. Y se hacen concursos de vuelos entre los más ingeniosos constructores. Vieja historia esta pero que vale recordarla como certidumbre de que el conocimiento llegado a tiempo es el que cuenta, y de que todo entusiasmo es contagioso y debe aprovecharse.

¿Quién no recuerda asimismo *la epidemia de la radio* en el Gimnasio? Chicos y grandes se dieron febrilmente a la tarea de construir aparatos. Con la colocación de las antenas sufrieron algunas tejas de los edificios; hubo padres de familia que reclamaron sobre la pérdida de tiempo que estas distracciones ocasionaban a sus hijos; el más severo de nuestros catedráticos de la segunda enseñanza llamó seriamente la atención del director sobre el hecho insólito de haber sorprendido a uno de sus discípulos en la faena de entorchar un alambre sobre un tubo de cartón —preparaba una bobina— mientras en el tablero el profesor explicaba el binomio de Newton. El director sonrió ante el catedrático, ante los padres de familia, y ante las tejas rotas. Era evidente que precisaba tomar algunas precauciones en colaboración con los muchachos, pero no se podía cerrar los ojos frente a ese bello fenómeno de la actividad constructiva, esencia misma de la escuela. Así lo comprendía, entre otros, nuestro sabio profesor de Física, el doctor Eduardo Lleras. Era de vérselo cada día a su llegada al colegio asaltado por un pelotón de muchachos a quienes él distribuía con naturalidad y prontitud los indispensables pedazos de galena, y daba las respuestas requeridas en un bombardeo de preguntas.

Un grueso volumen podría llenarse con la descripción del vasto programa de centros de interés que nos ha permitido conocer, felizmente, el territorio en que vivimos. El contraste es un asombroso medio de enseñanza, y Colombia, lo hemos visto, es un país de contrastes, como lo son por lo general todos los países de nuestra América.

Por el momento no será preciso abundar en más ejemplos. La esencia de los centros de interés podemos ya concretarla así: actividad inteligente, y no mera agitación. Acaso no sobre repetir que para la formación espiritual importa mucho más la manera como se adquiere un conocimiento que el conocimiento mismo. Mas no es que el aprendizaje sufra al ser presentado dentro de esta preocupación. Es todo lo

contrario: se recordará siempre mejor aquello que ha movido nuestro interés y que se ha enriquecido por asociaciones múltiples. Lo primordial en todo caso es que el trabajo tenga un sentido, un valor para quien lo ejecuta. Cuando tal es el caso en una colectividad escolar los muchachos se mantienen activos y dichosos. Cumplen su función humana: experimentan, discriminan, adquieren el sentido de la responsabilidad, acrecientan con cada esfuerzo su poder creador.

No nos cansaremos de insistir sobre la necesidad de que el niño construya sus propios conceptos, y no solo los reciba ya hechos del maestro o del libro. La conferencia como sistema escolar ha de ser reemplazada por la experiencia viva. Ya estamos más allá de las lecciones de cosas que fueron una transición entre la memorización mecánica de la escuela antigua y el trabajo manual y mental de los centros de interés. Con estas lecciones objetivas ya no había el completo divorcio con la realidad; el muchacho veía las cosas, pero no en función sino en su forma estática, y todavía no le era permitido trabajar con ellas. Vendría pronto la actividad constructiva, el adiestramiento de la inteligencia de las manos.

No obstante, con el nombre de centros de interés, se siguen dictando conferencias; se sigue viviendo en una etapa retardada de la evolución educacionista. “Habéis visto —dicen algunos maestros a sus alumnos— ¿cómo se hace un ladrillo, cómo se construye una mesa, cómo se imprime un diario?”, y antes de oír la respuesta que las más de las veces sería negativa, y en vez de salir con los muchachos en busca de la realidad, los inspirados conferenciantes irrumpen con su clásico “os lo voy a contar”, y ya no hay quien los detenga en su erudita exposición. Aquello, como se comprende, es todavía peor que las viejas lecciones de cosas, y nada tiene que ver con los centros de interés. El centro de interés es ante todo una ocupación, un pretexto de ejercitar las manos y el cerebro. Escuchar es el último término de esta actividad. Reflexionar es lo primero. Además, geografía, historia, ciencias naturales, matemáticas: todo es uno en el estudio. Los más diversos conocimientos toman así cohesión dentro de una misma disciplina mental. Sistema de proyectos, unidades de trabajo, enseñanza unificada, toda esa nomenclatura de la moderna pedagogía, se inspira en el mismo espíritu: apelar a la inteligencia del alumno, y no exclusivamente a la memoria; despertar su interés; desarrollar su espíritu de iniciativa; enseñarlo a discernir y a trabajar con orden.

Ahora bien, en manos inhábiles nada de esto será cierto. No hemos de olvidar que el método no es más que un instrumento, y que el instrumento vale más o vale menos según el obrero que lo emplea. Si en los centros de interés el maestro hace por su cuenta el trabajo cerebral que debiera hacer el alumno, caemos de nuevo en la vieja rutina; volvemos a la enseñanza convertida en un mosaico, en un muestrario de conocimientos, que en ningún punto se ligan los unos a los otros, y cuyo encadenamiento es solo aparente.

Sintetizando podríamos recordar lo que dijimos en pasada oportunidad:

“El centro de interés no es propiamente un nuevo sistema pedagógico, sino una manera peculiar del trabajo del espíritu. Ya hemos visto cómo el libro que escribimos, la investigación que adelantamos, el negocio que nos preocupa, cada una de las actividades que nos mueven con una finalidad definida, se convierte en centro de interés. Lo será para el arquitecto la construcción que adelanta, para el ingeniero el puente que construye, para el abogado la causa que defiende, para el médico el paciente que cuida. Sin centro de interés no habría tarea seria en la vida”.

Dicho esto conviene agregar que las enseñanzas habrá que sistematizarlas, llegado el momento, sin que para eso el centro de interés se convierta en una camisa de fuerza que impida la libertad de movimientos. Esto sería contrario a la misma doctrina del maestro que orientó nuestra acción. Por otra parte el eclecticismo —repetámoslo— ha sido modalidad de esta escuela. Procuramos no sujetarnos a un solo procedimiento pedagógico sino más bien emplear todos aquellos que sirvan para estructurar la mente y el sentimiento de nuestros discípulos, y llevarlos a adquirir por el propio esfuerzo conocimientos firmes y destrezas útiles.

Todo esto sin afán de novedades, sin pueriles jactancias, conscientes de nuestras propias imitaciones, pero complacidos de los resultados intelectuales y morales y del fervor patriótico y humano alcanzado en la mayoría de nuestros alumnos.

Educar, no solo instruir

No parecerá impertinente en estos momentos insistir, una vez más, sobre la necesidad de dar educación, y no solo instrucción, al pueblo. La trágica jornada del 9 de abril nos ha hecho ver que no somos ni tan cultos, ni tan cristianos, como imaginábamos serlo. Esa bárbara jornada nos da la razón a quienes a lo largo de muchos años hemos venido sosteniendo que para levantar al pueblo a la altura de sus responsabilidades ciudadanas tenemos que “formarlo”, y no simplemente “informarlo”.

Un individuo puede estar instruido y carecer de educación. Quizás haya aprendido con toda exactitud las más bellas máximas morales, y pueda recitar sin vacilaciones los mandamientos de la Ley de Dios, y sin embargo su conducta llegue a ser, en el momento más inesperado, la de un bárbaro, si la máxima y el mandamiento no han penetrado en su conciencia y se han hecho parte constitutiva, sustancia verdadera, de su propio ser.

Nada importará que se olviden las palabras si se retienen los principios como hábitos de vida. En cambio, de nada han de servir las palabras si nuestro comportamiento traiciona su enunciado.

Civismo y cristianismo deben vivirse desde la propia escuela elemental. Es allí en donde han de encontrar su primer cauce las energías que instintivamente llevan a la acción.

Es en la escuela primaria donde han de formarse los hábitos constitutivos de esa segunda naturaleza que condicionará constantemente nuestra actividad cotidiana. Es allí donde se aprenderá, al amparo de una organización que refleje la vida ciudadana, a usar de la libertad con responsabilidad, y a no confundir la agitación con la acción, ni el espíritu democrático con el alocado desenfreno individual. Es allí donde acendrarán los sentimientos de pulcritud personal que dan decoro a la vida. Y es allí donde la ge-

nerosidad del espíritu, y el entendimiento de los seres y de las cosas que nos rodean, nos harán comprensivos y tolerantes. El respeto a todo lo que hay de respetable en la vida no es una entelequia que se lucubra en el cerebro de los sabios, sino un hábito de vida que ha de adquirirse desde la niñez.

¿Pero es solo el maestro el responsable de las orientaciones de una nueva generación? Múltiples son los factores que influyen en nuestra manera de sentir y de pensar. En primer término: el hogar. Que esta célula social esté bien constituida, que en ella haya decencia, principios, ejemplos de trabajo y dignidad, esto lo primordial para que en el espíritu y en el corazón de los futuros ciudadanos prendan las semillas del bien.

Si el hogar contradice lo que la escuela enseña todo estará perdido.

Otro factor de imponderable fuerza determina los lineamientos de la personalidad: el medio social en que se vive. En efecto, la sociedad entera está obrando de continuo, para el bien o para el mal, sobre todos sus componentes, y muy especialmente sobre los sectores de la niñez y de la juventud. Una sociedad depravada, o simplemente superficial, sin asidero en recios principios morales, será el más propicio medio de cultivo para la propagación de holgazanes e insensatos que pronto se harán legión.

La civilización nos ha enceguecido a veces con las mismas luces que nos ha traído y ha puesto en nuestras manos espadas de dos filos que usamos sin discriminación. La radio, prodigioso instrumento de cultura, ha servido en críticos momentos, y de ello tenemos el amargo ejemplo de estos días, para provocar una epilepsia multitudinaria. El cinematógrafo, maravilloso vehículo de instrucción y de deleite, se ha convertido en ocasiones en incentivo de primitivos instintos y en escuela que enseña la técnica del crimen. La prensa misma, el símbolo más auténtico del progreso espiritual de una nación, cuántas veces, con el recuento sádico de perversas acciones, da alimento al bárbaro que se esconde en los trasfondos del corazón humano. De esto tienen aviso estimulante, en todas partes del mundo, codiciosos mercenarios que trafican con la pluma.

27 de mayo de 1948

II – Secundaria

“El propósito del estudio viene a ser en último término el de equipar al ser humano para la vida. El hombre necesita estar capacitado para resolver los problemas cotidianos que puedan presentársele, y para tomar iniciativas dentro del medio en que le toque actuar.

Ya nadie piensa en una enseñanza tabicada. La correlación de los estudios ha recibido una aceptación universal. Lo que apremia ahora es que esta coordinación sea aplicada en todas partes. Es un continuo fluir de una materia a otra, un sistema que pudiéramos denominar de vasos comunicantes, un concepto claro de los distintos valores, lo que llamamos cultura”.

Agustín Nieto Caballero

Secundaria

Introducción

Para esta sección se seleccionaron ocho capítulos de los diferentes libros escritos por don Agustín.

1. “La educación: máxima aspiración humana”

Discurso pronunciado por don Agustín en la sesión solemne del Gimnasio Moderno al finalizar 1960. Forma parte del libro *Palabras a la juventud* y muestra cómo la educación bien orientada es la solución a los diferentes problemas de Colombia y la importancia de educar para la libertad.

2. “Educación práctica”

Este artículo escrito en 1949 se encuentra en *La segunda enseñanza y reformas de la educación*, en él encontramos la importancia de la educación práctica en el sentido de preparar para una vida útil sin caer en el practicismo, práctica basada en la teoría científica. Dar al estudiante del bachillerato una cultura general y lograr que al recibir el diploma de Bachiller el estudiante posea la capacidad de aprender y el anhelo de seguir estudiando.

3. “La enseñanza secundaria”

Este artículo forma parte del capítulo “El espíritu de la enseñanza” del libro *Una escuela*, aquí se encuentran los objetivos que se deben perseguir en la formación de los estudiantes de secundaria.

4. “Las disciplinas fundamentales”

Estas ideas conforman un capítulo del libro *La segunda enseñanza y reformas de la educación*, escrito en 1957, en el cual don Agustín hace ver que la segunda enseñanza no solo debe dar instrucción a los estudiantes sino también crear sólidas disciplinas

espirituales que serán de gran utilidad al estudiante a lo largo de toda la vida. También aquí se encuentra el objetivo de las materias dictadas en la secundaria.

5. “Los métodos”

Escrito en 1949, forma parte del capítulo “La educación en América hispana” en el libro *Los maestros*, muestra que en educación es mucho más importante el maestro que el método en sí, para el estudiante es definitiva la forma como el profesor aplique el método.

6. “La disciplina”

Este artículo también es parte de *Una escuela*, es una magnífica explicación sobre la disciplina de confianza, la cual parte de que los alumnos funden sus actitudes en su confianza a los profesores y los profesores asuman esta responsabilidad ante los alumnos.

También se encuentran en este artículo los conceptos de don Agustín sobre premios y sanciones en la escuela.

7. “Las excursiones”

Aquí se encuentran en forma clara y completa los objetivos de las excursiones dentro de la escuela activa y su aplicación en el Gimnasio Moderno.

Forma parte del libro *Una escuela*.

La educación: máxima aspiración humana 1960

Como a todas las generaciones, pero hoy más que nunca, un mundo erizado de problemas os espera al salir de estas aulas. En nuestro diario discurrir con vosotros hemos querido preparar vuestra mente para que con noble criterio y sosegada valentía os hagáis cargo de ellos. Respetuosos de vuestra personalidad, os lo hemos dicho, jamás quisimos imponeros nuestra manera de pensar. Quisimos sí enseñaros a discurrir, a reflexionar, a estructurar vuestro propio espíritu. Mas jamás tampoco os ocultamos nuestro pensamiento, sobre todo en las horas graves o difíciles en que se hizo imperioso el expresarlo.

Fresco está todavía el recuerdo de aquellas sesiones de fin de año, cuando apagadas por el vendaval de la dictadura todas las lumbres de la libertad, proclamábamos ante la juventud que no podíamos en una escuela forjadora de caracteres, someternos a oprobioso silencio. Queríamos enseñaros que si la libertad de palabra es el primero de nuestros derechos, es también nuestro máximo deber reclamarla, cuando quiera que su ejercicio aparezca como un mandato de nuestra conciencia, y la arbitrariedad decreta acallarla.

Hoy, vueltos nuevamente a la ruta de nuestro destino, no necesitaríamos prender nuestra antorcha porque el sol de la libertad ilumina la república. Empero, detengámonos un momento en la consideración de esa bella palabra —libertad— que enciende nuestro entusiasmo. Tened cuidado de que esa libertad que todos pregonamos como la más alta conquista de la humanidad, no vaya a convertirse en desorden vocinglero, y sí perdure como egregia meta alcanzada tras de tantos sacrificios.

Cosas singulares ocurren por el mundo, que bien valen la pena de nuestra consideración en un día de reflexiones como este. Os tenemos acostumbrados a no estar de espaldas a los hechos que golpean a la humanidad. Y hoy tengo que deciros algo

de máxima importancia. Ahora que se habla de los nuevos pueblos libres y de la democratización de la cultura, quisiera, por ser quizás el más protuberante de estos fenómenos, hablaros en primer término de lo ocurrido en el continente mayormente ignorado por nosotros. Adivináis al punto que me refiero a lo acontecido en el vasto territorio negro que se ha iluminado ante el mundo cuando, súbitamente, ha dado el salto a la emancipación turbulenta todavía, pero ya en el camino de su destino humano.

África y los dos tipos de viajeros

En efecto, los 225 millones de habitantes del continente africano irrumpen ahora en la conciencia internacional como la erupción de un volcán que de pronto nos dejara en suspenso con su estallido impresionante. La Asamblea de la Sociedad de las Naciones vio en estos días teñir su recinto con la entrada del caudaloso afluente de los voceros de quince nuevas naciones africanas, y en todos los organismos internacionales se hizo presente idéntica invasión. Fuimos testigos en el mes pasado de lo ocurrido en el Comité de los Diez que ha venido estudiando en la Unesco programas educativos. Sus integrantes quedamos sorprendidos en la reunión de este año con la ausencia de uno de los dos representantes de América Latina y de uno de los dos miembros del continente asiático. Habían sido reemplazados por dos exponentes africanos venidos de Ghana y de Sudán. Dos auténticos exponentes de la cultura occidental, sea dicho de paso, graduados en Oxford, y poseedores de vasta información en el campo docente. África ha comprendido que son los educadores quienes mejor pueden operar su redención. Mientras la acción de ellos no llegue, el tumulto tendrá la palabra. No habrá naciones libres sin educación, y no habrá educación sin maestros que entiendan su tarea, y estén preparados para llevarla a cabo, conforme fue dicho desde Grecia.

A este respecto conviene anotar que son dos tipos de estudiantes los que van al extranjero, bien procedan de África o de América: aquellos que se dedican a estudiar los nuevos sistemas y los nuevos aportes de la cultura, y pretenden crear algo a su regreso, y estos otros que solamente aprenden a predicar a gritos una revolución de contenidos inciertos. Los resultados han sido efectivamente bien distintos. Buen número de estos jóvenes tomaron de los países visitados sus aspectos excelentes y han tornado a su hogar nativo a acrecentar los esfuerzos renovadores que están en

marcha para beneficio de las nuevas generaciones. Otros, infortunadamente, solo se familiarizaron con la estridencia, y pusieron su entusiasmo en el ímpetu demoledor que aspira a volcar todo lo existente para crear un mundo nuevo con dogmatismos intransigentes, inflexibles, destructores a un mismo tiempo del mal y del bien. Es la tabla rasa de los novísimos revolucionarios.

La educación, tesoro de la colectividad

Sea como ello fuere los llamados grillos de la ignorancia están siendo rotos de un extremo del mundo a otro, y un panorama de nuevas perspectivas se abre a la juventud.

La educación fue hasta la época presente, y lo es todavía en muchos de nuestros países, un privilegio de minorías. “La clase alta”, se decía para denominar aquellos pequeños sectores que usufructuaban todos los lujos, incluyendo en ellos el lujo de recibir educación. Se movían dentro de un latifundio propio, que ellos mismos no habían alcanzado a recorrer, y al latifundio de la cultura, si así pudiéramos denominar el vasto territorio de los conocimientos, también solo ellos tenían acceso, bien que tampoco entraran en su posesión. La ignorancia de los de abajo era impuesta. La de los de arriba era voluntaria, causada únicamente por su indiferencia ante aquella. Hoy al latifundio de la tierra y a este de la cultura, van teniendo acceso todos los seres humanos. Reforma social y reforma de la educación; salud; prestaciones; justicia distributiva; tales los derechos fundamentales de nuestras masas populares por tan dilatado tiempo abandonadas, y tales los deberes, no menos imprescriptibles, de quienes hasta ayer gozaron con exclusividad, y, sin resistencia, de todos los privilegios.

Esta meditación debemos llevarla a la mente y al corazón de las nuevas generaciones. No puede ser, ciertamente, esta una hora de incuria o superficialidad. El carro de la revolución social y del progreso técnico, puede aplastar de la noche a la mañana a las gentes egoístas o desprevenidas o indolentes.

No hemos de olvidar que la educación abarca en toda su complejidad al ser humano: educación de la inteligencia, de la voluntad, de los sentimientos, y, desde luego también de las maneras. El hombre educado no es solo el que sabe comportarse socialmente sino también el que ha adquirido una disciplina mental que creó en él hábitos de reflexión, y enriqueció al mismo tiempo el campo de su sensibilidad. El

hombre educado es, pues, el hombre culto, lo mismo en sus actitudes que en su interés por las cuestiones del espíritu. Es el hombre de múltiples facetas mentales que tiene la visión panorámica del mundo y el corazón abierto a los graves y profundos problemas que contempla la humanidad. Es el hombre sensible para quien espiritualmente nada es ajeno dentro del mundo en que vive.

La llave de nuestros problemas

Tendremos que ponernos de acuerdo en que la educación será siempre la llave que nos dará entrada para resolver nuestros problemas, no importa de qué índole sean ellos. Reforma agraria e industrialización, independencia económica, desarrollo científico, formación de personal capacitado para empresas espirituales y materiales de la más diversa índole... ¿No es todo ello un problema de educación? Educación que prepare cívica, moral y materialmente a la juventud, y forme ciudadanos útiles a la colectividad.

En efecto, si recorremos el campo ideológico de nuestros problemas, en el fondo de cada uno de ellos está la cultura, lo mismo si considerarnos la formación del criterio de los nuevos ciudadanos, que si nos detenemos a pensar en el personal técnico que necesitamos para superar nuestras deficiencias.

La reforma agraria

Esta reforma agraria que el patriotismo busca con tan justificado afán, va a implicar la preparación de las gentes para su nueva vida, lo que comprende un cambio en la mentalidad y en las prácticas rutinarias de quienes han vivido de espaldas a su propio progreso.

Está en la conciencia de todos que subdividir tierras y distribuirlas para que los beneficiados solo reciban el consuelo de morir de hambre en tierra propia no sería ciertamente una reforma. Y al hambre, a la miseria, a la enfermedad, a la incapacidad, seguirá conduciendo la ignorancia. Todos anhelamos que haya tierra y crédito e implementos para los trabajadores del campo, pero no en ausencia del dominio de la técnica y del goce de la educación. “Dar tierra al hombre, y hombre educado a la tierra”, entendemos que ha dicho alguna vez el más egregio de los patricios colombianos y su pensador más eminente, el profesor López de Mesa.

La educación ha sido, es y será, nuestra excelsa aspiración. Que no se nos hable de reforma agraria, ni de libre empresa, ni de progreso económico, si no educamos al pueblo para que pueda asumir a conciencia y con los conocimientos requeridos, sus nuevas responsabilidades. Es el factor hombre con dignidad, con salud, con libertad y con criterio formado, la clave de nuestra redención social, moral y económica.

No queremos progreso con esclavitud. Vivimos en una democracia, y por ella entendemos no solo la igualdad de oportunidades teóricas sino la seguridad plena del ejercicio de los derechos humanos; el poder expresar nuestras ideas y vivir de acuerdo con nuestras creencias y nuestra conciencia, sin que a nadie falten los elementos que aseguren su decoro personal.

Democracia y espíritu de libertad

La democracia implica la libertad para hablar, para escribir, para actuar, para escoger los gobernantes. ¿Pero vivimos de acuerdo con aquellos principios? ¿Somos en verdad demócratas? ¿Damos igualdad de posibilidades al pueblo? ¿No existe una disparidad, un divorcio entre nuestra palabra y nuestra acción? ¿No es lo mismo que lo que acontece con el apelativo de civilización cristiana de que nos ufamamos? ¿Somos en verdad cristianos? ¿Respetamos el decálogo? ¿Vivimos sin odios ni rencores? ¿Es el camino señalado por Jesús el que hemos escogido?

Pero no nos hagamos estos tremendos interrogantes en un día de sol y regocijo. Veamos otros aspectos de la cuestión. Vivimos en una hora en que se habla más de masas que de individuos, más al fin de cuentas es la formación del individuo lo que primordialmente ha de interesarnos.

El valor hombre, el valor individuo, es fundamental aquí como en el gobierno del Soviet o en el corazón de la selva. La masa, el tumulto, puede ejercer presiones, nadie lo duda, pero en primero y en último término, habrá conductores. Habrá hombres individualmente considerados. Los derechos civiles, económicos y sociales son derechos de los individuos, y no de la muchedumbre.

Desde luego no puede olvidarse la historia de las multitudes que de igual manera se presenta en los hombres que en los animales. La estampida o desbandada del ganado en nuestros llanos, la de los caballos y las ovejas y los monos frente a un peligro, la de los elefantes, anotada por los viajeros, cuando sobre ellos pasó el primer

aeroplano, la ocurrida en un jardín zoológico en momentos de un incendio, todo ello es semejante a lo que ocurre a los hombres cuando son las palabras las que producen esa locura colectiva. Los monos cuando están hambrientos, nos recuerda un ilustre sociólogo, rompen los cocos para obtener su alimento, pero si no tienen hambre y se cansan de balancearse en las ramas, se los arrojan unos a otros a la cabeza, y entran en combate. Los hombres, agrega el sabio profesor, encontraron que era más práctico lanzarse piedras y apelar al garrote, y así combatieron por siglos, hasta cuando el ingenio humano inventó otros proyectiles mortíferos, y llegó a concebir los elementos devastadores de hoy, que lo destruyen todo sin beneficio final para nadie. ¿Puede ser este un concepto de libertad que nos halague? El silencio de las tumbas nos dice que no.

Dediquemos cinco minutos a pensar en estas cosas. Vivimos tan de prisa; la ocupación de cada cual absorbe de tal manera su tiempo que son muy cortos los momentos que tenemos para pensar. Y no son pocas las cosas que han de enfocar nuestra preocupación. El mundo de hoy está saturado de contradicciones, y la intransigencia y la jactancia nublan nuestro entendimiento. Pero no es ignorando al contrario, ni mucho menos imitando su violencia, como lograremos el triunfo de las ideas que nos son caras.

¿Predominarán en el mundo la mala educación y la aspereza, los gritos y el desorden? ¿La falta de escrúpulos triunfará sobre la honestidad? Sea ello como fuere no cabe duda de que es en la escuela en donde primero debemos crear la resistencia a lo nocivo. En la escuela y en el hogar, diríamos mejor, porque sin el perfecto entendimiento entre estas dos fuerzas no será posible ninguna obra estable en educación. Un tercer factor tendríamos que agregar: la sociedad en conjunto; el medio ambiente en el que se mueven las nuevas generaciones. El hecho es que el mundo ha cambiado, y para ese mundo nuevo necesitamos una nueva orientación educativa.

Las masas irrumpen en la segunda enseñanza

Por mucho tiempo, con señaladas excepciones, limitamos nuestra enseñanza pública a la sola escuela primaria, y, aun dentro de ella, la realidad nos muestra que todavía son muchedumbre los que solo reciben uno o dos años de instrucción. Y en diversas y vastas zonas estamos viendo que esas multitudes no completan siquiera los cinco o seis años de la enseñanza elemental, cuando los gobiernos de los países avanzados

hacen ya obligatoria y efectiva, una instrucción de ocho, diez y doce años. Vale anotar, sí, que una impresionante irrupción de alumnos en los institutos de enseñanza media es ya un hecho en la generalidad de los países, aun en aquellos que solo presentan limitado progreso.

Estas campañas educativas van acercando todos los pueblos. Ya hemos visto el surgimiento del continente africano al que da coherencia la unidad racial. Y el caso de nuestra América es impresionante. Aquí la unidad nos la dan el idioma, la religión, las tradiciones, y buena suma de anhelos comunes.

De las palabras hemos pasado a los hechos. Dentro del archipiélago de naciones en el que hemos vivido se tienden ahora puentes que ponen en estrecho contacto a todas estas comarcas que formaron unidad para su independencia, y que buscan la manera de darle un contenido espiritual al continente que los liga y alberga.

El caso de nuestra América

Queremos pueblos libres, pero sin libertad desenfadada; pueblos cultos, civilizados, pacifistas. Amamos la paz, no la de los cementerios, puede repetirse, sino la de los hombres en actividad que se mueven en ambiente de libertad creadora y en el goce de la seguridad.

La palabra *revolución* que llena la mente de los agitadores no merece la menor simpatía nuestra, si ella conduce, como ha acontecido tantas veces, a un simple cambio de amos despóticos que amordazan la prensa, encarcelan a los que no piensan como ellos, irrespetan su honra, y les privan de sus bienes, cuando no de su vida; crean partidos únicos y pretenden amontonar dentro de ellos a toda la ciudadanía. ¿Para qué enseñar a pensar al pueblo, dijo alguna vez uno de estos domadores, si nosotros pensamos por ellos?

Deberíamos contraponer palabras y sentimientos: evolución en vez de revolución; reflexión en vez de ímpetus; trabajo en vez de holgazanería; comprensión y entendimiento en vez de sectarismo y de violencia, y —¿por qué no decirlo?— amor en vez de odios y venganza.

Los pueblos de nuestra América han afirmado, en los amplios torneos de cultura, que en nuestra propia ciudad se han multiplicado en el presente año, su voluntad de ser libres, pero no anárquicos, y, desde luego, independientes decorosamente.

Ya no se trata ciertamente de una unión sentimental y romántica. Intereses económicos, espirituales, de defensa común harán del continente una unidad. La cooperación económica, política y educativa se viene haciendo cada día más apremiante. Pudiéramos decir que se busca un mercado común ya no solo de productos sino también de ideas.



Don Agustín, don Tomás Rueda Vargas, y otros maestros, acompañan a los niños a escoltar el paso del carro de la leche o la “la vía láctea”, como simpáticamente le llamaban.

Educación práctica

Como en todos los comienzos de año, vuelve ahora a estar al orden del día el debate sobre el problema de la segunda enseñanza. ¿Cuáles son los propósitos de esta etapa de la instrucción? ¿Qué debe abarcar el plan de estudios? ¿Cuál ha de ser el contenido de los programas? ¿A qué métodos debemos recurrir? Propósitos, planes de estudio, programas, métodos: he ahí los enunciados capitales de esta intrincada cuestión.

¿Hemos avanzado en la consideración del planeamiento del problema y de las soluciones que podríamos darle? No creemos que la respuesta pueda ser afirmativa. Hace precisamente 25 años², en carta del 14 de enero de 1924, dirigida a nuestro compañero Tomás Rueda Vargas, hacíamos las siguientes consideraciones:

Un inmenso clamor exige una educación práctica, y práctica ha de ser en el sentido de preparar al hombre para una vida útil, intensa y expansiva. Práctica también ha de ser cuando se basa sobre ejercicios de investigación personal y experimentos comprobatorios de las teorías científicas, desterrando de la escuela todo aquello que sobrecarga la memoria del estudiante, sin prestar el servicio de disciplina espiritual o de conocimientos provechosos.

Tengamos cuidado, empero, de no dejarnos seducir por aquel practicismo que abandona la ética y las disciplinas mentales del individuo porque no ve en él sino la máquina de trabajo productora de riqueza. Este es el practicismo, que solo busca las aplicaciones precisas e inmediatas del conocimiento, y menosprecia la cultura clásica, los sentimientos humanitarios, la religión, el arte, todo lo que embellezca improproductivamente el espíritu, y ponga alas inútiles a la imaginación. Tener carácter,

2 Cuarenta años en la edición de 1964 y para la presente edición, 90. (Nota del editor).

ser justo, ser honrado, perjudicaría en muchas ocasiones a ese hombre práctico del siglo XX.

El anhelo patrio pide hombres eficaces, empresarios audaces. Sí, esto pide, y tiene razón en pedirlo; mas la patria pide también hijos de aquellos en quienes la preparación científica esté aunada al carácter firme, al espíritu comprensivo de los problemas sociales de su tiempo y a una noble idealidad humana.

La llamada *educación práctica* puede, además, llevarnos al más crudo empirismo. La práctica sin el respaldo de la teoría científica es una modalidad primitiva de la acción. Es la rutina erigida en sistema de enseñanza. “Dejemos a un lado la especulación científica”, oímos a menudo decir a estos nuevos apóstoles del practicismo. “Queremos hechos y no teorías”, agregan con solemnidad. León Brunschwig ha contestado ya a estos teorizantes de los estudios meramente prácticos. Señores, les dice en estos o parecidos términos: las cosas no se comprenden sino por medio de las ideas. Suprimid las ideas, y vuestros discípulos no tendrán de las cosas sino una simple impresión fisiológica, o lo que es lo mismo, una simple visión animal. Recordad, señores industriales, que la superioridad técnica de ciertos países reside precisamente en la subestructura científica que forma los moldes de su química, de su metalurgia, de su agricultura. Hoy, el especialista que triunfa es aquel que domina, antes que la práctica, la teoría, pudiéramos decir, la ciencia, de su especialidad. Véase, pues, cómo en la raíz misma de las especialidades prácticas que pueden darle un empuje de progreso a la nación, está la seria preparación científica, es decir, la ordenación mental del conocimiento que respalda y que guía la obra material.

El tan mentado practicismo parece, sin embargo, oponerse a estas ideas.

Este practicismo mezquino es el que nos está llevando hoy a esa multiplicidad de bachilleratos sin fondo de cultura científica y ayunos de filosofía. El muchacho a los doce años, según esta modernísima corriente, debe ya escoger su carrera y orientar todos sus estudios hacia ella, abandonando de plano aquellas materias que no son de su especialidad.

Y el bachillerato que debiera abarcar precisamente los lineamientos de una cultura, no enciclopédica —sobre este punto volveremos luego—, mas sí de una cultura general que abriera ante los ojos del adolescente aquella vasta visión de los intereses espirituales que él desconoce; ese bachillerato que debiera representar una lente pa-

norámica, se convierte en el tapaojos del caballo de coche que le impide a la víctima darse cuenta de lo que a su lado pasa. Y el error es doble, porque esta estrecha visión priva al alumno, si es que su idea de los doce años era el anuncio de una predisposición, de los elementos generales de cultura que son indispensables a todo hombre, y lo que es más grave, si el capricho de los doce años fue apenas un entusiasmo pasajero, impide que el alumno toque una vez siquiera el resorte de su vocación. Es frecuente el caso de jóvenes que solo en el último año de su bachillerato ven abrirse, como por encanto, el camino de sus verdaderas aptitudes.

Para hablar gráficamente, pudiéramos imaginar que los estudios del joven marchan como los punteros de un reloj sobre un cuadrante en donde están indicadas las grandes ramas del saber, y que al ponerse cada vez en contacto con los numerales de su vocación, estos se iluminan y vibran, porque son resortes mágicos de un interés primordial. Mas si los punteros se detienen en el curso de su marcha, un enorme sector de la mente quedará en tinieblas. Es precisamente lo que consiguen los bachilleratos especializados, huérfanos de estudios generales.

Tiene en gran parte la culpa de este error el afán vertiginoso del siglo en que vivimos. Mas si nos detenemos un momento a considerar lo que para ser hombre de su tiempo se requiere, veremos que el sistema seguido está contraindicado. En efecto, lo que necesita el hombre del día es mayor expedición, más rápida comprensión de los múltiples problemas que lo envuelven, y una buena dosis de iniciativa propia para poder triunfar. En suma, una fuerte contextura mental, que está muy lejos de dársela el currículo de estudios que, tan tempranamente especializados, le cierra, en vez de abrirle, los caminos espirituales que pudieran atraer su atención.

No confundamos, sin embargo, la enseñanza general con la llamada enseñanza enciclopédica. La enseñanza enciclopédica ha muerto. Aristóteles pudo enorgullecerse de contener en su cerebro los conocimientos de su tiempo. Spencer, en la época contemporánea, intentando el sistema aristotélico, necesitó de la ayuda de doce secretarios para condensar, y no completamente, en veinte gruesos tomos y en sesenta años de estudio, la ciencia del siglo XIX. Pero hoy, ni siquiera un hombre de la fortaleza espiritual de Goethe intentaría hacer para el siglo XX el formidable experimento. Es, pues, una necesidad pretender que un niño o un adolescente puedan alcanzar lo que no lograría el genio.

Y, sin embargo, cada día los programas se recargan, y es así como la memoria del estudiante va convirtiéndose en el archivo polvoriento y sin vida de interminables nomenclaturas, y su inteligencia va ahogándose bajo el peso de esta carga agobiadora. El alumno, con estos programas enciclopédicos, no es siquiera aquel viajero condenado a vivir en tren expreso sin poder detenerse jamás en un lugar de su agrado. Es simplemente la bestia de carga que siente el peso del fardo que le han echado encima, pero que lo lleva resignadamente, porque el amo marcha a su lado y lo atosiga cuando muestre señales de cansancio.

La carga contiene preciosas cosas, sin duda, mas la equivocación está en dejarla caer sobre el alumno como un peso muerto. Es el alumno quien debe caer sobre ella para entresacar de allí los elementos que a su espíritu convienen en determinado momento, y la tarea del maestro está en servir, no de amo, sino de guía y amable compañero al inexperto buceador.

Hoy, como hace veinticinco años, vuelve a plantearse el problema del bachillerato de estudios generales y el bachillerato de especializaciones, llamado también bachillerato práctico.

* * *

Se habla tanto, al considerar el problema de la segunda enseñanza, de cultura general y de preparación para la vida que vale la pena detenernos por un momento en la consideración de estos términos.

La cultura general, en nuestro sentir, es la asimilación personal de los altos valores del espíritu; es el conocimiento de los valores humanos esenciales. Quien la posee, posee un criterio de valor cualitativo. Es dueño de una disciplina del intelecto. Ha llegado a la altura desde donde puede contemplarse una vasta perspectiva del humanismo, de todo lo grande, lo bello y lo bueno que da la naturaleza y han producido los hombres.

Toda educación que aspire a ser completa habrá de estar anclada firmemente en los cimientos de una amplia cultura. En el fondo no decimos cosa distinta cuando afirmamos que lo esencial de la educación son los hábitos de conducta y de pensamiento que con ella adquirimos. Son ellos los que libertan al hombre de la sujeción a sus meros instintos primarios.

Se llamaba educación liberal en Grecia la que recibían los hombres libres, los que podían cultivar su espíritu, los que no eran esclavos. De ahí el nombre de carreras liberales llegadas hasta nosotros como tantas otras cosas de la antigüedad helénica. Los griegos entendieron, con el fino espíritu que siempre les permitía apreciar lo esencial, cuál había de ser la diferencia entre el hombre libre y el esclavo. El esclavo, el hombre que trabaja exclusivamente para subsistir. El hombre libre, el verdadero, el completo, el que gana para la subsistencia corporal, pero que además atiende al cultivo de su espíritu, y vive la vida que corresponde al miembro de una sociedad a la cual ha de servir.

Constantemente oímos el estribillo de que lo importante en la escuela es la preparación para la vida, y estamos lejos de negar ese principio. Pero ¿qué es, en realidad, prepararse para la vida? No deberíamos admitir que sea únicamente obtener determinados conocimientos o determinadas habilidades técnicas. Prepararse para la vida es también, es principalmente, formar la propia conciencia, adiestrar la inteligencia, crear intereses espirituales, orientar los sentimientos, enriquecer la sensibilidad, disciplinar la mente para el aprendizaje; capacitarse para comprender, para juzgar, para analizar, para innovar; para dar consistencia a la personalidad moral. Prepararse para la vida, como lo vemos, es preparar a un mismo tiempo el cuerpo, la mente y el carácter; la trilogía de toda personalidad.

Y entonces, ¿qué preparación debemos buscar en la segunda enseñanza? Una preparación física, espiritual, moral y social. No puede ser otra la respuesta. El pragmático tendrá que ampliar más su concepto. En efecto, el ciudadano que vamos a formar ha de tener una inteligencia abierta, especulativa, aun cuando su vocación no sea la de los negocios. Ha de poseer un concepto claro del cumplimiento del deber, aun cuando no se destine al sacerdocio. Ha de estar movido en todos sus actos por un sentimiento de responsabilidad, aun cuando no haya de consagrarse a la magistratura. Ha de ser honrado, aun cuando su destino no sea el de guardián de tesoros. Ha de ser ágil y fuerte, aun cuando no sueñe con dedicarse al circo. Ha de tener un limpio espíritu de ciudadanía, aun cuando no se prepare para ser alcalde. Cualquiera que sea su ocupación u oficio ha de respetar las ideas ajenas y ha de ser pulcro en su vida. Sus ademanes han de ser los de la gente culta y no ha de carecer de las maneras sociales que hacen normal nuestra vida en medio de la colectividad.

A cuantos piden que el bachillerato sea una preparación para la vida les insinuaríamos que nos dieran el plan de estudios o derrotero que llenaría tal propósito. Nosotros entendemos que todas las actividades escolares son, o debieran ser, ejercicios preparatorios para el desarrollo de la inteligencia: lo es un experimento de física, una ecuación algebraica, una redacción literaria, una traducción del inglés o del francés, una clase de dibujo, un trabajo manual, un ejercicio gimnástico, una disquisición filosófica, una excursión de estudio.

No podemos limitar la aspiración de la segunda enseñanza a los términos paupérrimos a que algunos quieren reducirla. Un joven aspira a ser cajero de banco. ¿Qué preparación requiere? Su oficio consistirá cotidiana y permanentemente en contar dinero y expedir recibos. ¿Quiere ello decir que solo necesita saber escribir, leer y contar, o sea bastante menos de lo que enseña el programa elemental de nuestra escuela rural? Que siquiera se admita que el cajero, además de no ser del todo iletrado, sea un hombre responsable, culto y honrado. Una escuela de artes y oficios prepara operarios —cerrajeros, carpinteros, zapateros—; una escuela de comercio prepara tenedores de libros, contadores, auditores; una escuela agropecuaria prepara mayordomos, hortelanos, ordeñadores; una escuela normal prepara maestros. Pero toda tarea, toda actividad, necesita de algo más que del entrenamiento específico que ella puede implicar. Vale decirlo sobre todo cuando la ambición juvenil quiere saltar etapas y colocarse de una vez en la cumbre. Si el recién graduado de la escuela de agronomía, pongamos por caso, quiere de una vez ser hacendado, ganadero o cafetero, no le valdrá estar preparado para serlo. Tendrá que recorrer un camino de ascensos. Tampoco podrá el joven salido de la escuela de economía, por excelentes que hayan sido sus estudios, ser banquero de una vez. De igual manera no podrá estudiar para gerente y llegar a esa posición al terminar sus estudios. Tanto valdría prepararse para ser ministro o presidente de la república.

Por otra parte, la vida en su inextricable complejidad no siempre nos brinda las oportunidades que buscamos. Lo esencial cuando contemplamos los fundamentos de una preparación general —no hablamos de los conocimientos básicos indispensables en toda ocupación—, es encaminar el espíritu, el criterio, la conciencia. Toda actividad consciente requiere determinada madurez. Y esta madurez solo se consigue con

la vida misma. Lo demás, como dicen los franceses, es poner el carro delante de los bueyes, es invertir el orden racional de las cosas.

En fin de cuentas, ¿para qué se adiestra el estudiante de la segunda enseñanza, el candidato a bachiller? Indudablemente, en primer término, para colocarse espiritualmente en la sociedad en una posición más elevada que la que ocupa la gente iletrada. Por otra parte, aun cuando se diga cosa distinta, el alumno de bachillerato ambiciona, por lo general, al recibir su diploma, cursar estudios superiores. Aspira a seguir una de las carreras llamadas liberales. De no ser así habría entrado a una escuela menor agrícola, industrial o de comercio, o estaría dedicado a la pintura o a la música. No quiere decir esto que todo bachiller llegue a la universidad, pero es evidente que tal es el camino que a ella lo lleva. Hemos de tener cuidado, empero, en no orientar prematuramente los estudios de la segunda enseñanza hacia una u otra de las facultades que se ofrecen a la contemplación de los estudiantes en el lejano miraje universitario.

El bachillerato debe dar, en nuestro concepto, una cultura general, la mínima cultura que ha de tener el ciudadano medio, reforzada apenas en el sector de las intensificaciones en los dos últimos años con algunas horas semanales que puedan satisfacer la tendencia vocacional, si la hay, pero que en nada entorpezca el plan general de estudios, y de esta manera lo contempla nuestro sistema actual.

Pero no tenemos para qué dividirnos en pragmáticos y humanistas en esta discusión. Humanistas y pragmáticos hemos de ser a la vez si aspiramos a llamarnos hombres de nuestro tiempo y elementos conscientes de la humanidad. Cultura general y preparación para la vida, podemos afirmar, luego de estas consideraciones, lejos de ser términos antagónicos, se hermanan íntimamente en una relación de causa y efecto que ha de estar siempre presente en el espíritu de los educadores.

Hagamos, pues, más racionales nuestros programas. Aliviémoslos de cosas totalmente inútiles, estructurándolos sobre bases que no contradigan el sentido común, pero no pretendamos que cada lección haya de justificarse por su futura virtualidad productiva. La disciplina de la inteligencia y del carácter no se produce sino a largo término, y mediante experiencias vitales que no son ciertamente de utilidad inmediata.

Es casi seguro que estaremos todos de acuerdo en que debemos aligerar nuestro plan de estudios secundarios. Es urgente defender a nuestros adolescentes de la dispepsia intelectual a que se ven hoy expuestos, y despertar en ellos el apetito de

nuevos conocimientos en vez de estragar su mente con una sabiduría indigesta que no pueden asimilar. Al recibir el diploma de bachiller el estudiante poseerá todavía una instrucción incompleta, nadie lo duda, pero lo importante es que posea la capacidad de aprender, y el anhelo de seguir estudiando. La vida es un continuo estudio; y haber alcanzado el hábito de estudiar conscientemente es la mejor preparación, el más eficaz de los comienzos.

Lo esencial al salir de la segunda enseñanza es que el alumno, sobre las firmes bases de una recia personalidad moral, haya despertado al mundo de los valores espirituales. Lo esencial es que haya aprendido, como ya se ha dicho, a oír, a ver, a pensar, y a hacer uso responsable de sus capacidades. A la fría concepción del utilitarismo escueto, sabrá él contraponer el generoso entendimiento de los intereses, de las ideas y de los sentimientos, en un mundo que ofrece, por lo menos, tantos y tan variados campos de colaboración como de lucha.

18 de enero de 1949

La enseñanza secundaria

En el libro *La segunda enseñanza y reformas de la educación*, que hace parte de esta misma colección de las obras del rector, hemos tratado a espacio acerca de los temas de este sector de la docencia.

No se hace en aquel volumen mención de nuestra escuela, pero es obvio que los principios allí esbozados son los mismos que han orientado y movido las actividades del Gimnasio. Como en el caso de la enseñanza primaria, reflejado en el tomo *Los maestros*, nos bastará ahora dar una mirada de conjunto y poner énfasis sobre las cosas esenciales que deseamos evidenciar.

Utilizamos el término segunda enseñanza de preferencia a toda otra determinación. Parece lógico pensar que la segunda enseñanza es la que viene después de la primaria, y así se denomina en todas partes: *Secondary School*, *Ecole Secondaire*, *En-sino Secundario*. Por capricho, no muy explicable, se ha llegado a llamar en algunas partes educación secundaria únicamente a la que lleva a la universidad, y hay países en donde el término se reserva a los dos años terminales del bachillerato. Ciertamente no hablamos un mismo idioma cuando entramos en el terreno de la terminología pedagógica, y no será fácil llegar a un acuerdo que nos contente a todos. Pero habrá que bregar por conseguirlo.

Sobre plan de estudios, programas y métodos hablamos detenidamente en el libro mencionado. A la manera de un complemento a los programas oficiales hemos agregado las llamadas horas de intensificación de materias en los años 5° y 6° de bachillerato estas intensificaciones se hacen en tres direcciones: matemáticas, ciencias y letras. Los alumnos escogen el sector de su predilección, y, por ser esto así, es precisamente en la rama de esta escogencia voluntaria en la que el alumno trabaja con más agrado y, pudiéramos decir, con mayor provecho.

En lo oficial la Enseñanza Media o Secundaria ordena cuatro años básicos para todos los estudiantes, entendiendo como central distributiva el cuarto año. Terminado este ciclo el alumno puede optar por cualquier carrera menor, comercial, industrial o de otro género, o continuar con el tronco central llamado bachillerato. En nuestra escuela todos los alumnos —apenas si se presenta alguna excepción— van a la universidad, y por ello todos siguen los cursos del bachillerato, cuyo diploma es requerido para poder iniciar estudios universitarios.

Cuatro grandes disciplinas corren a lo largo de estos estudios secundarios: la lengua materna, las matemáticas, las ciencias naturales y los estudios sociales, complementado todo ello con el aprendizaje de los idiomas extranjeros y las actividades educativas, cívicas y religiosas, que para nosotros son fundamentales. Quiere decir esto que en el bachillerato nuestro no hay propiamente ninguna especialización. Pero de tiempo atrás nos ha parecido que la intensificación en la rama para la cual hay un especial interés en el alumno, es en extremo conveniente. Es grato constatar que tal disposición ha dado excelente rendimiento, comprobado ya por los resultados, a menudo óptimos, que han logrado gran parte de nuestros alumnos en los exámenes de ingreso a las distintas universidades nacionales y extranjeras.

El bachillerato debe formar el carácter, desenvolver la personalidad, crear hábitos de observación, de estudio, de reflexión y de trabajo; orientar y robustecer el sentimiento moral; despertar ideales de servicio a la comunidad. Así hemos procurado hacerlo en nuestra escuela.

El bachiller es distinto del especialista que nos da la Escuela de Artes y Oficios, pongamos por caso. El bachiller ha de ser el ciudadano preparado para iniciarse en una especialización cualquiera, o simplemente para ingresar en la sociedad con una cultura media general que le permita hacer parte de la colectividad con el decoro que de hecho le dan los estudios realizados.

En efecto, una segunda enseñanza bien organizada debe dotar al estudiante de las bases que lo preparen para seguir cualquier carrera universitaria, o para continuar, por iniciativa propia, el progreso de la cultura individual. Esta idea se ha prestado sin embargo a una errónea interpretación. Se quiere enseñar a pensar al muchacho y darle los lineamientos generales en las distintas ramas del saber, pero se ha confundido este propósito con el de proporcionar en la enseñanza secundaria una cultura

enciclopédica. De este modo se han venido recargando cada año los programas. Este grave problema podemos decir que preocupa hoy al mundo entero, y que ya comienza a reaccionarse en el sentido de cambiar el pesado bagaje libresco por las disciplinas del espíritu que dejan, cuando están bien encadenadas, las diversas ramas del conocimiento.

En el bachillerato debemos preocuparnos hoy porque sea más bien humano que humanista. No un bachillerato que, como se ha dicho, informa de todo, mas no forma en nada.

La idea decrolina que se sintetiza en la fórmula “por la vida y para la vida”, habrá de penetrar un día en toda la segunda enseñanza. En cierta manera comienza a notarse esta benéfica acción. Al estudiante ya no se le niega el derecho de entender lo que se le está enseñando, y las nociones que queremos inculcarle no siguen más la rutina de estar desvinculadas del interés del alumno y de sus necesidades futuras.

Pero el balance no es aún estimulante. En una gran revista extranjera hemos leído este concepto, corroborado por educadores de diversos países: “A la salida del colegio de segunda enseñanza nuestros jóvenes lo ignoran todo. El mal no sería tan grave si estos jóvenes tuvieran conciencia de su ignorancia, pero por lo general el llamado bachillerato es un microcosmos que deja en la mente del estudiante la sensación de que todo lo sabe porque todo lo ha estudiado. Y este es el mayor mal que puede dejar una enseñanza”.

La queja es universal. El profesor Zamansky, de la Sorbona, dice, en reciente número de “L’Education”, que son muchos los estudiantes que llegan a la universidad sin saber siquiera expresarse.

¿Las causas? Las condiciones de la vida moderna tan contrarias al reposo que requiere el estudio: el ruido; el afán en todas las actividades; el cine, la radio, la televisión, que son escuelas de superficialidad; la carencia de educación familiar, y aun la deificación de la técnica contraria a la vida del espíritu.

¿Remedios?

Una enseñanza más de acuerdo con nuestro siglo, y también con ideales ciudadanos; inspección seguida y seria sobre el profesorado; cursos de perfeccionamiento para todo el magisterio en los distintos niveles; concentración de estudios de la lengua materna y de los elementos esenciales de las ciencias y de las matemáticas.

No debe darse al alumno, en ninguna edad, mayor número de conocimientos de los que pueda absorber y asimilar. Pero hay algo más que los conocimientos: el espíritu de investigación, el método en el trabajo, el orden, la disciplina que deja en la mente el estudio serio y encauzado; la creación de incentivos que lleven a la reflexión.

En lo espiritual como en lo físico hemos de pensar siempre que no es el aspecto externo, superficial, el que nos da la clave de los valores primordiales. Conviene escrutar el interior. Así como existen gentes que visten con elegancia y sin embargo descuidan la pulcritud personal, hay también espíritus en apariencia brillantes que patentizan vulgaridad e ignorancia.

Por otra parte el bachillerato ha de huir de lo que se ha llamado la tendencia profesional, el demasiado utilitarismo que mata la verdadera cultura. No todo estudio es a primera vista práctico; mas en el fondo todo cuanto tienda a disciplinar la inteligencia, a despertar la observación, a formar la voluntad, es práctico también. Si el hombre se especializa tempranamente, en su inteligencia quedarán, quizá para siempre, grandes sectores a donde no podrá llegar la luz porque no se iluminaron en el preciso momento en que ello era posible. Cuántas veces en los viajes encontramos profesionales eminentes, incapaces de sentir un goce puro literario o artístico, y esto debido a que no se les dio en tiempo la oportunidad de hacerse sensibles a estas manifestaciones de la emoción humana. No pueden fijar la atención en las cosas que para ellos no son prácticas. No podrán comprender que existen conocimientos desinteresados que son un goce para el espíritu, y que esta clase de goces intensifica y ennoblece la vida. Prisioneros del molde en que fue fundida la educación que se les dio, dentro de ese molde la vida los retendrá para siempre. De pronto será tarde para hacerles comprender que la inteligencia misma es un sistema de aptitudes que es preciso cultivar, y no una facultad determinada que pueda desenvolverse por sí misma dentro de un estrecho límite de acción.

No es fácil ni sería conveniente trasmutar la orientación espiritual de un individuo, cuando ella es fuerte, y, quizás, obedece a una innata inclinación. No se puede desviar una tendencia como se hace desviar de dirección a un tren por el simple movimiento de palanca en un cambiavía. Pero cuidemos de paralizar nuestra acción por temor de irrespetar el capricho de la criatura cuyo gobierno se nos confía. Un paso más y llegaríamos, en el respeto al chico, al caso descrito por Pierre Mille en Bol de Chine:

“¡Qué niño tan bonito!; ¿cómo se llama?”, preguntaron al señor Duncan, y el señor Duncan respondió severamente: “No se llama” —¿Cómo así?—. ¿Con qué derecho voy a poner yo traba a su libertad individual? Yo no le he dado ningún nombre, para que él pueda escoger más tarde el que le guste”.

Nuestro bachillerato en el Gimnasio pone su acento en la *formación* del individuo. Frente a esta mira importa, desde luego, lo que solo tiene por fin la información, pero jamás la consideramos como única finalidad. Hemos hablado de un nuevo humanismo que va más allá del que tenía únicamente relación con el estudio del griego y del latín. Es un humanismo que abarca todo lo esencial de lo que puede convenir al hombre, y dentro de nuestra civilización occidental el vocablo “democrático y cristiano” es el que mejor llena el ideal que perseguimos.

El padre Levrée nos habla de la función de la universidad, atribuyendo a esta la preparación de los cuadros dirigentes de la nación, y ha expresado que “de la calidad de enseñanza que ella confiera, de la educación humana que aporte, del espíritu que infunda, depende en parte el porvenir del país”. No podríamos decir cosa distinta de la tarea que ha de cumplir la enseñanza secundaria. Para preparar los cuadros dirigentes de la nación, tiene valor indiscutible la estructura de esta etapa de la instrucción.

Si el alumno ha aprendido a adquirir con eficientes métodos los hábitos del trabajo y del estudio, podrá olvidar muchas de las cosas que se le han enseñado, pero habrá ganado lo fundamental para continuar avanzando en su instrucción y en la formación de su personalidad. Es cierto que mientras exista el régimen actual de los exámenes, que lleva por lo general a descuidar esta formación y a establecer una norma de *dar y pedir*, sin otra finalidad que la de reclamar periódicamente los conocimientos que se han suministrado en préstamo, mientras esto se haga, no habrá posibilidad de lograr una verdadera educación mental.

Sin duda el propósito del estudio viene a ser en último término el de equipar al ser humano para la vida. El hombre necesita estar capacitado para resolver los problemas cotidianos que puedan presentársele, y para tomar iniciativas dentro del medio en que le toque actuar.

Ya nadie piensa en una enseñanza tabicada. La correlación de los estudios ha recibido una aceptación universal. Lo que apremia ahora es que esta coordinación sea aplicada en todas partes. Es un continuo fluir de una materia a otra, un sistema que

pudiéramos denominar de vasos comunicantes, un concepto claro de los distintos valores, lo que llamamos cultura.

La interdependencia de las diferentes enseñanzas puede lograrse mediante las juntas de profesores que dictan asignaturas afines, y de todo el cuerpo profesoral que sirve en una escuela. No nos cansaremos de insistir en que lo primero es tener un profesorado estudioso y consciente de su misión. En asuntos tan delicados no se puede improvisar. Esta ha sido una insistencia constante de la rectoría del Gimnasio.

Nuestros profesores saben que su deber no es simplemente el de enseñar una materia sino el de preocuparse por la plena formación de los alumnos. Se comprende que los que dan clase en un mismo grupo, o dictan una misma materia, deberán por su parte estar frecuentemente en contacto, ya no solo para buscar esta armonía general de la enseñanza sino para entenderse sobre la mejor distribución de los trabajos encomendados a sus discípulos. Estando informado de esta manera cada cual sobre las exigencias de los demás, se conseguirá así que los alumnos tengan siempre algunas tareas en curso, y no un recargo de estas, o una total ausencia de ellas para determinados días. La costumbre de fijar diariamente en el tablero de la clase la lista de quehaceres para el día siguiente ha sido un recurso eficaz para lograr este intento.

Toda tarea escolar —lo saben los maestros no anquilosados por los viejos sistemas— debe ser una invitación a la reflexión, a la búsqueda intelectual de algún dato, a la observación de un tema en estudio, a la solución de un problema inteligible, y no un ejercicio de simple copia o de tediosa realización. Vencer resistencias en asunto que mueve nuestro interés, determina una satisfacción, un verdadero goce, pudiéramos decir. Y si esto es así, el vencimiento de las dificultades que presenta un quehacer escolar debe causar alegría y no pena.

Desde luego hay que contar con los programas, pero no debemos olvidar las tres realidades diferentes que anota un educador: la que establecen los programas, lo que el profesor logra explicar, y lo que los alumnos alcanzan a aprender.

El beneficio sustancial que ha de quedar como rastro del paso por la segunda enseñanza, es el espíritu que ella desarrolla. Ha de ser un espíritu amplio, abierto a toda investigación. El mundo contemporáneo es ya demasiado complejo, y no es posible aprenderlo todo; pero si la inteligencia se ha estado ejercitando con disciplinas serias, el alumno podrá emprender luego, con provecho, en cualquier trabajo mental, y esto

es lo indispensable para el hombre que se apresta a entrar en la actividad ciudadana. Aprender a aprender: esto es lo que ante todo debería preocupar al estudiante. Es una verdad ya dicha que el individuo educado es el que está en capacidad de seguir educándose por su propia cuenta.

Algunos piensan que el plan de estudios de la segunda enseñanza debe abarcar las diferentes tesis de las principales nociones científicas del día; mas esto será cada vez menos posible, y los educadores, comprendiéndolo así, buscan una simplificación de los estudios, no para hacer más superficial la alta enseñanza sino para poder afianzar la fortaleza intelectual del estudiante. En el futuro habrá menos cosas que aprender de memoria, y mayor número de trabajos en la biblioteca y en el laboratorio.

Ya un gran maestro nos ha hecho notar que la clase moderna se ha tornado de auditorio en laboratorio, y es porque los estudios se están entendiendo como disciplinas mentales y como base de conocimientos positivos, y no simplemente como una recopilación de datos sin vida, que abren paso a la inercia. El hábito del trabajo mental ordenado, la animosa investigación, el amor a los libros: esto solo se logra cuando la enseñanza está empujada por un soplo de vida.

Un programa de estudio no es nada, ha dicho Claparède, sin el espíritu que lo anima, lo fecunda y lo hace fructificar. Por eso tiene un hondo sentido lo que nuestros chicuelos realizan en la primera enseñanza: cuando incursionan por los cerros recogiendo ranas, insectos, piedrecillas y plantas que tienen un valor para ellos, están impregnándose del espíritu del investigador.

Hemos anotado el hecho de que en la segunda enseñanza se hacen con inmenso interés los estudios de Historia Natural, cuando ha existido esta experiencia emotiva en la niñez, que viene a darle a la posterior clasificación científica, movimiento y riqueza imaginativa. Asimismo el monótono estudio de la geografía se llenará de animación cuando el muchacho ha sido un excursionista inclinado a la observación. El geógrafo de hoy es ante todo un viajero. Como vemos, la enseñanza toda, desde el jardín de niños hasta las puertas de la universidad —y en la buena universidad será lo mismo— tiende a hacerse esencialmente activa, rigurosamente experimental.

El alumno que termina su segunda enseñanza ha de presentar los lineamientos generales de una educación integral. La instrucción rígida y seca no educa, y por esto la enseñanza ha de ser atractiva, si pretendemos que sea educadora. Esta clase de

aleccionamiento creará las necesarias disciplinas de la inteligencia, pero estas disciplinas no serán la única finalidad perseguida; por muy sólidas que sean estas, de poco valdrán si a ellas no va asociada la *formación* de la personalidad y la estructura del carácter: he ahí el crisol que forja los ciudadanos de una gran nación.

Por otra parte, si el muchacho no ha aprendido a estudiar por su propia cuenta en la enseñanza secundaria, ¿qué podrá hacer en la vida o en el curso de sus estudios universitarios?

Muchos piensan que la obra capital por emprender es la universitaria, mas ocurre que a la universidad —lo dijimos ya— llegan a menudo los elementos nuevos, mal formados y desorientados, y en tal estado no es concebible que se aspire a hacer obra seria con ellos. Por lo general el joven que traspasa las puertas de la universidad está acostumbrado al régimen del libro de texto, a la lección que se mide por páginas. Desconoce lo que es el espíritu investigativo. La labor trascendental está, pues, en dar bases a toda educación. El universitario no consigue ya, sin dura brega, el encauzamiento que pueden dar con relativa facilidad la primera y la segunda enseñanza.

Tal vez no exageramos al decir que de los sectores docentes es en la enseñanza secundaria donde menos progresos efectivos se han logrado. Se diría que las dos grandes preocupaciones de los hombres de ciencia se han concentrado en la escuela primaria y en la universidad. Los sistemas de la escuela primaria han sido modificados por completo gracias al tremendo empuje de la llamada escuela activa, y en la universidad notamos el mismo sople de renovación que todo lo ha transformado. En cambio en la segunda enseñanza, si bien es cierto que ha comenzado a penetrar en ella el espíritu investigador, podemos decir que sus problemas se han agravado cada vez más con el increíble recargo de materias que abarca hoy en todas partes el bachillerato oficial.

Ya, es verdad, los exámenes de fin de año se han suprimido en algunas partes, y donde no se han abolido no tienen ahora el valor de prueba decisoria que tenían antes; pero la sola consideración del número de asignaturas, y la extensión cada vez mayor que se requiere dar a cada una de ellas, es suficiente para descorazonar al menos pesimista. La calificación solo es hoy, efectivamente, una medida de conocimiento, y a ningún maestro sensato se le ocurre ahora que ella pueda variar con el comportamiento bueno o malo del alumno —la conducta se califica separadamente—; esto es

así, pero hay que pensar en que el sobrecargo de tareas escolares hará engañosa esa misma medida, pues no es posible que el alumno lleve de frente con la fuerza de concentración debida, y sin desequilibrio emocional, el cúmulo de materias que le exige el plan de estudios reglamentario.

Cuántos de nosotros aprendimos en forma rutinaria aun las mismas matemáticas. Llenábamos de memoria toda la cara de un tablero con los indescifrables datos de algún rompecabezas algebraico que de pronto terminaba: “Luego x igual a 400, que era lo que nos proponíamos demostrar”. La almohadilla pasaba luego por sobre los signos, y asimismo pudiéramos decir que pasaba por sobre el espíritu. Esa almohadilla era en efecto un símbolo: borraba en el tablero, al mismo tiempo y en un abrir y cerrar de ojos, lo que habíamos escrito, y lo que en la mente teníamos.

Las cosas han cambiado; las matemáticas representan en el plan de estudios un ejercicio inteligente, y ya nadie defiende el exclusivo cultivo de la memoria que tuvo su esplendor en tiempos que todavía están cercanos de nosotros. Pero como lo decíamos, ¿de qué sirve esta conquista si la extensión de la materia se ha hecho tan vasta que ya se hace imposible asimilarla, aun para las inteligencias más ágiles?

En algunos países se ha establecido una segunda enseñanza que pudiéramos llamar a la carta, que permite a los denominados alumnos asistentes elegir, a tontas y a locas, las materias de su agrado, y es obvio pensar en qué suerte de disciplina mental quedará formado el alumno que de esta manera se instruye. Se dice que estas son consecuencias del vértigo de ocupaciones en que vivimos. Consecuencias que son inconsecuencias, pues no se concibe que los educadores, que son precisamente quienes con más energía deben tratar de detener el avance de los males presentes, se dejen atropellar por ellos, y sigan impulsados por la misma corriente impetuosa que arrolla al común de las gentes.

La diferencia en el poder intelectual cuenta por mucho en el éxito y en el prestigio que alcancen en la vida los hombres; mas no es el grado de inteligencia lo que mayormente distancia a los individuos en sus posibilidades de triunfo: el carácter, los sentimientos, la voluntad, he aquí los factores determinantes en más alto grado, y a ellos no podrá atender una escuela de asistentes.

Las disciplinas fundamentales

Hemos insistido en que la segunda enseñanza no debe contentarse con dar una determinada instrucción sino que ha de crear a la vez sólidas disciplinas espirituales que han de servir al individuo de por vida.

Aparte de aquellas normas que se refieren a la salud, o sea a los metódicos ejercicios físicos y a los hábitos de higiene de tan innegable valor, existen las que tienen por finalidad primordial la ética, y sobre las cuales quisimos poner siempre nuestro acento.

Pudiéramos decir que los más graves problemas nacionales están cifrados en las fallas del criterio moral. Por falta de educación de la conducta se traiciona la palabra empeñada, se cometen fraudes, flaquea la honestidad y el decoro. Por esta carencia se enseñoorea la violencia, el irrespeto y el desorden.

Cualquiera que sea el criterio con que se analice el plan de estudios de la enseñanza secundaria, no puede, en ningún caso, circunscribirse a la sola instrucción. La educación es algo cardinal cuando se trata de la preparación de las nuevas generaciones. Sin ella no podría encaminarse el espíritu cívico, ni la formación moral, ni una cultura de calidad. La educación debe enriquecer la mente, ampliar los horizontes, dar al cuerpo y a la inteligencia su máximo desarrollo. Lo permanente es esto. Lo demás es transitorio.

Quiere ello decir que los educadores han de pensar primordialmente en crear, como si dijéramos, una segunda naturaleza que triunfe, por fuerza de la voluntad y de la viril rectitud, sobre los bajos instintos del ser primitivo que alienta en la entraña nuestra. Hábitos de pulcritud interior y exterior: he ahí lo que ha de guiar las preocupaciones del educador. Libertad, aire libre, sol para la planta humana, piden los higienistas. Lo mismo hemos de pedir para el espíritu. Solo agregaríamos: sentido de responsabilidad; rectitud de proceder.

El Ministerio de Educación de Venezuela ha editado recientemente los llamados Programas Provisionales de Educación Secundaria. Para satisfacción nuestra coinciden de manera precisa las instrucciones generales dadas en ellos con las que de tiempo atrás venimos defendiendo.

Lo primero que se pide es que el paso de los alumnos de la escuela primaria a la secundaria no motive un cambio violento. Hay que tener presente que la segunda enseñanza viene a afianzar el proceso formativo de la enseñanza elemental. Debe así ser su continuación, y no una etapa independiente y de características diametralmente distintas.

El programa de cada rama de conocimientos va precedido de una serie de normas inteligentemente articuladas. Los métodos activos recorren sin interrupción la totalidad de las asignaturas. Desde luego se entiende que el profesor debe ser individuo amante de la materia que dicta, conocedor a fondo de ella, y con un espíritu avisado que le mantenga al día en los progresos de su especialidad.

Sintéticamente podemos relieves las normas trazadas para las distintas materias de enseñanza:

El castellano

La primera de las disciplinas es sin duda el idioma materno porque esta las abarca a todas. Como vehículo de comunicación y de simple expresión estará presente en todas las enseñanzas, y, en una y otra, será necesario aprender a manejarlo con estricta corrección. Ningún catedrático podrá dejar de tenerlo en cuenta en su actividad docente. Por ser el molde en el que se funde nuestro pensamiento, adquiere principalísima importancia en lo que pudiéramos llamar el arte del bien pensar y el bien decir, excelente gimnasia formativa de claridad y precisión necesaria a todo hombre culto.

El idioma materno ha de ser la espina dorsal del cuerpo de enseñanzas, y por ello los profesores de todas las asignaturas han de contribuir al logro de este propósito.

Es de suma conveniencia hacer gustar del estudiante la belleza del idioma. De ahí la importancia de no iniciar este estudio con las tediosas reglas de la gramática. Estimular la afición hacia la buena lectura en vez de aumentar la indiferencia del alumno por el libro. La apreciación literaria ha de hacerse desde el primer año, lo mismo la composición escrita. Leer y redactar serán así dos ocupaciones a las que habrá que

tomar cariño y convertir en hábitos. El dominio del idioma es indispensable, cualquiera que sea la tarea que en el futuro hayamos de desempeñar. Esta convicción ha de ser, como lo hemos dicho, común a todos los profesores, no solo a los que dictan la materia sino a la totalidad de ellos porque a todos ha de interesar el dar a sus alumnos un conocimiento preciso de la lengua materna que ha de servirles de constante expresión.

Los ejercicios del lenguaje oral, lo mismo que los de redacción, han de realizarse con la mayor frecuencia posible. Narrar, describir, exponer correctamente: esto vale más para el alumno que las definiciones, que muchas veces no comprende, y que los análisis insustanciales.

Las matemáticas

Las matemáticas son una de las más firmes estructuras en la enseñanza secundaria. Nos llevan a ordenar nuestro pensamiento y a discurrir en términos exactos, y aun cuando cierta mecanización se hace indispensable, como cuando se memorizan las tablas de multiplicar, no debe llegarse nunca a tal mecanización mientras no se tenga su cabal entendimiento. Con razón se ha dicho que las matemáticas son un poderoso instrumento para lograr la formación intelectual. Lo importante son las bases. Sin ellas, por definición misma, toda enseñanza posterior será deleznable, no teniendo piso de sustentación. La aritmética no es un fin en sí misma, sino un medio al servicio de la enseñanza general. Se toma la realidad, no el problema imaginario, y con esa realidad se establecen las medidas, se hacen cálculos, se plantean interrogantes. Toda cuestión sometida al estudio del alumno ha de tener una motivación.

La aritmética, las matemáticas en general sirven de muy valioso ejercicio a la mente, pero hay que ejercitarla en forma inteligente. En esta rama de conocimientos han de establecerse correlaciones estrechas entre la aritmética, el álgebra y la geometría. Entrelazadas lo más íntimamente posible estas materias, se hará más razonable y más fructífera la comprensión y utilización de cada una de ellas.

En los problemas que se plantean hay que escoger, en cuanto ello sea factible, todo lo que tenga relación con los problemas de la vida diaria. El sentido común es el más certero guía en este caso.

Las ciencias naturales

Las ciencias naturales, como las matemáticas, enseñan a trabajar pacientemente; dan el gusto de la certeza; maduran la reflexión, y son por ello mismo un antídoto contra la ligereza de juicio y la superficialidad de apreciaciones. Las ciencias naturales no solo instruyen, educan: crean hábitos de observación y de investigación, modalidades del espíritu útiles en todos los campos.

En las escuelas nuevas, esta rama de la enseñanza no es propiamente una materia escolar sino factor integrante de la vida estudiantil. Así debiera ser en todas partes donde ello se hace posible. Los alumnos tienen plantas y animales para cuidar constantemente; hacen experimentos; realizan excursiones y visitas de observación; aprenden a darse cuenta de las cosas; crean un verdadero método de trabajo; se desenvuelven dentro de una auténtica atmósfera de estudio. Las ciencias naturales son la ciencia de la vida, y las que como tales mueven de manera más ardorosa el interés del estudiante y su innato deseo de experimentación. Experimentar, se ha dicho, es pedir a la naturaleza una respuesta frente a nuestra curiosidad, y todo niño, todo joven normal, es un explorador intelectual. Lo importante es ponerlo en el camino de realizar su natural impulso. Pasar de la experiencia al libro y del libro a la experiencia: esto será enseñar al alumno a usar de su entendimiento en forma la más inteligente.

La historia

En esta enseñanza es preciso dar al estudiante una visión concreta del proceso de la humanidad. Los grandes acontecimientos que forman la cadena ininterrumpida de la marcha de la civilización han de quedar con claridad en su mente, sin recargos de nombres, ni de fechas, ni de episodios, sin catálogos de dinastías y de gobiernos, sin minucias de combates. El énfasis de esta información ha de ponerse en el estudio del desarrollo de los distintos pueblos, en el proceso de su cultura, en la marcha que ha conducido a la humanidad a su situación actual.

Las instrucciones a los profesores de historia reclaman de ellos el cuidado de reducir a las cosas esenciales sus disertaciones, teniendo la precaución de indicar apropiadas lecturas para que el estudiante complemente los derroteros que se le han dado, con lo que él encuentre, gracias a su esfuerzo personal. Habituarse al alumno de la segunda enseñanza a este ejercicio de búsqueda de conocimientos distintos a lo que

enuncia el catedrático, ha de ser una de las normas capitales de la escuela. En el estudio de la historia, aún más que en muchos otros, habrá que poner un interés especial en enseñar a consultar los libros, en dar al alumno el hábito de la indagación.

Al niño, como al adolescente, hay que comunicarle el sentido del progreso en el mundo. Esto podrá hacerse de preferencia en la clase de historia. Es allí en donde él se dará cuenta de que el presente no puede entenderse sin conocer el pasado. Es preciso hacer penetrar en su espíritu la noción del esfuerzo que ha hecho la humanidad para llegar al estado de avance en que hoy se encuentra.

En los planes de estudio habrá que dar a cada materia una porción adecuada a la importancia que esta tiene. Por lo que hace a la historia es sabido que no a todos los hombres interesan las distintas épocas con una misma intensidad. Esto es natural, y no habrá mal en ello, pero lo que sí no podría excusarse en el profesor de la materia sería que él mostrara indiferencia o antipatía por un determinado período histórico. La Edad Media, pongamos por caso, ha sido denigrada y calumniada no obstante el hecho de marcar una época de efervescencia intelectual, una época de preparación de singular importancia. El profesor ha de evitar estos prejuicios. Su pensamiento estará regido siempre por la más perfecta ecuanimidad. Las figuras de los grandes hombres serán una constante inspiración, mas nunca llegará a ningún endiosamiento. El personaje eminente no pierde, antes bien gana, se hace más vivo, más real, al ser presentado en todo el amplio aspecto de su naturaleza humana, sujeto a desvíos y equivocaciones.

Es en la clase de historia cuando mejor puede hacerse sentir lo que vale el estudio y la voluntad para el logro de un propósito. Los sabios, los artistas, los gobernantes, han tenido, todos, necesidad de prepararse para su labor, y para cada uno ha existido un ideal que ha precisado de pacientes y persistentes esfuerzos. En lo espiritual, como en lo material, es necesario acumular primero para poder dar luego. De esto adquirirá clara noción el estudiante de esta enseñanza.

La historia nos permite, por otra parte, despertar en las mentes juveniles la admiración por los grandes benefactores de la humanidad, y no cabe duda de que esto vale más que exaltar en ellas la mística por las figuras guerreras. Sin embargo, no debemos convertir la clase en clase de moral con moralejas. Esto sería falsear la realidad de los hechos y deshumanizar personas y acontecimientos. Un sentido crítico, objetivo, des-

apasionado, imparcial, debe animar todo estudio histórico. Compendiando la universalidad de este estudio podemos decir con Juan Mantovani que toda cultura, cuanto más vasta, está más impregnada de pasado; es decir, de historia, y que sin ser una ciencia de rigor profesional, sin ser reclamada estrictamente por ninguna profesión, la exige con ahínco todo hombre que tiene preocupaciones más allá de las puramente vegetativas.

La geografía

Se ha dicho que el estudio de la tierra como morada del ser humano es el estudio esencial de la geografía, y en esta relación del hombre con su medio se involucran las más diversas materias: la botánica, la zoología, la física, la química, la economía política, y todas las demás enseñanzas que tienen que ver con la creatura racional y el ambiente en que vive. En resumidas cuentas viene a ser una disciplina síntesis. No tiene como fin único suministrar conocimientos propiamente geográficos sino ofrecer una formación que pudiéramos llamar global, dada la interdependencia que existe entre el hombre y su medio. La verdad es que la geografía y la historia nos presentan el panorama de la humanidad, y son el fundamento de las ciencias sociales.

Los métodos de investigación se hacen así indispensables para el geógrafo que ha de abarcar en su simpatía y comprensión a todos los pueblos. Despertar en el alumno tales sentimientos y entregarle nociones básicas para tan importante estudio ha de ser una finalidad primordial del profesor de esta cátedra.

Los idiomas extranjeros

Entendemos que para el Occidente los tres idiomas más importantes son el español, el inglés y el francés. El alemán y el ruso adquieren también en el mundo contemporáneo preeminencia de valía. No se aprende a fondo un idioma sino en el sitio en donde este es hablado, pero corresponde a la escuela sentar las bases de las lenguas extranjeras que van a servir de instrumentos de trabajo, de verdaderos vehículos de cultura, en cualquiera de las profesiones que se escoja.

La escuela debe llevar al alumno a la comprensión y correcta expresión oral y escrita de la lengua foránea que estudia, sin pretender por ello que llegue a una perfección tal, que ni por el acento denuncie la propia nacionalidad. Es muy importante que los

vocablos que se usen sean los empleados con mayor frecuencia, y que se elimine todo lo raro o exótico. De gramática se enseñará lo esencial. Ya se ha visto que la memorización de reglas y el aprendizaje de listas de vocablos sin aplicación usual son completamente inútiles. Numerosas prácticas de lecturas escogidas y de traducciones sencillas llevarán al gusto por la lengua extranjera y su firme adquisición.

Formación social, moral y cívica

Los programas que se desprenden de las normas que hemos venido considerando dan a la formación social, moral y cívica la máxima importancia en la acción de la escuela. El lograr esta finalidad, se dice con razón, no es objetivo de una asignatura en particular; lo es de toda la acción educativa.

La escuela debe procurar el buen entendimiento no solo en el medio escolar, sino en el familiar y social. Es importante que el alumno se dé cuenta de sus obligaciones para con la comunidad en general.

Dicen los programas venezolanos: “La contribución socializadora de la escuela comienza desde la niñez mediante la formación de hábitos de higiene, de convivencia, de respeto mutuo. Al mismo tiempo, transmite al alumno ciertos conocimientos de ética y le inspira ideales de libertad, de justicia, de progreso colectivo, de igualdad, de confraternidad y de paz. También le capacita para la vida en sociedad a través de los conocimientos que el niño adquiere y que le hacen apto para desempeñar una profesión o un trabajo con eficiencia y responsabilidad, para interpretar los fenómenos naturales o sociales, y para saber aprovechar íntegramente los recursos que le ofrece el medio físico. Por otra parte, le da a conocer cuáles son los deberes y derechos que corresponden al ciudadano y la manera de hacer buen uso de ellos dentro de los ideales de la vida democrática”.

Es fácil deducir de cuanto queda dicho que la enseñanza de las distintas materias del bachillerato, como tantas veces lo hemos reclamado, debe eslabonarse en forma continua, progresiva y armónica, del primero al sexto año, sin saltos o interrupciones que rompan el ritmo de toda disciplina mental.

Cualesquiera que sean los nuevos programas de educación secundaria, encontramos en uno y otro país manifiestas similitudes. Vemos en todos ellos un propósito fervoroso de hacer —con una estrecha correlación de las materias de enseñanza—

más activa, más racional, más comprensiva y más útil esta preparación del ciudadano para las labores en que ha de empeñarse luego. La formación moral adquiere preeminencia en todas estas normas. De idéntica manera se contempla la orientación del espíritu hacia el recto pensar y el bien obrar.

Son muchos los alumnos que al terminar el bachillerato saben pocas cosas sustanciales. No han aprendido tampoco a discernir, a reflexionar, ni han adquirido el hábito del trabajo. Solo recuerdan, como amarga experiencia, la cascada de exámenes a que fueron sometidos a lo largo de todos sus años escolares. Conozco estudiantes, nos dice un profesor, que se han embrutecido sobre los manuales latinos y los textos de filosofía. No asimilaron nada, perdieron la frescura de su espíritu, aborrecieron para siempre el estudio, y al salir de la escuela no han hallado ninguna relación entre los problemas que les presenta la vida y los que les presentaron en clase.

Todo esto requiere meditación. Es indudable que hay sobrecargo en los programas, y buen número de cosas tediosas e inactuales en ellos. Habría que revisar los métodos de instrucción, y los textos que se entregan al estudiante. Hay quienes proponen transformarlo todo, colocar una bomba explosiva en el propio seno de los planes, programas y métodos actuales. No llegamos a tanto, pero no nos cabe duda de que urge *humanizar* toda la enseñanza.

Cualquier estudio, sistemáticamente hecho, constituye una disciplina. Mas lo importante es determinar cuáles son las disciplinas más hondamente formativas y de mayor utilidad. Es preciso que el estudiante ame la escuela, y para ello lo primero es actualizarla. Hubo un tiempo, lo anotamos en reciente ocasión, en el que se pensó que solo el latín y el griego estructuraban la mente, y a su paciente e ininterrumpida consideración se dio el nombre exclusivo de humanidades. Es cierto que era un momento en el que se enseñaba y se hablaba en latín.

Pero las cosas han cambiado. Las necesidades y urgencias de los hombres son hoy otras, y la sensibilidad de la época está bien alejada de la de siglos pretéritos. Hemos de retener del pasado su esencia, su lección, mas no podemos situar al hombre fuera de su tiempo. Salvemos el espíritu de la cultura clásica, como tantas veces lo hemos pedido. Salvémoslo, pero no hasta el punto de olvidarnos del mundo en que vivimos.

11 de diciembre de 1957

Los métodos

Si se nos pregunta qué métodos se emplean hoy en la enseñanza en los países de nuestra América, tendremos que responder que todos en general, y ninguno en particular. En todo caso no es el método el que cuenta sino el maestro que lo emplea. Y de ahí la importancia que adquieren las Escuelas Normales donde se da la nueva orientación al magisterio.

Los métodos cambiaron desde el momento en que se persiguieron nuevos objetivos. Cuando solo se buscaba repetir lecciones como única finalidad de la escuela, bastaba con ejercitar la memoria y establecer un código de sanciones para su debilidad. Se piden ahora otras cosas, como lo hemos visto. La clase debe ser viva, con participación activa del alumno. Ya no podrá, pues, servir el método de la disertación o del dictado monótono, invariable, por parte del profesor, y la recitación servil por parte del estudiante. El profesor tiene que remozar cada día sus conocimientos, y el alumno ha de adquirir no solo informaciones sino hábitos de trabajo. Explica este propósito el auge que ha tomado el método llamado *método de laboratorio* y el llamado de *unidades de trabajo* que obligan al profesor a estar al día, a ser él también un estudiante, y al estudiante a investigar, a darse cuenta de las cosas, a preparar su mente para resolver problemas. Así el aula no será una sala de conferencias sino un taller, un verdadero laboratorio de cosas y de ideas.

De esta suerte la clase estará animada continuamente, agitada por múltiples iniciativas. Habrá tareas en equipo para que los alumnos aprendan a trabajar en colaboración, y habrá discusiones informales sobre temas controvertibles, y seminarios accidentales para la búsqueda de datos y elementos de juicio en asuntos que muevan a la investigación. La enseñanza no estará limitada a las cuatro paredes de la clase porque habrá visitas de estudio y excursiones que pondrán al alumno en

contacto directo con personas y cosas distintas de las que forman el pequeño mundo de la escuela.

Estudiando el asunto desde un punto de vista universal, no puede decirse que haya nada realmente nuevo en los métodos que preconizamos. “Viejo vino en odres nuevas”, cuando más. Al decir, por ejemplo, que los nuevos sistemas enseñan a observar, a investigar, a darse cuenta de las cosas, y que tales métodos preparan para la vida, no hacemos sino actualizar viejas teorías expuestas en libros cuyas páginas ya ha amarillado el tiempo.

A pesar de lo dicho, estos métodos encuentran, como todo lo que obliga a un cambio y tiene un valor, enemigos combativos. Muchos de ellos están entre los mismos elementos del magisterio. Son estos enemigos de la más diversa índole: los apegados a la rutina que tiemblan ante toda renovación; los perezosos que rehúyen de antemano el esfuerzo que adivinan tendrán que hacer para modificar su enseñanza; los escépticos que de todo dudan; los pedantes que todo lo critican porque de todo creen saber más que los demás. Por fortuna, frente a estos combatientes, están los maestros que no erraron su vocación: los que tienen fe, los que estudian y trabajan; los que ponen espíritu y corazón en su labor; los que cada día anhelan ser “más que ayer y menos que mañana”. Mientras los otros discuten, estos van sacando adelante las reformas de los sistemas ya caducos, y van sembrando, calladamente, la semilla del buen espíritu por dondequiera que pasan.

Vamos ya poniéndonos de acuerdo sobre lo fundamental, aun sin habernos reunido expresamente para hacerlo, por la sola fuerza de los imperativos de la hora presente. Por mucho tiempo discutimos si primero debíamos filosofar y luego vivir, o viceversa. Hoy parecemos convencidos de que nada ganamos con la discusión y que ambas cosas nos son necesarias: vivir y filosofar, filosofar y vivir, alternativamente.

Por lo que hace a las reformas *decretadas* no hay que entender que todas ellas se han realizado o que se hallan siquiera en curso de realización. Muchas se han quedado en el papel. Los cambios espirituales requieren un proceso distinto y más complejo que el requerido por los cambios materiales. No es ciertamente lo mismo derruir un viejo caserón y levantar en su sitio una construcción moderna, que dar una batalla contra las fortalezas de la rutina para abrirle entradas al espíritu renovador. El decreto o la ley que estatuye una reforma es solo la declaratoria de guerra contra lo que está

imperando, pero ha de venir luego la movilización general, y se ha de estar en espíritu de ir al combate, y de librar muchos encuentros para asegurar la victoria que se quiere lograr.

Pero hay asimismo reformas efectivas que se han conseguido sin que nadie las haya decretado. Surgieron del fondo anónimo de la colectividad. Fueron a menudo nada más que una chispa que brotó de un cerebro privilegiado o simplemente inconforme. Es estimulante ver cómo existe en cada país de América un pequeño grupo de fervorosos innovadores en el campo de la educación. Ellos son los que han mantenido encendida la llama de la renovación por sobre todas las vicisitudes.



*Antes de la fundación del Gimnasio Femenino en 1920,
don Agustín dictaba clase a un grupo de estudiantes.*

La disciplina

La disciplina no es un problema de la escuela únicamente. La vida entera es una disciplina. En la esfera de los negocios, en las profesiones, en el campo de la moral y de la religión, hay determinadas reglas que se imponen. Los principios que rigen la vida de los pueblos y las leyes que estos se dan, son normas a las que el hombre tiene que someterse. La necesidad de subordinarse no es, pues, discutible. Lo discutible es el procedimiento que se siga para llegar al fin propuesto. Hay una disciplina externa y hay otra que exige una ordenación interior. De esas dos formas, el educador no podrá complacerse sino con aquella que no es solamente de apariencia. La apariencia tendrá un valor, y muy grande, en cuanto ella forma un medio ambiente de orden o desorden, de buen o mal gusto, de distinción o vulgaridad, mas lo esencial es el proceso interno, lo esencial es establecer hábitos deseables que canalicen la acción y conviertan en reflejo el primitivo acto voluntario.

Se ha dicho del hábito que es una tiranía y a nuestro alcance está el que esa tiranía sea beneficiosa para nuestra salud corporal y mental. Los hábitos de trabajo, de estudio, de reflexión, se podrán adquirir de la misma fácil manera que se adquieren los hábitos de higiene. Habrá, pues, ocasiones en las que buscar la tiranía del hábito, sea libertarse. El buen hábito economiza energías en todo instante; el mal hábito las destruye persistentemente. El hábito liberta al espíritu del cuerpo o lo hace su esclavo. No es difícil ver que la fuerza de los hábitos adquiridos está en que, una vez que se arraigan, pertenecen ya al orden biológico.

Educarse, en su conjunto, es hacerse reflexivo, es disciplinarse. Somos indisciplinados por naturaleza; el desorden y el capricho se anuncian en todo ser ineducado, y donde quiera vemos que el individuo de pasiones fuertes y de reflexión débil se convierte en un peligro, porque tiene las características del hombre primitivo.

Consciente el maestro del valor de una determinada sujeción, ¿de qué requisitos se valdrá para obtenerla? La vieja escuela buscaba, como ya se ha anotado, una actitud física: silencio, rigidez del cuerpo, precisión en los movimientos; la nueva, busca una actitud mental. El orden, la actividad regulada por el propio interés del trabajo que se ejecuta, la misma cortesía, todos estos factores que han de estar presentes en una escuela bien organizada, se desprenden, de manera lógica y sencilla, de esa disciplina interior que establece de hecho un régimen de confianza, de libertad y de cooperación bien entendidas. Por libertad no se entiende la libertad de no hacer nada ni la de hacer cosas nocivas. La llamada disciplina de confianza, —la que depositan los alumnos en los profesores, y los profesores en los alumnos— no puede significar abandono de los estudiantes por parte de los superiores, ni irrespeto de los unos por los otros: se trata, sí, de dar un sentido racional al concepto de autoridad, y de asumir una actitud de respeto al ser humano, así se trate de menores de edad.

La autoridad escolar —está dicho ya— se ha espiritualizado, se ha convertido en una fuerza del alma que se dirige a otras almas, y la obediencia se ha modificado también: ahora es consciente, es voluntaria, y se inspira en un sentimiento de confiada seguridad. Ya no se obedece por temor sino por asentimiento. La escuela no es ya una cárcel, ni el maestro un alguacil. Disciplina no significa, en el nuevo concepto, brutalidad. No implica inmovilidad y silencio, sino conducta ordenada. Detrás de esa hípida palabra —disciplina escolar— no veremos más alinearse un batallón de órdenes prohibitivas, porque esa temida reglamentación solo será un armonioso conjunto de principios inspiradores.

Mandar, por otra parte, es una ciencia cuyo primer postulado es no ordenar sino lo que estamos seguros de obtener. El mandato debe ser racional, y ha de hacerse de manera serena. Conseguir la obediencia así, podría estar al alcance de todos. Hay el peligro, es cierto, de que el sistema disciplinario que no es dictatorial ponga en tela de juicio el valor real del maestro; mas esto, lejos de ser perjudicial, tiene la ventaja de eliminar rápidamente a quienes deben buscar su oficio fuera de la escuela.

Autoridad ha de poseer todo el que tenga cargo de almas, pero debemos recalcar que no siendo una investidura, hay que conquistarla, y no por la violencia sino por el prestigio. La autoridad ha de ejercer una influencia benéfica, y la violencia crea un abismo entre los seres destinados a ponerse en contacto.

No carece de interés la observación de que son los maestros que menos autoridad tienen entre sus alumnos los que imponen más castigos. Podríamos, pues, enunciar así este postulado pedagógico: a mayor autoridad efectiva, menor número de sanciones. El maestro regañón, como el padre regañón —lo sabemos todos— es el menos escuchado, y es porque a todo se acostumbra el niño. De donde debemos deducir que ningún género de sanciones, ni el regaño siquiera, se deben prodigar.

Hemos de insistir en que la disciplina que crea defensas interiores es la única disciplina digna. Lo educativo es sugerir, y no imponer violentamente como suelen hacerlo quienes creen que el miedo es un correlativo inseparable de la autoridad.

Además, cuando un maestro adopta habitualmente el fácil recurso del castigo, se equivoca a menudo. Lo fácil, lo rápido en educación, es con frecuencia el camino más largo para llegar a la mente del alumno. Lo más expedito para imponerse es, sin duda, la bofetada; pero degrada tanto o más al que la da que al que la recibe, y sí crea la pasividad externa, la pasividad hipócrita, siembra la revuelta interior.

Así como la moralidad de los pueblos no es en último término cuestión de policía sino de educación, así también la educación no es asunto de disciplina atemorizante sino de acción continua, inteligente y amistosa en la mente y en el corazón de la niñez y de la juventud. La policía puede poner cortapisas al escándalo, pero no es un pueblo civilizado el que se convierte en una horda cuando la policía no lo vigila. Tampoco estará educado el muchacho que necesita en todo instante la presencia del maestro para no cometer desafueros.

Cuando un hombre manifiesta fatiga mental o debilidad fisiológica, el médico de hoy, antes de formularle drogas, le receta aire puro, alimento sano, ejercicio moderado, reposo. Con esto el médico muestra su confianza en las reacciones naturales del organismo. Así ha de obrar el educador también: sin violencia, estimulando suavemente la naturaleza, dando ante todo luz y aire libre a la conciencia del discípulo, dejando los remedios drásticos para los casos excepcionales; obrando, en una palabra, como el clínico moderno que confía en las fuerzas íntimas que tienden al equilibrio del ser.

Continuamente hemos meditado en estos principios en todo el decurso de nuestra empresa educativa, y a ellos hemos ceñido lo cardinal de nuestras normas.

No hemos olvidado nunca que, si nuestros discípulos nos dan algunas desilusiones, también se las damos nosotros a ellos. El muchacho tiene una especie de instinto,

un sentido innato, para analizar a sus maestros. No usa evidentemente del análisis fino del adulto, pero tiene una fuerza intuitiva de gran poder que obra con increíble rapidez. Nuestros alumnos nos están analizando a toda hora. ¿Quién de nosotros resistió en sus años de estudiante a la tentación de juzgar a sus maestros? Recordemos lo que fuimos en nuestra mocedad si realmente queremos acercarnos al corazón de los jóvenes de hoy. Hay que ser tolerantes con muchos de aquellos pecadillos escolares que no tienen mayor trascendencia, para mejor poder ser inflexibles frente a todo aquello que afecte el decoro de la persona o de la colectividad. “La firmeza y la indulgencia son dos deberes correlativos”, se ha dicho con razón.

Desde la primera hora de clase los alumnos se dan cuenta de la calidad y cantidad de autoridad que posee el nuevo maestro. Ellos pudieran decir inmediatamente si el nuevo profesor es de los que necesitaran un ayudante para hacer conservar el orden. En otras palabras ellos podrán hacer sin dilación un seguro diagnóstico sobre la personalidad de su maestro. Un maestro que comienza, es una gran tentación. Los muchachos tratarán siempre de ponerlo a prueba. Principiar bien tiene, pues, mucha importancia. Pero el buen comienzo no será suficiente. El prestigio necesita una conquista diaria.

Cada día creemos con mayor convicción en que el buen nombre del maestro se basa estrictamente en su propia actividad. ¿Si las lecciones que se dictan no son bien preparadas; si los trabajos que se encomiendan no son revisados con esmero; si no damos la sensación de que el tema que exponemos nos interesa a nosotros también; si nos falta entusiasmo para desarrollar la lección que nos ocupa, ¿podremos lograr algo distinto de la desilusión y del tedio en el espíritu de nuestros discípulos?

Todo el problema del orden en una clase se resuelve cuando el profesor sabe interesar a su auditorio. El desorden es el interés que se dispersa. El orden es el interés que se encausa. ¿No es esto decir que un amable régimen disciplinario puede surgir sin procedimientos artificiales, por el solo efecto de la atmósfera que virtualmente crea cualquier trabajo atrayente?

Por lo que hace a las disciplinas mentales que han de estar implicadas en las distintas enseñanzas, hemos pensado siempre que no hay ninguna que valga más que otra. Todo depende del maestro que enseña, del espíritu que le anima, de la curiosidad que sepa despertar, del método de inducción y deducción que emplee, del orden que lo

conduzca. Idiomas antiguos y modernos, lengua materna, ciencias naturales, historia y geografía, matemáticas, todas, y cada una de estas ramas del conocimiento, pueden crear severas disciplinas de la mente. La cifra del éxito, seguiremos insistiendo en ello, estará siempre en el profesor y en sus procedimientos.

La buena inteligencia entre maestros y discípulos hemos juzgado como elemento imprescindible en el mantenimiento de una disciplina que realmente pueda formar al individuo.

Esta buena inteligencia se traduce en mutua lealtad. Sobra pues decir que todo lo que tienda a la intriga —todo ese vasto mundo de las delaciones y de la adulación— no ha tenido que nombrarse si quiera en nuestra escuela. En un ambiente en donde el sol da de lleno sobre todas las cosas, no encuentra donde agazaparse la hipocresía.

Nadie pretenderá que las relaciones entre profesores y alumnos avancen sin el menor tropiezo. Habrá choques, momentos de impaciencia, horas de incomprensión, mas todo ello será incidental. El respeto recíproco, y la franqueza sin restricciones mentales que llevan al engaño, harán que el tono habitual de la escuela sea el de la cordialidad.

Dicho esto quedará bien claro que nuestra casa gimnasiana no es un nuevo reino de Jauja. Pretendemos, sí, que sea un hogar, y un hogar feliz. No queremos nada que no sea nítido en nuestra vida escolar. Aspiramos a que nuestros discípulos guarden de nosotros un limpio recuerdo: queremos quedar ligados a ellos por mutuos lazos de aprecio que puedan ser perdurables.

En relación con las máximas morales que son como imágenes de las bellas maneras de obrar, hemos de decir que son consideradas por nosotros en cuanto valen. Sabemos que las ideas tienen a menudo, como la propia experiencia, un poder motor, pero jamás nos hemos contentado con fijarlas en los muros; solo la acción continua sobre la conciencia del alumno nos satisface plenamente, y por esto en todo momento estamos buscando la oportunidad de ejercer una buena influencia sobre el sentimiento de nuestros educandos.

Simplifica la disciplina del colegio la distribución por pequeñas agrupaciones que determinamos desde un principio, y en las que ha ido creándose aquel espíritu de grupo llamado por Maeterlinck “espíritu de la colmena” que lleva a un trabajo armonioso de responsabilidad colectiva. Por ocho, diez, doce años, andan juntos los com-

ponentes de un mismo grupo —forman una asociación fraternal—, y no aceptarían sin protesta que se les quisiera cambiar de una agrupación a otra, no obstante existir a todo lo largo de la enseñanza clases paralelas.

Por otra parte, como todas las puertas de las aulas dan sobre el campo, los escolares pueden aprovechar, con la amplia libertad que les pide su edad, los diez minutos de intervalo que hay siempre entre las clases. Todo muchacho necesita moverse, correr, saltar, gritar, y si lo encerramos durante varias horas con pretexto de instruirlo, buscará instintivamente dentro de la clase el desahogo que su organismo reclama.

Los niños no son ángeles. Con ellos es preciso estar sobre aviso en todo momento. Importa sí que no se sientan espiados. La acción de presencia basta. Acompañándolos, estando cerca de ellos con ademán amistoso, les conoceremos mejor y podremos asimismo corregirlos con mayor eficacia.

El niño inquieto es a menudo el más interesante, y aquel de quien mejores augurios pueden hacerse. La inquietud es vida, es energía, es fuerza por encauzar. Lo importante es la dirección que se le dé. El niño que a nosotros nos preocupa más es el que está siempre tranquilo, el demasiado formal. Nosotros no llamamos buena conducta aquella de los brazos cruzados y de los labios que no se mueven nunca. Queremos una conducta activa, pero no agitada, ni con espasmódicos brotes de anarquía, pero sí llena de iniciativas; y, por esto nuestra vida escolar se desenvuelve de manera amplia, variada, flexible, y presenta a cada instante oportunidades al estudiante de manifestar, dentro de un orden establecido, su actividad constructiva. En otros tiempos esa inquietud espiritual que nos atrae, fundamentaba la calificación de *mala conducta*. A nosotros, el solo enunciado de mala conducta nos parece un absurdo dentro de la escuela. Ese tremendo calificativo queremos dejarlo para los adultos que toman un torcido camino, y merecen por lo tanto censura de la sociedad.

Con la disciplina de confianza, con esta generosa manera de entender las relaciones con nuestros discípulos, creemos estar haciendo una honda labor en las conciencias. La sensación ruda, y muchas veces cruel, de las escuelas viejas, formó a menudo al hombre falto de franqueza, al que no aprendió a mirar de frente, al hombre doble que no fue nunca un modelo de virilidad. Todavía hay quienes nos preguntan qué quiere decir, en fin de cuentas, esto de la disciplina de confianza que implantó el Gimnasio desde el mismo día en que abrió sus puertas. Es sencillo explicarlo: que los

alumnos tengan confianza en nosotros, y nosotros en ellos. Esto implica, de parte y parte, ser francos, ser directos, ser sinceros, no usar de subterfugios. De esta manera el alumno sabe, como ya lo hemos dicho, que este tipo de disciplina le da derecho a expresar sus opiniones. Desde luego existen principios que hay que respetar, y la orden que se da se cumple, no se discute —sin esa norma no habría estabilidad posible—, pero no obstante haber reflexionado sobre cada una de las determinaciones que se toman, el alumno tiene el derecho de manifestar sus reparos. Si carece de valor lo que él objeta se le hará ver su sinrazón, pero pudiera ocurrir que el reclamo sea justo, y ¿qué mejor entonces que reconocer el error de nosotros mismos? No ha faltado quien diga que esta manera de proceder mina la autoridad del maestro, y prepara su desplome. Jamás hemos abrigado temor a este respecto. Creemos por el contrario que en este espíritu de justicia, al que hemos estado siempre dispuestos a abrirle paso, está precisamente el secreto de toda nuestra autoridad.

Algunos han pensado que en el Gimnasio los estudiantes hacen lo que quieren. Si así fuese, la escuela se derrumbaría en pocas horas. Ocorre sí que no hemos querido nunca alardear de nuestra calidad de catedráticos. Nosotros no entendemos que los derechos sean únicamente para los profesores, y los deberes para los alumnos. Siempre hemos pensado que también el niño y el joven tienen derechos, y que, si de ellos pedimos respeto para con nosotros, hemos de demostrarles consideraciones a nuestro turno, si queremos crear en ellos el sentimiento de la dignidad. No es, ciertamente, que exista aquí la libertad incontrolada que habría creado ya una anarquía imposible de manejar, pero es que el miramiento por la personalidad del niño y del joven llena de angustia a quienes solo aceptan como régimen disciplinario el que se rige por la voz estridente del profesor y el paso de ganso para el alumnado.

Sanciones existen, pero son justas, apropiadas al correctivo que se desea imponer. Entre el despotismo y la democracia hay una distancia abismal. La educación debe basarse en íntimos principios de escrupuloso decoro, y no en medidas que establezcan exclusivamente una disciplina exterior. Los fundamentos democráticos no valen en los textos sino en los espíritus. El sentimiento de responsabilidad no puede crearse jamás cuando el régimen disciplinario ahoga la personalidad. Para tener democracia hemos de educar dentro de los principios democráticos.

La disciplina la hemos visto aquí en los momentos de las huelgas estudiantiles cuando ni uno solo de los alumnos del colegio ha participado en ellas. La hemos visto con nuestros propios ojos en las excursiones escolares cuando los muchachos que se sentían libres obraban como personas conscientes, y no como siervos que a toda hora esperan la voz de orden para acomodar a ella su conducta.

Estos principios, a los cuales hemos sido fieles en medio siglo de vida ciudadana, son la columna vertebral de nuestra obra, y por eso, en nombre de los que ya terminaron la jornada, y en nuestro propio nombre, queremos defenderlos dentro y fuera del Gimnasio con todo el fervor de una convicción ya inmodificable.

No hay pues desintegración, no hay deterioro siquiera del ideal gimnasiano. Nuestro sentimiento sigue siendo afirmativo a lo largo de los años. La oposición que se levantó un día frente a estos propósitos avivó nuestra fe. Era un soplo adverso, pero la llama no se extinguió, y, en vez de las cenizas que muchos anhelaban ver esparcirse por el viento, este soplo adverso animó la lumbre que nos da calor y luz.

Las notas de esfuerzo y de conducta que el alumno lleva a su casa no solo sirven para informar a los padres, sino que son recurso valiosísimo de acercamiento a los alumnos, porque se hacen dentro de una atmósfera de claridad, y se gana con ellas la confianza, que es lo que más vale y lo que menos cuesta en educación. De esta manera no hay rencores escondidos, ni hay injusticias por pequeñas que sean, que no aparezcan prontamente aclaradas y subsanadas. Se aprovecha también el diálogo que surge de cada calificación para hacerles sentir a los alumnos qué faltas merecen el nombre de graves y cuáles son simples travesuras de estudiante que será necesario corregir, pero que no alarman a nadie.

Ha sido norma nuestra dentro de este instituto no tomar nunca una determinación porque así se hizo otra vez, sino porque así lo pensamos en la hora presente, guiados por nuestra propia experiencia, y a la luz de la justicia que queremos nos acompañe siempre.

Solo nos basamos en los procedimientos anteriores cuando vemos que conservan su eficacia. Cuando vemos que las mismas tradiciones se muestran enmohecidas o perjudiciales, no vacilamos en eliminarlas.

Se comprende que en una institución de educación la responsabilidad primera y última es la del rector. No obstante él estima a todos los profesores como sus pares, y no hay problema grave que no sea puesto en consideración de la Junta del Profe-

sorado. En amistoso coloquio de conjunto fueron tomadas siempre las más delicadas determinaciones. Muchas veces sería difícil en una de estas reuniones que el visitante accidental determinara cuál es la autoridad máxima que allí va a imponerse.

El dogmatismo está ausente de estas juntas, y hablamos cortésmente, pero la cortesía en las materias no excluye la expresión clara, y si se quiere firme, de nuestras convicciones, como la modestia espiritual no elimina tampoco la fe en las propias ideas que es necesaria en la vida para poder triunfar. Y así todos nos presentamos francamente con nuestra verdad, frente a la verdad de los demás.

Nos ha parecido siempre que es peligroso exagerar el alcance de una falta escolar. Créase a un niño mentiroso, dígamele con insistencia que no se le puede creer, porque tiene arraigado el hábito de la mentira, y pronto lo habremos convencido de que en realidad la mentira es tan natural en él como el color de su cabello o de sus ojos. Créase a un niño ladrón, y es muy probable que pronto robe con un instinto que él tomará por falta. Es que en el niño desarrollamos muchas veces las virtudes y los vicios que suponemos en él. Así lo tienen averiguado los psicólogos, y así podemos comprobarlo a diario padres y educadores.

Al niño no solo conviene hacerle sentir sus virtualidades positivas, sino que, al pedirle un esfuerzo, interesa no ponerle demasiado distante la meta que se desea alcanzar. Propóngasele a un muchacho pequeño en un ejercicio gimnástico que dé un salto desproporcionado, y ni siquiera iniciará este intento. Pídasele este esfuerzo dentro de sus posibilidades, y lo logrará con éxito, para ir más lejos cada vez, y llegar pronto a lo que él hubiera creído imposible en un principio. E idéntica cosa ocurrirá con el planteamiento de un problema mental o moral.

Sea como ello fuere la educación del niño y del joven requiere una atención de todos los momentos. Las pequeñas faltas, si son de una misma índole van formando un hábito. Y el hábito será siempre el eje de la personalidad. Dijimos atrás que el hábito es una tiranía, y esto en la buena como en la mala educación. Por ello es preciso estar atentos a las nimiedades como a las cosas grandes. Pero tampoco olvidamos la sabia admonición: "Si quieres educar, no eduques demasiado". Todo es cuestión de tacto y de medida.

En educación —creemos que ya alguien lo dijo— es como en el juego de tenis: no se puede hacer un programa de jugadas. El golpe hay que darlo según viene la bola. Y así hemos de reaccionar ante los problemas que nos presentan nuestros discípulos.

Queda en todo caso claramente expresado que aquí nos preocupamos tanto de los medios como de los fines. Los procedimientos tienen para nosotros una importancia de primera categoría, en estrecha relación con los propósitos que nos mueven.

Lo que pudiéramos llamar el énfasis de nuestra obra lo hemos puesto en la formación del carácter. En la vida de la escuela se presentan a diario las circunstancias que permiten orientar a los alumnos hacia la franqueza, hacia la justicia, hacia la verdad. Lo fundamental es aprovechar las oportunidades, y no estar construyendo moralejas en todos los momentos del día. La moraleja erigida en sistema es de las cosas más inútiles y más fastidiosas que conoce la pedagogía.

Formar moralmente al niño y al joven no es enseñarles un catecismo de virtudes; es crear una manera de sentir, de pensar y de obrar que haga del ser humano una fuerza moralizadora. Con razón se ha dicho que lo que precisa dar al joven no es una filosofía de la moral, sino una moral, o sea el hábito de una conducta valerosa y recta. Convencidos de que el carácter es ante todo energía bien orientada, nos empeñamos en llevar al muchacho con sus propias fuerzas hacia la virilidad sin ostentación, y hacia la rectitud que da dignidad al estudiante como al hombre formado y que conduce siempre a una completa hidalguía en todos los proceder. Por bello carácter entendemos la integración de todas estas cualidades dentro de un espíritu animoso y cordial. El bello carácter implica para nosotros, no solo el tener el corazón hospitalario para tomar parte en las contrariedades ajenas, y compartir sin envidia la sana alegría de los demás, sino que ha de entrañar un valor a toda prueba, pero un valor sin presunción.

Paralelo al estímulo del carácter hemos puesto el del esfuerzo personal, porque consideramos que la intensidad de este mide en gran parte la eficacia del hombre en la vida. Efectivamente, la inteligencia sin el esfuerzo, sin el hábito de la constancia, no pasará de ser un fuego fatuo. Estamos convencidos de que de todas las fuerzas dinámicas de la vida las dos más importantes son el instinto que es la suprema fuerza biológica, y la voluntad que es la fuerza suprema psicológica. El instinto representa la corriente que no puede jamás volver atrás. Sobre esa corriente avanzaría ciega la vida si no llevara un timón, la voluntad. No habrá, pues, nada que cuente tanto en el ser humano como una mente disciplinada. Se piensa con razón que el hombre que es capaz de concentrarse es el que triunfa. Sin olvidar, sin embargo, que al querer, para

enaltecerlo, hay que darle un ideal. La voluntad crea algunas veces monstruos de egoísmo. Importa por ello sobremedida señalar motivos de vida elevada al individuo cuyo carácter está en formación. Con estos incentivos se prepara desde temprano al futuro ciudadano. Si el esfuerzo bien encaminado sigue siendo maestro de la vida, ejercitarlo inteligentemente debe ser tarea persistente de los educadores. Ya el gran pensador Cossío nos dijo una vez: “No hay que suprimir las dificultades sino enseñar a vencerlas”.

No hemos sido partidarios nunca de aquellos bonos de buena conducta o vales al portador que aún se usan en algunas escuelas para pagar con ellos toda incorrección posterior de los alumnos, prebendas que acostumbran al muchacho a que se le pague inmediatamente todo lo bueno que haga, y graban en su espíritu la impresión de que con el respaldo de algunas buenas acciones se pueden cometer luego faltas que no dejen en déficit el balance de su honorabilidad. No hemos dudado de que al estudiante se le puede enseñar a conducirse bien como se le enseña a cumplir con todos sus deberes, sin este juego de contabilidad moral que un somero análisis haría encontrar no solo baldío sino contraproducente para la recta formación de las conciencias.

Un recuerdo de la infancia nos asalta. Cierta día en la lóbrega escuela en donde nos educaban, el maestro da una tremenda bofetada al alumno que no ha sabido recitar su lección de gramática. El chico, que por lo visto no está todavía suficientemente amaestrado, responde al superior con un puntapié en la espinilla que le hace dar cabriolas.

“Este irrespeto vale 500 bonos”, grita iracundo el capataz. El pequeño agresor, engrandecido ante sus compañeros, vuela a su pupitre, toma de la caja de galletas en donde guarda los cupones de recompensas, amarrados en apartados de cincuenta, y, con paso firme, sube a la tarima magisterial: “Aquí está en diez paquetes la paga, señor director”, dice, y regresa a su asiento sonriente, como si hubiera recitado al dedillo la lección del día. Vemos en las miradas de los chicos de la colectividad entera los aplausos que brotan del corazón, fue milagro que no lo hicieran con las manos.

Y aquí viene lo que en un despliegue de intimidad hemos de agregar para respaldo de nuestra tesis. Parece inverosímil, pero así fue: desde el día de la hazaña de nuestro pequeño compañero nos dedicamos a ganar vales de buenas acciones y buenas notas de clase para poder algún día darle, nosotros también, por cuenta propia, el puntapié en la espinilla al profesor.

Para tranquilidad de nuestra conciencia de adultos, aunque no como prueba de nuestra calidad de cumplidos y dóciles estudiantes, hemos de confesar que jamás alcanzamos a reunir —“a arrejuntar”, se decía en la escuela— los 500 bonos necesarios para realizar el soñado y, no por ello menos reprochable, acto de heroísmo.

En concordancia con la orientación de que hablamos hemos eliminado también de nuestra escuela los “cuadros de honor” y las insignias o medallas que sirven para premiar semanalmente a los alumnos formales. Todo esto, y los infalibles libros de cubierta roja y cantos dorados que se repartían por docenas el día de la sesión solemne para complacer la vanidad de los chicos de la escuela y de los padres de familia, sobraban en el lugar en donde la satisfacción de haber realizado bien la tarea propuesta es la única y a un mismo tiempo la más alta recompensa. El sentimiento del deber —con quien lo dijo nos sentimos en perfecto acuerdo— es la más alta manifestación del perfeccionamiento moral, como es para el pueblo que lo posee la más completa afirmación de fuerza colectiva y de estabilidad. Piénsese cuánto nos importará convertirlo en idea-fuerza, y afianzarlo cada día.

Sin embargo, acaso por una paradoja, hemos creado tres distinciones dentro del Gimnasio. Es cierto que ellas son puramente espirituales y que nos esforzamos por quitarles el carácter de premio, de recompensa, pero, a pesar de todo, sigue considerándoseles como tales, y urge por lo tanto explicar su origen. Ningún centro deportivo ha logrado eliminar los trofeos. Los hay así en todas partes para el tenis, el fútbol, la natación, el salto, la carrera. El trofeo adjudicado al vencedor, si bien se mira, no es una finalidad; es simplemente una constancia. Con este espíritu, y preocupados de que solo existieran estas constancias para las actividades físicas, se nos ocurrió crearlas también para los tres aspectos primordiales de nuestra vida escolar, y establecimos la “Copa del Esfuerzo Personal” y las placas “Al más Bello Carácter” y “Al mejor Excursionista”. Ya hemos explicado la alta significación que damos en nuestra escuela a la formación del carácter y al adiestramiento del esfuerzo personal, y hemos de hablar adelante del valor eminente que para nosotros tienen las excursiones escolares.

En uno y otro trofeo se graba cada año un nombre. Creadas estas supremas distinciones para los alumnos del colegio, se planteó el delicado problema de cómo habrían de adjudicarse. Recurrimos a la votación de los alumnos, y nos convencimos

luego de que a estos les faltaban elementos para juzgar cabalmente a sus compañeros; pedimos entonces el voto de la junta de profesores y hallamos que tampoco era completo nuestro juicio, separado del de los muchachos a quienes podíamos desconcertar con una elección que contrariara totalmente su propio sentir. Llegamos por fin al convencimiento de que el asunto requería una indagación discreta —no una votación— en cada uno de los grupos escolares, y un análisis muy minucioso hecho en la junta de profesores. Desde el momento en que esta fórmula fue hallada, y de esto hace ya varios años, la presentación de los nombres de los candidatos y la discusión sobre ellos nos toma un buen número de horas en las últimas juntas del año. Y bien empleadas consideramos estas horas.

Pudiera decirse que, a pesar de que en las reuniones semanales que habitualmente tienen los profesores, se presentan continuamente datos importantes para el mejor conocimiento de los alumnos, es solo al final del curso cuando realmente nos damos exacta cuenta de la idiosincrasia íntima de muchos de nuestros estudiantes, sobre todo de los que han comenzado en ese año. Como por fortuna nuestros alumnos no suelen cambiar de colegio una vez que llegan a nuestra casa, el trabajo de selección se facilita a medida que vamos conociéndolos mejor. Sobra decir que nos cuidamos de destacar los nombres de los recién llegados, cuyas características no aparecen todavía como persistentes.

Con todo, y dentro de la sinceridad absoluta que inspira nuestra obra, debemos declarar que en más de una ocasión hemos podido equivocarnos. Algo más urgirá agregar en fuerza de esta misma sinceridad: habiendo querido nosotros eliminar el espíritu de rivalidad mezquina que los premios encierran, ¿no habremos creado simplemente una fórmula engañosa que solo en apariencia salve el escollo que queríamos evitar? ¿No estaremos exponiéndonos nosotros también a abrirle las puertas a la vanidad, con los mismos instrumentos que habrían de servirnos para levantar un muro frente a ella? ¿Estaremos nosotros, por la que hace a esta idea, matando lo que más amamos? Así pudiera ser. Lo dicho hoy es un interrogante, y como interrogante queda. Si mañana se convierte en certidumbre, los trofeos que fueron creados con una generosa intención, pasarán con la misma intención generosa a los archivos en donde un buen número de cosas que tuvieron, en su hora, vida intensa, duermen el sueño tranquilo de las experiencias que ya cumplieron su

misión. Ocurre cosa semejante con la determinación de los puestos en el grupo. Esto se viene haciendo desde hace muchos años, y es costumbre hacerlo en gran número de países. En los Estados Unidos lo primero que se inquiere de nosotros, cuando allí solicita ingreso a una universidad alguno de nuestros alumnos, es, precisamente, qué puesto ocupó en su clase. Más esto también está sujeto a rivalidades, y habría que ver si en realidad ellas existen y son perjudiciales.

Si ponemos en tela de juicio los premios y el reconocimiento de preeminencias, se comprenderá que con mayor razón nos opongamos a los castigos. Los castigos, en realidad, debieran quedar hoy fuera de la órbita de la escuela, y bien pudiera escribirse un libro de educación sin mencionar dicha palabra. Sin embargo, por la naturaleza de los conceptos cristalizados a través de los tiempos, continuamos asociando a la idea de disciplina la amenaza de la sanción. Para nosotros la palabra disciplina es una amable palabra. Decimos disciplina del espíritu, disciplinas morales, y nos parece que hablamos de las más altas conquistas del cerebro y del corazón del hombre.

No se opone esta manera de pensar a establecer normas de orden que hagan sentir al estudiante la obligación de cumplir estrictamente con todos sus deberes escolares. Al que llega retardado a la escuela se le hace venir al día siguiente una hora antes que sus compañeros. Y si reincide habrá también reincidencia en esta sencilla norma hasta crear en él el hábito del cumplimiento. El que descuida la presentación de un trabajo exigido, lo hará en una hora extra escolar. El que va mal en sus clases tendrá que concurrir al colegio en día de asueto a reemplazar con tareas suplementarias el tiempo que ha perdido. Y así con todas las llamadas *infracciones*, cuya lógica consecuencia es una adecuada reparación.

En una escuela en donde está vedado a los maestros humillar a los alumnos, la sanción de las faltas toma un aspecto completamente nuevo. En efecto, cuando no se trata de quebrar la dignidad personal sino de fortificarla, cuando no se quiere mostrar al culpable qué tan despreciable lo hace la falta cometida, sino por el contrario buscar con él los caminos de su mejoramiento; cuando la intención que anima al maestro no es enfermiza y negativa sino sana y afirmativa, entonces lo esencial es iluminar la conciencia del discípulo, despertar la reacción de su espíritu, poner en movimiento sus nobles fuerzas interiores.

Podrá decirse que no todo muchacho será sensible a esta clase de exhortaciones, que habrá siempre algunos que requieren conmociones de otro género. Ello es evidente. Tales casos de excepción se nos han presentado.

No es siempre fácil sancionar todo tipo de faltas. El estudiante ha sido altanero o irrespetuoso con algún profesor; se muestra ostensiblemente indisciplinado; hace perder el tiempo a sus compañeros; usa un vocabulario vulgar. Habrá que hacerle entonces una seria reconvención personal. Si ello no determinara un cambio en la conducta se enviará un boletín especial al padre de familia, o, en caso más grave, se le llamará, y si, finalmente, todas estas medidas han resultado inútiles se optará por un retiro de varios días. Es esta una grave prevención que, en el escolar que tiene cariño por el colegio, logra efectuar un cambio sustancial. Llegado el caso de que el alumno, al regresar, continúe manifestando una misma conducta irregular, se decidirá — lo que siempre es doloroso, pero necesario— la suspensión definitiva. En semejantes casos hemos dicho lealmente a los padres de familia: “Lleven ustedes a su hijo a un colegio de régimen distinto al nuestro; agotados con él los recursos espirituales de que disponemos, y no habiendo logrado el resultado que esperábamos, no nos queda nada por hacer aquí”.

Nos cuidamos empero de formular pronósticos siniestros —un maestro no debe hacerlos nunca—; solo hacemos diagnósticos, pero nos mantenemos firmes en nuestra actitud cuando consideramos inútil nuestro esfuerzo, y sobre todo cuando se trata de segregar un elemento cuya presencia puede ser dañosa a la colectividad.

Pero conviene insistir en que, en ningún momento, ni aun en los casos más graves, el profesor avergonzará al alumno, ni lo exhibirá ante sus compañeros como un reo. El respeto por el estudiante no tiene para nosotros condiciones.

El buen maestro para conservar su autoridad debería tener en su mente una lista de *jamases* para no olvidarla nunca: jamás ser injusto. Jamás obrar con ira. Jamás usar de amenazas. Jamás rechazar los reclamos que puedan hacerle. Jamás ofender al alumno, ni humillarlo. Jamás olvidar los objetivos vitales que han de moverlo. Jamás rehuir el frecuente examen de conciencia sobre su conducta y su labor docente.

Que los alumnos descubran, sin que el maestro tenga que decírselo, que no carece de sensibilidad humana, y que siempre usa de claro entendimiento.

El maestro debe pensar, en cada oportunidad, qué va a lograr con la sanción que impone. Ha de saber si el resultado de ella es benéfico, o, por el contrario, causa en el alumno traumatismos que arruinen su carácter.

Lo dicho hasta aquí no implica someterse a pautas. Educar por reglas resulta impracticable. Frente al alumno nuestros recursos espirituales han tener una ilimitada variedad. Un día, como lo hemos dicho, convendrá hacer grave nuestra entrevista con el muchacho que ha cometido una falta, y le haremos venir a la rectoría para conversar detenidamente con él. En otra ocasión será preferible una simple charla en los campos del colegio. En uno y otro caso procuramos no hacer sentir nuestra superioridad rectoral, y así borrar las distancias que causan incomprensión y recelo.

Cuántos delicados problemas hemos resuelto en estas amistosas conversaciones en donde a solas con el alumno inculcado nos sentíamos más padres que maestros, y teníamos la certeza de inspirar en nuestro discípulo, no un temor reverencial, sino un afecto filial. No fue siempre este el caso, pero hubiera bastado de una sola entrevista de esta índole, para hacernos sentir que realmente estábamos ejerciendo nuestra función de maestros.

En la intimidad de nuestra conciencia personal no tenemos frente a nuestros alumnos arma distinta de nuestras propias palabras. Si con ellas no movemos su discernimiento, hemos de reconocer nuestra derrota. Pero en el fondo confiamos casi siempre en esas palabras. Lo importante es saber cómo penetrar en la sensibilidad del discípulo. Si esto se logra, la partida está ganada.

Fichte, el gran educador alemán, al reflexionar sobre sus memorables discursos, decía: "Si mis palabras se pierden, ¿qué importa? ¿Quién no se expone a perder tan poca cosa como son las palabras?". Mas el noble pensador no podía abrigar tan melancólicos pensamientos. Las palabras, cuando son sinceras, cuando están inflamadas por el fuego que viene del alma, son nuestra sangre, son nuestro espíritu; no debemos siquiera suponer que ellas puedan perderse.

Las excursiones

El Gimnasio ha dado siempre una importancia primordial a las excursiones escolares. La excursión podría ser defendida con entusiasmo desde el solo punto de vista del beneficio corporal para el estudiante. Vigorizarse, hacerse ágil y resistente, no es una ventaja despreciable en la vida. Mas no es esto solo lo que hace de la excursión uno de los más valiosos factores en la moderna educación. El muchacho que viaja ve extenderse de manera prodigiosa los horizontes de su espíritu. Es el contacto con los distintos aspectos de la vida lo que la hace más intensa y provechosa.

Cuanto a la formación del carácter, la excursión toma un hondo sentido educativo. El buen excursionista —lo saben nuestros estudiantes— no es solo el buen caminante; es el buen compañero, abnegado, generoso, alegre sin vulgaridades; es quien tiene frescura de ánimo, entereza varonil frente a las adversidades o pequeños contratiempos del camino. Es aquel que goza con el ejercicio físico y da ejemplo de sano comportamiento.

No sabemos en qué actividades vayan a emprender nuestros muchachos, pero debemos preparar su espíritu con la observación directa de la propia tierra, y guiados por un concepto amplio de lo que ha de ser la tarea del hombre en la vida. De ahí el que la excursión escolar, que está hecha para lograr estas ventajas, tenga para nosotros una tan marcada trascendencia.

La salida fuera del medio habitual en que se vive encarna admirablemente el espíritu de la escuela activa. La visión de la patria y del mundo contemporáneo en general no puede ya obtenerse en la forma sedentaria que nos ofrecía la escuela antigua. El nombre de hoy, si quiere ser hombre de su tiempo, ha de viajar. La observación directa de las realidades vivas, la comprensión de los problemas nacionales y humanos, no puede lograrse en el enclaustramiento del aula. El aire libre llama al muchacho fuera, y la imaginación del niño y del adolescente se enriquece con el viaje, que sume, por

así decirlo, dentro de una variada realidad, a la personalidad en desarrollo. La excursión es, por ella misma, como lo vemos, un precioso recurso educativo.

Es obvio que debe buscársele una finalidad a toda correría. Definido el propósito, será preciso elaborar un plan que señale la ruta que va a seguirse, lo que en ella ha de observarse, y los objetivos generales que se persiguen. Hay que fijar las jornadas, en relación cuidadosa con la edad y resistencia de los alumnos, y ha de procurarse no usar de vehículo sino cuando, para conocer una región distante, se haga obligatorio.

Contemplar el paisaje, informarse sobre la riqueza, historia y perspectiva de la región o de las ciudades que se visitan, por medio de conversaciones y lecturas, es indispensable para darle un sentido espiritual a la excursión. Tomar apuntes, consultar mapas, ilustrar con dibujos el recuento que se haga, todo ello asegurará el mayor provecho de la correría.

Se ha dicho con razón que el mejor ejercicio gimnástico es la marcha. Bien está la gimnasia reglamentada, pero en la marcha se encuentra su mejor aplicación. Saber andar es asegurar la normal circulación de la sangre, una mayor aireación de los pulmones, un mejor equilibrio del sistema nervioso. Todo lo contrario de lo que se consigue, punto por punto, para citar un ejemplo que hace sonreír a nuestros discípulos, con el vicio del cigarrillo.

En el Gimnasio hemos tenido por costumbre hacer conferencias de diversa índole a los grupos que se aprestan para una determinada salida. Esta clase de disertaciones aviva la curiosidad de los excursionistas por las regiones que van a recorrer, por su geografía, por su historia, por sus factores de progreso. Interesados de esta manera, sus ojos, sus oídos, su espíritu, estarán atentos a todo lo que el camino enseña. Despierto así el interés por la información recibida gracias a las conferencias, se agregará la que el estudiante busque por su propia cuenta en los libros y publicaciones de todo género. El estudio inteligente será en consecuencia un hecho consumado, y el alumno se hará más culto, más despierto, más fino en su criterio.

En su libreta el aprendiz de caminante irá anotando todo cuanto le sorprenda o instruya, y las lecturas que en los largos ratos de descanso pueda hacer —en los buques, en los trenes, en las posadas— enriquecerán su mente en forma que no olvidará. Las informaciones de primera mano rectificarán numerosos errores, y el viajero maduro que surja del andante novel no será ya el pasivo turista de la agencia extranjera, cuyo único guía espiritual es el que va a la cabeza de la ingenua caravana, hablando sin emoción, y repitiendo mecánicamente unas mismas letanías, grupo tras grupo.

Si hay algo que pueda preparar para la vida es el contacto con la realidad. En vez de dar lecciones con mapas de relieve y animales disecados, la excursión penetra en la vida misma, y nos muestra las cosas como son. Despierta un interés que a su turno hace surgir otros intereses.

La mayor satisfacción de una escuela consistiría en tener un gran número de ocasiones para aprender. Esas ocasiones las presenta, como ninguna otra actividad, la excursión que tiene tanto de esparcimiento como de estudio. No es un simple paseo: es el más provechoso de los estudios que pueda realizar el joven que, sin hacerlo adrede, prepara su porvenir. Las potencialidades de la nación no son efectivamente comprendidas sino cuando se les siente de cerca. Esta gran oportunidad nos la brinda el viaje escolar. Es entonces cuando sentimos que de verdad fue un privilegio haber nacido en un país en donde hay tanto por ver, y tanto por hacer.

Colombia es una tierra de contrastes. Ya al hablar de los ideales que nos han congregado en torno a esta obra, habíamos hecho ver cómo nuestra patria presenta sorprendentes manifestaciones de avance y de retraso a la vez. Disgregados los fuertes núcleos de población por la carencia de vías rápidas, el país, hasta hace unos años, fue más un conjunto de islotes que material y espiritualmente vivían su vida propia, que una república unitaria.

Aunque de manera menos aguda persiste aún en parte este mal cuyas aristas se nos muestran todavía con enconados sentimientos regionalistas. De ahí la apremiante necesidad de poner a la gente moza en relación directa con todas las regiones del país. El excursionismo llenó para nosotros cabalmente esta finalidad.

Aprender a ir de excursión es para el joven lo que para el niño aprender a caminar. Es frente a las dificultades de toda marcha como el ser humano llega a la perfecta conciencia de su personalidad. Es la persistencia en el esfuerzo iniciado la que nos da fe en nuestras propias fuerzas. Y es el espectáculo perenne de la naturaleza el que agranda nuestra capacidad de sentir y de pensar.

Para el maestro no habrá jamás una mejor oportunidad de conocer a sus discípulos que esta que le brinda el estar con ellos fuera del aula, y en toda libertad. En el campo abierto los estudiantes se revelan tal como son. Es entonces cuando mejor pueden verse los rasgos distintivos del carácter: la generosidad, el egoísmo, la superficialidad, el espíritu crítico, la facultad recursiva.

No todo será para elogiar: aparecerá el muchacho de tendencias vulgares, el que cuida poco de su persona, el indolente, el que carece de alegría, el que en medio de la cordiali-

dad quiere imponerse como cabecilla rebelde y puede, de pronto, hacer peligrar la amplia disciplina de confianza.

Esto y más puede haber. Empero, el maestro sabe que en todo instante ha de estar alerta para poner a raya a los elementos que puedan dañar el buen espíritu colectivo. Mas los casos que dieron motivo a una medida enérgica, han sido excepcionales.

Por lo general, los excursionistas muestran un magnífico temple. De buen humor sufren todas las contrariedades: duermen en el suelo, resisten el sol y el agua sin necias protestas, comen lo que en el camino se encuentre, y a la hora que ello sea posible. Así es como robustecen sus virtudes físicas y espirituales.

Por nuestra parte nada exageramos si decimos que cuando más íntimamente hemos apreciado el valor de esta obra, y al mismo tiempo la honda responsabilidad que ella implica para nosotros, y la trascendencia que tiene en la formación de la gente sana y fuerte que la nación necesita, es durante la excursión escolar. No nos sería fácil expresar lo que a veces hemos sentido en medio de la montaña virgen, cuando en un momento dado todos los excursionistas, disfrazando la fatiga de la marcha, empezaban a cantar. La estruendosa alegría de esta juventud venía a confundirse a lo largo de la trocha con el ruido de las caídas de agua y los gritos de los pájaros salvajes. Era imposible en aquella hora no hacer un acto de fe en esta nueva generación que de manera tan armoniosa unía a la salud del cuerpo la salud del alma.

La excursión, para apreciarla en cuanto vale, es preciso vivirla. Es preciso haber marchado en medio de una tropa de muchachos alegres que cantan y ríen, y narran historias, y hacen sutiles comentarios sobre todo lo que ven. Es preciso haberlos visto sudorosos y jadeantes caer rendidos a la sombra de un árbol, y encontrar todavía el ánimo dispuesto para charlar alegremente y sacar goce de los más duros tropiezos de la jornada.

El europeo que no nos ha visitado no ha soñado jamás lo que representan en variedad de emociones estas marchas por nuestras tierras del trópico. El hombre de la zona templada que ha de aguardar seis meses para sentir un cambio total de clima, no sospecha lo que significa bajar en unas horas, en cualquier época del año, de las tierras frías a las más cálidas, y contemplar una absoluta mudanza en la vegetación, en las construcciones, en los vestidos de las gentes, y aun en las costumbres. La coloración de las plantas es distinta, las aves no son las mismas, la vida en todos sus aspectos es otra. Para el hombre de tierra fría la exuberancia de vida y de colores de la tierra cálida

es un maravilloso espectáculo: un cafetal con su amplio sombrío de cámbulos rojos; una falda cuajada de naranjos cargados de fruta; un trapiche de caña de azúcar en medio de inmensa planicie, que es de por sí una paleta de colores; una casucha bien modesta pero envuelta por el lujo de una *bellísima*, tan llena de flores que no deja ver sus hojas; un papayo cuyo tronco se levanta al igual de una columna jónica, y en cuya cumbre se apiñan como en un nido las frutas que quitarán la sed. El panorama en su conjunto, o un simple detalle, son motivo de estupefacción para los ojos que ya van aprendiendo a ver.

En medio de este nuevo mundo que el muchacho descubre a su antojo, la alegría no tiene límites. Por eso la fatiga casi no se siente, por más que se hayan trepado cerros, y vencido ásperos obstáculos. La verdad es que la naturaleza se convierte en aquellos climas en una amiga y compañera. Para darse cuenta de esto bastará observar a un grupo de chiquillos que sacuden un guayabo o un limonero dulce y ven caer la fruta, entre sus sacos de exploradores que hacen las veces de cestos. Saciada la sed, el hambre o el capricho, los muchachos no querrán descansar todavía, y prepararán como gamos por las colinas vecinas hasta alcanzar la posada, en donde vendrá el tender de hamacas, en gran algarabía, o el sueño profundo sobre los arrumes de café, que en aquellos momentos de cansancio no se diferencian del lecho de un rey.

Por la noche, los que aún están con aliento de conversar, tendrán la valentía de oír a su rector y le exigirán alguna historia fantástica de los incas, un emocionante recuento de los precursores de la independencia, o el simple relato de un viaje anterior. Poco a poco los más pequeños se irán quedando dormidos, y hasta en sueños sentirán la alegría de vivir que muchos niños no han podido conocer.

Para relevar las calidades físicas y morales que la excursión estimula, hemos creado el premio “Al mejor excursionista”, que es un complemento, casi pudiéramos decir una síntesis, de los otros dos premios: el del “Bello carácter”, y el del “Esfuerzo personal”. Como queda entendido, por lo que anteriormente hemos dicho, este premio del excursionismo no se otorga, habidas únicamente las consideraciones de la resistencia corporal.

En nuestro concepto, el buen excursionista ha de llevar en la sangre el ánimo; ha de ser una energía en pie, y sus iniciativas, que serán muchas, porque la alegría y la voluntad son dos fecundos creadores, han de estar impregnadas por el espíritu solidario que buscará ante todo el contento de la colectividad.

Al adjudicar este premio la Junta de Profesores, aun cuando discute muy detenidamente las cualidades del candidato presentado por cada director de grupo, no pretende, como no ha pretendido con ninguna de las otras distinciones que otorga, encontrar entre los 800 alumnos uno siquiera que colme los rasgos de una figura heroica. Se trata de estudiar con criterio humano a los candidatos, y de conceder el honor a quien aparezca como el más distinguido, sin que por esto se le vaya a considerar como una figura excelsa.

El tipo de excursión varía, naturalmente, según las edades. Los decrolianos, que son chiquillos menores de doce años, hacen, como lo hemos visto, las pequeñas salidas requeridas por los centros de interés que estudian: un día es bastante para tal propósito. Los muchachos de la segunda enseñanza disponen de mayor tiempo para sus correrías. Una semana no alcanza muchas veces a ser suficiente. Un viaje a Los Llanos, a Antioquia, a Santander o al Cauca, aun usando de vehículos para una parte del recorrido, no puede hacerse en lapso tan breve. Conviene agregar que el tiempo que se quita a los estudios reglamentarios está bien compensado por el que se emplea en hacer una de estas salidas que tanto beneficio traen para el estudiante. No es preciso que toda la excursión haya de ser una marcha forzada. Se han hecho también algunas correrías a caballo, y en autobús o ferrocarril, que han resultado grandemente provechosas.

De todo lo aquí expresado podemos deducir que la excursión escolar, por mucho que se exageren los sacrificios que ella conlleve, y los peligros a que pueda dar lugar, ha sido y continuará siendo una de las más bellas y eficaces maneras de instruir y educar.

La Colombia que hemos visto los excursionistas de estos tiempos, es, para usar una frase futurista, una nación cargada de porvenir. Es una tierra que no necesita ojos de romántico para ser llamada hermosa, ni oídos de alucinado para escuchar la voz de su alto destino.

Después de haber realizado tantos viajes a través de estas tierras de promisión, hay el derecho de realizar el viaje imaginario por esa Colombia del futuro, que será bella y próspera como pocas regiones del mundo. Este país de ilusión, que podrá ser una realidad geográfica e histórica, si lo queremos, no tendrá solamente extensa red de ferrocarriles y carreteras, renombrados aeropuertos internacionales y grandes y prósperos negocios de todo género: tendrá también magníficas escuelas, admirables centros de cultura; y será precisamente por la vitalidad de estas instituciones por lo que principalmente este pueblo nuestro podrá sentirse orgulloso.

Una cátedra de entusiasmo: esto es, por sobre todo, la excursión escolar. Así lo entendió ese nobilísimo maestro excursionista que fue uno de los más excelsos cerebros de España en el siglo pasado: Francisco Giner de los Ríos. Con sus discípulos más amados, con los que más tarde habría de llenar admirables páginas de la educación universal, de la ciencia y de la historia —Manuel B. Cossío, Gregorio Marañón, Rafael Altamira y tantos otros— se fue por los caminos en animado diálogo, y dejó en cada uno de estos discípulos de selección una imborrable señal.

Tuvimos la suerte de recibir de labios del gran educador en las postrimerías de su vida, y más luego de los de sus egregios continuadores, voces de aliento que todavía duran.

Cuando vamos de viaje con un grupo de muchachos, los padres de familia pueden estar tranquilos, porque con la conciencia de nuestra responsabilidad por la vida de los seres que se nos confían, llevamos además la animosa ilusión de que esos chicos que nos acompañan son el porvenir cercano y venturoso de la tierra patria por la que persistentemente hemos querido trabajar, y esto nos lleva a cuidar de ellos con la mayor solicitud.

Así lo sintieron nuestros inolvidables maestros españoles, y así lo sentimos nosotros.

Recordemos que se aprende más con los ojos que con los oídos. Ver las cosas es mejor que oír hablar de ellas. Y en la excursión se va a ver y contemplar. Es cierto que el oído atento también es útil para recoger toda la información que pueda enriquecer lo que observamos, pero es el acercamiento a las cosas lo que le dará al viajero las más claras nociones.

A riesgo de repetirnos quisiéramos insistir en el cálido elogio de esta modalidad educativa:

El conocimiento del país, el atisbo personal de su geografía, el trato con sus gentes, el estudio de la realidad de sus problemas, con ser ya mucho, no son sino un aspecto de los múltiples beneficios de la excursión. La excursión pone al muchacho en la más movida y variada corriente de la vida. Fortifica su cuerpo, lo hace duro y flexible; somete a prueba su voluntad; purifica su mente con la rica contemplación de hermosos paisajes; recrea su cerebro; desarrolla su iniciativa; despierta su espíritu de observación; ejercita todas sus facultades; estimula sus capacidades de acción; trae al primer plano de la conciencia los valores de la naturaleza; y por razón de la espontánea, pudiéramos decir de la forzada convivencia con sus compañeros en medio de dificultades a veces serias, lo hace activamente sociable, y pone en juego todos los varios resortes humanos que se hallan comprimidos en la vida artificiosa de la ciudad.

Algunas familias, muy pocas en verdad, no ven con buenos ojos las excursiones por los riesgos de toda suerte que ellas puedan envolver. El botiquín, decía uno de nuestros profesores, va bien provisto. Pueden pues, todas las madres despedir a sus chicos sin muchas lágrimas. En cuanto a los peligros morales, solo hemos de decir a los padres de familia que también los hay, y mayores, en la ciudad.

Valdría la pena hacer un día el recuento de unas cuantas de las excursiones llevadas, para goce de todos, a feliz término. Nuestra idea ha sido la de conseguir que los alumnos que culminan sus estudios hayan recorrido, a lo largo de su estadía en el colegio, en cuanto ello sea posible, todo el territorio nacional. Circunstancias conocidas han impedido que esto pudiera verificarse a cabalidad en los últimos años. Pero la idea queda en pie, y el propósito inicial no morirá.

Nos tocó acompañar, tiempo atrás, a la clase de segunda enseñanza que transmontó, morral a la espalda, y en seis días de marcha consecutiva, la empinada cordillera de los Andes que separa los llanos del Tolima de los del Valle del Cauca. Con otros grupos recorrimos a caballo los llanos de Casanare; volamos por sobre la selva amazónica, hasta llegar a Leticia; navegamos a las islas de San Andrés y Providencia, y en prolongadas e inolvidables travesías nos pusimos en contacto con las más variadas regiones del país. La correría internacional que nos llevó hasta Panamá y Costa Rica, fue la más extensa de todas, y sobre ella dejamos en varios artículos publicados en "El Espectador" un recuento minucioso.

El profesor Bein, veterano excursionista, aparte de las duras caminadas que cada grupo de la sección secundaria hace con su director una vez al mes, ha realizado extensos recorridos por la Guajira. Otro grupo efectuó recientemente una larga navegación por el Atrato.

A continuación hemos creído oportuno transcribir algunas de las notas tomadas a vuela pluma por el rector en varias de las salidas hechas con sus alumnos. En todos estos apuntes, como se verá, se encuentra traducido a la vida ordinaria lo que en teoría hemos concebido como derrotero espiritual de cada excursión.

III – Los maestros

“El educador tiene que representar al mismo tiempo que una fuerza espiritual una fuerza moral. La mejor lección que puede dar es su propia conducta. La bondad, el decoro, la sencillez, la hombría de bien, se enseñan con el ejemplo. Nunca con palabras solamente”.

“No se concibe, por otra parte, un maestro escéptico. La fe en su acción ha de estar viva aun en los momentos de mayor dificultad. La devoción por su tarea no debe dar campo al desfallecimiento, su imaginación creadora le abrirá nuevos horizontes en las horas de mayor incertidumbre”.

Agustín Nieto Caballero

Importancia del maestro

Introducción

Al tema sobre los maestros le dio siempre don Agustín una primordial importancia por estar convencido del valor del maestro en la formación de los estudiantes, “lo que sea el maestro eso será la nación”, se le oyó decir con mucha frecuencia.

1. “El problema máximo”

Escrito en 1923, es parte del libro *Rumbos de la cultura*, aquí se hace énfasis en la importancia del maestro en la formación de los alumnos, nunca debe limitar su labor a informar únicamente.

2. “Problemas y deberes del maestro”

Este artículo viene a ser uno de los más importantes en el libro *Los maestros*, en él se resaltan las características y valores que debe tener el maestro, su preparación, influencia dentro de la escuela y el espíritu que debe tener dentro de la nueva educación.

3. “Inteligencia dirigida y libertad”

Escrito en 1957 y publicado en el libro *Rumbos de la cultura*, resalta la importancia de dar formación de carácter a los alumnos y la influencia del maestro en la orientación de la inteligencia y la formación del espíritu.

4. “Mensaje a los maestros”

En este artículo, escrito en 1950, como parte del libro *Los maestros*, don Agustín resalta la labor del maestro y hace ver la gran responsabilidad de este en la formación de los alumnos.

El problema máximo

No con ligero corazón empeñó el presidente Ospina su palabra de gobernante, cuando en ocasión reciente ofreció orientar las actividades de su administración hacia el problema máximo de la República: la educación nacional. Pide ahora al Congreso que apoye decididamente su redentora iniciativa y señale en los presupuestos nacionales las cantidades necesarias para reconstruir la instrucción pública primaria “sobre el pie de organización, de eficacia, de holgura y de renovación constante que reclama el país y que el gobierno ansía ver adoptado por las leyes, a fin de hallarse en capacidad de consagrar al desarrollo y perfeccionamiento del ramo, con probabilidades de éxito, todos sus esfuerzos y cuidados”.

Grave responsabilidad la del Congreso si no presta oído atento a esta patriótica solicitud.

En el devenir de las grandes naciones habrá, como lo proclaman los videntes, un presupuesto monstruo: el de la educación nacional. El maestro es el soldado del futuro, y solo las naciones que comiencen desde el presente a elevar su propia fuerza espiritual, lograrán un puesto de avanzada. El maestro será la conciencia magna de esa patria que está destinada a marcar una huella y a ocupar elevada posición ante el mundo.

Educar y no solamente instruir, hemos repetido multitud de veces. Tal es el problema que confrontan los gobiernos de todas las naciones. Con razón se ha dicho que un pueblo instruido que no tuviera ni valor moral, ni voluntad para engrandecerse, ni lealtad para cumplir sus compromisos, sería peor, sin duda, que un pueblo ignorante. Tenemos, pues, en las propias bases, en los cimientos mismos de la nacionalidad, el hondo problema de la educación. Casi pudiéramos decir: lo que sea el maestro, eso será la nación.

Hablamos del maestro de la escuela primaria, del humilde maestro de escuela. Es él quien toma en sus manos la materia dúctil y la modela, a semejanza del artista que crea. Es él quien modifica las condiciones éticas del medio y orienta las energías latentes de la raza. Es él quien enseña a discurrir y a investigar, y no únicamente a leer y a contar. Él inculca el hábito del trabajo, la hombría de bien y las ideas fundamentales que le dan a la vida su sentido noble y alto.

El magisterio será, pues, una cumbre, y a ella solo deberían llegar los hombres dignos de preparar, con su ejemplo y con su ciencia, a los ciudadanos del futuro.

No es, pues, aventurado pensar que si logramos formar esta clase de maestros, haremos la más honda, la más trascendental reforma que pudiéramos soñar. No son los programas, no son los métodos, no son las disposiciones legislativas, no son, en una palabra, las teorías pedagógicas más o menos modernas, las que reformarán la escuela. Es el maestro. Es él quien con la obra viva será motor y símbolo de nuestra redención cultural.

En los tiempos que corren, la educación científica no es ya un lujo; no es ya un monopolio de casta; es una necesidad imperiosa. Las democracias nivelan por lo alto, y todos sus hijos, en uso del más justo y lógico de los derechos, aspiran a saber. Y es en la escuela de primeras letras en donde la iniciativa toma alas o se apaga como una débil lumbre, según reciba el aliento de un educador o el golpe rudo de un maestro sin alma y sin cultura espiritual.

Es una fortuna que el jefe del Estado y su nuevo ministro hayan encontrado en lo íntimo de su conciencia cuál es la cuestión madre en la reforma de la instrucción nacional, y estén decididos a traer la misión de educadores y de técnicos que ha de poner los cimientos de una nueva Escuela Normal y de una nueva escuela de primeras letras.

Vendrá en seguida el envío a Europa y Estados Unidos de los maestros colombianos que, en opinión de los técnicos extranjeros, estén mejor capacitados para asimilar y adaptar a nuestro medio los nuevos sistemas de enseñanza. No es el caso de discutir siquiera si vale más enviar nuestros maestros a que estudien fuera del país o traer una misión de educadores extranjeros. Los dos procedimientos son complementarios de tal suerte que a nuestra vista han de aparecer siempre como las dos caras de una misma medalla. El problema es tan grave y tan hondo que en la solución ha de com-

penetrarse y confundirse lo mejor que el país pueda darnos de sí y lo mejor que de fuera pueda llegar hasta nosotros.

En nuestro afán de ver iniciada sin demora esta obra que nos ha de redimir, quisiéramos que no se sujetara el comienzo de su ejecución a tener listo, como lo pide el señor presidente de la República, determinado edificio en la ciudad. Bien está la idea de escoger para hogar de la misión proyectada la vasta y bella construcción que se levanta, lentamente, en la Avenida de Chile; pero en nuestro sentir es un grave error dejar correr los días sobre las buenas intenciones de hoy, y demorar la gran obra espiritual mientras se discuten los diarios problemas de la obra arquitectónica. La misión tendrá que hacer, antes que una obra de enseñanza, una de muy intenso estudio de nuestras leyes y costumbres, y habrá de visitar pausadamente nuestras escuelas. Le bastaría pues, una modesta instalación para iniciar su tarea. Créanlo así el presidente y su ministro de Educación, y decídansen a hacer la intervención de urgencia que el país reclama impaciente, porque muchos hablaron ya de ella y ninguno tuvo el coraje de acometerla pronto.

Hay un punto que es preciso esclarecer en tiempo al plantear el problema de la renovación escolar. Las nuevas escuelas estadounidenses y europeas, claman algunos, son escuelas sin religión, y si el espíritu de estas escuelas penetra en nuestro país, estamos perdidos irremediablemente. Meditemos con serenidad. La nueva escuela o escuela activa representa un espíritu nuevo en los sistemas de enseñanza, y no una tendencia sectaria. Es neutra, tiene forzosamente que ser neutra, como neutra ha sido también la escuela vieja, en los países en donde la diversidad de religiones impone esta neutralidad; pero puede muy bien ser protestante en Alemania, budista en Oriente, judía en Palestina, católica en Colombia. La escuela activa no es una escuela catequista, y en dondequiera que una religión trabaje por la revaluación física, mental y moral de sus fieles, allí podrá levantar su morada al propio pie del templo, de la mezquita o de la sinagoga. Mas, ¿qué religión debe enseñarse en las escuelas oficiales de un país como Estados Unidos, en donde existen centenares de doctrinas distintas? La judía, dirán muchos, pues los judíos dominan allí en la banca, en la prensa y en la industria. No tal, reclamarían los protestantes, presbiterianos, unitarios, metodistas, cristianos-científicos: nosotros alegamos también nuestro derecho. Y otro tanto, con sobra de razón, alegarían los católicos apostólicos y los del rito griego y tantos

otros. Luego la escuela oficial es de hecho neutra, dondequiera que la coexistencia de credos diversos haga imposible la hegemonía de uno de ellos. Quedan en libertad los fieles de organizar escuelas particulares, y esto ocurre justamente en los Estados Unidos, en donde, al lado de la escuela pública, que es neutra, se levanta la escuela parroquial que da la misma instrucción científica de la escuela oficial, pero instruye simultáneamente a sus alumnos en las doctrinas de su Iglesia.

Diferente es la situación para un país en donde la inmensa mayoría practica una sola religión. Allí, en nuestro sentir, debe darse la instrucción religiosa en la escuela. No se obligue a las unidades aisladas, por poco numerosas que ellas sean, a practicar lo que practica y ama la mayoría, por inmensa que ella se manifieste, y el conflicto religioso no surgirá. Hecha esta salvedad, no habrá quien sienta lesionados sus derechos, y ni la religión será desterrada de la escuela, ni en nombre de ella podrá cerrárseles el paso a los progresos de la ciencia. Sobran las discusiones metafísico-pedagógicas a este respecto.

En aquella encendida polémica político-religiosa que en junio del año 72 sostenían por la prensa el doctor Ancízar y el señor Caro, decía este último en su artículo sobre conciliación patriótica:

“Interpretando el texto racionalmente, el espíritu de la Constitución es evitar la coacción religiosa, impedir que la autoridad civil trate de imponer a los ciudadanos una creencia cualquiera. Ahora bien, como antes decíamos, darle pan al hambriento, darle enseñanza católica a un pueblo católico, que la pide, eso no es imponer creencias, sino hacer misericordia y justicia”.

No levantemos, pues, una muralla china delante de los principios universales que informan la pedagogía activa de nuestro tiempo y que no son una amenaza para nadie, y prestémonos todos a colaborar en la gran obra de nuestra redención ciudadana con lo más elevado de nuestro espíritu y de nuestra voluntad de patriotas.

15 de octubre de 1923

Problemas y deberes del maestro

El maestro y su tarea

Una reunión internacional, de trascendental interés para los educadores, va a verificarse en La Habana. Se trata del Seminario de Educación Primaria, organizado por la División de Educación de la OEA que tan valiosos servicios viene prestando a la orientación de la cultura de nuestro continente.

Ya en los seminarios anteriores de Caracas, Montevideo y Río de Janeiro, fueron estudiados los problemas capitales de la instrucción pública que son comunes a nuestro continente. Vuelven ahora a tratarse esos problemas con mayores precisiones en su enunciado, y con el anhelo de estudiar los avances que se hayan hecho y de poner al día las recomendaciones que a la luz de la ciencia y la experiencia surgen siempre de estos coloquios internacionales.

Invitados a colaborar en el planteamiento de las cuestiones que han de servir de objeto a las deliberaciones de este nuevo seminario, queremos insistir sobre ciertos puntos que nos parecen cardinales. El primero de ellos, es el que tiene relación con los maestros. Todo problema educativo desemboca, fatalmente, en la preparación del magisterio. De nada servirán los más elevados ideales, las más claras normas, los más avanzados métodos, si el maestro no tiene capacidad y espíritu para procurar vida armónica y estable a todo ello.

Habrà que decir constantemente que lo que el maestro sea, esto será la escuela; que los problemas fundamentales de la educación están cifrados en los maestros; en lo que ellos representen, en lo que ellos valgan. De ahí la importancia de su selección y formación.

La escogencia del personal de las escuelas normales es uno de los problemas que requiere mayor atención por parte de los gobiernos. Comprendemos muy bien que

para ser maestro, para estar en capacidad de enseñar, se necesitan conocimientos profesionales. Mas esto no basta. Las condiciones morales de los candidatos han de ocupar el primer plano en esta selección.

No sería fácil enumerar con toda exactitud las cualidades que debe poseer un maestro digno de este nombre. La rectitud de su vida es sin duda la primera. A esta cualidad esencial han de agregarse las de su discreción, su tacto, su entusiasmo, su optimismo.

No hay detalle que pueda ser insignificante para la adquisición del prestigio que el maestro ha de tener. La influencia educativa estará siempre en relación con la personalidad de quien está llamado a ejercerla. De donde resulta contraproducente para esta influencia cualquier modalidad del carácter que pueda entorpecerla. La rudeza, la irritabilidad, la testarudez, la presunción, el dogmatismo, el sarcasmo, serán siempre factores contraindicados en la personalidad del maestro. El incumplimiento, la inexactitud, la doblez, la injusticia, son igualmente contrarios a su óptima calidad. Si del periodista se ha dicho que ante todo debe ser un caballero, con mayor razón cuadra este concepto cuando se habla del formador por excelencia de las nuevas generaciones.

El educador tiene que representar al mismo tiempo que una fuerza espiritual una fuerza moral. La mejor lección que puede dar es su propia conducta. La bondad, el decoro, la sencillez, la hombría de bien, se enseñan con el ejemplo. Nunca con palabras solamente.

No se concibe, por otra parte, un maestro escéptico. La fe en su acción ha de estar viva aun en los momentos de mayor dificultad. La devoción por su tarea no debe dar campo al desfallecimiento. Su imaginación creadora le abrirá nuevos horizontes en las horas de mayor incertidumbre.

En cambio de las exigencias que le hacemos, ¿qué dan el gobierno y la sociedad al magisterio? ¿Estimación social? ¿Alta categoría remunerativa? ¿Oportunidades de mejoramiento? ¿Estímulos efectivos? No propiamente esto, sino hermosas palabras que en nada resuelven los serios problemas de vida que afrontan estos servidores públicos, a quienes llamándolos apóstoles les colocamos sin embargo en la última categoría social y les fijamos ínfima remuneración que los condena a recorrer un camino sembrado de dificultades y privaciones.

La consecuencia de esta situación es la fuga del maestro hacia otros campos que ofrecen perspectivas más halagadoras. Es así como el normalista, que no tiene muy ahincado en su corazón el celo de su apostolado, va en busca de otra ocupación tan pronto como concluye sus estudios.

Con grandísimo acierto ha hecho notar Luis de Zulueta que esto de que lo fundamental en la escuela sea educar y no meramente instruir, invierte casi por completo la escala de valores que se ha dado para el magisterio.

En efecto, si la meta es solo instruir, es obvio que el maestro de primeras letras podrá ser de escasos conocimientos y de pocas luces espirituales, y el profesor de segunda enseñanza y el universitario, como han de encargarse de asignaturas superiores, tendrán que tener más sólida preparación. Pero si además se quiere guiar almas, formar caracteres, estimular iniciativas, la importancia de la preparación se invierte: entonces es cuando el maestro de la escuela primaria asume el papel de educador, y ha de estar preparado en consecuencia. Su obra educativa será básica para la vida. De ahí la prioridad de su categoría. Si esto es así, no es justo que se pida tanto a quien tan cicateramente se retribuye.

Ya en un seminario anterior se había hablado de que en la mayoría de los países latinoamericanos, la profesión de maestro no ha alcanzado aún la dignidad que corresponde a su función social; que las conquistas logradas hasta la fecha son el resultado de la lucha constante del magisterio organizado, y no la expresión de una política de los estados debidamente planeada; y que los gobiernos latinoamericanos deben incorporar a sus programas la dignificación del maestro como elemento indispensable para la elevación cultural de los pueblos. Estas premisas continúan y continuarán siendo de actualidad, y en el interés de todos nuestros países está el transferirlas del campo teórico al de la realidad.

El maestro y su preparación

En el supuesto y en la esperanza de que al maestro podamos ofrecerle una situación en concordancia con lo que de él exigimos, veamos cuál ha de ser la formación que hemos de darle. Lo primero será preocuparnos por el ambiente que reine en las escuelas normales. Este ha de ser ambiente de trabajo y de sana alegría. Un espíritu juvenil ha de presidir esta escuela. El ánimo de renovación no puede existir en una institución

petrificada y sin ámbito favorable al desarrollo de la personalidad. Por fortuna estos conceptos han penetrado en la organización de las nuevas instituciones docentes destinadas a la preparación del magisterio. De ello dan prueba las escuelas normales construidas en las afueras de las ciudades, con jardines y terrenos de cultivo, campos de juego, piscina, teatro, talleres, laboratorios, bibliotecas. Se busca un ambiente en el que la salud del cuerpo y del espíritu parezca contagiosa, y lo sea en verdad.

Con la concepción renovada de lo que debe ser un maestro tendremos que pedir de él, además de una cultura general esmerada, estudios especiales de fisiología e higiene, de psicología, de biología en su más amplio término, para evitar que vaya a dañar con daño irreparable las vidas que va a tener a su cargo.

El maestro ha de saber cómo crece el cuerpo y cómo se desarrolla el espíritu. No debe olvidar que el niño es menos apto para el trabajo intelectual en los períodos de intenso crecimiento. Debe saber que hay crisis muy hondas en la adolescencia; que si el niño se exterioriza, el adolescente se interioriza; que cada edad tiene su ciclo de transformación; que no tiene frente a él un ser ya formado sino uno que necesita precisamente de ayuda para su formación... ¡Cuántas más cosas ha de conocer!

Empero, pongamos cuidado en no exagerar nuestras exigencias. Tomemos el caso de la psicología, y para el efecto consideremos un símil:

Una balanza de precisión en su caja de cristal, para preservarla del polvo que acumulado sobre sus platillos pueda revelar cambios de miligramos, que en punto de ciencias cuentan como valores apreciables, es necesidad imprescindible en un laboratorio de experimentación, pero estaría de más, y pudiéramos decir que estorbaría, en un expendio de víveres, porque allí el miligramo no es, ni con mucho, unidad de medida apreciable. Semejante cosa ocurre en el vasto campo de la psicología. Bien están los instrumentos de precisión absoluta en los laboratorios de psicometría, pero vale más no hablar de ellos dentro de la escuela primaria.

Por otra parte, la psicología de laboratorio, aun cuando obra frente a la realidad, es una realidad que está colocada artificiosamente. La observación directa de la vida: he ahí lo que mejor puede darnos la clave cierta para conocer las tendencias e inclinaciones del niño. Solo en casos de excepción hemos de apelar al consultorio del psiquiatra.

Al maestro exijámosle conciencia plena de su responsabilidad, interés por la obra que va a desarrollar, cariño por la niñez, amabilidad en la expresión, pero seamos

parcos con él en requerimientos técnicos, que muchas veces solo se traducen en pandería y sequedad del corazón.

Por lo que hace a los maestros que han sido aporreados por la psicología libresca, estamos seguros de que al entregarse a su labor en la escuela estarán tan absorbidos por su trabajo que ya no tendrán tiempo de pensar en trabalenguas. Sea como ello fuere, es nuestro deber dar la voz de alerta a los incautos que pudieran dejarse sorprender por una terminología que solo cuadra a quienes de ello entienden, dentro de las severas disciplinas de las investigaciones científicas. Si con el maestro queremos, hombro a hombro, defender su causa, seamos prudentes en nuestras demandas. Agucemos en él la facultad de diferenciar lo esencial de lo accesorio: menos abstracciones; menos artificios; mayor medida; contacto más íntimo con la vida y la realidad ambiente.

Todo educador debe tener una filosofía, desde luego que la educación implica cierta teoría de la vida, determinado propósito, clara orientación. Pero el educador no debe ser propiamente un filósofo. La educación es filosofía en acción, es ideal que tiende a realizarse. Pudiéramos decir que la educación es filosofía aplicada. El filósofo es ante todo un contemplativo; es en su cerebro donde se desarrolla toda su acción. El educador, por el contrario, es, forzosamente, un realizador. Su tarea solo puede cumplirse cabalmente cuando él siente profundo y activo interés por la juventud, cuando convive con ella, cuando hace suyos los problemas que la preocupan y agitan. Solo es maestro de verdad, decía San Agustín, aquel que está dentro del alma de su discípulo.

Y solo adquiere autoridad quien así siente y actúa. La autoridad del maestro está en lo íntimo de su persona. Surge de ella y no puede ser impuesta desde afuera. La autoridad la consigue el maestro con su propia personalidad, con su rectitud valerosa, con el estricto cumplimiento de su deber, con su espíritu de tolerancia y de justicia; con estudio tesonero, con sensibilidad humana.

Poco ganaremos con decir simplemente a nuestros alumnos: ¡atiendan, trabajen! Es preciso estimular, encauzar inteligentemente la atención y el trabajo. El trabajo escolar, como todo trabajo que no es empresa de forzados, ha de ser tónico y no veneno, ha de moverse por altos y conscientes incentivos. Esto lo sabe intuitivamente quien anda por senderos de su vocación. Para el institutor es muy importante descubrir en cada alumno qué es lo que puede y qué es lo que quiere. Su misión, naturalmente,

estará encaminada a hacerle sentir a sus discípulos lo que deben proponerse como finalidad de su esfuerzo. Él no alcanzará sino a iluminar una parte del camino, pero esto es ya bastante. En todo caso, ningún interés humano puede ser extraño en una escuela en donde se educan los maestros por venir, desde luego que van a ser ellos precisamente los formadores, en todas sus disciplinas, de los futuros ciudadanos.

Son estas consideraciones las que nos ponen de manifiesto que el negocio principal, la empresa capital de la nación, es la preparación de los maestros. Este es un problema de primera magnitud que ha de preocupar constantemente a los gestores de la cosa pública. Sin la reforma del magisterio no habrá reforma de la escuela; sin la reforma de la escuela no habrá reforma social. Hay que comenzar, pues, por la educación de los educadores.

Es cierto que la sola escuela normal no está capacitada para resolver en su totalidad el problema. Es urgente la labor coordinadora de toda la ciudadanía. Solo dentro de un ambiente de espíritu público general, logrará ejercerse influencia formativa en las generaciones nuevas porque no enseñamos a fondo —repitámoslo—, con la palabra sino con la acción. De ahí el que el maestro haya de preocuparse tanto del ambiente de su escuela como de aquel que la rodea y que se infiltra en ella fatalmente.

Insistimos en que los educadores no deben dar cabida al pesimismo, pese a todos los tropiezos que dificultan su obra. Más que otro ninguno tienen ellos necesidad de certidumbres porque la vida solo es constructiva cuando la mueve el fervor de una creencia.

Si algún gran dolor de aquellos que tornan sombrío el panorama vital, si el desencanto, si las vicisitudes de la existencia, hicieran escéptico al maestro, una doble personalidad habría de surgir del propio fondo de su espíritu porque no cabe educar sin fe y sin alegría.

El maestro y la escuela

El maestro no puede aspirar a un 100 % en el rendimiento de su tarea. Ninguna empresa material o espiritual puede dar tal resultado. Una cosa es el ideal educativo y otra la posibilidad de educar a determinados individuos. El grado de *educabilidad* no es ciertamente igual en todos los seres humanos. La plasticidad educativa es tan variable como la misma naturaleza humana. Con razón se ha dicho que el poder de la educa-

ción no sobrepasara nunca los límites de la capacidad del educando. Lo que no obsta para que el educador esté siempre alerta a valerse de toda oportunidad que pueda servirle para orientar o iluminar la conciencia de sus discípulos.

Lo cardinal, lo esencial, es que el maestro no carezca de vocación. El maestro sin vocación, aquel que no se vincula a sus alumnos, que dicta su lección y se separa de ellos, que no alcanza nunca a preparar su clase ni a ojear siquiera el trabajo impuesto, ese maestro que jamás ha conocido el amable coloquio con sus discípulos fuera de las aulas, ¿qué influencia formativa puede ejercer sobre ellos?

James Mill, hace más de un siglo, concebía ya la educación como el conjunto de influencias que se ejercen sobre el hombre, desde el momento de su nacimiento hasta su muerte, y la dividía en cuatro fases: doméstica, técnica, social y política. Educación doméstica la del hogar, técnica la de la escuela, social la que por ósmosis ejerce sobre nosotros toda la colectividad ambiente; y política la que da el Estado, porque lo mismo el gobierno totalitario que el demócrata establecen normas en la organización escolar. Todos estos aspectos encuentran su síntesis en el aula, y es por ello por lo que esta debe ser esencialmente formativa. Que los educadores piensen en ello cada vez que se habla de reformas. Pudiéramos decir que la escuela primaria ha de ser ante todo escuela de principios. Importa, por otra parte, no olvidar en ningún momento la calidad de los conocimientos que damos a nuestros alumnos. Es verdad que la calidad no es tan fácil de medir como la cantidad, mas hemos de utilizar constantemente nuestro criterio de hombres maduros para no confundir la una con la otra.

Conviene recordar que la escuela no es omnipotente. En todos los momentos del día el niño y el joven están recibiendo influencias que pudiéramos llamar extraescolares. Influencia del medio social colectivo y del medio especial al que él pertenece, influencia de los libros y revistas que caen en sus manos, de la televisión, el cinematógrafo, la radio, el teatro; de todo, en fin, cuanto forma el ambiente del hogar y de la calle. El niño y el joven alternan cada día con gentes de todas las clases y de todas las edades; oyen conversar a sus padres y a gran número de gente extraña que forma o deforma su espíritu; asisten a reuniones y no todo lo que ven en ellas es edificante; leen lo que ha sido escrito para su edad, y también lo que para otras edades se publica en diarios, revistas y volantes. Es la ciudad, es la colectividad entera, la que entra en juego en la formación de las nuevas generaciones. Corresponde en todo caso al

maestro iluminar la conciencia de sus discípulos, robustecer su voluntad, enriquecer su cerebro, disciplinar las defensas interiores que han de hacer frente a todos los peligros: he ahí su altísima posición de conductor.

En varios países europeos y en los Estados Unidos se marca ahora la tendencia a hacer pasar al maestro de escuela primaria por la universidad. No nos parece que en el caso nuestro se justifique, en mucho tiempo, esta medida. En tesis general no es indispensable, ni necesario siquiera, que el maestro primario complemente su formación normalista con una formación universitaria. A menudo el paso por la universidad transforma de tal manera el espíritu del maestro que viene a apartarlo de su misión docente en vez de ligarlo más a ella, y lo mueve a convertirse en catedrático de segunda enseñanza. Educar es ya para él una ocupación de índole inferior, y no querría que en adelante se le llamase maestro sino profesor. Entiende que este título limita su tarea a dar únicamente instrucción, no cuidándose para nada de educar, tarea esta, que como profesor, juzga impropia de su categoría.

Por lo que hace al maestro rural, pudiéramos decir que teóricamente ha de tener la misma preparación docente que el maestro que cursa los seis años de una normal regular, mas este anhelo está por el momento fuera de la capacidad fiscal de la mayoría de los países. A mayor número de años de estudio debe corresponder mejor remuneración, y esto es lo que no tienen en cuenta los que quieren levantar el nivel intelectual de los maestros rurales, sin tocar para nada la pobre retribución que a ellos se asigna. Por otra parte, para atender al clamor de los millones de niños sin escuela será preciso aceptar institutores de emergencia, al menos por un tiempo.

Sin embargo, las dotes de integridad espiritual y moral que han de exigirse del maestro de la escuela rural deben ser de alta calidad. No podemos olvidar que la escuela es el único centro de cultura que existe en el ambiente campesino. En la ciudad el caso es disímil porque son muchos los agentes educativos que ella encierra: la ciudad misma, los museos, las bibliotecas, la prensa, el ambiente del hogar. En el campo la escuela está aislada de toda influencia civilizadora, a menos que nos pongamos llevarle los elementos culturales que solo a distancia se encuentran. Tenido esto en consideración, la escuela rural debe dar al niño las nociones básicas que han de servirle para su defensa económica, moral y espiritual. Pero no ha de propenderse, en ningún caso, por una instrucción enciclopédica. Por el contrario, es preciso huir

de todo lo inútil, de todo lo artificioso, de todo lo que no se adapta a la vida. Al niño campesino debe dársele conocimientos que él pueda o necesite aplicar. La escuela del campo será, pues, un centro de cultura popular, compenetrado con su medio, atento a las necesidades de la comarca, y el maestro suyo ha de estar tan preocupado de la educación de sus alumnos como de la de sus padres. En estos medios se hace muchas veces la educación del padre por medio del hijo, y atraer la familia a la escuela, es un hecho de incalculable valor social y la más útil misión que al maestro del campo le corresponde desarrollar.

En otro sitio hemos recordado que grandes mayorías de la población de los países latinoamericanos viven vida campestre, y así el problema de la escuela rural constituye un problema de primerísima importancia para todas las naciones de este hemisferio. La educación que se dé en esas escuelas ha de ser orientada hacia el bien de la comunidad en general, por ser ellas, si cumplen con su misión, el eje de todas las actividades. El Seminario de Educación Primaria de Caracas dedicó al estudio de este problema algunas de sus más interesantes sesiones. El análisis del medio ambiente; las cuestiones relacionadas con la higiene personal y la salubridad pública; la organización y manejo de la familia; los asuntos de orden económico y cultural; la preparación y adecuación del individuo en todo lo tocante a su ocupación; la formación moral y cívica del hombre del campo; la orientación que ha de darse, ya no solamente al niño que asiste a la escuela sino al adulto que queda al margen de ella; todo lo que se refiere al bienestar del campesino y a su dignificación fue objeto de minucioso examen. Habrá que volver a estas consideraciones hasta hacer de dicho empeño una realidad viviente.

Otra cosa es que el Estado por su parte no deje al maestro rural en el aislamiento sino que, por el contrario, lleve hasta él todos los estímulos que necesita para su compleja labor docente.

La reforma de la educación

En toda época el hombre ha vivido hablando de reformas, y cuando ha tratado de las que se relacionan con la enseñanza se ha preguntado por dónde habría que comenzarlas. ¿Por la escuela primaria? Sí, afirman muchos, porque ella es el fundamento de toda otra enseñanza. ¿Pero en manos de quién está esa labor fundamental? En manos

de los maestros. Sería pues preciso, si queremos obrar lógicamente, comenzar por ocuparnos de las Escuelas Normales que son las encargadas de formar al magisterio. ¿Pero quién enseña en las Escuelas Normales? Enseñan allí los catedráticos que reciben su formación en las Escuelas Normales Superiores. Llegaría a ser así más lógico iniciar en estos institutos la transformación docente. Mas, ¿de dónde provienen los encargados de las cátedras en las normales superiores? Vienen, o deben venir, de la universidad, alma máter de la más alta formación cultural. La reforma universitaria sería entonces la que debería tener la prioridad en todo el proceso reformista.

Si así razonáramos, tendríamos que esperar el paso de varias generaciones para ver iniciada la reforma de la escuela primaria. Lo que equivaldría a una sin razón de razones. ¿Qué derivaremos, pues de esta consideración? La respuesta se enunciará fácilmente: el ataque tendremos que hacerlo paralelamente en todos los frentes. La reforma hemos de llevarla a buen término y con el mismo espíritu renovador a todos los sectores de la enseñanza. Ella ha de cubrir el campo todo de la educación. Ha de ir desde el jardín de niños hasta la universidad.

Empero, no hay duda de que la más urgente obligación del Estado es la de atender a los centenares de miles de niños que por falta de escuelas quedan en la más lastimosa indigencia espiritual. Con premura ha de llenarse el déficit de escuelas primarias que denuncian las mismas estadísticas oficiales. Los maestros para regentarlas pueden prepararse en el curso de corto tiempo como se ha hecho ya en varios países. No por improvisados dejarán de ser eficaces si están animados de buen espíritu y sanos principios morales. Paulatinamente se irá mejorando ese magisterio que por el momento formará el esforzado regimiento que urge conseguir.

Tanto se ha hablado y se ha escrito sobre este problema, que solo podría aspirarse a decir mejor lo ya consignado por innumerables escritores. Pero tal tentativa sería vanidosa. Sin embargo, todos estamos sedientos de síntesis, y todos hemos de contribuir al claro planteamiento de cuestiones tan fundamentales.

Ya hemos dicho que más se han preocupado los pedagogos de analizar los métodos de la enseñanza de las distintas asignaturas que de establecer los fines primordiales de la educación, y esta es para nosotros la cuestión capital. En efecto, no es el conocimiento de las teorías de la enseñanza lo primero. Antes que el valor intrín-

seco de las diversas materias del plan de estudios está, a no dudarlo, la formación del carácter, la expansión de la inteligencia, el fortalecimiento de la voluntad.

Si en la segunda enseñanza no debemos dejar de lado el aspecto formativo, en la primaria este debe ser el eje de toda nuestra preocupación. Si pretendemos inculcar las nociones de libertad y responsabilidad, pongamos por caso, no será enseñando de memoria la carta de los derechos del hombre y un catálogo de deberes ciudadanos, sino creando un medio ambiente favorable al ejercicio de esos derechos y la práctica de esos deberes. Si se habla de cultura cívica debemos pensar que no es la acumulación de las nociones que nos trae un texto escolar sino la práctica de las virtudes ciudadanas lo que tiene importancia suprema. Valdrá, ciertamente, más la educación cívica que la instrucción cívica, como tendrá mayor valor la educación religiosa que la instrucción religiosa, y la educación moral que la instrucción moral.

Nos preocupamos, y con razón, de que el niño se siente bien en el banco escolar para que no vaya a tener una desviación de la columna vertebral. Pero hemos de preocuparnos también de que su carácter tome desde un principio la posición debida para que no vaya a sufrir desviaciones que serán tan graves como las de la columna vertebral, o aun más graves que aquella.

Por otra parte, la convivencia, la solidaridad, expresión del civismo, solo vive, cuando de ella se hace una amable realidad social. Y no se refiere esto únicamente a lo nacional. Conceptos tan vagos como el del internacionalismo, sirva el ejemplo, se tornan entrañables para el niño cuando la escuela, en vez de contentarse con fórmulas consagradas, se vale de todos los elementos de la cultura que nos vienen de fuera para integrarlos a lo propio como sustancia viva. Es así como el arte, la literatura, la poesía; el libro, la revista, el periódico; el cuadro, la música, los idiomas extranjeros, si forman parte del ambiente de la escuela, llevan al espíritu del niño y del joven la noción de la interdependencia humana, mucho más vívidamente que la conferencia, por erudita que fuere, sobre el concepto de la universalidad de la cultura.

La escuela puede y debe dar oportunidad tanto al niño como al joven de asumir responsabilidades. Pero así mismo la escuela puede y debe facilitar al estudiante de una y otra edad la manera de trabajar colectivamente. No solo para el deporte el trabajo en equipo es posible y saludable. Nacional e internacionalmente se puede formar el espíritu de las nuevas generaciones con generosas modalidades.

Por lo que hace a nuestra América, es de este sitio decir que la solidaridad continental no la lograremos efectivamente sino el día en que le hayamos dado vida en la escuela. El niño está en capacidad de tomar conciencia de ella con solo que sepamos presentársela en forma que conmueva su sentimiento.

De tiempo atrás hemos tenido la idea de que sin mayor esfuerzo podríamos elaborar textos de enseñanza comunes para todos los países de la América española. Un somero análisis —ya lo hemos dicho en otra parte— nos haría ver que lo esencial de cada materia no cambia de un país a otro. La enseñanza del idioma materno, de las matemáticas, de las ciencias naturales, de los estudios sociales, de las lenguas extranjeras, ¿por qué ha de ser distinta en los diferentes países americanos? Nadie niega la necesidad de mantener en toda su autonomía los manuales de la historia patria y de la geografía nacional, pero no vemos el motivo para que las otras enseñanzas requieran textos regionales. Lo mismo diríamos de las materias de la segunda enseñanza porque no podemos entender que el álgebra y la geometría, la botánica y la zoología, la física y la química, y aun la historia y la geografía universales, en sus grandes lineamientos, se presenten al estudiante de manera diferente en uno y otro país.

Propondríamos que se hiciera el ensayo de un libro de lectura, cuidadosamente elaborado, que pudiera servir para todos nuestros países y en el que cada uno de ellos se halle presentado en idioma claro y sencillo, evitando en las narraciones el uso de palabras puramente regionales. Estamos seguros de que una obra de esta índole sería el vehículo más eficaz para el acercamiento cordial entre todos nuestros pueblos. Si tal libro estuviera destinado a tener, como lo suponemos, amplia acogida, podría hacerse una edición cuantiosa, en papel de calidad y con bellas ilustraciones. Son ediciones que solo pueden ejecutarse con perspectivas de gran difusión. Valdrá, en todo caso, intentar este esfuerzo en el camino de hacer operante el anhelo que nos es común de acercarnos espiritualmente, de conocernos y de comprendernos mejor.

El espíritu de la escuela nueva

Escuela nueva hubo en tiempos de Sócrates, y escuela vieja podemos encontrarla a la vuelta de una esquina en cualquiera de nuestras fabulosas ciudades del siglo XX. Más aún: dentro de un mismo edificio escolar, antiguo o moderno, coexisten a menudo clases en las que reina la vieja escuela y clases movidas por el espíritu de la escuela nueva.

Podría ciertamente hacerse un agudo contraste entre las modalidades de la escuela activa y de la escuela receptiva o pasiva. La una despierta la curiosidad de conocimientos; la otra se contenta con enseñar de memoria. La una reclama en cuanto es posible el aire libre y el contacto con el medio ambiente; la otra se encierra en las aulas. La una busca preferentemente crear una disciplina interna, y su ambiente es de libertad responsable y de franqueza; la otra se satisface con una disciplina puramente exterior, no importa que esta solo se logre a fuerza del temor. La una tiene al frente un conductor espiritual que encuentra goce en sus actividades e inspira respetuosa confianza; la otra está regida a menudo por un capataz que se siente amargado dentro de su profesión, y usa de autoridad despótica para hacerse obedecer.

La diferencia entre esos dos tipos de escuela es, como lo vemos, fundamental. Estamos frente a dos estilos, a dos maneras, a dos léxicos distintos. Estamos frente a dos disciplinas en manifiesto contraste: formativa la una; formulista la otra. Un tipo de maestro instruye —¡y de qué manera!—; el otro educa intelectual y moralmente. La verdad es que la escuela puede tener lo mismo un espíritu dogmático que un espíritu de autonomía decorosa. La verdad es que el maestro puede lo mismo ser un *Führer* que un educador. No podemos equivocarnos: en la escuela como en los gobiernos hay regímenes totalitarios y los hay democráticos.

Lo primero que intentan las escuelas nuevas es crear un medio en el que sea grato vivir y en donde el niño halle múltiples oportunidades de ocuparse en todas aquellas cosas que están dentro del radio de sus intereses vitales.

Los nuevos métodos encuentran fácil adaptación en todas partes del mundo. Partiendo de la realidad ambiente, va extendiendo el niño su interés por el conocimiento en círculos de atención cada vez más amplios. La mente infantil va así de lo cercano a lo lejano con una naturalidad que sorprende a los que nunca han entendido la escuela como cosa distinta del sitio en donde el niño tiene como primera obligación la de aburrirse.

Todo se transforma en esta escuela del tipo nuevo. La disciplina se deriva del interés por el trabajo; el aprendizaje se hace con la alegría del esfuerzo consciente que va hacia una finalidad; el ambiente es de mutuo respeto, y rige allí una libertad sin desorden, y una limpieza de procederes que excluye la hipocresía y produce la complacencia y el bienestar de todos.

Tenemos que convenir que en disciplina, al menos en teoría, se ha hecho un avance aun en los sitios más reacios a toda renovación. La de hoy no es ciertamente ya, sino a escondidas, la del paso de ganso, y la del grito y la férula.

La norma de la escuela vieja puede sintetizarse en la fórmula dogmática: “Siéntese tranquilo y escuche”. La nueva norma sería: “Vamos a trabajar conjuntamente”. Entendamos que la escuela debe ser un sitio de trabajo, pero no forzado sino inteligente. Trabajo inteligente y responsable, que, en fin de cuentas, es el sentido de la responsabilidad lo que le da a cada empeño su dignidad eminente.

Cada día nos sentimos más y más convencidos de que el único sistema razonablemente recomendable es el sistema del sentido común. El sentido común nos enseña que lo viejo como lo nuevo, tienen su parte de valor permanente. De lo viejo tenemos pues que aprovechar todo cuanto sea valioso.

El trastorno que trajo la guerra mundial nos hizo olvidar los experimentos que se estaban llevando a cabo en muchos países antes de la contienda, y entre ellos, en Alemania, Italia, Austria y el Japón. Tales experimentos, cuyos resultados se hallan condensados en obras didácticas ya famosas, pueden continuar siendo fuentes de inagotable inspiración. Hay que pensar que fue precisamente por representar aquellos ensayos tendencias contrarias a las del totalitarismo, por lo que fueron ahogados por los gobiernos dictatoriales. Hemos de volver pues los ojos no solo hacia las novedades de esta hora sino a aquellas que en una u otra época se izaron como banderas de redención. También hay modas en la pedagogía, y hay normas de valor que no cambian con el paso de los días.

Con estímulos adecuados todo puede lograrse. Al niño hemos de llevarlo al goce de vencer las dificultades que se le presentan, ya sean ellas físicas, intelectuales o morales. Lo importante es no equivocarnos en cuanto a la magnitud de los estorbos que han de franquearse. Jamás debemos proponer un esfuerzo superior a las fuerzas del que ha de realizarlo.

Al estudiante hay que brindarle la oportunidad de gustar de lo que hace. La escuela no puede ser un establecimiento de trabajos carcelarios. Solo aprovecha al espíritu lo que le satisface, y para adquirir el hábito del estudio es necesario encariñarse con él. A menudo hacemos todo lo contrario de lo que requiere la adquisición de este hábito. Tomemos por ejemplo la lengua materna. No nos apartamos de que el estudio

de la gramática es esencial para adquirir el conocimiento a fondo y la pericia del idioma. Pero hemos de tener cuidado en no convertir en tedioso un estudio que debe ser atractivo como pocos. Cuando se lee un bello trozo literario lo primero será gustar de él, y lo último analizarlo. Analizar es para el alumno en el estudio del idioma algo así como descuartizar. Y el hábito de hacer esto puede llevar al disgusto y la malquerencia por la lectura.

Podríamos, asimismo, decir que en un momento dado se puede analizar el arcoíris o los componentes de un paisaje. Mas sería una deformación de analíticos el privarnos del goce que nos proporciona el espectáculo de la naturaleza, para solo pensar en los elementos materiales que han entrado en la emoción que recibimos. La contemplación desinteresada y silenciosa del paisaje deja más enseñanzas al espíritu que el análisis que podamos hacer de ese paisaje. Los hindúes llegan en el cultivo de la contemplación hasta el punto de considerarlo como la esencia de la vida. El mundo occidental no entiende bien esta manera de sentir y de pensar, aunque buena falta le hace, sobre todo en estos tiempos, dedicar unos minutos cada día al goce puramente contemplativo que tan grande valor espiritual encierra. En el camino de la perfección interior no sobra sino que hace falta encontrar, siquiera sea por momentos, el campo soleado en donde no impere la inflexible dictadura de la razón: que también la intuición y el sentimiento tienen sus derechos.

Inteligencia dirigida y libertad

En todos los congresos internacionales de educación reunidos en estos últimos años advertimos la preocupación de que estamos viviendo en un mundo inestable. Aspiramos a crear una verdadera democracia, pero tal organización social no se improvisa, y el generoso propósito de libertad, de justicia y de equidad, encuentra su camino de múltiples obstáculos, algunos de ellos casi infranqueables.

No obstante, el educador está precisado a tener una filosofía, a definir una actitud intelectual. No puede ser en ningún caso un simple espectador. Su función es la de dirigir, orientar, formar, y tal función no puede realizarse sin un sistema de ideas y de propósitos.

No es, pues, solamente el fanático quien encamina en un determinado sentido a sus discípulos, porque el simple hecho de regir una escuela que quiere enseñar a discursar dentro de un ambiente de tolerancia y comprensión, es ya un propósito preconcebido que crea un clima favorable a esta determinada manera de sentir y de pensar.

Cuando hablamos de dar una formación al carácter de nuestros alumnos, cuando nos proponemos despertar en ellos la sensibilidad social, el espíritu de observación, el hábito del estudio, el amor por las cosas bellas, y el interés por todo lo que con el intelecto tenga relación; cuando queremos que la inteligencia de nuestros discípulos abra de par en par sus puertas a todas las ideas, y no únicamente a las que se predicán bajo nuestro propio campanario; cuando hacemos todas estas cosas, estamos señalando el camino, dando una orientación.

Toda escuela ha de tener un propósito, y hacia ese propósito enderezará forzosamente su acción. Una escuela da normas, marca derroteros, trata de realizar determinados ideales. Busca así primordialmente *dirigir* las inteligencias, formar los caracteres. No debemos, pues, espantarnos ante el término *inteligencia dirigida*.

Nos enamoramos de los vocablos nuevos que llegan a nuestro oído o los usamos sin discernimiento. Con excelente intención, y hablando del despotismo, alguien alzó su voz un día contra la ignominia de la inteligencia esclavizada, denominándola inteligencia dirigida, y entró en tal boga el término, que por todas partes empezó a usarse de él sin la más ligera discriminación. Pero es de toda conveniencia precisar los vocablos.

Libertad y anarquía se confunden a menudo. Abogamos por la libre formación de la personalidad del niño, pero toda prerrogativa ha de tener su encuadramiento. Roorda nos habla de un padre de familia, fanático del respeto por la opinión ajena, a quien un amigo pregunta cómo se llama su niño, y el padre responde: "El niño no se llama todavía, no he creído tener derecho a darle un nombre del que quizá él no gustará más tarde. Que él escoja su nombre cuando tenga criterio para hacerlo". ¿Y en qué religión lo está educando?, hubiera podido preguntar Roorda. La respuesta habría sido similar: "En ninguna por el momento. Él escogerá también la que más pueda gustarle". ¿Y por qué no hacer lo mismo con el idioma? ¿No hablarle al niño en ninguna lengua hasta cuando él tenga edad para escoger la de su agrado? El predicamento sería grande cuando el niño preguntara a su progenitor con qué derecho escogió la madre que le dio, y no otra, y aún podría llegar a inquirir el porqué de haberle dado la vida sin su previo consentimiento.

La amplitud de criterio tiene indudablemente sus limitaciones. Es conocido el caso del alumno que solicita de su muy ecuánime profesor de filosofía le informe si Dios existe, y el profesor le responde: "Pues hombre: unos dicen que sí, y otros que no. Lo mejor es optar por el término medio".

De esta manera mantendríamos al niño en el limbo de los conocimientos con la frustrada intención de no imponerle ninguna idea mientras no tenga edad de opinar sobre todas las cosas con absoluta carencia de prejuicios.

Sea cual fuere la anarquía del pensamiento, llegaremos siempre a la conclusión de que toda educación, inclusive la más escéptica, implica un ascendiente, una autoridad, una influencia.

Ahora bien, un elemental concepto de defensa social nos hace ver que a la libertad que entorpezca el bienestar común no puede dejársele paso franco. Hemos de estar atentos a la bienandanza de toda la colectividad, y para ello la acción libre necesita también determinado control. Contemplemos el caso de las profesiones liberales:

dentro de un ambiente de absoluta libertad no habría por qué limitar el ejercicio de la medicina. Podría decirse que la frecuencia de la mortalidad de los clientes del galeno improvisado traería por consecuencia la decisión de los sobrevivientes de no volver a llamarlo. Y nada más habría que hacer. Lo mismo ocurriría con el odontólogo inexperto que pusiese en peligro los maxilares de sus pacientes. Igual sería el caso del farmacéuta novicio que envenenara al porcentaje de población necesario para dar prueba de la absoluta carencia de conocimientos. Y no estaría en caso distinto el constructor ignaro a quien se le desplomaran sus casas, sus teatros o sus puentes. Este también perdería su clientela. Sin cortapisas para la actividad individual tampoco se justificaría, pongamos por caso, la venta de drogas heroicas. ¡Allá las víctimas!, se diría. ¡Allá los eterómanos, cocainómanos y morfinómanos!

Es verdad que los fatalistas afirman que las cosas suceden como han de suceder, y nunca de otra manera. Según ellos el día de nuestra muerte está fijado de antemano. No podemos morir la víspera ni tampoco al día siguiente, ni evitar siquiera las enfermedades y las vicisitudes que el destino nos tenga decretadas. ¿Para qué pues poner trabas al ejercicio de la medicina y de la farmacia si nuestro destino puede ser el de morir en manos de un tegua, o como consecuencia de la poción equivocada que nos ha suministrado el inexperto boticario? ¿Si está escrito que hemos de morir a causa de la mordedura de una víbora o de un perro rabioso, a qué buscar los sueros, si estos no han de llegar en oportunidad sino cuando también figuren en nuestro calendario fatalista? Si así tocaba, como dicen los que de tal manera piensan, es del todo inútil ponerle trampas al destino. El destino no caerá en ninguna de ellas. Seguirá su camino inexorablemente. Lo escrito, escrito está, y no habrá manera de modificarlo.

Hasta aquí el pensamiento fatalista. Más si queremos vivir con la alegría y la esperanza de construir nuestra propia vida, con la noción estimulante de que somos libres, con la conciencia plena de que nuestra acción puede ser creadora; si de tal manera vivimos, no podremos someternos a la política de los brazos caídos a que nos lleva el fatalismo. Comprenderemos entonces el valor de la libertad, y aceptaremos sus limitaciones porque ellas limitarán también la de aquellos que atenten contra la que sentimos nuestra.

A nadie extrañará que las sociedades internacionales que buscan la libertad, la paz, el buen entendimiento y la cooperación entre los hombres, hayan puesto énfasis especial en el problema de la dirección que hayan de dar las escuelas a la juventud.

La buena semilla del espíritu democrático y cristiano habrá que sembrarla tempranamente en el corazón y en el espíritu de las nuevas generaciones o no será posible mirar sin zozobra el porvenir.

El mundo viene acumulando grandes fuerzas de progreso material y multitud de conocimientos de toda índole, pero mientras no se logre la sana orientación de los espíritus no habrá posibilidad de contar con el buen entendimiento y la paz entre los hombres. Antes bien, la acumulación de fuerzas y de sabiduría podrá hacer cada vez más horrenda las luchas en la humanidad. Necesitamos cultura, y no solo civilización.

A todos nos importa saber qué utilización va a dársele a los conocimientos que enseñamos en las escuelas de hoy. Si han de traer la desconfianza, el temor, la destrucción, en vez de asegurar el bienestar y el progreso, valdría más la ignorancia que el saber. Sólo un principio de libertad con responsabilidad puede inspirar al maestro en su acción. Esa libertad condicionada por el principio de responsabilidad, es la que ha de conceder a sus alumnos, si realmente busca formar su inteligencia, su sentimiento y su carácter.

No puede ser indiferente para nadie la conducta de nuestros semejantes. De esa conducta va a depender el que nuestra vida tenga incentivos para nuestro propio trabajo o carezca de ellos, porque todos somos solidarios, vivimos en una comunidad en la que nuestra relación social, nuestra interdependencia es cada vez más estrecha, querámoslo o no. Importa pues a cada cual no solo ya responder por su propia conducta sino estar preocupado por la conducta de los demás. De ella depende su propia seguridad. Cada vez vivimos menos una vida individual. Cada vez los hombres estamos en más estrecho contacto social. De ahí la capital importancia que hoy tiene para todos el problema de educar, no para el antagonismo, sino para la convivencia.

Crear sentimientos de solidaridad, asegurar el feliz desarrollo del espíritu de cooperación, respetar el pensamiento de los demás, enseñar a pensar recta y generosamente, esto es sin duda trabajar de la mejor manera para lograr una humanidad mejor. En este sentido debemos dirigir la inteligencia de las nuevas generaciones.

7 de noviembre de 1957

Mensaje a los maestros

Se inician en estos días las tareas escolares. Las bandadas de muchachos vuelven a las aulas, y en los espíritus y en los corazones juveniles bulle la alegría de todo comienzo. El maestro de vocación siente también en esta hora el alegre aletear de la renovada esperanza que empieza con la nueva jornada. Es este un momento oportuno para la reflexión. No será la misma reflexión que hacemos al analizar, a veces melancólicamente, el balance de nuestro día. En la alborada no habrá más que el contento del noble propósito que nos anima y la ilusión de realizarlo.

¿Habéis pensado, maestros que reanudáis vuestra labor, en la trascendencia del encargo del que os habéis hecho responsables? Porque no sois solamente los hombres que riegan la semilla. Sembráis sí —y qué diversos son los terrenos en que lo hacéis—, pero vuestra misión principal es la del cultivador. Tenéis así que vigilar cautelosamente el desarrollo de las plantas puestas a vuestro cuidado.

Lo primero que debéis hacer es crear en vuestra escuela una atmósfera propicia a la tarea de educadores que vais a desarrollar. La escuela es ante todo un ambiente. Ambiente físico, moral y espiritual. Ambiente de belleza o de fealdad, de pulcritud o de desgreño, de decencia o de vulgaridad, de franqueza o de engaño, de confianza o de temor, de consideración o de irrespeto, de orden o de anarquía, de generosidad o de egoísmo, de mutua ayuda o de hostil aislamiento. En vuestras manos está el dar a la escuela que se os encomienda una u otra característica.

De todas las cosas, al decir de Ruskin, emana belleza o fealdad, y de esa fealdad o de esa belleza se impregna nuestro espíritu. Interesa, pues, que el ambiente físico de la escuela sea grato a los ojos y a la mente. Y si esto es así con el ambiente físico, mayormente lo es con el ambiente moral y espiritual. Ética y estética se hermanan en el fondo de nuestro pensamiento.

Al analizar una escuela debemos ante todo desentrañar cuál es su espíritu. Existen escuelas de espíritu dogmático y escuelas de espíritu democrático; escuelas en las que es preciso obedecer ciegamente y escuelas en donde se permite pensar y actuar con una libertad que solo está limitada por la disciplina general y el orden, y por el respeto de la dignidad de los demás. Existen asimismo escuelas en donde solo se instruye y escuelas en donde, además de instruir, se busca la formación del carácter, la rectitud de la conciencia, la lealtad, el valor, el sentimiento del deber.

Es evidente que el educador debe ser un consejero, un guía, un conductor, pero su tarea quedaría paralizada a mitad de camino si no le enseñara al niño a conducirse por su propia cuenta, si no le diera hábitos de estudio y de trabajo, si no despertara en él el cariño por las cosas del espíritu, si no lo adiestrara en el uso de su discernimiento, si no formara su criterio y su conciencia.

Atentos a estos principios buscad el desarrollo de la personalidad de vuestros alumnos hasta el máximo de sus posibilidades. Enseñadles a pensar. Recordad que es un esclavo aquel que no piensa libremente, y que vuestra misión, la misión que al maestro tiene encomendada la República, desde el propio día en que dio el grito de su independencia, es la de preparar a los verdaderos ciudadanos de la democracia.

En cada uno de vuestros discípulos procurad formar una mente clara y un corazón valeroso, y que los hilos conductores de vuestra acción sean siempre de equidad y rectitud. De esta manera podéis estar seguros de modelar hombres leales y animosos, sanos, libres de la escoria de la intransigencia y de toda ruindad.

No pretendáis jamás crear prosélitos de vuestras personales opiniones. Cuidad esmeradamente de no encender la pasión partidista en vuestros alumnos. Execra-ríais al hombre que intentara envenenar a un niño. Pero envenenar su espíritu es iniquidad mayor, y de más perniciosas consecuencias, puesto que el daño se perpetúa disociadoramente en la comunidad. Y no solo es más dañina sino más cobarde esta acción, porque no trae siquiera consigo la posibilidad de un castigo que como ningún otro sería merecido.

Huid de todo lo estridente; de todo lo que esté fuera de tono. Medid vuestros ademanes. Recordad constantemente que enseñáis más con vuestro ejemplo que con vuestra palabra, o mejor, que solo enseñáis con vuestras palabras cuando ellas se ajustan a vuestros actos. Tened en cuenta que al mismo tiempo que voso-

tros estáis en la tarea de estudiar a vuestros alumnos, ellos os están estudiando también, y no olvidéis que la lógica y la perspicacia infantiles son a menudo más agudas y más precisas que las del hombre adulto. La obra vuestra es obra de tacto, y de la inteligencia y tino con que uséis de él estará pendiente vuestra autoridad. Tal autoridad dependerá íntegramente de vosotros mismos, ya que ella deriva de la intimidad del ser, y no de ningún elemento que le sea extraño.

Un espíritu justiciero ha de acompañaros a lo largo de todas vuestras jornadas. Si cometéis un error, rectificadlo sin demora. Esto, lejos de amenguar vuestro prestigio, lo hará más sólido y más alto. Tened cuidado de no incurrir jamás en injusticias. No juzguéis nunca a quien creáis culpable sin antes haberlo oído y haber pesado sus razones. Que el respeto cordial —no la desconfianza o el temor— sea el nexo que os vincule a vuestros discípulos. Que todo sea limpio y claro en vuestra persona.

Como educáis y no solo instruís, os dais plena cuenta de lo que representa para vuestra labor el tener un ideal, y el despertar en vuestros discípulos el anhelo de poseerlo ellos también. Sin un ideal, sin un credo, al amparo del cual crezca nuestra personalidad, quedaríamos abandonados a la intemperie, lo mismo en lo espiritual que en lo moral.

Vuestra misión no estará, por otra parte, limitada a los muros de la escuela. El educador, decía James Mill, no debe estar preocupado únicamente de las cosas pedagógicas. Él, como nadie, debe abogar por la tolerancia, la libertad y la justicia, no solo dentro del aula. La colectividad entera es una escuela a la que concurrimos todos y en la que todos recibimos a diario influencias decisivas. Consciente de esta realidad, no puede quien ha recibido el encargo de formar las nuevas generaciones, ser indiferente a lo que ocurre en la sociedad que le sirve de marco a su acción. No habréis de olvidar pues que vuestra misión es misión social por excelencia.

Sabemos que para desarrollar esta compleja tarea que de vosotros se demanda, necesitáis de abnegación, de paciencia, y de mesura en grado sumo. Mas si no tuvierais estas cualidades vuestro puesto no estaría ciertamente en una escuela. Con razón se ha dicho que en la vida de los hombres no hay faltas de vocación sino ocupaciones equivocadas, y sería lamentable que hubierais cometido una equivocación al escoger vuestra carrera.

Sabemos, asimismo, que de la sociedad y del Estado no obtenéis todavía la consideración a que sois acreedores, pero ese reconocimiento justiciero tendrá que venir un día porque en ello está comprometido el buen nombre y el propio decoro del país.

No ignoramos que el maestro es el soldado desconocido de la cultura, y que para honrarlo no se ha levantado todavía en parte alguna un monumento que atestigüe la gratitud ciudadana, ni ha encendido aún ningún gobierno, en homenaje suyo, la lámpara votiva que arde perennemente en los altares consagrados al guerrero. La mayoría de vuestros alumnos no os retribuirán tampoco con eterna gratitud las enseñanzas que les disteis. La gratitud es sentimiento que solo prende en almas de selección. Mas vuestra labor ha de ser tan grata de por sí —lo es cuando está alentada por una vocación— que no esperaréis otra recompensa distinta de la que a diario recibís con el ejercicio mismo de vuestra actividad. Por algo se ha dicho que la escuela es un templo y el magisterio un sacerdocio.

Nuestro mundo de hoy necesita de una cura de reposo. Por desgracia, el ritmo acelerado de la vida contemporánea, lejos de proporcionarnos tal sedante, nos obliga a adecuar nuestro sistema nervioso a la necesidad de pensar y de vivir más de prisa. En el momento presente todo marcha a gran velocidad, y hemos de adaptarnos a la vida que nos impone ese nuevo paso si no queremos perecer. Pero en la escuela, al menos, formemos un remanso de serenidad, y pongamos a tono nuestra acción con el ritmo pausado que requiere el recogimiento espiritual.

16 de marzo de 1950

IV – El Gimnasio Moderno

“En el Gimnasio reina un ambiente de franca alegría, de mutuo y sentido cariño entre maestros y alumnos. Enseñar es cosa atroz si no implica ante todo una amistad. La enseñanza sin afecto es una esclavitud recíproca. Preciso es acercarse con cariño a las almas que despiertan, si se quiere tener influencia sobre ellas”.

“Educar es ante todo influir”.

“Quizá en una hora, ojalá no muy cercana, dirá uno de vosotros, en voz baja, cariñosamente: ‘Le sorprendió la noche en la mitad del día’. Y si así ocurriere recordad que fue el contagio de vuestra propia juventud, y el permanente anhelo de servirnos mutuamente, lo que realizó el milagro de la increíble, animosa, larguísima vida, de vuestro amigo el rector”.

Agustín Nieto Caballero

El Gimnasio Moderno

Introducción

En este capítulo se incluyen algunos escritos sobre el Gimnasio Moderno ya que es imposible separar a don Agustín de su obra y es imposible hablar de escuela activa en Colombia sin hablar de esta institución donde nació y desde la cual se dio a conocer a toda Suramérica.

1. “En la colocación de la primera piedra de los edificios del Gimnasio”

Es el discurso de don Agustín realizado en octubre de 1918. En él se halla un compendio de la filosofía e ideales del Gimnasio Moderno, donde se aplica la escuela nueva. Este artículo se encuentra en *Palabras a la juventud*.

2. “Palabras de don Agustín Nieto Caballero”

Es el discurso pronunciado por don Agustín en el cincuentenario del colegio. En él se encuentran partes aparentemente muy personales, que se incluyeron por tener datos biográficos de interés, motivos que lo llevaron a realizar grandes reformas en la educación colombiana y a fundar el Gimnasio Moderno. Se encuentra también una descripción de la escuela vieja.

3. “Introducción”

Esta valiosa introducción la escribe don Agustín para su libro *Una escuela*, muestra en una forma muy clara y completa los ideales y filosofía que mueven al Gimnasio Moderno, también permite ver la dedicación de don Agustín a la educación y al colegio.

4. “Nuestros ideales”

Este artículo se encuentra en *Una escuela*, muestra los valores que se deben inculcar a la juventud dentro del contexto de la escuela nueva e ideales para realizar con esta filosofía en el Gimnasio Moderno.

5. “Una utopía que se hizo realidad”

Estas palabras fueron pronunciadas por don Agustín poco antes de su muerte en 1975, en la última clausura de estudios del Gimnasio Moderno que él presidió en noviembre de 1974. Este artículo no está incluido en ninguno de sus libros. Aquí se ve cómo gracias a su dedicación se hicieron realidad los ideales y objetivos que tuvo al fundar el colegio.

En la colocación de la primera piedra de los edificios del Gimnasio Moderno

12 de octubre de 1918

Excelentísimo señor presidente de la República, señoras, señores:

Bello día este para iniciar obras que nos hagan acreedores al puesto que anhelamos ocupar dentro de la hermandad hispanoamericana. Acrecentar las fuerzas espirituales de la patria; afirmar, consolidar el propio prestigio para presentar un contingente apreciable, distintivo, en el concurso de las fuerzas generales que tienden a un mismo fin: he ahí el más hermoso sentido de la Fiesta de la Raza. Norma de pueblos unidos por un común ideal ha de ser en todo tiempo intensificar el valor de las unidades para hacer más elevado y más eficaz el conjunto.

Dentro de cada unidad dilatado campo se ofrece a la iniciativa ciudadana para prestar un contingente sincero y fervoroso. Tal ha sido nuestro pensamiento al llamaros hoy para que presenciéis la colocación de esta primera piedra. El calor de un entusiasmo la ha imantado. Veréis que en breves días en torno de ella el cuerpo de un bello edificio habrá tomado forma. Y no es la hermosa construcción seguramente lo que con más íntima emoción hará vibrar vuestras almas: es el espíritu que encontraréis aquí. Es bella morada, sin el calor vivificante de la idea que la levanta y que se aloja en ella, cuan poca cosa es. Aquí primero de creó el espíritu para luego pensar en el cuerpo digno de alojarlo. Cinco años de laborar constante preceden a esta primera piedra.

Es esta la parte más noble y atractiva de esta empresa. Va en avance cada día, y seguirá así sin llegar nunca a la satisfacción completa, pues tal momento sería el de su cristalización, y quien dice esto dice muerte, o rutina, que es peor. No protestamos del pasado que es nuestro, ni nos aferramos a él porque la ley del mundo es el progreso. Cada día se afirma la obra y se ensanchan y ennoblecen más nuestros anhelos.

Algo vibra perennemente en el Gimnasio Moderno: es el entusiasmo, es la fe, es la voluntad que se mueve en un ascenso continuo, terco, decidido, juvenil. Es un alma en tensión. Hay energías, palpitaciones de juventud y sueños de adolescencia. Todo ello tiene su sentido y su eficacia. No somos sonámbulos empeñados en realizar dormidos nuestros sueños. Soñamos sí, pero partimos de la realidad en cada uno de los detalles de nuestra obra.

Un ideal nos une en ferviente comunidad. El ideal quizá es siempre algo vago e intangible, mas se lleva a término con la feliz realización de pequeños detalles cotidianos. Son estos detalles nuestra labor de cada día. Les damos a ellos la importancia trascendental que como partes de un todo de trascendencia tienen, pero no estamos preocupados de realizaciones inmediatas: miramos hacia el porvenir.

Una figura de hombre se destaca dentro del grupo de los trabajadores que laboran con energía y eficacia en la ejecución de esta idea. Figura recia de gran luchador, voluntad tenaz, amplio y noble espíritu, manos generosas. No es preciso decir más: sabéis todos que hablo de don José María Samper. Su vida toda, cincelada por él mismo bellamente, pide la veneración de sus conciudadanos. Mas él no cree haber cumplido todavía la misión de su vida —hay aún tanto calor en esa grande alma— y ha dedicado todas las excelencias de su espíritu a esta escuela.

Otros le acompañamos, si no con semejante eficacia, sí con los mismos propósitos, con igual entusiasmo, con idéntica fe. Hay algo que nos une en un solo haz y que da un elevado sentido a esta obra: la idea persistente de que es posible darle al país la gente que necesita.

No decaerán nuestros alientos. Están ya probados por el hielo de la indiferencia y por el corrosivo de la ironía. Y mientras haya aliento, él mismo fecundará la idea. No pensaron erradamente los antiguos cuando estimaron por sobre la fuerza el ánimo, porque el ánimo es siempre movimiento y la fuerza puede ser quietud.

Repetidas veces hemos hablado del ideal que entraña este instituto de educación. Lo inspira el anhelo de ver una generación de hombres que enaltezca al país; lo guía un espíritu científico que huye del irrespeto; y son nervio de él la voluntad, el entusiasmo y la fe. El Gimnasio intenta la formación de hombres rectos y viriles, de ideales altos, de mentalidad cultivada, capaces de impulsar el naciente progreso del país. Se huye aquí del frío utilitarismo, y no se limita la acción del maestro a la sola instruc-

ción. Intentamos salvar las almas de los futuros ciudadanos, de la vulgaridad, de la pedantería, de la superficialidad. Todo lo que expande la vida y le da noble sentido —sentimientos morales, religión, emoción artística— se encuentra latente en nuestro programa de educación completa. Da fuerza y realce a esta idea la convicción que entraña. Nada es hecho aquí por fórmula o rutina. Queremos educar con conciencia y con sinceridad. Un fondo ético domina el motivo de nuestra acción.

Un concepto social y esencialmente nacional informa nuestro ideal educativo. Preciso es dar a la educación un carácter de eficacia social; desarrollar plenamente al individuo, no como unidad aislada que ha de brillar por su altura, sino como miembro de una comunidad a la que ha de enaltecer. El individuo pasa; solo la colectividad permanece. Ahora bien: ni un solo momento es posible olvidar que estamos educando colombianos. No podemos desvincularnos de las raíces hondas de nuestro propio ser, si no queremos perder la savia de nuestra personalidad. No es mejor ciudadano el que se desvincula de la familia, ni unidad humana más selecta la que pierde la esencia de su nacionalidad. Serviremos mejor al mundo mientras más aferrados quedemos a la patria. Sobre un subsuelo incommovible de virtudes, un criterio generoso de verdad.

Norma de nuestra acción educativa ha sido la suavidad en la disciplina. No hay objeto en hacer de la escuela una institución severa. La educación es obra de tacto, de paciencia, de continuidad. Colegio y prisión eran sinónimos. Colegio y jardín lo son hoy para nosotros. Los gritos, la férula o el látigo pueden intimidar a una criatura que despierta a la vida consciente, más no lograrán jamás educarla interiormente, y he ahí el problema primordial: la educación interior, el desenvolvimiento armónico del espíritu y de los sentimientos que buscan una espontánea exteriorización. El temor, cuando más fue maestro de la falsedad. En el Gimnasio reina un ambiente de franca alegría, de mutuo y sentido cariño entre maestros y alumnos. Enseñar es cosa atroz si no implica ante todo una amistad. La enseñanza sin afecto es una esclavitud recíproca. Preciso es acercarse con cariño a las almas que despiertan, si se quiere tener influencia sobre ellas.

Educar es ante todo influir.

Se engaña quien piense que es esta una labor de héroes y mártires. Este es un dilatado campo que se abre para el espíritu y para el corazón, lleno de fruiciones íntimas, de sorpresas delicadas, de problemas complejos y atractivos que detienen la mente

en elevadas preocupaciones y estimulan la voluntad a la acción que cura del pesimismo y da un valor a la vida. Aquí los goces del espíritu son permanentes.

No pretendemos hacer una labor única. Nuestro anhelo se cifra en la idea que nos enciende en entusiasmo. Por otra parte, anhelamos hacer una obra callada, lejos de toda actitud de rivalidad mezquina.

No nos creemos infalibles. Toda crítica bien intencionada ha tenido en nosotros oídos atentos. Las insinuaciones que llevaban un fondo de razón se han diluido dentro de la obra en marcha. Las otras —las que no faltan nunca, las que se hacen ciega y torpemente—, sea la verdad dicha, no nos han hecho mal. A ellas hemos contestado únicamente continuando en la labor dentro del camino que nos hemos trazado. Combatir por combatir no será nunca parte del programa que vamos formulando cuantos hemos puesto todo el calor de nuestro espíritu en el desarrollo de esta idea.

El bien y la razón se abren camino por sí solos. Nada importan los rótulos de torcida intención que una y otra vez se intente poner sobre ellos. Las cosas valen en la vida solo por su propia esencia.

Nos hemos negado —y quiera Dios que nuestra terquedad sea en esto tan larga como nuestra propia vida— a dar una orientación de partido a este instituto de educación. Alejados por temperamento y por sistema de las luchas sectarias cuantos hemos contribuido en un laborar sin tregua a formar el alma de este instituto, no ha sido empresa difícil para nosotros desvincular esa tarea de apostolado de la más leve contaminación política. Magisterio y labor de partido no podrán hermanarse jamás, porque jamás será moral valerse de una superioridad y de un prestigio que es casi sagrado, para influir en las conciencias en asuntos de opiniones políticas, máxime si se trata de cerebros que despiertan a la vida, dúctil materia que recibe de sus primeros contactos una definitiva impregnación. No es esto decir que la labor política valga más o valga menos que la labor educativa. Una y otra pueden entrañar apostolado. Significa únicamente que son dos aspectos distintos de la actividad humana, y que uno y otro logran su mayor eficacia laborando dentro de su propio radio de acción. ¡Qué sería hoy de los más grandes planteles de educación extranjeros si llevaran un rótulo de partido político!

Seguros estamos de que no hará falta el imprimirle carácter partidario a este instituto para lograr un extenso concurso ciudadano. El concurso requerido llegará. Dejad

por esta vez que un entusiasmo juvenil sea profeta. Nada faltará para cubrir de bellas construcciones este vasto campo que ahora contempláis. No es utópico estimarlo así. Ha llegado el momento. El país entero clama por un mayor número de institutos de educación que formen rectamente los hombres del mañana. El país entero siente que este es uno de los problemas cardinales, sin la solución del cual no habrá jamás ni entereza, ni voluntad, ni conciencia nacional. Saturada de hombres a medio educar, sin hábitos de estudio, tornadizos y endebles, Colombia pide una reacción. La pide y la tendrá. Ha llegado, pues, la hora de levantar con espíritu generoso los templos donde se formarán, nobles y eficaces, los futuros ciudadanos. Ha llegado la hora, y las cosas que vinieron en tiempo no fracasaron jamás.

Seamos optimistas. El optimismo, que es calor, expande nuestras almas y comunica sus beneficios a otras almas. Prodiguemos, a nuestro turno, la sonrisa irónica cuando se nos diga que nuestro intento es una quimera. Las grandes realidades fueron siempre locas quimeras en su iniciación. De una vez por todas seamos fuertes en nuestra voluntad.

La energía social —ya lo ha explicado Lester Ward— surge a través de la sociedad de manera caótica y tumultuosa, como un torrente, sin conciencia, sin entrañas. Mas cuando esa energía la encauza un ideal, tórnase su fuerza ciega en vitalidad armónica y eficaz. Tal esta obra. Fuente de inspiración renovada cada día, mantiene la frescura de ánimo, el contento en el laborar, la tenacidad consciente, los bríos pujantes que son precisos para realizar el ideal.

A vosotros —alumnos del Gimnasio— futuros amigos nuestros del espíritu, como hoy lo sois del corazón, cuántas cosas quisiera deciros ahora. Mas a vosotros nunca os he hablado desde una tribuna y en forma de discurso. Simplemente os he conversado cada vez que he tenido algo que deciros, y no quiero en este bello día romper tan grata tradición. Solo os pido hoy no olvidéis que sois vosotros mismos quienes vais a decir al país —y no por vuestras bocas sino con vuestros hechos— lo que entraña la educación del Gimnasio Moderno. A vosotros os pertenece íntegramente el demostrar si este intento de renovación educativa fue un éxito o un fracaso. Os invito para dentro de diez años a que me lo digáis. Pero no; yo no puedo emplazaros. Yo estoy seguro de vosotros. A otros, no a mí, vais a sorprender con las demostraciones de

vuestro espíritu. Vuestras obras serán el interés que retribuirá las energías y el capital gastados en vosotros. ¡Cuán hermosa ganancia!

Hoy hace precisamente un mes os hacíamos en este mismo campo, solitario entonces, la formal promesa de poner todo nuestro empeño en la construcción de vuestra nueva casa. Os cumpliremos, superando quizá nuestras mismas ilusiones, gracias al trabajo constante, bajo una dirección inteligente y devota, de este centenar de obreros que ahora veis aquí. Preocupaos algún día de estas humildes gentes, buscando con el espíritu y con el corazón el mejoramiento de su clase, estudiando sus problemas, llevando luz a sus mentes, creando en ellos necesidades elevadas que les aparten de los vicios que tan tenazmente los asechan. Estoy seguro de que ninguno de vosotros se avergonzará jamás de estrechar esas manos endurecidas por el trabajo, si son manos honradas. Os haríais indignos de lo que ellos han ayudado hoy a hacer por vosotros, e indignos de la patria democracia que os sustenta.

Estáis en el imperioso deber de ser, en todo, ciudadanos modelos. Dentro de algunos años el Gimnasio quedará en manos vuestras. Será entonces cuando mejor podréis decir al país que no laboraron en vano los que os precedieron.



Los excursionistas del Gimnasio Moderno frente a la estatua del Libertador en San Pedro Alejandrino en la ciudad de Santa Marta, Magdalena, Colombia.

Palabras de don Agustín Nieto Caballero en el cincuentenario del Gimnasio

Señor presidente de la República, doctor Guillermo León Valencia, excelentísimo señor Emilio de Brigard, arzobispo coadjutor de Bogotá, señor ministro de Educación, doctor Pedro Gómez Valderrama, doctor Andrés Samper, señores exalumnos del Gimnasio, amigos todos:

Sea lo primero agradecer de la manera más efusiva al señor presidente la extraordinaria gentileza que ha tenido al venir personalmente a honrar con su presencia esta amistosa y gratísima reunión.

A mi querido exalumno Andrés Samper el testimonio de mi gratitud por sus palabras y a todos los exalumnos que han organizado este abrumador homenaje, como también al doctor Jaime Posada quien de manera tan gallarda ha querido enaltecerlo como vocero de la Organización de Estados Americanos, OEA, la gran institución que tanto significa en América y a cuyo interés por nuestra escuela debemos muy señaladas pruebas de simpatía.

Interpreto este homenaje como dirigido al conjunto de todos los que trabajaron en el pasado, y trabajan en el presente, para darle al Gimnasio Moderno el prestigioso nombre que hoy tiene. Comprendo, sin embargo, que en un rasgo de generosidad muy vuestro, habéis querido personificar en el rector del colegio todas las excelencias que este instituto reúne, y, siendo el único sobreviviente de sus fundadores, acepto esta manifestación como premio que podríamos llamar de resistencia.

Tomado esto así, la conmovedora fiesta de esta noche viene a ser lo que las señoras centenaristas hubieran denominado broche de oro de una vida. La novísima generación de lindas nietas, en esta república constelada de reinados y de reinas, entiende íntimamente por qué este festejo está dedicado conjuntamente a los abuelos, a quienes tan unidos han visto a lo largo de toda su vida, y ellas pedirían, no un broche

de oro para el rector sino una corona de siemprevivas, de flores que no mueren, para colocarla sobre las sienes de la reina Adelaida. Una corona para quien dio un día sentido a la vida que hoy se exalta en forma tan gallarda.

Una corona simbólica para la mujer que es siempre quien embellece y da nobleza a la existencia del hombre, y proclama que, sin la mujer, sin su colaboración, sin su estímulo, sin su amistad, cuan poco valemos los hombres.

Pasa ahora ante mí una vertiginosa sucesión de imágenes, como si de pronto un relámpago iluminara todo el trayecto recorrido en lo que ha sido este brevísimo lapso de 75 años.

Para corresponder a vuestro afecto, quisiera en esta noche presentaros un haz de reminiscencias que nunca antes evoqué ante vosotros, pero que podrán explicaros por qué mi vida tomó el camino que hasta aquí me ha traído.

Una niñez ensombrecida por la tragedia de la orfandad. Un hogar en el que todo era dicha, de pronto se hizo trizas por la muerte... Encrucijada desafiante y porvenir incierto.

¿Cómo no evocar en este día a ese gran señor que fue mi padre, a cuyo esfuerzo de toda una vida debo, y debieron mis hermanos, el haber tenido el privilegio de recibir desde los primeros años la educación que la nobilísima inquietud paterna anhelaba para sus hijos? ¿Y cómo no recordar a la bella, dulce y clarísima mujer que fue su compañera? Veintiséis años tenía cuando llegó al término de su jomada. Ese hogar en donde todo era soleada alegría se desplomó en plena primavera. Y quedaron tres niños que se vieron frente al drama de cambiar sus juguetes por la contemplación del espectro de la soledad.

Vino luego la guerra de los Mil Días. Privaciones, angustias, incompreensión del drama. En medio de tan gran desolación no hubo sino un acontecimiento jubiloso. Fue —resulta paradójico decirlo— el de ese día en que el Gobierno decretó el cierre de todos los colegios. No reinaba seguramente demasiada alegría en esos claustros cuando la tropa de chiquillos salió alborozada de las aulas que cerraban sus puertas para no abrirlas más en mucho tiempo.

Por aquellos días existían en la ciudad los colegios liberales y los colegios conservadores, y era el deporte sabatino de los estudiantes trabarse en luchas partidarias de puños, de piedras y garrotes. Nosotros concurríamos al colegio liberal

que las damas piadosas denominaban colegio de masones, pero en el que no se nos perdonaba la misa de las cinco de la mañana, las oraciones cotidianas, y los retiros por pascua florida, complementado todo esto en el hogar con el rosario vespertino que, en toda connotada casa de liberales, se rezaba en compañía de la gente del servicio. No obstante aquella piedad, de dentro y fuera, los colegios que se decía tenían pacto con el diablo fueron los primeros en ser declarados por el gobierno cuarteles de reclutas, y por lo tanto fuimos los pequeños “rojos” de entonces los primeros licenciados. Estábamos muy lejos del Frene Nacional. “A la calle, a la calle”, gritamos los inconscientes niños de aquella hora. Y a la calle fuimos en tropel.

Se inició entonces la era de las rondas. La soldadesca comenzó a invadir, sin previo anuncio, las casas sospechosas en busca de documentos comprometedores, y en la nuestra solo hallaban las hojas manuscritas y los versos que el pequeño LENC, Luis Eduardo Nieto Caballero, escribía en honor de Uribe, de Herrera, de Vargas Santos, de Mac Allister, de todos los grandes capitanes de la revolución. De aquellos papeles ominosos las gentes del orden hacían una hoguera en el jardín, y al diminuto periodista le amonestaban con palabras de tan subido color, que hacían ruborizar a las niñas del servicio, no obstante los piropos de aquellos intrépidos policiales que, atusándose el espeso bigote, y guiñando el ojo, reservaban para ellas.

Desde la víspera del toque de guerra, los internos mayores de 16 años, oportunamente alertados, habían escapado del colegio por las ventanas de los dormitorios, deslizándose por los muros con la tradicional ayuda de la cadena de sábanas anudadas fuertemente; y ya en el amanecer se encontraban en pleno páramo enrolados en las guerrillas, galopando tras los corceles de los jefes, prendidos de las colas de los caballos, como si se tratara de un día de carnaval.

En las casas solo quedaron las mujeres y los niños. En nuestro hogar, huérfano de caricias maternas y de la atención paterna, implantó su autoridad omnímoda una sexagenaria ama de llaves, alargada y asceta, que, con recomendaciones del párroco, nos había llegado de Purificación. Se llamaba misiá Dolores, a secas, porque entonces las damas de compañía no eran Mrs., ni siquiera hablaban en inglés. Fue ella quien tomó a su cargo señalarnos los caminos del bien, y vigilar el cumplimiento de nuestras

oraciones cotidianas. Frecuentemente nos ponía de ejemplo a San Luis Gonzaga, que tan puro se había mostrado a todo lo largo de su corta vida, y nos prevenía, desde entonces, que al llegar a mayorcitos habríamos de tener gran cautela con las mujeres, enemigos natos del hombre. Las mujeres, nos decía, son las causantes de todos nuestros malos pensamientos. “De todos íntegros”, decía ella. Así nos mostraba la línea dura de la vida. Y nosotros habríamos de llegar a pensar un día que era precisamente la mujer —no misiá Dolores desde luego— el ser que había de inspirarnos los más nobles, los más excelsos, los más bellos pensamientos que pudieran caber en nuestra mente. Por el momento esos pensamientos profanos tenían que ser antagónicos de las prácticas piadosas.

El rosario en familia, encabezado por doña Dolores, seguía cada tarde su ritmo cadencioso, interrumpido a cortos trechos por hondos suspiros y sonoros bostezos que surgían de uno a otro extremo de la sala. Terminada la oración era el momento para que nuestra severa ama de llaves, levantando sus gafas sobre la arrugada frente, y clavando los ojos sobre el inquieto chiquillo, expresara sentenciosamente: “Pensando mientras rezaba, en las obligaciones de mañana, apuesto a que el Agustincito no ha hecho sus tareas”. Y sin pérdida de tiempo comenzaba el interrogatorio sobre los afluentes del Nilo, la lista completa de los presidentes de Colombia, las cien vidas de los santos de la cristiandad, y los versos de la ortografía de Marroquín. Todavía están estos versos en el fondo de la memoria, como tantas otras cosas que nunca se entendieron. Los pocos centenaristas que nos acompañan esta noche quizá los recuerden: “Llevan la j: tejemaneje, objeto, hereje, dije, ejercer, ejecutorias, apoplejías, jergón, bujía, vejiga, ujier. Con v escríbanse: válvula, vaca, vanagloria, virola, vasija, vaticinio, varar y vedija, vegetando, valor, vacilar”. Y así, letra, por letra, toda la erudición ortográfica. Los de las nuevas generaciones no se dan cuenta del ritmo recóndito y melancólico de esos versillos. ¡Cómo olvidarlos nosotros, si ellos fueron los únicos poemas que aprendimos a recitar en nuestra infancia!

Otros recuerdos de cosas dolorosas surgen del fondo de la memoria. Esta que voy a relataros no es una historia trivial. Es uno de esos acontecimientos que marcan para toda la vida la conciencia de un niño. Habrá que anticipar algunos pormenores. En las casas de entonces —como todavía no existía la propiedad horizontal— se encontraban espaciosos patios y corrales. En el corralón del fondo, al amparo de brevos y

papayos, se cuidaban las aves que se engordaban para el sacrificio en los días de invitados. Entre estas se regodeaba, en medio del gallinero multicolor, un bellísimo gallo blanco que era el sultán de la manada. Yo acostumbraba regalarle cada tarde las sobras del almuerzo que quedaban en la cajita de lata que llevaba al colegio. La verdad era que al sultán lo estimaba como a mi mejor amigo. Comía en mis propias manos, y no obstante su orgullosa prestancia de rey del gallinero, me permitía el irrespeto de acariciarle la cresta. Y súbitamente llegó el día del pequeño drama que yo ya no olvidaría en el resto de mis días: el sultán desapareció del corral y fue inútil buscarlo. Recuerdo muy bien que yo era el más acogojado, y ofrecía mis oraciones matutinas por la aparición de mi altivo compañero.

De pronto *la de adentro*, que así se denominaba la doméstica de mayor confianza, empezó a dar alaridos: había descubierto, flotando en la profundidad del aljibe al lindo animal. Y vino lo más inesperado. De seguro, dijo la primera voz, don Agustincito, que es tan travieso, fue el que zampó al inofensivo animalito al pozo. Sí, tenía que ser él, dijo la segunda voz. Fue él, dijeron los demás. Desde el fondo de mi alma infantil subieron las más vehementes protestas. “Lo que no tiene perdón, lo peor de todo, es la mentira”, decía una de las maritornes. Las lágrimas del inocente no convencieron a nadie. Todo fue en vano. La tropa del servicio —entonces en las casas que se respetaban había una doméstica para cada oficio—, esa tropa, y los familiares todos, afirmaron que el inquieto chiquillo había cometido la gran fechoría. Fue la más grande tortura de mi infancia. Como nunca, sentí mi orfandad.

Pasaron los años, nos fuimos a Europa y regresamos una década después. El día de la llegada hubo banquete de familia, y me pidieron que hablara. Alguien, recordando quizá cómo cambian los tiempos, había mencionado mis travesuras de niño, y entre ellas aparecía como era natural, la vieja historia del animal ahogado. Pronuncié entonces el más breve, el más elocuente, el que mayor satisfacción me ha dado de cuantos discursos he pronunciado: “Mis queridos familiares, dije, oigan bien lo que voy a decirles: yo no ahogué el gallo”. Mi reivindicación había tardado quince años, y lo que atrás quedó dicho, explica no pocos aspectos de la vida de este fervoroso maestro, que habría de consagrar las horas todas de su existencia a buscar caminos para que la infancia de su patria no fuera amarga

como la suya, sino llena de alegría, de comprensión y de justicia. Ya van viendo ustedes qué tan entrañable raíz tiene la fundación del Gimnasio Moderno.

Pero recojamos el hilo donde lo habíamos cortado. Concluyó la guerra de los Mil Días, y en obediencia a la última voluntad paterna que expresaba el anhelo de sustraer a sus hijos del ambiente no muy propicio para la educación en aquella época, los hermanos Nieto Caballero fuimos enviados al extranjero. Diez años de ausencia de la patria; Neuchatel, Londres, París, Nueva York. Cuánto por recordar, cuánto por decir de aquella larga temporada de estudio.

Pasemos de largo los primeros años de ese contacto con el extranjero, y lleguemos a París. Eran los días en que Henri Bergson congregaba en su cátedra del Colegio de Francia, no solo a los severos estudiantes de filosofía sino a todo el mundo elegante de la llamada por antonomasia Ciudad Luz. Puede decirse que allí, frente a sus alumnos, construyó el ilustre filósofo sus grandes libros: *Materia y memoria*, y *La evolución creadora*. Al conmemorar su centenario, cómo es de grato y de justo recordarlo. Muerto Spencer, el cetro de la filosofía europea había pasado a sus manos. Bergson era un poeta, y un artista. El éxito mundano de sus sabias disertaciones se debía a la magia de su personalidad. Hablaba con voz pausada, como si adrede expresara con difícil facilidad su pensamiento. Daba la impresión de estar creando cada vez, delante del auditorio, sus ideas. Bajo la amplia frente socrática brillaban, como dos saetas, los ojos profundos, incisivos, mientras con las manos esculpía sus palabras. Si decía "energía", las dos manos se crispaban; si hablaba de intuición se convertían en alas; tan pronto expresaban afirmación, como cautela, sorpresa, como seguridad. Prodigioso escultor de la palabra, la palabra era modelada por él a su antojo. De sus labios salía un surtidor de bellas imágenes, de inesperadas metáforas. Sus discípulos, y las damas del gran mundo que se apresuraban a buscar cada tarde sitio entre ellos, quedaban desde el primer momento cautivados, quizás aún más que por la profundidad de los conceptos, por la manera como eran expresados. Jamás los oyentes, que a lo largo de cuatro años le seguimos, dejamos de oír cosas nuevas y hermosas. Asistir a su cátedra era presenciar un soberbio espectáculo de fuegos artificiales de la inteligencia.

Calle de por medio, en la Sorbona, Emilio Durkheim, el severo maestro a quien no vimos sonreír jamás, nos explicaba con el rigor del pensamiento germano y la claridad cartesiana, las ciencias de la educación, y Alfredo Binet, el genial psicólogo cuya tem-

prana muerte sumió en dolor a la juventud estudiosa de aquel momento, nos iniciaba en las pruebas de la inteligencia que habrían de recorrer el mundo de la sabiduría.

Unos pasos más, y estábamos en la Escuela de Derecho. Allí nos adiestraban en las duras disciplinas jurídicas y económicas, Planiol, Berthelemí, Lepradelle, May, Weiss, Leroy Bolieu, Gide. Era en esta escuela en la que anualmente había que pasar los exámenes reglamentarios.

Año tras año se le fue dando remate a cada curso. Pero no era esa la vocación; se trataba tan solo de la obligación universitaria. El magisterio era la idea-fuerza; era el pensamiento central de todos los momentos. Y tal afición, de tan amplias perspectivas, no permitía enclaustrarse en ese solo pensamiento. El medio era particularmente propicio para esta ilimitada expansión espiritual. Baste recordar que aquellos eran también los tiempos de Ribot, de Janet, de Langevin, de Boutroux, de Faguet, a quienes siempre se escuchaban con deleite. Y había más: En los grandes salones de conferencias nos hablaban Anatole France, Paul Bourget, Maurice Barrés, Richepin. En las cámaras el viejo Jaures, de tan potente voz, el elegantísimo Dechamel, el Tigre Clemenceau. En la Facultad de Ciencias, aun cuando no lo entendiéramos sino muy medianamente, Henri Poincaré congregaba a todos los que no queríamos perder una sola hora de aprovechamiento de aquella ciudad prodigiosa en donde centellaba la inteligencia en uno y otro rincón. En el Jardín de Luxemburgo nuestros propios paseos eran los de Remy de Gourmont en sus Promenades Philosophiques, como si de brazo estuviéramos con él.

Estos maestros de la filosofía, de la literatura, de la investigación, de la política, de la jurisprudencia, daban entonces grandes campanadas que se oían a través de Europa, y llegaban hasta los confines del mundo. En tal forma que al regreso, nuestros compañeros de generación habían leído los mismos libros que para nosotros constituyeron los jalones de nuestra propia formación.

En el Museo del Louvre recorríamos cada semana una de sus salas, y no fueron pocas las veces en las que tuvimos por guía al enigmático zar Péladan.

Desde París seguíamos a los españoles que entonces ejercían gran influencia en la juventud: Ángel Ganivet y Joaquín Costa, y todos los grandes viejos de fines del siglo: Valera, Pereda, Galdós, Menéndez y Pelayo, y la generación del 98. Todo esto rociado con la lectura de los clásicos.

La verdad es que jamás como entonces estudiamos, jamás como entonces nuestro espíritu estuvo lleno de nobles propósitos. Muchos son los años que han pasado, y cuando más podría tratársenos de ingenuos por el hecho de recordar lo que fue esa iniciación de nuestra vida ciudadana. Desconocíamos la holgazanería, lanzábamos gritos estridentes para reclamar nuestros derechos. Solo exigíamos la libertad para exponer nuestras ideas, y poníamos oído atento a las contrarias. Porque amábamos la libertad con equidad y justicia, y a los argumentos enfrentábamos argumentos, y no golpes.

Leíamos cuantos libros caían en nuestras manos, arrojando a la cesta de desperdicios aquellos que dejaban el espíritu asqueado, y guardando con voluptuosidad los otros para enriquecer la biblioteca que habría de constituir el elemento fundamental de toda nuestra vida. Éramos estudiantes de tiempo completo. Nuestro amor por los libros, a la par que espiritual era sensual, y en las librerías acariciábamos con los ojos las bellas ediciones de las grandes obras de arte que por su alto costo no podíamos adquirir, pero que dejaban en el fondo de nuestra alma de adolescentes la dulce melancolía de un amor imposible, mas para el que se espera que pueda llegar su momento.

En las vacaciones los dos hermanos Nieto Caballero, y su querida y admirada hermana Paulina, se iban por todos los caminos de Europa a ver países, a gustar paisajes, ciudades y museos.

Y aquí cabe una explicación ante aquellos de mis amigos y discípulos que aman hoy la excelsitud del modernismo. En esos diez años de contacto con la pintura y la escultura de los clásicos; ese haber pasado horas, días, semanas, meses y años con la mirada embelesada ante lo que entonces entendíamos y seguimos entendiendo como belleza auténtica, conformó la mente del que os habla, como para ya no dar poder cabida en el espíritu a la artesanía que hincha, abstrae, desarticula y desordena la naturaleza. Esta incapacidad de comprensión por las adivinanzas del llamado arte modernista, sé que es tratado por ciertos críticos del día como retraso mental. Pero la culpa no es mía: la culpa la tuvieron Leonardo, Rafael, Botticelli y Miguel Ángel; el Ticiano y Veronés; Franz Hals y Rembrandt, Corot, Millet y Delacroix; Capeaux, Rude y Rodin; y tantos otros magos de la pintura y la escultura, mencionados en el natural desorden en que vienen a la mente. Todos le dieron a mi espíritu una alegría y una emoción que siguen en plena vigencia.

Esto les explicará a todos mis discrepancias con esa grande, inteligente y encantadora crítica de arte, Marta Traba. Sobra agregar que nuestra polémica pública, si así puede llamarse el gratísimo coloquio que sostuve con tan dilecta persona, terminó gentilmente, sin un golpe de puerta estrepitoso, sin el menor gesto amargo, como concluye una visita entre amigos.

Así pasaron los años, y los tres hermanos regresaron a Colombia. ¡Colombia! ¿Quién había sembrado entre nosotros ese amor entrañable? Sin hogar, sin contacto con la patria en tan largos años. Ese amor estaba en la sangre. En los bosques de la India los antepasados que pueblan el espacio, hablan a sus nietos con voces melodiosas que van directamente al corazón. Y así debió pasar en nuestro caso. Era la voz de ultratumba de los padres y de los abuelos la que nos guiaba.

Nuestra carrera estaba trazada, cincuenta años de vibrante y generoso periodismo para el uno; cincuenta años de fervoroso magisterio para el otro; cincuenta años de inteligencia y de bondad expansiva para la hermana que sumió en su clarísima vida todas las grandes y auténticas excelencias de la mujer colombiana.

Y aquí llega el momento de una más íntima confidencia. No fue poco el desconcierto de la familia cuando, al regresar de Europa con la entonces resplandeciente aureola de haber cursado estudios en universidades extranjeras, conté a mis allegados que, a todo lo largo de esos años de ausencia había hecho, casi a hurtadillas, y al margen de la Escuela de Derecho, los cursos de Ciencias de la Educación en la Sorbona y en el Teacher's College de la Universidad de Columbia, y que habiendo llegado al convencimiento de que en Colombia sobran abogados y faltaban maestros, había resuelto dedicar mi vida al magisterio. Un voto de pobreza y castidad no hubiera causado tan honda consternación entre los míos. No pude yo menos de recordar el pensamiento dolorido de un padre de familia que, después de haber hecho ingentes sacrificios para educar a su hijo, se convenció de que, dadas las exiguas capacidades del muchacho, no podía dedicarlo a cosas de mayor vuelo, y tuvo que dejarlo para maestro.

Resignado a la suerte de aquel modestísimo varón, convidé a un grupo pequeño de conocidos a que vieran abrir el equipaje del viajero, con la intención de buscar colaboradores para la creación de una escuela. El equipaje estaba compuesto por unos cuantos fardos de libros, centenares de ellos sobre los tediosos temas de la pedagogía, y otros fardos de material didáctico, que causaron la mayor estupefacción.

Parecía el surtido para un almacén de juguetes. Eran cilindros de sonidos, tableticas de colores en serie, loterías de un género nuevo, construcciones de las más diversas formas, grandes cuadros con el proceso de las industrias representados en muestras que lucían en pequeñas casillas. Era el material Montessori, el material Decroly, el Museo Industrial Deyrole. Toda esa juguetería que estaba revolucionando la educación en Europa. Creo que mis coterráneos suspiraban de compasión al verme en medio de tan trivial mercancía. “Lástima que joven tan simpático se haya chiflado con esas boberías”, cuentan que dijo una dama de alta alcurnia, que descartaba así el pensamiento de llegar a ser la abuela de mis posibles hijos. Yerno, en quien alentaban tan menguadas aspiraciones, y de tan sombrío porvenir, en nada se parecía en verdad al príncipe azul con quien sueñan todas las madres.

Pero hubo un grupo que no tomó a insensatez el asunto. Ya se han anticipado en el viaje sin regreso casi todos los que lo componían.

En primer término mi hermano Luis Eduardo, de cuya entrañable amistad hablé una noche cuando la sociedad colombiana le rindió aquí mismo un soberbio homenaje. Él veía a la patria en todo el que hacía algo por ella, y acudía a estimularlo. Piensen qué no estaría dispuesto a hacer, si aquel a quien debía dar aliento era su propio hermano. Su obra perdurará en las páginas valerosas que nos dejó su pensamiento, siempre tan elevado y saturado de generosidad. Presentes estarán estas páginas en el espíritu y en el corazón de sus conciudadanos que no querrán ni podrán olvidar sus enseñanzas.

Otros de los hermanos entrañables, Luis Cano, Tomás Rueda, Melitón Escobar Larrazábal, Raimundo Rivas, Luis López de Mesa y los hermanos Santos, formaban la guardia blanca de los ideales que no teníamos empacho en divulgar. Y un pequeño cenáculo de poetas que hacía coro a nuestros anhelos literarios y que, con su donosura de gran señor, encabezaba José Eustasio Rivera.

Por aquellos días organizamos la revista “Cultura”. Era una revista de amigos que contaba con seis suscriptores. Era la revista de la amistad. ¡La amistad! Bella y sonora palabra en todos los idiomas. Dulce símbolo del más alto, más noble, más generoso sentimiento de la humanidad.

En círculo de amigos surgió el Gimnasio Moderno. Surgieron las cajas y los restaurantes escolares, y las colonias de vacaciones, y los centros de protección infantil, y más tarde el Gimnasio Femenino.

Pero concretémonos al Gimnasio Moderno cuyo cincuentenario celebramos hoy. Allí ancló mi vida, desde los albores de mi primera juventud, y allí permanecerá hasta el momento de levantar el ancla para emprender el viaje que no necesita de tiquete reservado, y que sin embargo es el único que tenemos seguro.

Un libro, en elaboración en estos días, contará la historia de esta institución. Mas no sobra hacer un anticipo esta noche, en la que para deleite de todos vemos aquí a tantos queridos y, hoy, admirados discípulos de cinco generaciones, si por lapsos de diez años se cuenta cada una. Educadores, periodistas, arquitectos, ingenieros, sacerdotes, médicos, abogados, industriales, banqueros, economistas, gentes de empresa, hombres de ciencia, investigadores, que por sus aulas han pasado, y que son el presente de la Colombia con la que soñábamos.

La mayor alegría del educador está en ver pasar, una tras otra, las generaciones que comienzan por ser esperanza y se convierten luego en la hermosa realidad que se identifica con el destino de la nación. El tiempo ha corrido vertiginosamente. Niños que hicieron sus primeras letras en el Gimnasio llegaron ya, o llegan ahora, a los 60 años.

¿Cuántos nombres por recordar en este día! El Gimnasio no es ciertamente la obra de un hombre, sino la de una constelación de ciudadanos que dedicaron buena parte de su tiempo y de su fortuna a darle forma a esta gran empresa de cultura.

Apenas alcanzaré a destacar la personalidad de algunos de nuestros compañeros. El primero de todos don José María Samper Brush, hijo del llamado en nuestra historia patria, "El Gran Ciudadano", y gran ciudadano él también. Sin este egregio patricio los días de la ambiciosa institución hubieran sido contados. Ya dijimos en la conmemoración de su centenario lo que pensamos de él.

Don José María Samper Brush fue varón de singulares virtudes. Desconoció en todo el curso de su vida la ostentación. No vieron jamás sus ojos el espejismo de la vanagloria. Su recia personalidad se recataba detrás de la bandera de la patria que ondeaba en su corazón al sople de su espíritu. La patria era para él, no solo el respeto y la veneración por su bandera y sus símbolos, no solo el culto externo de sus héroes y el fácil elogio de sus riquezas y potencialidades, sino el acendrado sentimiento de la devoción por ella, el anhelo de conocerla mejor, y de servirla.

Caballero, y cristiano en Cristo, fue este ilustre colombiano. Caballero íntegro por su elevado y firme carácter, por su rectitud, por su lealtad, por su afable ademán, por su perfecta cortesía, por su indefectible gentileza. Ejemplar cristiano en su hombría de bien, en su sencillez, en su generosa acción de cada día, en su proverbial desprendimiento, en su humildad genuina, en su desvelado amor por la niñez. Creía en esos valores, y lo movía el deber, sin sacrificios, por mero impulso de su naturaleza.

Quizá no pensó nunca en cuán fértil y perdurable iría a ser el fruto de sus hechos. Intuía, sí, que solo nos sobrevive lo que sembramos fuera de nosotros. Era, sin saberlo, un sembrador. Regaba su semilla a manos llenas, con gesto generoso, y confiaba en la fecundidad de los surcos. Regó sus plantas amorosamente mientras en la tierra estuvo, y sigue ahora regándolos con la enseñanza que a todos dejó. Pensar y actuar, actuar y pensar: este fue su ejercicio cotidiano. De nadie recibía, y a todos daba. Daba con alegría. Con aquella íntima alegría del que aprendió temprano a hallar más goce en dar que en recibir. Ignoró el egoísmo. Y cuando la lisonja llegaba para relieves el mensaje que traíamos, siendo el primero en merecer tal encomio, quería ser el último en aceptarlo para él.

Su padre hizo de su apellido enseña procera de inteligencia y de trabajo, y a tal enseña, encarnada en el nombre de Miguel Samper, fueron leales sus hijos, y entre ellos, con luz meridiana, quien desde la tumba sigue iluminando nuestra propia vida.

Los Samper Brush, varones de excelsas disciplinas morales, entendieron que la fraternidad de la sangre debe ser fraternidad del espíritu también, y todos ellos, de tan diversa personalidad, de tan destacados perfiles, y tan disímiles actividades, se agruparon cerradamente en torno de la bandera que el conductor de ellos enarbolaba, y prestaron su apoyo decisivo a la campaña de cultura patria iniciada en la escuela que, como un nuevo signo, hacía su aparición en el horizonte nacional.

Y ahora acabáis de oír, en oración llena de generosidad y de ingenio, a un nuevo vástago de aquella ilustre familia. ¿Cómo no recordar en esta hora a su padre, el dinámico trabajador por todas las más altas causas de la cultura que fue don Daniel Samper? Vivió para los menesteres de la inteligencia, y de sus múltiples actividades quedó honda huella en nuestra patria, que él supo amar y servir en todas las horas de la vida. Son tantas las cosas que el Gimnasio debe a sus iniciativas. Sus clases de literatura refrescaron en nosotros las sabias enseñanzas de aquel nobilísimo patricio

que fue don Fidel Cano, el primero de nuestros profesores en las clases de castellano. Uno y otro trajeron a nuestros claustros el amor por la buena lectura y la dignidad del estilo. La iniciación de nuestra Facultad de Economía fue exclusiva obra suya, y cuando fundimos esta Facultad con la de la Universidad de los Andes, el intrépido espíritu de Daniel Samper también fue allá. Es verdad que la Universidad de los Andes, desde sus propias raíces, estuvo íntimamente vinculada al Gimnasio. Sus fundadores, en buena parte, venían de allí, y de allí vendrían también dos de sus rectores; pero el mayor acercamiento intelectual entre los dos institutos, que con un mismo espíritu deseaban servir a la patria, se hizo más auténtico cuando el Dr. Carlos Lleras y el rector del Gimnasio acordaron fundir en una sola sus dos facultades de Economía, y los nuevos economistas o economistas jóvenes que, para bien del país han madurado tan brillantemente en el ejercicio de sus actividades, tienen en su espíritu tanto del Gimnasio como de la Universidad de los Andes. Por algo nuestros bachilleres continúan teniendo predilección por aquellos claustros que consideran como una continuación de los suyos.

Otro de los compañeros que ya no está con nosotros pero que en espíritu sigue acompañándonos: Tomás Rueda Vargas.

Con frecuencia se ha hablado del penetrante y castizo literato, del finísimo humorista, del historiador que llevaba en la sangre la historia, del incomparable intérprete de nuestra sabana, mas no tanto del maestro y esto fue ante todo Tomás Rueda Vargas: un maestro, maestro sui géneris, desprendido de la pedagogía, pero aferrado a los valores esenciales de la cultura y a la formación de las nuevas generaciones. ¿Cuál de sus discípulos no siente en su espíritu y en el corazón la huella perdurable de aquel maestro inolvidable? Con razón se ha dicho que los seres que hemos querido y admirado no mueren: se ausentan.

Han aparecido ahora, al amparo del amor de sus hijos, y para deleite de todos los colombianos, los tomos que reúnen sus mejores páginas. Lectura que todo patriota debe conocer. En un prólogo de Eduardo Santos vuelve a la vida esta insigne figura de Tomás Rueda, al conjuro de una pluma experta, que la admiración, el afecto y la alta visión de la patria dan brillo singular.

Compañero por muchos años en esta ambiciosa labor de cultura que representa el Gimnasio Moderno, y guía nuestro en tantas horas de amistoso diálogo, sigue siendo

nuestro consejero. De mí sé decir que ni un solo día he sentido el abandono de su compañía. Bajo los mismos árboles del Gimnasio y de Santa Ana, sus hijos, sus discípulos y nosotros, continuamos nuestra conversación con él.

Y es su inteligencia penetrante, su gracia sutil, su buen sentido, su don de consejo, lo que todos recordamos con afecto filial.

En el campo terrenal solo se extinguen las vidas que fueron inútiles. Las otras siguen hundiendo sus raíces en la tierra fecunda del espíritu, y florecen y fructifican más allá de donde alcanza la memoria de los hombres. Mientras la materia cumple su proceso de desintegración el espíritu continúa integrándose a todo lo noble, generoso y grande que animó su actividad.

Apenas brillamos un momento, como las estrellas fugaces para sumirnos luego en las tinieblas de la eternidad, pero ese fulgor instantáneo, si contribuye a iluminar la conciencia de los demás, se hace imperecedero.

Mayor tragedia aquella de los nuestros que se fueron en plena juventud. El primogénito de los hijos entre ellos, arrebatado por el destino en los albores de la primavera. ¡Oh Dios que de barro nos hiciste y en barro nos conviertes, y solo en préstamo nos das el espíritu que alienta nuestra vida! Solo tú sabes por qué la existencia se prolonga tan largamente en algunos de nosotros, y sopló sobre tiernas, fulgurantes vidas que tanto más merecían llevar hasta su culminación los excelsos dones de su inteligencia y de su corazón.

Sería abusar de vuestra paciencia continuar con estas evocaciones que muchos de vosotros estaréis haciendo también. Estoy seguro de que no son pocos los nombres que vienen ahora a la memoria de todos los presentes. Solo he aludido a algunos de los que ya rindieron su tarea en la vida. De ellos, ¡cuántos falta por nombrar! Y cuántos habría que mencionar entre los que en estas horas nos han acompañado. Hoy mismo ha iniciado nuestro día, en la capilla del colegio, el eminentísimo señor cardenal Luis Concha Córdoba, que tan deferente ha sido con nosotros desde los lejanos tiempos en los que con su presencia enaltecía nuestras aulas. Y a mi lado —como a su lado he estado yo siempre vemos a S. E. monseñor Emilio de Brigard, nuestro capellán por más de 25 años, y presidente hoy de nuestro Consejo Superior. Con nosotros ha estado sin faltar una hora, en los momentos de satisfacción y gozo, como en los de dolor. A nadie como a él

cabe el nombre de Pastor de Almas. Pastor egregio ha sido para el Gimnasio, y jóvenes, viejos y niños forman el aprisco que él conduce, como lo condujo por tanto tiempo, y colabora a hacerlo en el presente, otro santo varón, monseñor Luis Gómez Brigard, quien ganó para siempre nuestro respeto, nuestra admiración y nuestro afecto.

Veo aquí a Julio Carrizosa Valenzuela, leal compañero en el Ministerio de Educación, en la Rectoría de la Universidad Nacional y en el Gimnasio. Cuántas preocupaciones, cuántas iniciativas de interés por la patria, compartidas con él.

Veo a tantos más: los miembros del Consejo del colegio, alma de la institución, y el profesorado todo, a cuya cabeza se encuentra el profesor Ernesto Bein, quien nos acompaña desde hace veintisiete años, y a cuya inteligencia, capacidad de trabajo y sabiduría debe tanto el Gimnasio de hoy. En él saludo a todos los profesores, coautores ellos del éxito magnífico que año tras año han ganado nuestros alumnos en los exámenes de ingreso a las universidades. Y quisiera, con el nombre de Isabel Holguín de Gómez, la dignísima dama que con tan grande acierto y tan delicado don de gente, dirige, de tiempo atrás, nuestra primera enseñanza, quisiera con ese solo nombre, saludar a todas nuestras profesoras que han puesto la nota de gracia, dulzura y señorío, en los campos gimnasianos, y cuya preparación docente y formación moral atestiguan asimismo el éxito del personal que llega hoy a la segunda enseñanza del Colegio. Qué grato sería nombrar, uno a uno cuantos han sido los forjadores de esta escuela. La verdad es que en el Gimnasio todos hemos formado un solo haz espiritual que ni la muerte logró desintegrar.

¿Y qué decir de aquellos que con sus generosos donativos, y con la acertada dirección de sus finanzas, han hecho posible, salvando ingentes dificultades, liquidando déficits cuantiosos, darle, por fin, a esta entidad educativa, después de tan grandes vicisitudes, la solidez económica, las espléndidas construcciones, las bibliotecas y los elementos científicos con que hoy cuenta?

Todos han contribuido a hacer del Gimnasio lo que hoy es: una escuela que forma ciudadanos; una escuela que antes que en la instrucción piensa en la educación; que estimula el esfuerzo individual, que estructura el carácter, que forja la voluntad, que orienta el espíritu cristiano y democrático, que despierta la sensibilidad social, que cultiva los más altos sentimientos de la personalidad; una

escuela que tiene en cuenta el pasado y el presente, pero que mira hacia el porvenir, frente a las necesidades del país, con ventanas abiertas a todos los horizontes.

Se ha hablado en diversos tonos de la generación del centenario. La gente no deja de sonreír de nuestro espíritu de ecuanimidad. Descendientes directos de la generación que fue a la guerra de los Mil Días, testigos de los horrores y miserias que ella trajo, fuimos desde la infancia enemigos de la violencia. Nuestra niñez quedó marcada por el sello de esta tragedia nacional, y fue nuestro mayor anhelo poner de nuestra parte el máximo esfuerzo de nuestra vida porque tamaño dolor no llegara a repetirse. El fervor por esta campaña de paz y buen entendimiento nos ha acompañado hasta los linderos de la senectud. Ha sido suerte para los miembros de esta generación terminar la jornada antes de que la vejez los paralice.

Qué noble, respetable y aterradora cosa es la vejez. Alguien ha dicho: los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra. Pero no quiero en esta hora dejar un resquicio siquiera por donde pueda entrar la pesadumbre. Quisiera, más bien que ver ceños fruncidos, estimular la sonrisa, y para ello apelar a las quisicosas del modernismo, en este fin de fiesta.

He aquí unos versos de autor desconocido que son del estilo hoy en boga, no propiamente del abstracto sino del figurativo. Oigamos a aquel bardo para alegrar nuestro espíritu y aminorar la pesantez de esta larga disertación. Dice así este poema de nuevo cuño dedicado a la senectud:

El huracán de los años
se lleva los cabellos.
Dejamos de ser bellos.
Mas, para fortuna nuestra,
murió la tentación.
Pasó el tiempo de amor
de súplicas y llanto,
y ahora solo queda
el propio espanto,
el bostezo,
y el perdón que nos otorga Dios.

Pero no en todo ha sido este el caso del homenajeado de hoy, al menos si nos situamos en un mirador espiritual. El ánimo por el trabajo y el estudio, la alegría de vivir, la juventud del alma, la curiosidad permanente por los nuevos conocimientos, el amor por los libros, no se han marchitado todavía. Por ello, ¡loado sea el Señor! El desgaste vendrá ineludiblemente, y más pronto mientras más intenso sea el trabajo, pero no cabe duda de que más vale gastarse que oxidarse.

De todas maneras, sea en verso o en prosa, sabemos que para un vino añejo o un coñac tener 75 años es una presea. Para una persona la cuestión es distinta. Ciertamente en tal emergencia es preferible la edad de los licores a la nuestra.

En todo caso sería grato morir joven a los ochenta años. Sería como prolongar el otoño.

Las estaciones todas, las de la naturaleza como las de la vida humana, tienen sus especiales atractivos. En el otoño, que viene cuando las hojas comienzan a caer, después de haber cumplido su misión de purificación y de alegría, es cuando la mirada se hace más penetrante, el oído más fino, y el gusto por las cosas buenas más reposado y más exquisito. Ha de ser por esto que tan hondamente puedo apreciar la espléndida manifestación de esta noche. Mil gracias a todos por vuestra inagotable generosidad.

Introducción del libro *Una escuela*

Este libro ha debido publicarse hace muchos años. Las páginas iniciales que llevan por título “Antecedentes” fueron escritas en nuestra juventud, cuando apenas se habrían cumplido tres lustros de iniciadas las tareas del Gimnasio Moderno, y no obstante su estilo por demás juvenil, y un tanto ingenuo, no hemos querido hacerle mayores variaciones. En nuestro propósito de historiar lo más fielmente posible el origen y los primeros desenvolvimientos de esta empresa de cultura, nos pareció que era conveniente no retocar el esbozo original. Creemos que así damos mejor idea de lo que ha significado este esfuerzo, y del espíritu que desde un principio lo animó.

Fueron redactados años después —y han permanecido hasta ahora inéditos— los cinco capítulos siguientes: “Nuestros ideales”, “Los maestros”, “La disciplina”, “El sentido social de la escuela” y “El espíritu de la enseñanza” en su primera parte.

La vida de ininterrumpido trabajo en esta rectoría, y quizá el temor de cristalizar un pensamiento que ha estado siempre en acción, y tal vez también el deseo de poder hablar algún día de este intento cuando hubiera alcanzado mayor madurez, fueron haciendo aplazar año tras año esta publicación. Es solamente ahora, que con motivo del cincuentenario del Gimnasio, el Consejo Superior del colegio ha urgido al rector para que ponga en orden y completamente, los apuntes que forman el volumen que hoy entregamos al público.

Queriendo hacer de este libro algo que pudiera servir, al menos en parte, a todos los maestros, tuvimos la idea de dividir en dos secciones cada uno de los capítulos: la primera comprendería las normas generales de educación en los distintos temas contemplados, y la segunda entraría en sus aplicaciones, tal y como fueron, entrevistas practicadas por nosotros. No siempre fue esto posible porque la obra en

marcha ha quedado de tal manera fundida con la doctrina que la guía, que más de una vez las dos miras se compenetran y confunden.

De todos modos, queda en el presente volumen la expresión del ideal que a lo largo de estos años ha determinado nuestra acción.

Tendríamos que reconocer asimismo que en los seis tomos que recogen, por iniciativa del Consejo Superior, gran parte de los escritos del rector, queda la síntesis de cuanto ha movido al Gimnasio en este medio siglo de su existencia. Y no podía ser de otra manera. La gran mayoría de las notas, reunidas ahora en volúmenes, fueron escritas al calor de este hogar docente, y en medio de las juventudes que día a día las inspiraban. Varios de aquellos artículos no son, en efecto, otra cosa que el reflejo de las pláticas semanales hechas a nuestros alumnos, y de las conversaciones tenidas con los distintos colaboradores en esta casa de estudios.

No es este el sitio para hacer la crítica de los diversos sistemas pedagógicos en boga, crítica a la que por otra parte no hemos tenido nunca inclinación. Solo nos interesa todo lo que haya en ellos de constructivo, y es de este aspecto del único que quisiéramos ocuparnos. No nos sentimos en una academia en cuyo recinto pudiéramos discutir a espacio y en prolongadas sesiones las encontradas teorías de los pedagogos. Estamos frente a una escuela y en medio de centenares de muchachos que reclaman una acción positiva de todos los momentos. Estudiamos cotidianamente lo que los libros y las revistas traen a nuestro conocimiento, pero lo hacemos como quien busca una inspiración, y no un motivo de polémica. Buena cuenta nos damos de que nuestra elocuencia debe estar en los hechos, no en las palabras.

En un organismo de acelerado crecimiento como este, la labor va haciéndose más intensa cada día. No queda lugar para la discusión de teorías con las gentes de fuera. El trajín diario de la escuela, en medio de amables compañeros, grandes y chicos, colegas y alumnos, con las constantes fugas hacia el estudio que toda tarea hecha a conciencia exige, encauza el ímpetu de nuestra vocación, y cubre para nosotros íntegramente las horas de cada jornada. No todo es placer en ella, ni los interrogantes que se presentan son siempre fáciles de resolver. Educar es un problema complejo, y no toda la gente joven tiene el mismo grado de *educabilidad*. Pero el maestro debe llegar hasta el fin de su esfuerzo, en la seguridad de que hay satisfacciones que valen por todos los desengaños.

En este libro se verá cómo ha sido de persistente nuestra preocupación por ayudar a formar las juventudes confiadas a nuestro cuidado. Buena cuenta nos damos del momento que vivimos, impregnado de tecnología, y movido obsesivamente por el practicismo. Y está bien que se dé una preparación para la vida, en íntimo contacto con las apreciaciones de la hora, pero como hay valores espirituales y morales que han de dar contextura primordial al ser humano, sobre esos valores ponemos nuestro acento. Estamos ciertos de que el hombre vale ante todo por el tipo de ideales que lo mueven. No es extraño así que en medio del torbellino de las creaciones y exigencias del progreso material queramos adentrar como punta de lanza las demandas que se refieren al espíritu.

Por otra parte la superficialidad invade la sociedad contemporánea, y no decimos una novedad al recordar que existe siempre el peligro de que la mediocridad asalte a todo el que vive en un medio superficial. Contra ese peligro debemos alertar a la juventud.

Sería baladí lamentarnos de no tener hombres a la altura de las necesidades materiales y culturales del país, si no hacemos nada por encaminarlos. El nuestro es un tenaz empeño por educar cumplidamente a esos hombres que necesitamos. La lucha para lograr este intento, como lo dijimos atrás, es a veces dura y no son pocos los esfuerzos que en apariencia resultan infructuosos. Pero las ideas hacen su camino, y llegan un día a su destino.

Que no se piense, sin embargo, que nosotros hayamos pretendido, por un instante siquiera, que solamente existe la ruta que hemos tomado. Comprendemos que son muy variadas las sendas que van a un mismo punto, y que son muchos los puntos adonde vale la pena llegar. Hay más, nunca hemos creído que nuestro modo de recorrer la vía elegida excluye las demás, sabemos que son diversas las maneras de hacer un mismo trayecto. De ahí que no nos hayamos detenido a disputarnos el campo con quienes pretendían ser los únicos que conocían el rumbo de la verdad, de la belleza y del bien. Sonreímos siempre ante estos amagos de querrela, y seguimos adelante por el derrotero que estaba ya trazado, llevando siempre en el espíritu la ilusión de que al final de la jornada habríamos de encontrarnos todos los hombres de buena fe y de buena voluntad.

Existe aquí una modalidad de autocrítica que se anticipa a toda censura que venga de afuera, sin que esta deje de apreciarse y estudiarse cada vez que se presenta.

Salvar el ideal, pero salvarlo en realidades adquiridas —verlo convertido en obras tangibles—: este fue en todo tiempo nuestro primordial afán. Se entenderá ahora por qué las angustias económicas, que en los primeros años amenazaron la institución, no nos alarmaron demasiado. Las teníamos previstas.

Una crisis de ideales hubiera sido fatal, pero una crisis de dinero, cuando se trataba de poner en pie y de hacer avanzar una idea de acción social extensa y fecunda, era tan natural, tan lógica y tan legítima como pudiera serlo la ganancia pecuniaria en una empresa comercial. Sin embargo, apenas si se verá en estas páginas cómo fue recia la brega de los años iniciales.

Cuando el Dr. Decroly nos dijo un día en estos campos del Gimnasio, en donde dialogábamos cada tarde, que esta escuela era un milagro pedagógico, nos atrevimos a insinuarle que el milagro más sorprendente era el financiero. Haber conseguido dinero para impulsar una obra que a sabiendas iba a dar pérdidas cuantiosas por muchos años, hasta el momento de ponerla firmemente en pie, no fue ciertamente un acaecimiento normal.

Mirando hacia atrás contemplamos el cúmulo de obstáculos que se agolparon a lo largo del camino que queríamos seguir. El país entero se dio cuenta de estos escollos, y vino en nuestro apoyo, guiado por la prensa que fue generosa hasta el extremo de ofrecernos gratuitamente sus páginas para que expusiéramos, al mismo tiempo que las teorías de renovación educativa que movían esta empresa, las grandes dificultades que se levantaban como muros infranqueables para estorbar nuestro paso.

No podemos olvidar que fueron grupos de esclarecidas damas las que, con la intuición que ellas tienen de las cosas que interesan al porvenir, prestaron su contingente de talento y voluntad para ayudarnos. Ya diremos también aquí lo que fue el concurso dado a manos llenas por ese gran patriota y muy ilustre ciudadano que fue don José María Samper.

Se había creado un espíritu, y esto es lo que de todo esfuerzo humano sobrevive. Con este aliento el ideal no podía zozobrar ni detenerse. Las batallas que se libraron nos dieron ánimo para seguir haciendo frente a todas las que fueran necesarias en el intento de hacer progresar esta escuela, que no quiso pertenecer a un grupo de individuos sino a la colectividad entera, a toda la nación colombiana. Corporación esta cuyos únicos dividendos son los ciudadanos bien formados que queremos dar al país.

Y así hemos visto cómo no han faltado los hombres que en una y otra oportunidad se sintieron tentados a tomar acciones de las que solo dan dividendos espirituales.

Para satisfacción de nuestra conciencia nos basta el haber contribuido a encauzar en línea recta a las juventudes de las nuevas generaciones. Hemos bregado por entregarlas a la nación, sanas de cuerpo y de espíritu. En sus manos pusimos la bandera de entusiasmo, esperanza y fe en la acción que nuestros mismos alumnos idearon. En su mente, una severa disciplina científica, generosa hospitalidad para recibir las ideas renovadoras, y una altiva honestidad. Motor de estas nuevas unidades es el claro sentimiento del propio decoro que poseen. Hemos deseado siempre que la práctica de los principios que queremos inculcar a nuestros alumnos, formen en ellos una segunda naturaleza. Hemos hecho un culto de la educación.

Las generaciones salidas de estos claustros están marcando honda huella de eficacia y rectitud. Teníamos derecho a esperarlos así de todos los que cumplieron lealmente con sus deberes de niños y de jóvenes: han mostrado ya que saben cumplir igualmente con sus deberes de hombres. Nos parece que en su inmensa mayoría están destinados a no cruzar el camino de la vida sin dejar el rastro de su paso, firme y consciente.

No todo se ha logrado fácilmente en el Gimnasio. La creación de la Segunda Enseñanza, valga el ejemplo, fue un problema que debatimos largamente. Algunos pensaban que el instituto debía contentarse con realizar una escuela primaria modelo; mas los que soñábamos con formar cumplidamente a los muchachos que se nos confiaran, insistimos en que el modesto instituto que habíamos iniciado era solo un primer paso en la obra que aspirábamos crear. Y porque así lo sentíamos los fundadores del colegio, la Segunda Enseñanza se estableció y ya con lo que ella ha obtenido creemos haber hecho la demostración de que hubiera sido un gran error detenernos en una escuela de primeras letras.

Es verdad que al terminar la Segunda Enseñanza queda todavía la incógnita de la atmósfera universitaria, en la que en medio de muy valiosos elementos, los hay también dañados y dañinos. La sangre nueva y limpia puede viciarse en los años que faltan para la completa formación de la personalidad. Mas aquí también es preciso que nuestra fe continúe. Estos muchachos que han madurado en seriedad; que se han hecho a un método de trabajo; que en su mente llevan ya, aun cuando sea incipiente,

el espíritu de investigación; que dentro de una disciplina de confianza han construido ellos mismos su concepto de la fortaleza moral y de la hombría de bien, están en cierto modo virtualmente defendidos de las acometidas y del dominio de los holgazanes disolventes, que para los débiles de carácter podrán no solamente ser peligrosos sino completamente destructores.

Son nuestros propios discípulos quienes mejor pueden decir al país el valor que pudo tener nuestro esfuerzo. Tenemos la certeza de que la mayor parte de ellos, movidos por los generosos impulsos de la juventud, y que en su salud moral y física ostentan sin petulancia, pero con plena conciencia, la fuerza de la entereza masculina, harán valerosamente cosas afirmativas pero jamás violentas. Serán revolucionarios que construyen, revolucionarios que trabajan silenciosamente para bien de la sociedad. De seguro valdrán ellos más que nosotros sus maestros. Decimos esto con el orgullo del hombre que en su tarea aspira a verse superado. Estos discípulos —así lo anhelamos— habrán de ser la parte buena de nosotros, proyectada hacia el futuro; y es este afán de hacer sobrevivir en el alma de otros, únicamente lo mejor de lo que hemos sido, lo que convierte el llamado sacrificio del maestro en un extraordinario privilegio.

La escuela no es únicamente el lugar adonde el niño va a aprender. Es también el sitio en donde se forja su carácter. La escuela debe dejar en la mente infantil el humus, como si dijéramos, de la futura personalidad. Y esto creemos haberlo conseguido.

La voluntad de hacer algo: este es el ímpetu que nos mueve. Fouillée nos había enseñado a sus discípulos lo que es una idea-fuerza, y había dicho con penetrante intuición que toda idea de un acto es el comienzo de ese acto, y del nobilísimo Guyau sabía ya la juventud de aquellos tiempos que la vida hay que hacerla cada vez más intensa individualmente, y socialmente más extensa y fecunda.

“Chiflados” se nos había llamado al comienzo. Gentes salidas de la universidad, convertidas de la noche a la mañana en maestros de escuela primaria. Aventura original, es cierto, pero se habría de ver que no tenían perdido el juicio los que la acometían. El entusiasmo prendió un día como una llama, y su luz pudo verse, y su calor sentirse, pocos años más tarde, desde el extranjero.

Mas nuestra insatisfacción es permanente. Sabemos que las deficiencias del colegio son todavía muchas. No somos conformistas. La inconformidad nos hace pensar y progresar. Empero, tenemos conciencia también de que ya hemos colocado de

manera estable las piedras angulares de esa obra que se llamó quimérica cuando la iniciábamos.

Cada año hay que hacer cambios, y hasta transformaciones, pero esto se hace siempre con el fin meditado de mejorar. En una fábrica hay piezas que es necesario renovar; otras a las que basta cambiar tuercas y tornillos ya gastados; algunas que solo necesitan de aceite para seguir marchando. Así en la escuela.

Otra cosa es que haya valores permanentes. Es evidente que en todo tiempo nos ha preocupado el alumno en sí como ser distinto de los demás, pero entre nuestros desvelos primordiales ha estado el de hacerles sentir a cada uno de los miembros de nuestra escuela que todos hacen parte, son parte, de un conjunto social al que se debe servir siempre. Lo que es distinto de ser meras piezas inertes de un engranaje.

Nos interesa que no cambie el ambiente aquí creado. Hemos querido que en todos los campos del colegio, en todas las salas, en todas las clases, en todos los rincones, se haga visible la pulcritud, el buen gusto, la decencia. Es importante en educación que una atmósfera nociva no tuerza el criterio y los sentimientos de los alumnos. El ambiente está en todos los momentos ejerciendo influencia decisiva sobre la comunidad.

Tanto como la salud física nos importa la salud espiritual y moral. Fortificar el cuerpo y fortificar —digámoslo en su sentido cabal— el alma, han sido propósitos de finalidad indivisible que jamás han formado en nuestra mente dos campos separados.

Buscamos, en cuanto ello es posible, la armonía integral del ser humano, y por ello hemos bregado tanto por tener, como colaboradores, profesores que por su selecta calidad y su finura espiritual estuvieran identificados con nosotros en estas finalidades educativas.

Cada director de grupo tiene la función esencial de ser el guía, el consejero de los alumnos encomendados a su dirección. Piensen lo que ha de ser él como conductor espiritual. Ha de estar atento al desarrollo de la individualidad de cada alumno. Además, para interesar a sus discípulos, para conservar en ellos la atención, es indispensable que esté renovando su espíritu constantemente. Así se mantendrá siempre fresco de ánimo y sentirá día tras día acrecentada su necesidad de estudio. No se contentará con lo que le ha dado su experiencia, por larga que ella sea, sino

que consultará en la biblioteca los libros que a todos nos traen nuevas ideas y nos sugieren nuevas actividades. Así cada vez irá con alegría a ponerse en contacto con sus alumnos. Esto es lo que ha hecho el prestigio de todo verdadero maestro.

No está en la prédica que hagamos constantemente a nuestro alumnado el modo de llegar a la entraña de sus ideas y sentimiento, cabe decir a su personalidad. Para ello es necesario que el profesor cambie su eterno monólogo por un diálogo constante. Alguien dijo: “El catedrático que no quiera que se le interrumpa en el curso de sus exposiciones, que haga sermones y no clases”.

Quisiéramos poder aumentar estímulos constantemente y disminuir castigos. Desde luego comprendemos que es tan difícil acrecer los estímulos como es fácil concebir y aplicar sanciones. Ha de ser por esto que tantos maestros castigan ciegamente, en vez de buscar luces que iluminen la conciencia. Olvidan que el estímulo es la principal palanca de la educación. Ya lo dijo Binet.

En todo caso es la calidad del profesor el factor que define la eficacia de su enseñanza.

No podemos pretender que seamos nosotros —los actuales maestros del Gimnasio— quienes puedan cosechar todo el resultado de su esfuerzo. “Quien siembra no es siempre quien recoge”, dice el evangelio. Sembrar es sin embargo uno de los más intensos goces de la vida. Al sembrador lo anima la ilusión, y hay en su gesto, al lanzar la semilla con mano generosa, una amplitud que contrasta, con el ademán ávido del que recoge. Por otra parte, desde ahora nos damos cuenta de que no todos los frutos serán de excelencia. No vivimos aquí en un paraíso, ni estamos en capacidad de eliminar todas las influencias que puedan oponerse a nuestro querer. Pero el resultado que obtengamos, de ello estamos seguros, merecerá nuestro máximo esfuerzo.

No es posible, ni sería cuerdo aspirar en ninguna obra, y mucho menos en una de carácter educativo, al rendimiento de ciento por ciento, que solo pueden pedir los ilusos. Quisiéramos sentirnos orgullosos de todos cuantos por las aulas del Gimnasio han pasado, y asimismo quisiéramos que todos ellos sintieran el orgullo de haber sido de los nuestros, y visitaran con frecuencia la casa que fue para ellos su segundo hogar.

Mas esta bella uniformidad de sentimientos no podremos lograrla jamás. En todo tiempo hemos de estar preparados para decir de algunos: “Aquel pasó por nuestra casa, pero su espíritu no pasó por él; “Aquel por quien tanto nos interesamos se olvidó

de sus maestros”; “Este ni siquiera puso amor en el árbol que sembró, y los años han pasado sin que haya vuelto al sitio en donde discurrió su infancia y en donde ese árbol cumple ya su bella misión de dar sombra, en ausencia del sembrador, a quienes en este campo hemos quedado”.

Pero estas serán las excepciones. Los otros, los que forman la enorme mayoría, nos han hecho sentir ya, frecuentemente, el calor de su recuerdo, y han sabido mostrar por su acción y sus triunfos que nuestra vida no tomó una ruta equivocada cuando se entregó por entero a la formación de las nuevas generaciones en cuyos ojos leímos un porvenir venturoso para la nación.

Hemos procurado que un mismo espíritu informe la totalidad de esta labor. Entendemos la escuela como un conjunto armónico de profesores y alumnos, en el que los profesores, en un acercamiento de todas las horas y por medio de una plática constante, se pongan de acuerdo sobre la orientación espiritual que han de dar a los alumnos, y en el que estos sientan sobrepasar, persistentemente, la influencia educadora que quisimos encauzar en su provecho.

Nuestra escuela es una comunidad que halla su fuerza unitaria en la identidad de propósitos, dentro de la diversidad de temperamentos y vocaciones.

Constantemente recordamos a nuestros colaboradores la necesidad de mantener, dentro de una disciplina decorosa, la flexibilidad que el adulto ha de ejercer siempre en sus proceder para con el niño y el adolescente. No es cosa de enfrentarse de igual a igual, como algunos lo reclaman. No hay que olvidar que el maestro tiene, o debe tener, la conciencia plenamente formada, en tanto que el discípulo la está formando, precisamente con la ayuda y los consejos de sus mayores. Que el alumno no tenga flexibilidad para con su maestro no es de extrañarse, pero que este no la tenga con aquel, sería inadmisibile.

Se educaba otrora para obedecer. Ahora se educa para desarrollar aptitudes, para formar personalidades. Hablamos todos de la necesidad de enseñar a pensar, mas es preciso que enseñemos a pensar bien. Y esto es lo que se ha tenido en cuenta en esta escuela.

Nunca hemos pretendido que nuestros bachilleres, con su diploma enrollado como batuta bajo el brazo, salgan a ser líderes, gerentes, rectores de universidad, ministros del despacho, ya lo han sido, y seguirán siéndolo, pero después de haber probado

sus capacidades y fuerzas en la vida, y haber llegado a la plena madurez. De todas maneras en esta escuela han recibido el primer impulso de sus futuras motivaciones espirituales. No son ciertamente candidatos para la indiferencia, el escepticismo y la holgazanería. No quedarán —de ello estamos seguros— al margen de sus deberes. Muchos se muestran especialmente activos desde los últimos años de su bachillerato, y de pronto en alguno de ellos se revela un verdadero espíritu apostólico.

La tragedia del educador está en que cada mañana ha de pensar hasta dónde habrá destruido la ciudad la labor que creía adelantada el día anterior. La escuela devuelve a la ciudad cada tarde el inquieto enjambre por el que con tanta ilusión trabaja todo el día; y la ciudad, que no es precisamente una educadora, tiene elixires distintos de los que busca el maestro para dar a la colmena.

¿Qué remedio queda? Ninguno será válido mientras no lleve el triple respaldo de la familia, la sociedad y la escuela. Sin esta colaboración no habrá medida que no resulte contradictoria e ineficaz. Mas esta unión, para resolver un problema que a todos nos interesa por igual, ha de ser de posible realización.

La concentración de todas nuestras fuerzas, esto sí, es necesaria para seguir adelante. Urge, para cuantos estamos animados por el impulso de la acción que nos hagamos a la idea de que una de nuestras fundamentales ocupaciones, una de nuestras más grandes empresas, uno de nuestros más serios negocios, es la viril formación de una nueva ciudadanía. Si no atendemos a ello, todo lo que venimos creando —ideales, riqueza, progreso nacional— se desbaratará en nuestras propias manos.

Sin olvidar que la nación es un pasado, y que sin este pasado la idea y el sentimiento que la patria encarna carecen de sentido, pensamos que el presente es lo único que realmente nos pertenece, y construimos con ese presente el iluminado porvenir que es nuestra enseña, y lo que da sentido a nuestra febril actividad del momento.

Nuestra grandeza como nación hemos de buscarla por sobre todo en la intensificación de nuestra cultura. Los que nos predicán la elocuencia de la cifra, o el estrecho practicismo de la civilización contemporánea, desconocen u olvidan que esa fuerte república del norte que nos presentan, como prototipo de poderío y bonanza, es grande hoy ante las naciones del orbe sobre todo por sus laboratorios, sus bibliotecas, sus museos, sus universidades. Es en esos centros de intensa investigación y honda cultura en donde se han formado los cerebros creadores de los maravillosos inventos

y las formidables empresas que han hecho rica a la nación. El practicismo sin ciencia es empirismo, y cuando carece, de un ideal, convierte al hombre en máquina, reduce tristemente la entidad humana a una entidad mecánica.

Así lo han comprendido esos acaudalados norteamericanos que entregan sus millones a las grandes instituciones de cultura en donde ellos aprendieron a ser prácticos e idealistas a la vez. Un pueblo en el que la gente rica gasta de esta manera sus dineros, es más respetable ante el espíritu por este solo hecho, que por los kilómetros de carreteras y ferrovías, y el número de los acorazados y aviones que posea.

El nacionalismo que hoy predicán todas las naciones no ha de entenderse como una idea fatua y agresiva, sino como voluntad colectiva empeñada en forjar una cultura que ha de ser parte integrante de la cultura humana. Este es el tipo de nacionalismo por el que venimos abogando en esta escuela. Un nacionalismo que surja del análisis que hagamos de nuestras fuerzas y de nuestras debilidades; y no para ocultar estas y exaltar aquellas, ni tampoco para erigir sobre nuestras deficiencias la teoría del llamado derrotismo, que sume a sus adeptos en una cobarde inacción.

Los derrotistas lo dejan todo convertido en ruinas, y sobre esas ruinas revolotean luego como banda de papagayos que atruenan el espacio con sus gritos, espantándose ellos mismos, y no encontrando ya dentro de la patria ni un árbol solitario donde poder posarse. Mientras los papagayos chillan en el aire, los hombres debemos trabajar sobre la tierra firme. Nuestro nacionalismo hemos de entenderlo, pues, en forma amplia, generosa, y sobre todo activa; ajeno siempre a cualquier sentimiento belicoso, seguro de que la propia grandeza no excluye la grandeza de los otros, ni ha de hacerse a expensas o perjuicio de ellos.

Por todo cuanto hace a nuestro empeño, hemos de decir una vez más que la fe en la acción continúa siendo en nosotros fervorosa. Tenemos conciencia de nuestras propias deficiencias, pero cada día asistimos a la renovación de variadas iniciativas. Cuantos aquí trabajamos tratamos de complementarnos unos a otros, y así cada cual viene a ser una parte, no indispensable, si se quiere, pero siempre necesaria, para el funcionamiento de la complicada máquina que hemos construido, y cuya mejora buscamos incesantemente.

Bien sabemos que no hay nada en nosotros que pudiera dar pábulo a la vanidad. Bien sabemos que estamos constituidos de la misma arcilla que los otros hombres.

Nuestra buena suerte quiso que llegáramos en tiempo propicio a la patria, y que así como otros tuvieron la gloria de morir por ella, a nosotros nos fuera dado la de vivir para ella; y la patria ha correspondido generosamente al amor que le mostramos: cada día por boca de algún noble vocero nos está diciendo que no estamos solos, y que en buena compañía estaremos, mientras sepamos sostener en alto la bandera de esta escuela. Nosotros no hemos hecho más que poner nuestro entusiasmo, nuestro fervor, nuestra pasión pudiéramos decir, al servicio de una idea que estaba en el ambiente. Esta idea caló un día hasta nuestros propios huesos, y se hizo sustancia, de nuestra sustancia misma, y se convirtió en la energía de nuestro espíritu, de nuestro corazón, de nuestra conciencia.

El entusiasmo parece ser hoy un impulso común de cuantos en el hogar del Gimnasio hemos pasado los más intensos y los más hermosos años de nuestra existencia. El entusiasmo es amor al trabajo, es ánimo, es frescura en el espíritu. El entusiasmo es la alegría que llena el alma cuando la acción marcha hacia la meta que queremos alcanzar.

Y no es que en nuestros quehaceres de cada día estemos todos de acuerdo. El espíritu de franqueza que nos anima es demasiado grande para que podamos manifestar siempre un mismo parecer. Pero nuestra intención sí es una misma, y de ella nace la voluntad de mutua ayuda.

Mientras escribimos nos llega a los oídos la confusa algarabía de centenares de muchachos que juegan en los campos del colegio o discuten sus problemas bajo los árboles. Es el paso de las generaciones. ¡Son tantos los hijos y nietos de nuestros viejos alumnos! La sangre se renueva en ellos, y en nosotros la ilusión. Están en horas de recreo, y pronto se hará el silencio. La muchedumbre estudiantil volverá a las aulas, a la biblioteca, a los laboratorios. Han pasado solo unos minutos, y ya únicamente se oye el lejano eco de los coros infantiles.

El caleidoscopio estudiantil está en permanente cambio. Ya es un grupo que sale de excursión u otro que regresa de una visita a los museos. Ya es la tropa de chiquillos que viene en fila india a formar. “La ronda de las letras” para darles de comer a las palomas. La alegría del ambiente se hace contagiosa. Así es todos los días.

Festejamos ahora un importante aniversario. Los aniversarios en la vida de los hombres pueden ser melancólicos —los años son un peso que agobia— pero el ani-

versario de una obra afirmativa será siempre fecha de alegría. Una empresa como esta, saturada perennemente de iniciativas renovadoras, no está limitada por el tiempo —es un germen en perpetua gestación— y los años que sobre ella pasan, en vez de envejecer rejuvenecen: para una acción de esta categoría cada generación da lo mejor de su sangre, y así puede gozar de una juventud sin término. ¡Que la vida nos deje la sensación final de no haber perdido el camino!

Madame de Staël decía de Rousseau: “Quizá no ha descubierto nada, pero ha encendido el fuego en todas partes”. ¡Encender el fuego! ¡Qué gran obra! Descubrir el fuego fue el más portentoso de todos los descubrimientos. Prender el fuego en las almas es también una deslumbrante maravilla.

Hay quienes piensan que vivimos en un ventisquero, y que es un héroe aquel que logra prender y conservar la llama. Y sin embargo, cuántas veces basta la mínima partícula que salta de la lumbre para que el incendio se produzca. Puede el hombre ser una hoguera como fue Rousseau, o puede solamente ser la simple pavesa que inicia el fuego, y obtener sin embargo un resultado equivalente. Perspectiva consoladora esta para quien solo alcanza a aportar una chispa.

De la fogata que el Gimnasio prendió han saltado aquí y allí, tal como lo soñábamos, las chispas que han encendido otras hogueras: ya varias ciudades de Colombia tienen su Gimnasio; ya todos los colegios realizan excursiones; ya la Cruz Roja Juvenil se está haciendo conocer por el significado de sus realizaciones; ya el soplo de la escuela activa ha penetrado por entre las grietas de la escuela rutinaria; ya ningún instituto de enseñanza se contenta con instruir: unos y otros quieren educar; y ya por todos los caminos viaja la idea de renovación educacionista que ha de vencer nuestra incultura. En revistas y en libros del exterior figura ya nuestro Gimnasio entre las manifestaciones que hacen esperar un futuro grande y próspero para la nación, y han surgido en tierras extranjeras escuelas que dicen con orgullo ser hijas del Gimnasio Moderno de Bogotá.

La idea ha hecho su camino, andando a veces a tientas, pero con la firme voluntad de encontrar una salida. Hoy experimentamos la emoción que han de sentir los ingenieros que construyen un túnel cuando oyen los golpes de pica de los trabajadores que vienen, desde el lado opuesto, buscando la anhelada comunicación subterránea. Ya nuestra labor no se hace en el aisla-

miento, ni sentimos la angustia de respirar el aire viciado de la incomprensión o de la torpe y sorda hostilidad.

Todos hemos vivido aquí conscientes de que la educación de las nuevas generaciones es el asunto más serio y más trascendental que tiene una nación.

Atender a todos los problemas espirituales y morales, por más que ello parezca inalcanzable, debe ser la función principal de los elementos directivos de la escuela. Y de todos los detalles, de todas las minucias nos mantenemos pendientes con el mismo celo con que se miran las cosas fundamentales. Del cuidado por los detalles materiales dependerá muchas veces el feliz desarrollo espiritual de una empresa de esta calidad.

En todo habrá que estar presentes cotidianamente: contacto directo con los profesores y los alumnos; información sobre las novedades que llegan en libros y revistas; correspondencia con los centros similares de fuera del país; iniciativas en todos los campos en donde ellas sean necesarias para mantener viva la escuela.

Cada vez que el rector viaja al extranjero, trae a su regreso, con el entusiasmo renovado, un nuevo libro, una nueva idea, algún material nuevo, que será siempre grato poner a prueba dentro de la obra en marcha. Jamás, ni él ni sus colaboradores han pensado en que saben ya lo suficiente para no seguir estudiando y ensayando sin pausa.

Y para la renovación de ideas nada como la lectura, la conversación y el viaje. Judío errante de la pedagogía llamó alguna vez uno de los compañeros al rector. La verdad es que este peregrinaje por pueblos y espíritus es el más apremiante afán de una incorregible vocación docente.

Cada día habrá un enfoque desconocido para determinados asuntos, mas no nos apremian el prurito de realizar innovaciones. Por otra parte, en la misma rectoría, no obstante nuestra habitual acción de presencia, nos sentimos obligados a delimitar el campo de nuestras actividades, a circunscribir el radio de nuestra acción. No pretendemos hacerlo todo. Dejamos a cada cual la responsabilidad que corresponde a su trabajo.

Lo aquí dicho deja entrever que esta escuela es una empresa de complejidad muy vasta, y que exige para su bienandanza la absoluta dedicación y la armonía perfecta entre los elementos a ella dedicados.

Para el desarrollo de nuestros propósitos hemos necesitado y necesitaremos de lo mismo requerido por todas las instituciones de su índole: de un permanente apoyo ciudadano. Donaciones, legados testamentarios, creación de rentas, apoyo material y espiritual de la ciudadanía pensante. Todo esto es lo que ha hecho la grandeza de aquellas escuelas foráneas que son realmente grandes.

Los que hoy dirigimos este instituto pasaremos un día, pero la obra, de ello estamos seguros, no morirá. Como lo hemos dicho ya, la antorcha del ideal que en este preciso instante está todavía en nuestras manos, pasará de una generación a otra, acrecentando la intensidad de su llama, y así no será posible que se extinga nunca. Si de algo puede servir nuestro recuerdo a los nuevos conductores de la idea, que sea para animarlos.

Hubo en nosotros una tal fe en la fuerza constructiva de ese ideal, que no lograron abatirla ni las palabras desconsoladoras, ni la actitud de los pesimistas, ni los tropiezos materiales, ni la incomprensión, ni la injusticia. Al esfuerzo de ayer sumamos el del día presente, y fue un perenne acicate de nuestra actividad la ilusión de lo que teníamos aún por realizar. Nuestro entusiasmo fue inextinguible porque tuvimos siempre la intuición —que borraba la fatiga de cada jornada— de que calladamente estábamos preparando algo de la patria, algo de la humanidad de mañana, así fuera minúsculo este aporte. No es jactancia lo nuestro. Solo ha sido el consciente esfuerzo de una nueva generación por hacerle más grato y despejado el camino a las que habrían de sucederle.

Para ninguno de nosotros estaría bien, ni una corona de laurel ni una de espinas: el laurel estaba bien sobre las testas de los artistas y gladiadores griegos; las espinas sobre las de los mártires; y no merecemos ni la una ni la otra.

Lo que hemos hecho nosotros es apenas marcar puntos de arranque para lo que venga luego. Y nuestras realizaciones de cada año no las consideramos como una obra acabada, sino como una nueva etapa en la vía que como ciudadanos nos correspondió cumplir.

Pronto solo seremos los viejos, los buenos viejos aquellos que tal vez por una generación se evocan con cariño. Luego la evocación de nuestro nombre no será más que una reminiscencia incidental. Poco después, apenas la sombra de un recuerdo. Más tarde quizás ni siquiera esto. Pero, de lo que estamos seguros es que mañana, y

en la lejanía del tiempo, seguiremos viviendo en otros, sin que ellos mismos lo sepan, en el anhelo de hacer una patria grande por su cultura y su decoro.

De todas maneras nos parece que hemos hecho una buena travesía, a veces con nubarrones en el horizonte, y un mar agitado, pero sin tempestades. Y como, fatalmente, nos acercamos al puerto final, podemos, con espíritu tranquilo, prepararnos a echar el ancla para que otros tomen el comando del barco.



Agustín Nieto Caballero

Nuestros ideales

Con propiedad podríamos decir que más que la cristalización de un ideal, el Gimnasio Moderno de Bogotá representó, desde el comienzo, y representa aún, la tendencia a realizar un ideal. Es una buena intención que ha querido ser algo más que una buena intención. Es un propósito de mejoramiento en nuestros sistemas educativos que no aspira a la perfección, pero que sí anhela perfeccionarse cada día. Por eso es dinámica su fuerza.

Gimnasio le llamamos, pensando en la actividad del cuerpo y del espíritu; Moderno, agregamos, como para sentirnos obligados a mantenernos en continua renovación. Ese nombre es ciertamente un compromiso.

Así como en lo material veíamos que nuestro país utilizaba todos los progresos llevados a cabo en las naciones más civilizadas, nos ocurrió que lo mismo podríamos hacer en lo referente a la educación nacional. Nuestro intento era modernizar sin extranjerizar; infundir a la colectividad una vida nueva, pero que fuera vida nuestra también.

Teníamos intención firme de destruir lo que considerábamos inactual, pero sabíamos que hay dos maneras muy distintas de destruir: por violencia, echando a tierra lo que nos desagrade; o bien por medio de la acción creadora, levantando cosas mejores frente a aquellas que deseamos hacer desaparecer. En la violencia no teníamos fe, y por otra parte parecíamos convencidos de la ley no escrita que afirma que no se destruye completamente sino lo que se reemplaza.

Sociólogos de uno y otro continente se muestran preocupados por las tendencias contrarias al interés común que surgen como fuerzas poderosas dentro de la sociedad contemporánea. Se habla del relajamiento del carácter, de la elasticidad acomodaticia que va tomando la conciencia del hombre, de la pérdida de la sensibilidad, del domi-

nio de la intriga, del egoísmo que se hace cada vez más agudo, del escepticismo, y de la falta de respeto por los valores que dan nobleza a la vida. Se pone en evidencia la afanosa persecución exclusiva del dinero que ofrece alicientes a la avaricia sin misericordia o al vértigo de los placeres fáciles, y que lleva a las gentes de todas las edades, ya no solo al trabajo extenuante sin ninguna finalidad espiritual, sino también a la especulación, al juego, a los procederres ilícitos que bordean mañosamente el Código Penal. Como lenitivo y estimulante de los reveses sufridos y de las ilusiones perdidas se ha creado el paraíso de las drogas heroicas.

En oposición a esta corriente aparecen fuerzas espirituales organizadas que luchan por imponer un ideario vigoroso, noble, levantado. Hombres de diversos credos, pero dueños de inquebrantable fe en una humanidad mejor, afirman su pensamiento en medio de la juventud escéptica, y agrupan a su alrededor gentes a quienes mueve un afán constructivo en los dominios del espíritu.

Al salvajismo sin barbarie, anunciado por algún filósofo como el síntoma de la decadencia de nuestra actual civilización, se quiere enfrentar un nuevo conglomerado de seres humanos que sepan pensar, sentir y ejecutar, sin agresividad, pero dotados de voluntad creadora, y cuyas preocupaciones se dilaten más allá de las meramente utilitarias.

De ahí ese sacudimiento espiritualista que conmueve hoy a fuertes pensadores, y que viene a tener honda repercusión en la escuela.

No se trata únicamente, en el caso que contemplamos, de la educación popular. El hijo de quien disfruta de comodidades, necesita en nuestros días, más que nadie, una alta educación. De la manera como su espíritu se forme dependerá que los bienes puestos en sus manos sean un instrumento de progreso y de bienestar social o de explotación despiadada y ostentosa. Son los poseedores de independencia económica, los que mayor influencia pueden ejercer, quienes tienen las más vastas posibilidades de ayudar al avance o al retroceso colectivo. Es, pues, de importancia trascendental el género de educación que se les dé.

La escuela nuestra no ha sido, ciertamente, una escuela de ricos, pero, como toda institución privada, no es tampoco la de los desheredados de la fortuna que se ven obligados a buscar la enseñanza gratuita. La corporación constituida, sin fines de lucro y sin dueños materiales, mantuvo durante largos años pensiones de escolaridad,

que dieron cuantiosas pérdidas, precisamente porque procuraba estar al alcance de todos. Sin embargo —como lo hemos explicado ya— llegó un día en el que agotados los dineros, y no disponiendo de rentas o subvenciones, hubo necesidad de equilibrar los presupuestos con el cobro a lo padres de familia del costo de la educación de sus hijos. Se hicieron concesiones, se constituyeron becas, pero la inmensa mayoría paga desde entonces el valor total de lo que al colegio le cuesta su funcionamiento. Quiere decir esto que quienes aquí se educan no pertenecen a los menos favorecidos, y están por ello obligados a preocuparse de los demás. Ahora bien, como no es el caso de una compañía que tiene accionistas y reparte dividendos, las pensiones escolares son menores que las estipuladas en otros colegios de igual categoría.

Viene enseguida la consideración de nuestras fundamentales aspiraciones educativas. El buen ciudadano debe representar una fuerza que ayude a levantar el espíritu de la sociedad. Importa, pues, desarrollar en él la máxima capacidad física, la máxima capacidad intelectual y la máxima capacidad moral. Es indispensable prepararlo técnicamente para hacer eficaz su rendimiento. Pero el problema de esta preparación estará siempre vinculado muy íntimamente al género de educación que hayamos de darle. Formar un hombre recto y útil —fin primordial de todo intento educativo— será siempre algo más que dotar a ese ser de un determinado acervo de conocimientos. Sin una idea viril y generosa de la vida, sin integridad moral, sin un austero concepto del deber, sin disciplinas espirituales, sin voluntad organizada, no puede llegar a conquistar su más alto sentido la función de educar. Así lo entendimos nosotros desde el primer momento.

No sabemos a ciencia cierta qué problemas tendrán que resolver las nuevas generaciones —no sabemos qué aporte estén destinadas a traernos— pero desde ahora podemos asegurar que serán graves y complejas las cosas que solicitarán su reflexión, y por lo tanto urge preparar su inteligencia y sus sentimientos de manera amplia y valerosa. Será preciso que estas gentes mozas adquieran un claro entendimiento de sus responsabilidades y que sepan asumirlas con energía serena. Deberán tener el espíritu alerta para tomar oportunas iniciativas y ver de conquistar su propia independencia, mas no ha de primar en ellas un concepto de rivalidad mezquina. Cada día apremiará más el deber de aproximar, conciliar, ajustar las múltiples tendencias personales para hacer de ellas una fuerza que cuente en los destinos de la nación.

En el cauce ancho y profundo que ha de abrir la juventud, actuará, como fuerza determinante, la armonía que exista entre sus diversos elementos dirigentes. Bien estará en todo tiempo el cultivo de la individualidad que permita el libre y completo desarrollo de cada ser, mas sería un error no poner el acento de la cultura en el espíritu de cooperación social que es una necesidad y un deber de quienes están destinados a formar una colectividad próspera, ordenada y capaz de ofrecer el bienestar a sus asociados.

La juventud, por otra parte, ha de estar imbuida de impulsos generosos y, por lo tanto, hay que cultivar en ella todo lo que le haga amable y fecunda la vida. El malestar más grande, la angustia mayor que puede experimentar un joven, ha dicho Romier en la “*explicación de nuestro tiempo*”, es sentir el corazón vacío. Amar, es necesario, en efecto, para poder vivir: amar una idea, un ser humano, una obra, una ilusión. Y los sentimientos son susceptibles, como la inteligencia, de recibir una influencia educativa.

Convencidos de estos postulados no nos era posible entender la escuela como un sitio dedicado exclusivamente a suministrar información más o menos extensa en las distintas ramas del saber. De ahí el que dijéramos desde un principio que nuestro propósito era no solo instruir, sino educar también.

Por lo que hace a Colombia en especial, teníamos que preocuparnos primordialmente por orientar a nuestros jóvenes en forma tal que quedaran capacitados para influir de manera consciente en los destinos de la nación. En medio de la fiebre del progreso material era preciso sembrar hondo en la conciencia de las gentes nuevas los conceptos de dignidad y de libertad, no pretendiendo levantar una muralla delante de quienes nos traen la ayuda necesaria para explotar nuestras riquezas naturales, pero manteniendo un espíritu vigilante, y desvelándonos por adquirir nosotros mismos la preparación científica que estábamos acostumbrados a mirar como un don exclusivo de quienes nacieron en otras latitudes.

Nos importaba, grandemente también, para lograr los fines que perseguíamos, reunir bajo un mismo techo, y al calor de una misma idea, a los muchachos de las más distantes regiones del país. Solo así podríamos alcanzar la unidad nacional que ambicionábamos, sin rivalidades, sin limitaciones, sin exclusivismos, buscando siempre lo que hubiera de unirnos y no lo que pudiera separarnos y los viajes escolares por todas

las regiones del país complementarían ampliamente este intento de acercamiento material y espiritual.

Frente a la cuestión política, que, por desgracia, se mezcla con frecuencia a las cosas que le son más lejanas, nuestra finalidad fue expresada con nitidez desde el primer día de labor. Nada tenían que ver los ajetreos partidistas con nuestro empeño. Por múltiples motivos la agitación doctrinaria parece contraindicada para quienes no han llegado a la mayor edad. En este solo sentido, escuela y política se excluyen. Por otra parte, si el magisterio es también un sacerdocio, como estimamos que ha de serlo, habíamos de pedir al maestro, como al sacerdote, su total apartamiento de las luchas políticas. Esta neutralidad la exige, lo mismo en el uno que en el otro caso, el delicado cargo de dirigir conciencias, que requiere la más absoluta serenidad de ánimo, y la más pura abnegación. Ajena a toda parcialidad, la escuela debe modelar al ciudadano y no al sectario. Al educador nada debe importarle que sus discípulos vayan a pertenecer a tal o cual partido. Bregará, sí, por inculcar en todos ellos los sentimientos de veracidad, de hombría, de lealtad, de caballerosidad, que han de perdurar hasta en las horas de más recia contienda. Y cuidará de no insinuar una sola rencilla. “Malditos los que han querido la guerra”, oímos gritar en Francia a las madres en 1914. “Malditos los que educan en el odio a las generaciones que llegan” podrán gritar eternamente las madres de todas las naciones. No creemos habernos desviado un punto en nuestra escuela del ideario a que los obligan estas consideraciones.

Existe otro problema neurálgico: hay quienes se oponen a que dentro de los recintos escolares se hable de cuestiones religiosas. Si en la clase de religión se predicara la intransigencia, el fanatismo o el odio, estaríamos de acuerdo con los que piensan de este modo. Pero si lo que allí se oye es una prédica de tolerancia y de amor, la cuestión se plantea en forma diametralmente opuesta. La religión así entendida, lejos de oponerse, es una ayuda para el ideal social que busca desde las aulas su camino.

No hay un solo fanatismo. En un desordenado afán de modernidad, se ha creído por algunos que el irrespeto de las creencias religiosas no es falta de cultura y de incompreensión psicológica, sino exponente de avance intelectual. Olvidan que es tonto capricho tratar de aniquilar sentimientos entrañables, y que es precisamente sobre las cenizas humeantes de un templo incendiado, donde con más fuerza se yergue otro más imponente y más duradero.

Sabemos que, etimológicamente, religión quiere decir lazo de unión. Esto ha significado para los fundadores del Gimnasio. Lo cierto es que no hemos encontrado discrepancia entre nuestro ideal y los ideales puramente religiosos. Una religión es ejemplar cuando habla por sí misma para levantar al hombre, cuando se manifiesta en propósitos de noble intención. Para nosotros lo esencial es la conducta, y la conducta que el sentimiento religioso busca es la misma que buscamos nosotros. Lo importante es que en el porvenir no vaya a tener el individuo ni fatuas o pueriles ostentaciones de irreligiosidad, ni fanatismo de ninguna índole. La tolerancia ha de ser una actitud amable, y no una concesión dolorosa. Hemos entendido siempre que tolerar no es aguantar sino convivir.

“No deis religión al niño”, dicen los escépticos. “Llegado a su mayor edad, él escogerá la que cuadre a sus convicciones”. ¿No podríamos, de igual manera, pedir que se le ocultara al niño toda obra de arte con el pretexto de que aún no está formado, y que por lo tanto debemos aguardar a que sea hombre para que escoja la escuela artística que más le atraiga? ¿Con qué criterio lo haría? La psicología ha mostrado que más allá de determinadas edades hay sentimientos que ya no pueden nacer. El mal está en que muchas veces la religión que se enseña es una religión de mera fórmula y no el sentir profundo que ella debe implicar.

La sola idea de que el sentimiento religioso es una fuerza moralizadora hace su propia defensa. Claramente podrá verse que no es la llamada escuela sin Dios la que pedimos; no es siquiera aquella en la que flota un vago sentimentalismo místico; nos aferramos a la claridad de la vida cristiana que piden los sentimientos nacionales, y respetamos a quienes no piensan con nosotros.

Nos ocurre recordar que la escuela en China, para satisfacer el querer, el clamor, pudiéramos decir, de 600 millones de habitantes, inculca principios religiosos inspirados en Confucio, y en nuestro sentir hace bien en proceder así. Respetando los derechos individuales, no obligando al discípulo descarriado de Confucio o al extranjero a practicar lo que contraría sus sentimientos, la controversia religiosa estará ausente. En los países en donde coexisten diversas religiones, sería imposible establecer cátedras de todas ellas dentro de la escuela. En China y en Colombia —lo sabemos todos— el problema es distinto. La religión de la inmensa mayoría tiene sus derechos; y, en cuanto a las minorías, puede afirmarse que tienen el respeto que merecen, con la plena

libertad que les otorga para el ejercicio de sus cultos. Si son minorías organizadas pueden crear, lo mismo que sus templos, sus escuelas, con toda libertad. Le correspondería más tarde a cada hombre ahondar su convicción o rectificarla; mas lejos de hacerle un mal, le haremos un bien de positivo valor, no privándolo en su niñez del acervo de sentimientos que recibe de su medio. Tanto más si este acervo le impone altos deberes y le ayuda a la formación de su conciencia, dejando en ella una capacidad de comprensión que se transformará en respeto, aun en el caso de no ser ya creencia.

¿Cómo había de ser la escuela que permitiera la realización del ideal que perseguíamos?

La escuela nueva, con muy remotos antecedentes en la historia de los esfuerzos que se han hecho en el campo de la educación, ha creado el tipo de vida natural y sana que ha guiado nuestros pasos: una vida activa y alegre, animada en todo momento por trabajos y juegos en consonancia con los intereses vitales y permanentes de la niñez y de la juventud. Esta escuela está en el campo, porque es allí donde puede disponerse de mayor espacio, de más abundante luz y de aire más puro, de mayor sosiego para el espíritu, de más ricas sugerencias para el desarrollo de la llamada trinidad psicológica del individuo: el sentimiento, la inteligencia y la voluntad. La vigorización de las fuerzas más útiles al hombre se favorece allí por todos los medios posibles.

Escuela activa se le llama, pensando más en la actividad constructiva del mundo espiritual que en la actividad puramente exterior, mas todo lo que tenga de educativo el movimiento físico, encuentra su campo natural allí también.

Dewey ha dicho que la escuela antigua era la escuela de la gente sentada, y que esta escuela nueva es la de la gente que se mueve. Lo de antes era un auditorio; lo de hoy es un laboratorio. Antes se escuchaba; ahora se trabaja. Se comenzaba antes por presentar la palabra; luego la imagen, por último el objeto. No se llegaba siquiera a la actividad, al experimento. Ahora la experiencia —el contacto con el objeto— es lo primero. Viene luego lo demás. En reemplazo de la escuela al margen de la vida, surge la escuela “en medio de la vida y para la vida”, uno de cuyos eminentes realizadores ha sido el profesor Decroly.

Con los nuevos sistemas se quiere formar el criterio del estudiante. Ya que el mundo marcha demasiado de prisa, y no es posible aprenderlo todo, se pretende que al menos el estudiante aprenda a experimentar, a pensar, y esto desde su infancia.

Jóvenes hubo que comenzaron a investigar el día en que tuvieron que hacer su tesis para el grado. Serios doctores hay que ignoraron tal experimento y desconocen aún este género de trabajo. La investigación comienza ahora desde la niñez. La enseñanza de las primeras letras es hoy la base de todo el edificio educativo; una enseñanza variada, llena de vida, en la que están representadas un gran número de actividades. Lo mismo en la biblioteca que en el laboratorio; en el jardín que en el taller de trabajos manuales; en el aula que en el campo libre: todo en la escuela del nuevo tipo se caracteriza por la animación; por el interés en conocer nuevas cosas, en construir, en crear. La escuela activa, ha dicho Ferrière, su ilustre propagador, existe cuando el pensamiento y el sentimiento del niño se asocian en el trabajo que ejecutan, y cuando la actividad es común a maestros y alumnos.

Es interesante observar con qué espíritu de confraternidad bien entendida se cumple toda labor en aulas y campos. La única colaboración que existía entre estudiantes —lo ha dicho un fino observador— era la de cuchichear, “soplar” se decía en el lenguaje estudiantil, en el momento de contestar a lo que el maestro preguntaba. La escuela nueva introdujo la mutua y franca ayuda en todos los trabajos escolares como preparación al espíritu de servicio social que ha de venir luego, y trata de formar el criterio que pone de manifiesto lo torpe del engaño, y una conciencia de la propia dignidad que lo rechaza como inadmisibile.

La escuela nueva no busca resultados inmediatos, no prepara gente para sorprender a los incautos el día de un examen de fin de año. Su norma, olvidado o no en parte lo aprendido, es la de asegurar que en el individuo quede la disciplina del aprendizaje. Se hacía antes un esfuerzo sin interés; ahora se quiere cultivar la memoria sin ahogarla con nombres de personajes y de cosas, y con clasificaciones sin término. La disciplina exterior era organizada por una autoridad dogmática; ahora se quiere que sea interior, que sea orgánica. Para ponderar la importancia de la escuela se le llamó un templo, y no importaba que en ella se cometieran sacrilegios; hoy se le llama, y se quiere que sea, un hogar.

Multitud de sistemas se han puesto en marcha dentro de la escuela activa. Esta diversidad muestra claramente que la educación es una ciencia en elaboración. A veces la novedad del nuevo procedimiento es muy difícil de fijar. Se trata de modificar algunos pequeños detalles en la aplicación de un método ya conocido. Ocurre en esto

lo que en el mundo de las invenciones materiales: el más ligero cambio puede determinar una nueva patente de invención. Pero esto es lo de menos. Lo importante es saber que la enseñanza verbalista y artificiosa —la de los brazos cruzados y el espíritu pasivo— va muriendo ya. El trabajo en la escuela nueva puede ser mayor para el alumno y para el profesor, pero los dos se entregan a él con mayor interés y mayor alegría.

La escuela, en suma, está atenta hoy al desenvolvimiento armonioso de la personalidad; y, al mismo tiempo que instruye, crea virtudes sencillas pero fuertes que enaltecen al individuo y le preparan para vivir la vida noble, intensa y expansiva que predica una filosofía de cálida significación.

Tales son los principios que han inspirado nuestra obra.

Cada uno de los temas enunciados ha sido tratado en las conferencias dadas a los alumnos en las mañanas de los lunes.

Desde luego en estas reuniones también hemos hablado, lo mismo los directores que los profesores y los alumnos, de temas especiales. Una y otra vez se trató de los acontecimientos del momento —novedades científicas o de literatura y arte— e hicimos, en oportunidad, el recuento de los viajes que unos y otros realizamos.

No ha faltado la evocación de los compañeros desaparecidos; los aspectos geográficos e históricos de Colombia; las conmemoraciones de fechas importantes —el día de la patria; el día de las Américas; el día del idioma; el Doce de Octubre; la fecha de las Naciones Unidas— y tantos otros temas que nos ha parecido conveniente poner a la consideración del alumnado del colegio.

Pero lo más importante han sido las cuestiones tocantes con los problemas de la educación en general. Son muchas las veces que conversamos sobre las características que quisiéramos ver predominar en el Gimnasio: la conducta clara, la sinceridad, los hábitos de orden, de puntualidad y la pulcritud. Insistimos en crear un sentido de responsabilidad en nuestros alumnos, y en afianzar en ellos la fe en el propio esfuerzo, sin menospreciar lo que los otros hacen y dicen. Si es cierto que constantemente hablamos del amor a los libros, que tan variadas enseñanzas nos dan, explicamos siempre que no se trata de darse un hartazgo de lecturas. Lo que importa es leer a conciencia; reflexionar; sacar provecho de todo escrito que caiga en nuestras manos.

No pretendemos haber logrado un ciento por ciento en el resultado de estos propósitos, y seríamos insinceros si no confesáramos que algunas veces sufrimos des-

ilusiones. Mas en estos casos tampoco nos hemos sentido alejados de nuestros discípulos, a quienes consideramos, sea cual fuere su actitud para con nosotros, como miembros de este hogar común. Alguna vez recordábamos públicamente la bella frase del gran rey Alfonso el Sabio. La sentencia tiene un valor de perennidad: “A los hijos hay que tratarlos siempre como amigos, y cuando los hijos se tornan enemigos hay que tratar a los enemigos como hijos”.

La orientación de esta escuela ha conservado su fervor de los primeros años, y lo mismo ayer que hoy continuamos atentos a los problemas del comportamiento. Lo que implica un examen de conciencia cotidiano para estar seguros de que nosotros mismos no nos hemos desviado de la ruta que nos lleva hacia el punto que pudimos entrever desde el momento en que iniciamos nuestra acción.

La conducta de los escolares ha de ser una: en el colegio, en la casa, en la calle, en la vida social. Hemos querido que el concepto de la decencia les mueva en todo sitio y en toda ocasión.

Desde luego el estudiante halla aquí, como debe encontrar en toda escuela, más amplio espacio para su desarrollo físico y la expansión y actividades de su persona y mayor número de libros y elementos educativos, de los que pueda encontrar en su propia casa.

Sabemos que es de fundamental importancia que el alumno esté en un medio en donde todo sea benéfico para la formación de un carácter abierto y comprensivo. Si conviene procurar en las mejores condiciones su desarrollo y fortalecimiento físico, no es menos importante que moral y espiritualmente crezca y se fortalezca también.

Para eso viene a la escuela, para mantenerse activo y alerta, para instruirse, para formarse, para pulir su temperamento en un constante intercambio de ideas y sentimientos con los compañeros que lo rodean, liman sus aristas y lo convierten en un ser tolerante y social. E igualmente para estar en contacto con los profesores que le dan enseñanza, orientan su mente, forman su criterio y afinan su personalidad.

En los días de sol algunas clases se dictan sobre el césped, debajo de los árboles, y por prados y jardines se dispersan los muchachos al salir de las aulas después de cada lección, encontrando así, en contacto vivo con la naturaleza, una constante reposición de fuerzas y de ánimo al sentirse envueltos por una atmósfera de libertad, alegría y sano esparcimiento.

Para nosotros fue preocupación capital desde el primer momento crear un clima favorable a la educación. Clima de pulcritud y de orden en el que sea fácil adquirir el hábito del bien obrar; clima propicio a la salud del cuerpo y del espíritu.

Este es el clima de la llamada escuela nueva que presenta un vivo contraste con la escuela vieja, no solo por los métodos dogmáticos de aquella sino por todos los hábitos de vida. En contraste con el recelo, la confianza; en vez del disimulo, la franqueza; en lugar del temor, la simpatía. Y a cambio del desgreño, el esmero, no solo en las cosas grandes, sino en los detalles que forman el carácter del individuo, y desenvuelven su personalidad dentro del pequeño mundo que lo rodea, y que está hecho para impregnarlo de nobles sentimientos.

Ya hemos anotado en pasadas ocasiones que la disparidad entre la escuela vieja y la escuela nueva no es de orden cronológico. Existió la escuela nueva en viejos tiempos, y en la actualidad, al lado de la nueva tenemos múltiples ejemplos de la escuela vieja. La diferencia que encontramos es una diferencia de espíritu, y no de tiempo. La escuela vieja se contentaba con instruir, ¡y de qué modo! Era la del *Magister dixit*. En la nueva está el educador, más preocupado de hacer pensar y discurrir a sus alumnos, de enseñarles a estudiar y a aprender, que de transmitirles conocimientos inmodificables.

Fieles a estos principios se ha creado el ambiente propicio al interés y al afecto que nuestros estudiantes han sentido siempre por cuanto tiene que ver con su escuela.

A todos y a todo estamos ligados con cariño aquí.

¿Quién no vio marcharse con melancolía al buen Poncio, el asno esforzado y paciente que fue compañero nuestro por más de diez años? Apareció una tarde en los campos del colegio. Nadie lo reclamó, y se quedó con nosotros. Nosotros fuimos buenos con él, y él nos sirvió y fue amigo de todos los niños hasta cuando el peso de los años lo tornó caprichoso y malhumorado. Movié entonces, para fortuna suya, no nuestra ira sino nuestra compasión. Fue trasladado, como viejo en jubilación, a los apacibles y frescos potreros de Santa Ana. Allá fuimos algunas tardes a filosofar con él sobre lo corta que resulta la vida cuando hay en ella tanto por hacer.

Una utopía que se hizo realidad

Su último discurso³

Seis décadas se cumplen en este día de la fecha en que terminábamos el primer año de estudios en este instituto.

En el numeroso conjunto de padres de familia que están aquí, no hay, ciertamente, ninguno cuya longevidad le haya permitido llegar hasta hoy para recordar, como lo hacemos nosotros, lo que fue aquel momento de euforia entre los fundadores de la obra que veían convertida en pujante realidad lo que diez meses atrás un diario de ciudad denominaba “fugaz utopía”.

Algunos de los alumnos de aquel año, sí nos acompañan todavía. Precisamente en semanas pasadas uno de los muy gentiles miembros del Consejo Superior reunía en su residencia a los pequeños gimnasianos de entonces, que cumplirán en breves días 70 años. Qué bello balance de su vida podrían hacer hoy todos los del grupo, y sucesivamente, tantos otros exalumnos del Gimnasio.

Quiere decir ello que nuestro propósito de 1913, ese ambicioso propósito de darle a la patria ciudadanos de alta calidad humana, hombres de proceder limpios y de acción eficaz, se ha cumplido generosamente. Cómo no sentirnos orgullosos de verles destacarse con luz propia en el vasto panorama de la ciudadanía.

Los fundadores de la bella aventura educativa cumplieron con la promesa de no abandonar un solo día la obra proyectada. Y así han llegado, uno tras otro, hasta el término de su último aliento.

Queda uno de ellos para decirlo, antes de que para él también suene el inexorable toque de queda que le tenga decretado el destino.

3 Discurso pronunciado en noviembre de 1974. En noviembre de 1975 murió Agustín Nieto Caballero, a los 86 años.

Jamás pensamos que el difícil empeño que nos unía implicaba el sacrificio de nuestra vida. Amábamos lo que hacíamos, y amar lo que se hace es sentir vibrar en el espíritu y el corazón intenso y puro goce. Goce que es llama que no se extingue, tanto más si ello entraña el servicio a los demás. Lo mismo ha de ocurrir a todo maestro de vocación que multiplica su vida siguiendo la de sus discípulos, cuando luego de haber ayudado a su formación, va tras de ellos, siguiéndolos en su desenvolvimiento y ejecutorias en su cercano y lejano porvenir. Sus triunfos son nuestros triunfos también, y es su juventud contagiosa la que no nos deja envejecer tan de prisa.

A menudo pensábamos que no éramos ni pesimistas ni optimistas. Solamente hombres de acción. El pesimista piensa que las cosas marchan tan mal que nada podría hacerse para mejorarlas. El optimista juzga que todo va tan bien que no hay para qué gastar esfuerzos en buscar el cambio. En cierto modo uno y otro predicán la inmovilidad personal. Frente a estos marginados de los demás elementales deberes ciudadanos está el hombre que pone su fe en la actividad creadora.

Ya sabéis que la fe es la fuerza potencial que salva al hombre de la inacción.

En un aniversario como el de hoy nos es siempre grato recordar lo nuevo que se vaya realizando. Hemos sido fieles al empeño de renovación constante que nos animó desde los comienzos de nuestra tarea. El centenar de revistas que nos llegan cada mes nos informan de lo que ocurre en los países de mayor avance en los campos de la educación, y es tarea predilecta la del estudio de cuanto pueda interesar a nuestra labor; nuestro centro de información ha venido creciendo al compás de los días, y ha sido para nosotros particularmente grato ayudar a cuantos concurren a él a adelantar alguna investigación.

En el presente año el admirable concurso de la Asociación de los Padres de Familia ha sido nuestra más estimulante ayuda. No se ha limitado este feliz comienzo a manifestarnos su viva simpatía sino que, luego de las reuniones que con ellos hemos tenido, ha sido ejemplar su tarea y muy valiosa su colaboración, tanto en el campo espiritual como en la ayuda financiera para embellecer nuestro ambiente, pagar suscripciones a importantes revistas destinadas a nuestro centro de información, enriquecer nuestra biblioteca, mejorar los deportes. El teatro, por el que tanto ha hecho, desde hace años el vicerrector del colegio, ha tomado ahora mayor incremento gracias al generoso empeño de Francisco Soto Pombo, vicepresidente de la Asociación, que con

el concurso de los alumnos de quinto y sexto de bachillerato han llevado a cabo una excelente representación.

No estará por demás hacer hoy una breve aclaración a nuestros alumnos:

Quizá en ocasiones estuvimos en desacuerdo con algunos de vuestros padres, mas ello no fue nunca porque mediaran divergencias sobre la orientación dada a vuestra personalidad. Las discrepancias en aquellos casos, de excepción, las motivaron modalidades de criterio, jamás un distanciamiento en cuanto tuvo relación con vuestra limpia y recia formación. Unos y otros obramos a conciencia.

No podían existir diferencias sustanciales en quienes están identificados por unos mismos propósitos, e imbuidos de idéntico ideal. Tened presente esta similitud de ideas para que vuestro respeto y afecto por vuestros maestros pueda justificar el que demos a vuestra escuela el cariñoso calificativo de “segundo hogar”.

Nuestro orgullo es común cuando procedéis rectamente, y nuestra ilusión de veros luego actuar en todos los momentos de vuestra vida como hombres de clara trayectoria, nos identifica igualmente.

La verdad es que unos y otros hemos querido aquí, a lo largo de todos estos años, formar una juventud fuerte en lo físico y en lo mental, recia en sus propósitos, fiel a las normas que se encarnan en la doctrina de Jesús y a los principios democráticos que nos legaron quienes nos dieron libertad; juventud respetuosa, emprendedora, preparada para prestar a la colectividad un servicio inteligente, honesto y eficaz.

Saben todos los que nos han acompañado en estos largos años de peregrinaje docente, que jamás se ha hablado en estos claustros de propósitos sectarios. Otra cosa es que hayamos defendido, sin dejar un día, los altos valores de la decencia, del decoro, del servicio a los demás, de los deberes de la ciudadanía: lo hemos hecho con el mismo empeño que pusimos en la defensa de los altos intereses de la cultura.

Jóvenes bachilleres de 1974: vuestro camino está trazado. La orientación que os dimos aquí, y que de vuestros padres recibisteis, os obliga a ser hombres de bien, firmes en vuestras convicciones, rectos en vuestros proceder, amantes del estudio, sin ostentación, mas sí con firme confianza en vosotros mismos. Hay madera en vosotros para ir lejos, en cuanto os propongáis. Que la Providencia os acompañe.

Una palabra final para vosotros, y para cuantos se han llamado mis discípulos. Es una palabra muy personal que brota del corazón, y que alguna vez tendría que decí-

rosía. Es la palabra sencilla que expresa perdurable gratitud: “gracias”, gracias a todos vosotros porque al lado mío le disteis hondo sentido a mi propia vida, y no dejasteis marchitar mi espíritu.

Quizá en una hora, ojalá no muy cercana, dirá uno de vosotros, en voz baja, cariñosamente: “Le sorprendió la noche en la mitad del día”. Y si así ocurriese recordad que fue el contagio de vuestra propia juventud, y el permanente anhelo de servirnos mutuamente, lo que realizó el milagro de la increíble, animosa, larguísima vida, de vuestro amigo el rector.

V – Dos grandes impulsores de la Escuela Activa

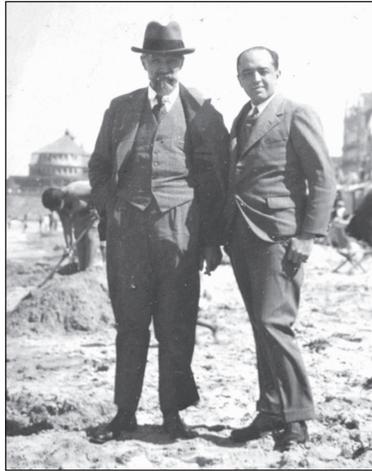
Para el capítulo V se seleccionaron del archivo de correspondencia de Agustín Nieto tres cartas: una con la doctora María Montessori y dos con el doctor Ovidio Decroly.

Dentro de una profusa e interesantísima correspondencia se eligió esta carta del maestro Ovidio Decroly porque el 12 de septiembre de ese mismo año murió en Bruselas. Es esta, pues, una de las últimas cartas que él escribiera. Unos meses más tarde madame Decroly envió a Agustín Nieto Caballero una fotografía del maestro con estas palabras:

“Al mejor de sus amigos”

La carta de la doctora Montessori se escogió por mostrar muy claramente la influencia del método Montessori en Colombia a partir del Gimnasio Moderno.

Ovidio Decroly, (1871-1932)



Ovidio Decroly con Agustín Nieto Caballero, en su visita al Gimnasio Moderno en 1925.

Médico y educador belga, que se dedicó a la psicología pedagógica y fundó en Uccle una escuela en la que practicó la lectura global y los centros de interés.

Su pedagogía se basa en la noción de interés: “intereses” del niño con sus necesidades, los objetos que forman parte de su ambiente natural y social.

Las ideas de Decroly inspiraron una gran reforma de la educación.

En 1925 realiza una visita a Colombia atendiendo una invitación de Agustín Nieto Caballero para visitar el Gimnasio Moderno, primera institución de Suramérica donde se aplicó su teoría.

Entre sus principales obras están: *Hechos de psicología individual y de psicología experimental* (1908). *Función de globalización* (1923). *Desarrollo del lenguaje* (1930).

Bruselas, 30 de abril de 1932

Mi querido Agustín:

Acabo de recibir su carta anunciándome su nombramiento como inspector general de Educación en su país.

Esto me incita a escribirle aunque ya, desde hace varias semanas, había pensado hacerlo.

Infortunadamente (después de que usted me envió unas palabras a su paso por Canarias) a pesar de todas mis buenas intenciones, no he podido encontrar el tiempo necesario para hacerlo.

Mi estado de salud me ha ocasionado de nuevo muchos problemas y he tenido que reducir 9/10 mi actividad, de tal manera que apenas me quedan fuerzas para preparar las dos o tres cátedras que dicto en la universidad y los cursos normales para los profesores de enseñanza especial. Termino, también poco a poco, los trabajos que había emprendido antes de enfermarme, pero esto avanza penosamente y a cada instante debo interrumpir todo trabajo, durante un tiempo más o menos largo.

Así se explica que haya tardado tanto tiempo en darle señales de vida (¡pobre vida muy hipotética ahora!).

Ha sido una alegría para mí el saber que su país lo ha escogido para esta gran tarea; estoy seguro de que usted podrá dar allá toda la dimensión de su talento realizador, al mismo tiempo que usted podrá formar un semillero de hombres, capaces de aplicar sus conceptos, madurado ya con la experiencia.

Quizá no tendrá, sin embargo, resultados tan rápidos como los que ha obtenido en el Gimnasio Moderno y tendrá que afrontar dificultades y obstáculos, que dependerán menos de usted mismo que de las contingencias inevitables de la política y de los mecanismos administrativos.

No obstante, estoy seguro de que su habilidad para tratar a las personas y para sortear lo imprevisible, con la autoridad que le dan los largos años de esfuerzo y el éxito que ha obtenido, tengo la convicción de que usted logrará superar lo que detiene generalmente a los que no están dotados como usted lo está.

Había interrumpido mi carta anteayer esperando el folleto que me anunciaba. Llegó esta mañana; parece muy bien y es un gran honor el que me hace su gobierno al haber así consentido en dar una forma a las ideas que yo expuse en su país, sobre los problemas del niño y de la educación.

[..]

Muchos otros interrogantes se me presentan sobre el destino del Gimnasio y sus profesores, pero como usted no me dice nada al respecto, no quiero ser indiscreto.

Lo que me ha alegrado especialmente es el saber que ha sido padre por la sexta vez y que Agustín revivirá por la sexta vez, y quizá más intensamente que nunca, las emociones que provocan el desarrollo de la flor más bella que existe en el mundo: el niño. Felicite a su esposa de mi parte y dígame que hago votos por la salud y la felicidad de su último pequeño.

Y esto me hace pensar en Alberto, Jaime, Adelaida y la quinta, cuyo nombre se me escapa en este momento. Puedo preguntarle qué ha sido de ellos, sobre todo de Guillermo, cuya evolución escolar se ha hecho difícil por sus problemas de ortografía. Estoy seguro de que Alberto hace brillantes estudios y que Adelaida es ya una preciosa ayuda para su querida mamá. Conozco menos a Jaime y a la quinta pero también me interesaría saber qué hay de ellos.

Quizá, absorbido como usted lo está ahora por los compromisos oficiales, pueda entregarse menos a sus queridos niños. Pero tal como yo lo conozco estoy seguro de que logrará encontrar los momentos necesarios para ser su padre y su amigo.

8 de mayo de 1932

Continúo mi carta interrumpida hace unos días para contarle algo de mi trabajo. Como le decía al comienzo, he tenido que reducir considerablemente mi actividad; he terminado difícilmente las correcciones de las pruebas de una obra sobre psicología infantil y luego algunos otros trabajos que estaban, desde 1914, en mis cajones y que se habían refundido en la gran tormenta⁴. A esto he añadido algunas observaciones que señalan lo que se ha hecho sobre estos asuntos desde 1914.

Finalmente, sigo preparando una obra ya iniciada desde hace 4 o 5 años, sobre el desarrollo de los niños pequeños, algunos de cuyos capítulos ya han aparecido en revistas. De todo esto le enviaré ejemplares apenas aparezcan.

Pero como debo cuidarme tanto, no puedo avanzar sino con mucha moderación.

[...]

Yo, por mi parte, he tenido que dejar la presidencia del Hogar de los Huérfanos, y a causa de mi estado de salud he disminuido mucho mi actividad en la escuela. Sin embargo, continúo ocupándome a distancia de lo que allí se hace; especialmente asisto

4 La Primera Guerra Mundial.

a reuniones en las cuales se llevan a cabo los programas y se estudia la metodología que concierne a la enseñanza preescolar, primaria y secundaria.

[...]

¿Qué más puedo contarle? No le he hablado de la crisis que a todos nos atañe: usted está más al corriente que yo de su amplitud y sus repercusiones. Sentimos el efecto de los problemas financieros en nuestras obras y estamos inquietos acerca de su supervivencia, si esto continúa. Quiero decirle que el futuro no se nos presenta de colores muy alegres.

[...]

Termino, mi amigo muy querido, porque no quiero demorar más el envío de mis noticias. Recibí los paquetes de catálogos que tan generosamente me ha hecho llegar. Se los agradezco.

Abrace a los niños en mi nombre y dígalos que pienso en ellos. Transmita a madame Nieto mi respetuoso saludo, así como mis felicitaciones por el feliz nacimiento que usted me ha anunciado. Un recuerdo para su hermano Luis Eduardo y su esposa, para su cuñado y su mujer, para el señor Vargas, mi buen profesor de español y para todos los que encontré durante el programa en Bogotá y que fueron tan gentiles conmigo. Dígalos a todos que no olvido, que no olvidaré nunca, la bondad que tuvieron para conmigo y que lamento no estar ya en condiciones para viajar y ver de nuevo su bello país.

A usted, mi querido Agustín, todo mi afectuoso sentimiento de amistad. Tengo la esperanza de que no sea esta la última vez que yo pueda escribirle, ni la última que yo pueda leer noticias de su país, suyas y de los suyos.

Su devoto y cordial amigo,

Ovidio Decroly

11 de julio de 1932

Señor doctor

Ovidio Decroly

Vossegat 2, Uccle

Bruselas

Muy querido maestro y amigo:

Gran alegría he tenido con el recibo de su carta de 30 de abril. Me da usted en ella cuenta minuciosa de todas las actividades que han ocupado su tiempo en estos

últimos meses. Muy íntimamente sé agradecerle esta deferencia para conmigo. Veo muy bien que usted comprende hasta dónde me interesa seguir de cerca cada una de sus intensas y fecundas actividades. Bella vida la suya dedicada íntegramente al servicio de la colectividad, y guiada en todo momento por los más altos ideales. Somos una legión los que aquí seguimos con un interés que no decae, el progreso de sus ideas que tan amplio campo ha ganado en el curso de tan pocos años. Es admirable ver cómo no obstante los quebrantos de salud que ha sufrido usted en este último tiempo, su actividad no decae. Inmensamente me complace saber que lo mismo en la universidad que en la Escuela Normal continúa usted predicando la buena nueva, o lo que es lo mismo formando frescas unidades que pronto ayudarán a dar impulso a la idea renovadora de la escuela activa.

Continuamos nosotros también trabajando con el mismo viejo fervor de nuestros mejores tiempos por vivificar nuestra escuela. Tenemos ahora reunidos en uno de los pabellones del Gimnasio Moderno cincuenta maestros venidos de todos los departamentos del país. Son ellos quienes van, pasado este año de trabajo, a trabajar directamente en uno y otro extremo de la nación para orientar nuestra escuela primaria, base de todo el edificio que pensamos levantar. Pronto podré enviarle la memoria que presenta el ministro de Educación al Congreso, actualmente reunido. En ella podrá ver algo de lo que estamos haciendo. Desdeñando los programas pomposos y efectistas, nos estamos dando a la tarea de hacer cosas concretas. Creemos, por sobre todo, en los efectos que producirá la acción de los maestros bien orientados. No nos importa ganar la popularidad del momento. Para animarnos nos basta la conciencia de estar llevando a cabo una obra que por lo dilatado de su eficacia redundará, en no lejano día, en beneficio de toda colectividad.

No se ha equivocado al pensar que el señor Uribe que firma la pequeña introducción puesta al folleto de sus conferencias es el mismo simpático y activo antioqueño que conoció usted acá al frente de la enseñanza primaria del Gimnasio. No es que hayamos abandonado nuestra obra para venir a hacernos cargo de la Inspección Nacional de Educación. Tanto el señor Uribe como yo, continuamos yendo todos los días al Gimnasio. La idea del presidente de la República y del ministro de Educación ha sido la de llevar, como si dijéramos por nuestro conducto, los propósitos del Gimnasio Moderno a la escuela pública colombiana. En ese empeño estamos. El Gimnasio continúa sus

tareas, dentro de la crítica situación fiscal de esta hora sin desmayar un solo momento en la realización de los ideales que le dieron vida y que justifican la continuación de su labor. Allí le recordamos siempre a usted como al más noble de todos nuestros inspiradores, y ahora, con los maestros que preparamos para nuestra acción del año entrante, estudiamos las ideas tuyas que labran su propio camino en el espíritu y en el corazón de todos cuantos sienten la devoción por la niñez y el interés vivo y sincero por todos los problemas que tienen relación con la recta formación de la juventud.

Tengo que agradecerle de manera especialísima el recuerdo tan cariñoso que hace de toda la gente de mi casa. Todos y cada uno de nosotros guarda siempre, entre los mejores de sus recuerdos, la imagen del maestro admirado y del amigo muy querido a quien aquí como en Europa nos fue dado tratar de cerca para felicidad y provecho espiritual de todos. Ya que usted de manera tan especial se interesa por el progreso de todos los chicuelos y me pide informes sobre ellos, le diré brevemente que Alberto, el mayor, continúa con su gran afición por los números y la literatura; Guillermo va muy bien en sus estudios sin abandonar su gran cariño por los trabajos manuales; Jaime, despreocupado en apariencia por los libros cumple muy bien con sus deberes en la escuela y conserva esa magnífica alegría que usted le conoció; y las niñas, Adelaida y Gloria, continúan siendo el mayor encanto de la casa y siguen con entusiasmo sus estudios, la mayor en el Gimnasio Femenino, y la menor en el jardín de niños del Gimnasio Moderno. Agustín, con sus cuatro meses de edad, todavía no da mayor motivo para hacer de él ningún pronóstico. Es sí, el eje de atención en la casa y nos hace hablar a media lengua a todos.

¡Cuánto más quisiera decirle! Siempre que le escribo a usted me hago la ilusión de que estoy continuando una de nuestras largas y deliciosas charlas de otro tiempo. Por desgracia ocupaciones del momento me obligan a suspender aquí. No quiero, sin embargo, terminar sin decirle, respecto a sus dos recomendados —el señor León Manuel y la señorita Carolina Roachat— que por ahora no nos es posible ofrecerles colocación alguna entre nosotros. ¡Cuestión de finanzas! Yo lo lamento mucho tratándose de gente recomendada por usted.

Con mi mejor recuerdo para todos los suyos quedo como siempre como su amigo y admirador muy sincero,

Agustín Nieto Caballero
Inspector Nacional de Educación

María Montessori, (1870-1952)



María Montessori con Agustín Nieto Caballero en una de sus visitas.

Pedagoga italiana, creadora de un sistema de enseñanza que empezó a aplicar en 1907 en Roma; busca desarrollar en los niños, mediante ejercicios atrayentes y de marcado sentido práctico, la educación de los sentidos.

En un principio se empleó principalmente, en la educación de los niños subnormales y posteriormente se extendió a todos.

Su método que pasa de la individualidad a la solidaridad ha tenido una amplísima difusión.

En el jardín Montessori todo obedece a la naturaleza del niño, mobiliario y material.

El material por ella diseñado capta la atención del niño y le enseña por medio del juego.

Para implantar el método Montessori en el Gimnasio Moderno, Agustín Nieto Caballero en sus diferentes viajes a Europa, se entrevista con ella.

Es autora de diversos libros de pedagogía: *La autoeducación en la Escuela Elemental* (1916). *Manual de pedagogía científica* (1930). *La mente del niño* (1952).

Cuzco, 21 de agosto de 1924

Señora doña

María Montessori

20 Bedford Street

Londres

Muy distinguida señora y amiga:

Hallándome en gira de estudio por Suramérica he recibido la amable carta de usted en la que me dice que queriendo ponerse en relación directa con las escuelas montessorianas de Colombia desea usted le envíe una lista de dichas escuelas y un informe sobre el interés que despierta el método suyo en mi país.

Es pues con la más viva complacencia que me dirijo hoy a usted para suministrarle los datos que desea obtener. Sea lo primero manifestarle que después de nuestra entrevista de Roma, hace ya tantos años, y de la que más tarde tuvimos en Nueva York cuando yo regresaba a Colombia con una de sus discípulas de Barcelona, la señorita Gloria González, quien inició en nuestro Gimnasio Moderno de Bogotá en el año de 1917 la enseñanza montessoriana, mi interés por su sistema ha venido haciéndose cada año mayor pues no solamente las bellas teorías de sus libros sino la práctica del sistema es lo que me ha hecho ver la enorme trascendencia que él tiene en la formación mental y moral del niño, ya sea este normal o retrasado.

En un principio no fueron pocos los que miraron con indiferencia y aun con recelo la implantación que el Gimnasio Moderno hacía de un sistema que reformaba de manera tan fundamental la vieja disciplina escolar y los sistemas caducos en la educación de los niños. Mas hoy, después de la activa campaña que hemos desarrollado allí por medio de conferencias y de artículos y sobre todo a la vista de los claros resultados obtenidos en nuestra “Sección Montessori”, la opinión se ha encauzado seriamente y por todas partes surgen ahora las escuelas en donde el nuevo sistema figura como capítulo visible en los prospectos de propaganda.

Creo que a usted le interesará especialmente el ensayo que hemos hecho en uno de los asilos de niños pobres de Bogotá. En este asilo llamado “El Hospicio” —hemos introducido el sistema con un éxito asombroso—. Allí todo ha cambiado ahora. El rebaño de centenares de niños tristes se ha convertido en un verdadero colmenar de bulliciosos chiquitines que parecen entonar a toda hora un canto de amor a la vida.

Aquel asilo está dirigido por hermanas de la caridad, y es una de ellas la que me ha dicho esta frase que tiene un hondo sentido: “Ustedes nos han traído aquí algo más que un sistema nuevo: ustedes nos han traído la alegría”.

La alegría, esa alegría que no es sino la exteriorización de un normal desarrollo de las facultades del niño, esa alegría es la que realmente está mostrando el valor humano de este nuevo sistema. Es esa alegría la que señala de manera incontrovertible que la función armoniosa del espíritu y del corazón de los pequeños seres que despiertan a la vida se cumple sin trabas ni opresiones. Allí la ciencia no es ya la vieja dogmática que manda. Allí la ciencia observa y sonrío, y por eso triunfa con los niños cuya perenne manifestación debiera ser la sonrisa.

El éxito obtenido en El Hospicio de Bogotá va teniendo éxito en todo el país. Es así como estoy ahora recibiendo cartas de muchos establecimientos dirigidos por hermanas de la caridad que observaron personalmente en la capital la marcha del sistema y anhelan ahora implantarlo en las escuelas que les toca dirigir en las más apartadas regiones de Colombia.

El Gimnasio Moderno, que ha sido antes que toda otra cosa un verdadero laboratorio pedagógico, introdujo al país para la enseñanza primaria el sistema Decroly, y son estos sistemas —el suyo y el del eminente maestro belga— que nunca hemos estimado nosotros como antagónicos sino como complementarios, los dos sistemas que están revolucionando, lenta pero firmemente nuestros sistemas de instrucción infantil y primaria.

Escuelas montessorianas propiamente dichas existen hoy, aparte de la del Gimnasio de Bogotá que pudiéramos llamar la *casa madre*, la que dirige en Barranquilla la señora Ana Matilde Hernández de Dettori a quien usted conoce, y la organizada por la señorita Betancourt en el Ateneo de Medellín. Pero el sistema como se lo he manifestado va penetrando por todas partes en Colombia. Falta sí un instituto central que forme maestras montessorianas como el que ha organizado la señora Crespo en Panamá, y a esta necesidad habrá que atender en un futuro muy próximo.

Sobre todo esto espero conversar largamente con usted a fines del año en curso pues terminada mi gira por Suramérica seguiré a Europa. Muy grato me es, entre tanto, comunicarle que en las conferencias que he venido dando en las ciudades que visito he hablado de manera preferente —como lo habrá podido ver usted si a sus manos

Agustín Nieto Caballero

llegan periódicos de estos países— de los sistemas Montessori y Decroly, basándome siempre en los magníficos resultados que con ello hemos obtenido en Bogotá.

Grandes deseos tengo en mi viaje a Europa de verme con Mario de quien no sé nada desde hace mucho tiempo. Si está con usted le ruego lo salude muy afectuosamente, lo mismo que a su encantadora y muy distinguida señora.

Sin más por hoy me es muy grato repetirme su muy sincero servidor y amigo.

Q. B. S. P.

Agustín Nieto Caballero



Celebración de los 50 años del Gimnasio Moderno

Diseño
Sanmartín Obregón & Cía.
Bogotá D.C., Colombia
Marzo - 2014

Esta selección de textos constituye no sólo el esfuerzo que doña Gloria Nieto de Arias y Claudia Nieto de Restrepo tuvieron en su momento por llevar el pensamiento de Don Agustín a los maestros y educadores de nuestro país, sino por mostrarnos una singular travesía por la apuesta de una educación más dinámica y a la medida de los estudiantes en momentos difíciles en que la educación tradicional difuminaba su tenue luz sobre los espíritus enérgicos de los niños y niñas de Colombia.

Es admirable constatar la vigencia de las ideas de la Escuela Activa cien años después cuando nos preguntamos por los desafíos de la escuela en el siglo XXI y su papel en la construcción de sociedades más justas y equitativas para todos. El Gimnasio Moderno como obra permanente y testimonio de estos principios ha continuado en su telón de pinos esta obra magnífica cuyos actores, los gimnasianos, han representado con entusiasmo y trabajo incondicional por décadas.

*Apartes del prólogo por:
Victor Alberto Gómez C.
Rector del Gimnasio Moderno*



GIMNASIO MODERNO